JOHN REED

MÉXICO INSURGENTE



Un gran corresponsal de guerra siguiendo al ejército de Pancho Villa durante la primera revolución del siglo XX



En el otoño de 1913, la revista norteamericana *Metropolitan Magazine* envió al joven periodista John Reed a cubrir el levantamiento armado en México. Reed convivió con el ejército de Pancho Villa durante cuatro meses y estaba con ellos cuando derrotaron a las fuerzas federales en la batalla de Torreón que fue clave para el avance revolucionario hacia la capital del país. La intensa experiencia que vivió Reed en ese tiempo, quedó asentada en una serie de extraordinarios artículos que el periodista escribió para la revista, los cuales, además, le granjearon una sólida reputación como corresponsal de guerra. La popularidad de estos artículos fue tal que en 1914 se publicaron en forma del libro que llevó por título: *México insurgente*.

John Reed, que escribió en *Diez días que estremecieron al mundo* la mejor crónica de la revolución rusa, ha dejado en las páginas de *México insurgente* un testimonio inolvidable de la primera gran revolución del siglo XX: la revolución bárbara y generosa de los peones de México, que encendió la esperanza de todo un continente y que tuvo en el legendario Pancho Villa a uno de sus dirigentes más populares.

John Reed

México insurgente

ePub r1.0
Titivillus 15.02.2019

Título original: *Insurgent Mexico*
John Reed, 1914
Traducción: Tomada de la edición cubana de E. V.
Portada: Pancho Villa. Icónica imagen tomada del metraje de un filme de 1914 y publicada por la revista *Scientific American*, el 25 de marzo de 1916

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.0



PRÓLOGO

JOHN REED

por Renato Leduc[1]

Así conocí a John Reed

Un mes después del asesinato del presidente Madero (cometido el 22 de febrero de 1913), por todos los rumbos de la república se lanzaban nuevamente a la lucha fuertes grupos de los mismos guerrilleros que lo habían llevado al poder y a los que éste, torpemente, había licenciado y menospreciado. Al coronel Francisco Villa no solamente le licenció sino que por intrigas del general Victoriano Huerta, que estuvo a punto de fusilarle durante la campaña contra Pascual Orozco, lo encarceló. Pero Villa, ayudado por el joven escribiente del tribunal militar Carlos Jáuregui, se fugó el 26 de diciembre de 1912 de la prisión militar de Santiago Tlatelolco y se refugió en los Estados Unidos. Carlos Jáuregui refiere:

> En El Paso, Texas, nos preparamos para regresar a México al enterarnos del asesinato del señor Madero. Esto sucedió el 6 de marzo de 1913, poco antes de las 10 de la noche. La noche era muy oscura… por eso la escogimos. Cruzamos el río a caballo y a poco andar recibimos la primera serenata de balazos. Éramos ocho hombres.

Esos ocho hombres con Pancho Villa a la cabeza fueron el germen de la famosa División del Norte. Llevaban, por todo equipo: nueve rifles 30-30 nuevos, 500 cartuchos, dos libras de café molido, dos libras de azúcar, una libra de sal y algunas pinzas para cortar alambre. Con ese pequeño grupo Villa se internó en la abrupta sierra de Chihuahua, que él conocía palmo a palmo y en donde era muy querido y admirado, levantó gente, sorprendió guarniciones federales, las desarmó, limpió de tropas enemigas el estado de Chihuahua y antes de un año, en enero de 1914, estableció firmemente su cuartel general en la ciudad del mismo nombre —Chihuahua—, capital del estado.

Fue en esos días cuando vi llegar cinco o seis veces —unas en Ciudad Juárez y otras en Chihuahua— a la oficina de Telégrafos en la que yo trabajaba, a un joven

periodista yanqui, alto, delgado, rubio, de pequeña nariz. Llegaba acompañado de Darío Silva, uno de los ocho hombres que 10 meses antes habían cruzado la frontera con Villa para levantar la Revolución en Chihuahua.

Veinte años después, en 1934, el director hollywoodense Jack Conway realizó para la Metro-Goldwyn una película que se exhibió en México con el título de *¡Viva Villa!* El papel de Villa lo desempeñaba Wallace Berry y el del corresponsal de guerra norteamericano, ¿John Reed?, un actor regordete y bajo de estatura llamado —si no recuerdo mal— Stuart Erwin. Cuando vi la película no pude dejar de pensar: «Éste debe ser aquel Johnny o Juanito de Chihuahua», pero, naturalmente, tratándose de una película de Hollywood, el corresponsal de guerra yanqui no se limitaba a enviar informaciones a su periódico sino que también daba consejos a Pancho Villa y le indicaba cómo debía llevar la campaña.

La Revolución Mexicana terminó, o, como acostumbraban decir algunos empedernidos guerrilleros, degeneró en gobierno. Entré a la Universidad, leí *Los diez días que conmovieron al mundo*, que, obvio es declararlo, también a mí me conmovieron, tanto más que ya para entonces había abandonado mi viejo oficio de telegrafista, me iniciaba en la azarosa carrera periodística y andaba en busca de buenos modelos de reportaje en que ilustrarme. Tuve oportunidad de viajar a la Unión Soviética y me emocioné frente a la pequeña placa que en el muro del Kremlin perpetúa la memoria del autor del magistral reportaje sobre la toma del poder por los soviets y los primeros pasos de la gran Revolución socialista.

Transcurrieron otros 20 años y una mañana, hurgando en los anaqueles de una pequeña librería en la Ciudad de México, tropecé con este nombre y con este título en el lomo de un libro de pobre y barata edición: «John Reed, *México insurgente*». Adquirí el libro, lo devoré y por el prólogo me enteré que este reportaje, escrito por John Reed en 1914, se publicaba por primera vez en español en 1954, esto es, 40 años después por lo que era desconocido no sólo de los mexicanos sino de todos los públicos de habla española.

Así pues, Johnny, Juanito, el risueño gringo chatito de Chihuahua, era ni más ni menos que el famoso John Reed, heroico cronista de la Revolución de Octubre.

Alfredo Varela inicia el prólogo de una edición argentina de *México insurgente* con estas palabras:

> Extraña es la suerte que corren algunos libros. Causas diversas —ajenas al interés o al desinterés del público— los eliminan de la circulación y los archivan, condenándolos a un olvido injusto. Pero finalmente sus propios valores vuelven a sacarlos a flote, a darles la popularidad y la difusión que les correspondía. Es lo que ocurre con *México insurgente*… Se trató de silenciarlo, pero fue inútil. Y la voz insobornable de John Reed se levanta vigorosa sobre la confusión interesada y el olvido deliberado.

El trovador Jack Reed

Puede afirmarse que los relatos de *México insurgente* fueron los primeros trabajos de John Reed, si no dentro del periodismo en general cuando menos dentro del campo particular de la corresponsalía de guerra. Sus primeras armas las hizo en los campos de batalla de los guerrilleros mexicanos, en los desiertos de Chihuahua, Ojinaga, Jiménez, Las Nieves (el país de Urbina), La Zarca, Yermo, Gómez Palacio… El escritor mexicano José Mancisidor, en un artículo sobre Reed escrito hace 25 años, citando a Waldo Frank, refiere:

> Lo recuerdo… el año de 1917 en Nueva York… Es un muchacho alto, sus mejillas son blandas, sus ojos tienen un candor casi femenino que contradice su boca enérgica y delgada…

Y más abajo:

> Veo al trovador Jack Reed buscando a su princesa lejana por el mundo —México, Serbia, Rusia—: a la dama de sus pensamientos, a la Revolución. Yo casi despreciaba a Jack en 1917. Discutíamos y no me convencían sus argumentos. Enviaba cuentos a la revista que yo editaba y no me gustaban mucho. Me parecían irreales sus méritos y su talento…

¡El trovador Jack Reed! En estos relatos de *México insurgente*, trátese de fiestas o de combates, estalla a cada instante una penetrante sensibilidad literaria, una inefable emoción poética, una gracia indefinible y alegre, un travieso humor que no aparece ya en el severo, en el monolítico monumento de *Los diez días que conmovieron al mundo*.

…

Quizá por motivos absolutamente personales, prefiero *México insurgente* a *Los diez días…* Casi a todos los personajes que menciona Reed los conocí; todos los lugares que él recorrió en México los recorrí también en aquellos años apasionantes de Pancho Villa y la legendaria División del Norte.

Último telegrama

Fue una mañana del mes de diciembre de 1914 (*sic*) la última vez que vi a Johnny, el gringo simpático. Llegó a depositar su telegrama a la ventanilla de la oficina de Telégrafos de Ciudad Juárez. Al empleado que le atendió le obsequió los dólares que

le sobraron de cambio de un billete de a cinco… «Para que te tomes una cerveza», le dijo.

…

Ya en su país, por aquellos días escribe a su profesor de la Universidad de Harvard, Charles Townsend Copeland, desde Nueva York, una carta que, entre otras cosas, dice:

> Al escribir estas impresiones sobre México no puedo menos que pensar que nunca había visto lo que vi si no hubiera sido por sus enseñanzas.

Entretanto en México, sus amigos los desarrapados peones de la División del Norte que él amó, con Francisco Villa a la cabeza, tras dos semanas de sangrienta lucha, habían despedazado al brillante Ejército Federal sucesivamente en Torreón, a donde entraron el 3 de abril. Luego Zacatecas, ciudad clave que tomaron a sangre y fuego el 21 de junio y cuya captura derrumbó la oprobiosa dictadura del general Victoriano Huerta, quien, en su renuncia, se despidió del pueblo que había oprimido y ensangrentado, con estas sarcásticas palabras: «Dios los bendiga a ustedes y a mí también». Y ese pueblo puede jactarse ahora de que fue al calor de sus luchas libertarias donde se forjó el noble espíritu revolucionario de John Reed, el maestro de los periodistas guerrilleros a cuya estirpe pertenecen Buchet, Debray, Gerda Taro, la pequeña y valerosa cazadora de noticias muerta en la guerra de España y todos aquellos que han muerto buscando para la posteridad testimonios de la barbarie guerrerista de nuestro tiempo.

AL
PROFESOR CHARLES TOWSEN COPELAND
DE LA
UNIVERSIDAD DE HARVARD

Querido Copey:

Recuerdo que pensabas que era extraño el que no hubiera deseado escribir sobre lo que vi al hacer mi primer viaje a países extranjeros.
Desde entonces, he visitado a un país que me ha incitado a hacerlo. Pero al escribir estas impresiones sobre México no puedo menos que pensar que nunca habría visto lo que vi si no hubiera sido por tus enseñanzas.
Unicamente puedo agregar mi dicho a lo que tantos que escriben ya te han expresado: que escucharte es aprender cómo ver la belleza oculta del mundo visible; que ser tu amigo es tratar de ser honrado intelectualmente.
Por eso te dedico este libro, en la inteligencia de que tomarás como tuyas las partes que te agraden y de que me perdonarás por el resto.

J. R.

Nueva York, Julio 3 de 1914.

HACIA LA FRONTERA

Después de una terrible y dramática retirada a través de seiscientos kilómetros de desierto, cuando fue evacuada Chihuahua, el ejército federal al mando de Mercado permaneció tres meses en Ojinaga, ciudad que se asienta en la margen mexicana del río Bravo.

Del lado norteamericano —en Presidio—, desde la rústica techumbre de tierra de la oficina de correos, más allá del medio kilómetro de chaparrales que crecían en la arena y que llegaban hasta la escasa y turbia corriente, podía verse la ciudad destacándose claramente hacia lo bajo de la meseta y en medio de un desierto abrasador circundado por peladas y abruptas montañas.

Veíanse sus casas cuadrangulares de pardo adobe y, aquí y allá, la cúpula oriental de alguna vieja iglesia española. Era una zona desolada, sin árboles. No se podía menos que esperar ver surgir minaretes. Durante el día, los soldados federales, con uniformes blancos y andrajosos, pululaban en el lugar cavando trincheras perezosamente. Corrían rumores de que se aproximaba Villa con sus victoriosas huestes constitucionalistas. Surgían súbitos destellos al iluminar el sol los cañones de campaña. Gruesas, extrañas nubes de humo rosado se levantaban en la quietud del aire.

Al atardecer, cuando el sol se hundía en el resplandor de un horno de fundición, patrullas de caballería pasaban, rápidas, recortando sus siluetas en el horizonte al dirigirse a los puestos nocturnos de las avanzadas. Después de oscurecer, brillaban misteriosas hogueras en la ciudad.

Tres mil quinientos hombres acampaban en Ojinaga. Era todo lo que quedaba de los diez mil hombres de Mercado y de los otros cinco mil que, marchando con Orozco al Norte desde la ciudad de México, habían llegado a reforzar al primero. De estos tres mil quinientos hombres, cuarenta y cinco eran mayores; veintiuno, coroneles, y once, generales.

Quería yo entrevistar al general Mercado; pero un periódico había publicado algo desagradable acerca del general Salazar, y éste, en represalia, había prohibido la estancia de los reporteros en la población. Envié una atenta solicitud al general Mercado; pero fue interceptada por el general Orozco, quien la devolvió con la siguiente respuesta:

Estimado y honorable señor: Si usted pone un pie en Ojinaga, lo colocaré ante el paredón y con mi propia mano tendré el gran placer de hacerle algunos agujeros en la espalda.

Pero, a pesar de todo, un día pude vadear el río y entré en la ciudad. Por fortuna, no me encontré con el general Orozco. Nadie pareció objetar mi entrada. Todos los centinelas que vi estaban echando una siesta a la sombra de las paredes de adobe. Pero casi en seguida tropecé con un cumplido oficial de nombre Hernández, a quien expliqué que deseaba ver al general Mercado.

Sin averiguar nada sobre mi identidad, frunció el ceño, cruzó los brazos y estalló así:

—Yo soy el jefe del Estado Mayor del general Orozco y no lo llevaré a ver al general Mercado.

No contesté. Pocos minutos después añadió:

—¡El general Orozco odia al general Mercado! ¡No se digna ir a su cuartel y el general Mercado no se atreve a venir al cuartel del general Orozco! ¡Es un cobarde! ¡*Corrió* en Tierra Blanca y después huyó de Chihuahua!

—¿Qué otros generales no le gustan? —pregunté. Se recogió en sí mismo y, mirándome de través y con enojo, al mismo tiempo que sonreía burlonamente, contestó:

—¡*Quién sabe…*[2]!

Al fin vi al general Mercado. Era un hombre bajo de cuerpo, gordo, sentimental, preocupado, irresoluto, que gimoteaba e inflaba una larga historia acerca de cómo el ejército norteamericano había cruzado el río y ayudado a Villa a ganar la batalla de Tierra Blanca.

Las albas y polvorientas calles del pueblo rebosaban de suciedad y forraje; la vieja iglesia, sin ventanas, tenía tres enormes campanas españolas afuera, colgadas de una estaca; una nube azul de incienso escapaba por la ennegrecida puerta, donde las *soldaderas* rogaban por la victoria, día y noche, tumbadas bajo los rayos de un sol abrasador. Ojinaga había sido tomada y recuperada cinco veces. Apenas si alguna casa tenía techo y todas las paredes mostraban hendiduras de bala de cañón. En aquellas habitaciones vacías, estrechas, vivían los soldados, sus mujeres, sus caballos, gallinas y cerdos robados en la campiña circunvecina. Los fusiles, hacinados en los rincones; las monturas, apiladas entre el polvo; los soldados, harapientos; escasamente alguno poseía un uniforme completo. En cuclillas, alrededor de pequeñas hogueras en las puertas, hervían *elotes* y carne seca. Casi se morían de hambre.

A lo largo de la calle principal pasaba una ininterrumpida procesión de gente hambrienta, enferma, exhausta, arrojada del interior del país por el miedo a los rebeldes que se acercaban. Habían hecho una travesía de ocho días sobre el más terrible desierto del mundo. Eran detenidos en las calles por centenares de soldados

federales, que los despojaban de cuanto les venía en gana. Después pasaban hasta cruzar el río y, ya en territorio norteamericano, tenían que esquivar las garras de los aduaneros y de los funcionarios de Migración y de las patrullas del ejército en la frontera, que los registraban para desarmarlos.

Cientos de refugiados cruzaban el río; unos a caballo arreando ganado; algunos en pequeños vehículos, otros a pie. Los inspectores no se distinguían por su cortesía.

—¡Bájese de ese carro! —gritaba uno de ellos a una mujer con un bulto en los brazos.

—Pero, *señor*, ¿por qué razón? —Intentaba balbucir.

—¡Bájese ahora mismo o la bajo! —le gritaba el inspector.

Hacían un registro minucioso, brutal, innecesario, tanto en los hombres como en las mujeres.

Estaba yo presente cuando una mujer vadeó el arroyo; levantóse las faldas hasta las pantorrillas sin importarle un pito. Cubríase con un largo chal, que estaba un poco abultado en el frente, como si llevara algo debajo.

—¡Eh, oiga! —gritó el aduanero—. ¿Qué lleva usted bajo su chal?

Ella abrió lentamente la parte delantera del chal y le contestó dulcemente:

—No sé, señor. Puede que sea una niña, o tal vez un niño.

Aquellos fueron días gloriosos para Presidio, un aislado e indescriptiblemente desolado lugarejo como de quince casucas de adobe, desperdigadas sin mucho plan entre los espesos arenales y la maleza a lo largo del río. El viejo Kleinmann, el tendero alemán, hizo una fortuna abasteciendo refugiados y aprovisionando al ejército federal del otro lado del río. Tenía tres bellas hijas, pimpollos a quienes encerraba en el desván de la tienda porque una banda de mexicanos, enamorados y ardientes vaqueros, rondaban en su torno como perros, atraídos desde muchos kilómetros a la redonda por la fama de que gozaban las damiselas. Pasaba la mitad del tiempo trabajando afanosamente en la tienda, desnudo hasta la cintura; el resto lo empleaba corriendo por todas partes con un pistolín pegado al cinto, a fin de prevenir y alejar a los amorosos pretendientes.

A todas horas del día o de la noche, enjambres de soldados federales desarmados que cruzaban el río se apretujaban en la tienda y en el salón de billares. Circulaban entre ellos sujetos siniestros, enigmáticos, que se daban aire de importancia; eran agentes secretos de los rebeldes y de los federales. En los contornos, entre los breñales, acampaban centenares de míseros refugiados. Uno no podía dar un paso durante la noche sin tropezar por dondequiera con un complot o un contracomplot. Rondaban por allí guardabosques texanos y soldados de los Estados Unidos, así como también agentes de empresas norteamericanas tratando de introducir consignas secretas a sus empleados en el interior de México.

Un tal MacKenzie pateaba, montado en cólera, en la oficina de correos. Parece que tenía cartas importantes para las minas de la Asarco (American Smelting and Refining Co. de Santa Eulalia).

—El viejo Mercado insiste en abrir y leer todas las cartas que pasan a través de sus líneas —gritaba indignado.

—Pero —le dije— las dejarán pasar, ¿no es así?

—Ciertamente —contestó—. ¿Cree usted que la Asarco puede someterse a que sus cartas sean abiertas y leídas por un miserable mugroso? ¡Es un atropello incalificable que una compañía norteamericana no pueda remitir una carta confidencial a sus empleados! ¡Si esto no es motivo para una intervención —terminó sobriamente—, no sé qué lo será!

Había toda laya de agentes: de empresas de armas y municiones, matuteros y *contrabandistas*; entre ellos, un hombre chiquitín, vendedor de un negocio fotográfico, que hacía ampliaciones de retratos al lápiz a cinco pesos cada una.

Se movía febrilmente entre los mexicanos y obtenía millares de pedidos, cuyo importe, fuera del enganche, debía pagarse al recibo de las ampliaciones, que, seguramente, no llegarían nunca. Era ésta su primera experiencia con mexicanos y estaba altamente agradecido por la cantidad de órdenes recibidas.

Un mexicano lo mismo puede ordenar un retrato, un piano o un automóvil, siempre que no tenga que pagarlo. Tal cosa le proporciona una sensación de prosperidad.

El minúsculo agente de ampliaciones al lápiz hizo un comentario sobre la Revolución mexicana. Dijo que el general Huerta debía de ser un hombre refinado, porque, según sabía, era pariente lejano, por parte materna, de la distinguida familia Carey, de Virginia…

La margen norteamericana del río la patrullaban, dos veces al día, grupos montados que corrían cuidadosamente paralelos a las tropas de caballería que, del otro lado, guardaban la margen mexicana. Ambas partes se vigilaban estrechamente al través de la frontera. De vez en cuando, un mexicano, incapaz de contener sus nervios, disparaba una bala al rumbo donde estaban los norteamericanos; se trataba entonces de una escaramuza entre ambos grupos, guarecidos en la maleza. Un poco más allá de Presidio había estacionados dos escuadrones del Noveno de Caballería Negra. A uno de estos soldados negros, que daba agua a su caballo a la orilla del río, se dirigió un mexicano, sentado en cuclillas en la margen opuesta:

—¡Oye, negro! —le gritó sarcásticamente, en inglés—. ¿Cuándo van ustedes, *gringos* condenados, a cruzar la línea?

—¡*Chile*! —respondió el negro—. No vamos a cruzarla de ninguna manera. Solamente la vamos a extender hasta el gran charco (el mar).

Algunas veces, un refugiado rico, con una buena cantidad de oro cosida entre las mantas de su montura, lograba cruzar el río sin que los federales lo descubrieran. Había seis grandes automóviles de alta velocidad esperando en Presidio a este tipo de víctima. Le sacaban cien dólares en oro para llevarlo a tomar el ferrocarril; en el camino, en cualquier parte de los solitarios eriales del sur de María, podía tener la seguridad de que sería asaltado por una banda de enmascarados para despojarlo de

cuanto llevara. En tales casos llegaba a la ciudad, como un huracán, montado en su caballo pinto, el *sheriff* del condado, un trasunto real de las mejores tradiciones de «La muchacha del Dorado Oeste».

Este tipo había leído todas las novelas de Owen Wister y sabía cómo debía ser un *sheriff* del Oeste: dos pistolas en la cadera, la *macana* bajo el brazo, el enorme cuchillo encajado en la bota izquierda y una gran escopeta en el arzón de la silla. Su conversación estaba aderezada con las más horrendas blasfemias, pero nunca había detenido a un solo criminal. Después del trabajo diurno, consistente en hacer cumplir la ley del Condado de Presidio contra la portación de armas y el juego de póquer, por la noche podía encontrársele siempre, echando una manita, sentado muy tranquilamente en la parte trasera de la tienda de Kleinmann.

La guerra y los rumores de guerra mantenían a Presidio en una tensión febril. Todos sabíamos que tarde o temprano vendría por tierra, desde Chihuahua, el Ejército Constitucionalista y atacaría a Ojinaga. De hecho, ya se habían acercado en grupo los generales federales a fin de hacer arreglos con el mayor a cuyo mando estaba la patrulla norteamericana de la frontera, para acordar la retirada del Ejército Federal de Ojinaga en tales circunstancias. Manifestaron que, cuando atacaran los rebeldes, ellos resistirían por un tiempo razonable —como dos horas— y que después pedirían su venia para atravesar el río…

Sabíamos que a unos quince kilómetros al sur, en el Paso de la Mula, había quinientos rebeldes voluntarios que guardaban el único camino de Ojinaga para cruzar las montañas. Un día, un correo logró burlar las líneas federales y pasó el río con noticias importantes. Dijo que la banda de música federal había estado recorriendo los alrededores dando audiciones, pero que había sido capturada por los constitucionalistas, quienes la formaron en una plaza pública y la hicieron tocar a punta de rifle durante doce horas seguidas. «Así —continuaba el narrador— se había logrado mitigar en algo lo duro de la vida en el desierto. ¡Nunca pudimos explicarnos el motivo por el cual habían mandado a la banda a dar audiciones musicales, sola, a quince kilómetros de Ojinaga, en el desierto…!».

Un mes más permanecieron los federales en Ojinaga, y Presidio prosperó entretanto. Entonces Villa, a la cabeza de sus tropas, apareció en un amanecer del desierto. Los federales resistieron durante un «tiempo razonable» —justamente dos horas— o, para ser minuciosos, hasta que Villa, con una batería y galopando junto a las bocas de los cañones, persiguió al enemigo hasta hacerlo cruzar el río en una huida loca. Los soldados norteamericanos los arrebañaron en un inmenso corral para remitirlos, poco después y como prisioneros, a un campo alambrado en Fort Bliss, Texas.

Para entonces ya estaba yo bien adentro de México, cabalgando a través del desierto con un centenar de harapientos soldados constitucionalistas camino hacia el frente.



PRIMERA PARTE

LA GUERRA EN EL DESIERTO

Capítulo I

EL PAÍS DE URBINA

Procedente de Parral llegó al pueblo un baratillero con una mula cargada de *macuche* —cuando no se puede conseguir tabaco se fuma macuche— y en torno de él nos confundimos con el resto de la población para obtener noticias.

Esto ocurría en Magistral, un pueblo montañés de Durango a tres días de camino del ferrocarril. Alguien compró un poco de macuche; los demás le pedimos prestado algo y enviamos a un muchacho por unas hojas de maíz. Todos encendimos un cigarro y nos encuclillamos de a tres en torno del baratillero porqué sólo hacía unas semanas que el pueblo tenía conocimiento de la revolución. Traía los rumores más alarmantes: que los federales habían roto el cerco de Torreón y venían con este rumbo, quemando ranchos y asesinando pacíficos; que las tropas norteamericanas habían pasado el río Bravo; que Huerta había renunciado; que Huerta venía al Norte para hacerse cargo, en persona, de las tropas federales; que Pascual Orozco había muerto en Ojinaga y que Pascual Orozco venía para el Sur con diez mil *colorados*. El narrador adornaba sus noticias con gran abundancia de gestos dramáticos, paseándose y moviéndose hasta bailarle en la cabeza su pesado sombrero galoneado; echándose al hombro su desteñida cobija azul, disparaba rifles imaginarios y sacaba espadas que no existían, mientras que su auditorio murmuraba ¡*Ma*!, y ¡*Adió*! Pero el rumor más interesante era que el general Urbina saldría para el frente dos días después.

Un árabe, hosco, Antonio Swayfeta, que se dirigía a Parral en un calesín de dos ruedas, me permitió ir con él hasta Las Nieves, donde vivía el general. Al mediar el día ya habíamos subido a las montañas y salido de ellas hacia las tierras altas de la gran planicie del norte de Durango; bajamos, sacudidos suavemente entre el oleaje de la amarilla sabana, que se extendía tan lejos que el ganado que pastaba se convertía en pequeños puntos y desaparecía, finalmente, en la base púrpura de las abruptas montañas, las cuales parecían tan cercanas que pudieran tocarse tirándoles una piedra.

La hosquedad del árabe se había desvanecido y volcó ante mí la historia de su vida, de la que no entendía ni una palabra, aunque sí su trayectoria. Entiendo que ha sido en gran parte comercial. Había estado una vez en El Paso y la consideraba la

ciudad más hermosa del mundo. Pero el negocio es mejor en México. Dijo que allá hay pocos judíos, porque no pueden competir con los árabes.

No encontramos en todo el día sino a un solo ser humano; un viejo cubierto de andrajos, a horcajadas en un burro, tapado con un *sarape* a cuadros negros y rojos, sin pantalones, pero abrazado a lo que quedaba de un rifle. Escupiendo antes, expresó que era un soldado que, después de tres años de pensarlo, había decidido unirse a la revolución y pelear por la libertad. Pero que en su primera batalla, al oír el disparo de un cañón —el primero que había escuchado en su vida—, emprendió el regreso inmediato a su hogar, en El Oro, donde se proponía bajar a una mina aurífera y quedarse allí hasta que la guerra hubiera terminado…

Antonio y yo permanecimos callados. Ocasionalmente hablaba en impecable castellano a la mula. Me hizo saber que esa mula era *puro corazón*. El sol se colgó por un momento en la cresta roja de las montañas de pórfido, ocultando tras ellas la concavidad turquesa del cielo, cubierto de nubes anaranjadas. Después, todas las ondulaciones conjuntas del desierto resplandecieron y se mezclaron con la luz de matices apagados. De pronto se dibujó enfrente la sólida fortaleza de una gran finca —como las que se encuentran rara vez en aquella vasta tierra—, un imponente cuadrado de paredes blancas, con torreones en las esquinas y una puerta de hierro cubierta con clavos de adorno. Se erguía majestuosa y prohibitiva sobre una pequeña loma lisa, como cualquier castillo; la circundaban redondos corrales de adobe y, abajo, en lo que había sido un arroyo seco durante el día, brotaba el río subterráneo a la superficie, formando un charco que desaparecía nuevamente entre la arena. Del interior se alzaban rectas y delgadas líneas de humo, que iban a perderse entre los últimos rayos solares. Del río a la puerta se movían negras, diminutas figuras de mujeres con cántaros de agua en la cabeza, mientras dos vaqueros arreaban algún ganado a los corrales. A esta hora, las montañas de occidente tomaban un color azul de terciopelo; el pálido cielo, un dosel rojizo de moaré. Cuando llegamos a la gran puerta del rancho había en lo alto una verdadera lluvia de estrellas.

Antonio preguntó por don Jesús. Siempre es más seguro atinar inquiriendo en un rancho por don Jesús, porque invariablemente ése es el nombre del administrador.

Al fin apareció éste; era un hombre magníficamente alto, con pantalones pegados, camiseta roja de seda y un sombrero gris recargado de adornos de plata, quien nos invitó a pasar. El interior del recinto consistía en casas en todo su derredor. A lo largo de las paredes y sobre las puertas colgaban tiras de carne seca, cordeles con *chiles* y ropa asoleándose. Tres jóvenes atravesaban la plazoleta una tras otra, balanceando *ollas* de agua sobre sus cabezas, gritándose entre sí con la bronca voz de las mujeres mexicanas. Una mujer acuclillada amamantaba a su hijo en una casa; en la siguiente, otra se arrodillaba en la interminable tarea de moler maíz en una artesa de piedra. Los hombres, en cuclillas alrededor de pequeñas fogatas, fumaban cigarros de *hoja* de maíz, envueltos en sus decolorados sarapes, mientras miraban trabajar a las mujeres. Todos se levantaron y nos rodearon al desensillar, mientras nos decían con voz afable

Buenas noches; entre curiosos y accesibles, preguntaban: ¿De dónde veníamos? ¿A dónde íbamos? ¿Qué nuevas traíamos? ¿No habían tomado todavía los maderistas a Ojinaga? ¿Era cierto que venía Orozco para matar a los *pacíficos*? ¿Conocíamos a Pánfilo Silveyra? Era un *sargento*; uno de los hombres de Urbina. Había salido de esa casa, era primo de este hombre. ¡Ah, ya era demasiada guerra!

Antonio se fue a regatear por un poco de maíz para la mula. «Un *tantito*, sólo un poquito de maíz», suplicaba. Seguramente don Jesús no le cobraría nada. ¡Qué tanto se podría comer una mula…!

En una de las casas fui a negociar una cena. La mujer extendió ambas manos:

—Estamos tan pobres ahora —dijo—. Un poquito de agua, algunos frijoles, *tortillas*… es todo lo que comemos en esta casa… ¿Leche? No hay. ¿Huevos? No hay. ¿Carne? No hay. ¿Café? ¡*Válgame Dios*, tampoco!

Me aventuré a decir:

—Con este dinero se podrían comprar esas cosas en alguna otra casa.

—¡*Quién sabe*! —contestó ella displicentemente.

En ese momento llegó el esposo y le reprochó su falta de hospitalidad.

—Mi casa está a sus órdenes —expresó enfáticamente, y me pidió un cigarro.

Se acomodó a su modo mientras ella traía las sillas familiares y nos invitaba a sentarnos. La habitación era de buenas proporciones, con piso de tierra y techo de vigas fuertes; adobe por todas partes. Las paredes y el techo estaban blanqueados y, a simple vista, limpísimos. En un rincón, una gran cama de hierro; en el otro, como casi en cada casa que vi en México, una máquina Singer de coser. Había también una mesilla sobre la cual estaba una tarjeta postal con la imagen de la Virgen de Guadalupe, ante la que ardía una vela. Arriba, en la pared, colgaba una indecente ilustración, cortada de las páginas de *Le Rire*, colocada ante un cuadro con un marco plateado: ¡evidentemente, un objeto de la más alta veneración!

Llegaron entonces varios tíos, primos y *compadres*, que se maravillaban si sacábamos un cigarro. A una orden del esposo, la mujer trajo una brasa en sus dedos. Fumamos. Se hacía tarde. Hubo una pequeña disputa sobre quién iría a comprar los víveres para nuestra comida. Finalmente convinieron en que fuera la mujer; pronto, Antonio y yo estábamos sentados en la cocina, mientras ella se doblaba sobre la plataforma de adobe en un rincón —que parecía altar—, donde cocinaba directamente sobre el fuego. El humo lo envolvió todo y salía por la puerta. De vez en cuando entraban las gallinas y un marrano, o irrumpía una oveja en busca de la masa para las *tortillas*, hasta que la voz airada del amo de la casa reconvenía a la mujer porque no hacía cinco o seis cosas a la vez. Ella se levantaba fatigosamente y alejaba al animal con una brasa ardiendo.

Durante la cena —carne salada con *chile* picante, huevos fritos, *tortillas, frijoles* y café negro, fuerte— tuvimos la compañía de toda la población masculina,

dentro y fuera de la habitación. Parecía que algunos tenían enojo contra la iglesia.

—¡Curas sinvergüenzas —exclamó uno—, que vienen cuando uno está tan pobre y se llevan el diezmo! (Un décimo de lo que cosechaban).

—¡Y nosotros que pagamos una peseta al gobierno por esta maldita guerra…!

—¡Cállate la boca! —gritó la mujer—; es para Dios. Dios tiene que comer, igual que nosotros…

Su esposo se sonrió con aire de superioridad. Había estado una vez en Jiménez y era considerado un hombre de mundo.

—Dios no come —replicó finalmente—. ¡Los *curas* engordan a costa nuestra!

—¿Por qué lo dan? —pregunté.

—Es la ley —dijeron varios a la vez.

¡Y nadie creería que esa ley había sido derogada en México en el año 1857!

Los interrogué sobre el general Urbina: «Un buen hombre, todo corazón». Otro dijo: «Es muy valiente. ¡Las balas rebotan sobre él como la lluvia en un *sombrero*…!».

—Es el primo del primer marido de la hermana de mi mujer.

—Es *bueno para los negocios del campo*. —(Que es tanto como decir que es un bandido y asaltante con mucho éxito). Y, por último, dijo uno orgullosamente—: Hace pocos años era un peón igual que nosotros; ahora es general y un hombre rico.

Pero no olvidaré muy pronto el cuerpo famélico y los pies descalzos de un viejo con cara de santo que habló pausadamente así: «La revolución es buena. Cuando concluya no tendremos hambre, nunca, nunca, si Dios es servido. Pero es larga y no tenemos alimentos que comer o ropa que ponernos. Porque el amo se ha ido lejos de la hacienda; no tenemos herramientas ni animales para trabajar y los soldados se llevan todo nuestro maíz y nuestro ganado…».

—¿Por qué no pelean los *pacíficos*?

Él se encogió de hombros.

—Ellos no nos necesitan ahora. No tienen rifles ni caballos para nosotros. Están ganando. ¿Y quién los alimentará a ellos si nosotros no sembramos? No, señor. Pero si la revolución pierde, entonces no habrá más *pacíficos*. Nos levantaremos con nuestros cuchillos y nuestros látigos. ¡La revolución no puede perder…!

Mientras Antonio y yo nos envolvíamos en nuestras cobijas sobre el suelo del granero, ellos cantaban. Uno de los jóvenes alegres se había conseguido una guitarra en alguna parte y a voces, apoyándose uno en el otro, con esa peculiar *armonía de barbería*, cantaban alto y plañideramente algo acerca de una *triste historia de amor*.

El rancho era uno de los muchos pertenecientes a la hacienda de Canutillo; al día siguiente caminamos todo el día atravesando sus tierras, que tenían una superficie mayor de un millón de hectáreas, me dijeron. El *hacendado*, un español rico, había huido del país hacía dos años.

—¿Quién es el dueño ahora?

—El general Urbina —dijo Antonio.

Y así era, en efecto, como pronto pude verlo. Las grandes haciendas del norte de Durango, una superficie mayor que la del Estado de Nueva Jersey, habían sido confiscadas para el gobierno constitucionalista por el general, quien las administraba por medio de sus propios agentes; según se decía, iba *al partir* con la revolución.

Caminamos continuamente durante todo el día en nuestro calesín, parando solamente lo bastante como para comer unas cuantas *tortillas*. Ya para caer la tarde vimos las morenas paredes de barro que rodeaban a Canutillo, con su pequeño grupo de casas y la vieja y rosada torre de su iglesia que emergía entre los álamos, a muchos kilómetros distante del pie de las montañas. El poblado de Las Nieves, dispersa colección de adobes del color exacto de la tierra con que habían sido hechos, se extendió ante nosotros como si fuera una extraña prolongación del desierto. Un río de corriente rápida, sin traza de verdor en sus márgenes, que contrastaba con la planicie calcinada por el sol, formaba un semicírculo en torno del lugar. Cuando vadeamos chapoteando entre mujeres que, arrodilladas, lavaban ropa, el sol se ocultó sin transición tras las montañas del oeste. Acto seguido, un diluvio de luz amarilla, espesa como el agua, inundó la noche, al mismo tiempo que se levantaba del suelo una niebla oro y rosa, en la que se movía, indolente, el ganado.

Yo sabía que el precio de un viaje como el que había hecho en el calesín de Antonio valía por lo menos diez *pesos*, y eso sin tener en cuenta lo que pediría un árabe, siempre en busca de provecho. Pero cuando le ofrecí dinero me abrazó y comenzó a llorar… ¡Dios te bendiga, árabe excelente! ¡Tienes razón! ¡El negocio es mejor en México!

CAPÍTULO II

EL LEÓN DE DURANGO EN CASA

Estaba sentado a la puerta de la casa del general Urbina un viejo peón con cuatro cananas terciadas sobre sí, entretenido en la genial tarea de llenar de pólvora unas bombas de hierro corrugado. Su dedo pulgar apuntó ligero hacia el patio. La casa del general, los corrales y almacenes corrían a todo lo largo de los cuatro costados de un espacio tan grande como la manzana de una ciudad; en tal recinto pululaban cerdos, gallinas y niños semidesnudos. Dos chivos y tres magníficos pavos reales miraban tristemente hacia abajo, desde el techo. Dentro y fuera de la sala, donde se oían los acordes fonográficos de *La Princesa del Dólar*, andaba, majestuosa, una parvada de gallinas. Una vieja salió de la cocina y vació una cubeta de basura en el suelo; todos los cerdos se abalanzaron chillando sobre ella. En un rincón de la pared estaba sentada la pequeña niña del general, mascando un cartucho. Un buen número de hombres, de pie o tendidos en el suelo, permanecían alrededor de un pozo que estaba en el centro del patio. El propio general se encontraba sentado en medio de ellos en un sillón de mimbre con brazos rotos, dando *tortillas* a un venado manso y a una oveja negra, coja. Delante de él, un peón, arrodillado, vaciaba de un saco de lona algunos centenares de cartuchos de máuser.

El general no dio ninguna respuesta a mis explicaciones. Me extendió una mano débil, que retiró inmediatamente, pero no se levantó. Era un hombre fornido, de estatura mediana, de piel color oscuro caoba, barba negra dispersa hasta los pómulos, que no ocultaba del todo la ancha boca, delgada, sin expresión, las abiertas ventanas de la nariz, los diminutos y brillantes ojos festivos de animal. Durante cinco minutos no los separó de los míos. Le presenté mis papeles para identificarme.

—No sé leer —me dijo rápidamente. Hizo una señal a su secretario—. ¿De modo que usted quiere ir conmigo al campo de batalla? —me espetó en el más áspero español—. Muchas balas. —No contesté—. *Muy bien*, pero no sé cuándo me iré. Puede ser que dentro de cinco días. ¡Por ahora coma!

—Gracias, mi general, ya he comido.

—Vaya a comer —repitió, calmoso—. ¡*Ándele*!

Un hombre pequeño, sucio, a quien todos llamaban «doctor», me acompañó al comedor. Había sido boticario en Parral, ahora era mayor. Debíamos dormir juntos aquella noche, me dijo. Pero antes de llegar al comedor se oyó un grito de ¡Doctor! Había llegado un herido; era un campesino con el sombrero en la mano y un pañuelo tinto en sangre, atado a la cabeza. El pequeño doctor se volvió todo eficiencia. Despachó a un muchacho por las tijeras familiares y a otro por un cubo de agua del pozo. Afiló con una navaja una astilla de madera que levantó del suelo. Sentando al herido en un cajón, le quitó la venda, que descubrió una herida como de dos pulgadas de largo, bajo una costra de sangre seca, y mugre. Primero cortó el pelo en derredor de la herida, hurgando con las puntas de las tijeras sin miramiento alguno. El paciente aspiró con fuerza, pero no se movió. Entonces el doctor cortó despacio la sangre coagulada de la superficie, silbando alegremente para sí. «Sí —dijo—, es una vida interesante la de doctor». Escudriñó atentamente la sangre que manaba de la herida; el campesino seguía inmóvil como si fuera una estatua de piedra. «Y es una vida llena de nobleza —agregó— aliviar los sufrimientos ajenos». Entonces tomó la afilada astilla de madera y la introdujo hasta lo más hondo, ¡moviéndola lentamente por toda la longitud de la herida!

—¡Bah!, el animal se ha desmayado —exclamó el doctor—. ¡Sosténgalo mientras yo lavo la herida!

Y, diciendo y haciendo, levantó el cubo de agua y derramó su contenido sobre la cabeza del paciente; el agua y la sangre, mezcladas, corrían sobre sus ropas.

—Estos peones ignorantes —dijo el doctor, cubriendo la herida con el vendaje original— no tienen valor. Es la inteligencia la que hace el alma. ¿No?

Cuando el peón volvió en sí, le preguntó: «¿Eres soldado?. —El hombre se sonrió dulcemente, suplicante—. No, señor, yo soy únicamente un *pacífico* —dijo—; vivo en Canutillo, donde mi casa está a sus órdenes…».

Un poco más tarde —bastante más tarde— nos sentamos todos a cenar. Allí estaba el teniente coronel Pablo Seáñez, un joven simpático, franco, de veintiséis años, con cinco balazos en el cuerpo, que correspondían a tres años de combatiente. Salpicaba su conversación con los juramentos militares de rigor; su pronunciación era un poco confusa como resultado de un balazo en el maxilar y la lengua casi cortada en dos por una espada. Decían que era una fiera en el combate y un asesino (muy *matador*) después de éste. En la primera toma de Torreón, Pablo y otros dos oficiales, el mayor Fierro y el capitán Borunda, habían ejecutado a balazos, y personalmente, a ochenta prisioneros inermes. No suspendieron la matanza hasta que se cansaron, al grado de no poder tirar más de los gatillos de sus armas.

—¡*Oiga*! —preguntó Pablo—. ¿Dónde está el mejor instituto para estudiar hipnotismo en los Estados Unidos? ¡Tan pronto como concluya esta maldita guerra voy a estudiar para hipnotista…!

A renglón seguido comenzó a dar pases al teniente Borrego, que era llamado irrisoriamente «El León de las Sierras», debido a sus prodigiosas bravatas. Éste se

despojó violentamente de su revólver y dijo a gritos: «¡No quiero tener nada con el diablo!», entre las risas estruendosas de los demás.

Allí estaba también el capitán Fernando, un gigantón canoso, con pantalones pegados, que había peleado en veintiún combates y a quien le encantaba oír mi español fragmentado, haciéndole reír tan estrepitosamente cada frase que le dirigía que hacía temblar los adobes del techo. Nunca había salido de Durango y juraba que había un mar enorme entre México y los Estados Unidos, así como que todo el resto del mundo era agua. Junto a él estaba sentado Longino Guereca, con su hilera de dientes picados, que mostraba al sonreír, en contraste con un rostro apacible y una mención de bravura única que era famosa en todo el ejército. Tenía apenas veintiún años y ya era capitán primero. Me dijo que la noche anterior habían tratado de matarlo sus propios soldados… Después estaba Patricio, el mejor jinete de caballos *broncos* en el Estado; Fidencio, que le seguía, un indio puro de más de dos metros de estatura que siempre peleaba a pie. Y, por último, Rafael Zalarzo, un pequeño jorobado a quien Urbina llevaba en su tren para divertirse, igual que cualquier duque italiano de la Edad Media.

Cuando hubimos quemado nuestros gaznates con la última *enchilada* y limpiado nuestros últimos *frijoles* con una *tortilla* —los tenedores y cucharas no se conocían—, cada caballero tomó un buen buche de agua, hizo una gárgara y la arrojó al suelo. Al salir al patio vi dibujarse la silueta del general saliendo de su recámara, tambaleándose ligeramente. Llevaba su revólver en la mano. Se detuvo un momento en la claridad de otra puerta y entró rápidamente, azotando la puerta tras de sí.

Yo estaba ya acostado cuando llegó el doctor a la pieza. En otra cama reposaba «El León de las Sierras» con su manceba de ocasión, que roncaba ruidosamente.

—Sí —dijo el doctor—, ha habido alguna pequeña dificultad. El general no puede caminar hace ya dos meses por el reumatismo… Algunas veces tiene tan fuertes dolores que los atenúa tomando *aguardiente*… Esta noche trató de matar a su madre. Siempre intenta hacerlo porque la quiere mucho…

El doctor se contempló en el espejo y se atusó el bigote.

—Esta revolución, recuérdelo, es una lucha del pobre contra el rico. —Reflexionó un momento y comenzó a desvestirse. Mirando su mugrienta camiseta, el doctor me hizo el honor de expresar la única frase que sabía en inglés—: Tengo muchos piojos —dijo, sonriendo orgulloso…

Salí al amanecer y di un paseo por Las Nieves. La población pertenece al general Urbina: la gente, las casas, los animales y las almas inmortales… En Las Nieves, él solo, y únicamente él, administra la justicia, alta y baja.

La única tienda del pueblo está en su casa; compré algunos cigarrillos a «El León de las Sierras», que estaba de guardia como dependiente de la tienda ese día. El general estaba platicando en el patio con su querida, una bellísima y al parecer aristocrática mujer, con una voz que recordaba a un serrucho. Cuando me vio, vino y

me estrechó la mano, diciendo que deseaba le tomara algunas fotografías. Le contesté que ése era mi objetivo en la vida, preguntándole, además, si creía que saldría pronto para el frente.

—Creo que en unos diez días —contestó.

Yo comencé a preocuparme.

—Yo aprecio su hospitalidad, mi general —le respondí—, pero mi trabajo exige que esté donde pueda ver el avance que se efectúa sobre Torreón. Si es conveniente, desearía regresar a Chihuahua y reunirme con el general Villa, que pronto saldrá para el Sur.

No cambió la expresión facial de Urbina, pero me disparó lo siguiente:

—¿Qué es lo que no le gusta de aquí? ¡Está usted en su propia casa! ¿Quiere cigarrillos? ¿Quiere usted *aguardiente, sotol* o coñac? ¿Quiere una mujer para que le caliente la cama por la noche? ¡Puedo darle cualquier cosa que usted quiera! ¿Quiere una pistola? ¿Un caballo? ¿Quiere dinero? —Sacó un puñado de pesos de plata de su bolsillo y los arrojó a mis pies.

Yo respondí:

—En ninguna parte de México soy tan feliz y estoy tan contento como en esta casa, pero tenía pensado seguir más adelante.

Durante la hora siguiente estuve tomando fotografías del general Urbina a pie, con espada y sin ella; el general Urbina cabalgando sobre tres caballos distintos; el general Urbina con su familia y sin ella; los tres niños del general Urbina, a caballo y a pie; la madre del general Urbina y su concubina; toda la familia armada con espadas y pistolas; también el fonógrafo —traído a propósito— y a uno de los niños sosteniendo un cartel donde estaba escrito con tinta: «General Tomás Urbina R.».

Capítulo III

EL GENERAL SE VA A LA GUERRA

Habíamos terminado el desayuno y me iba resignando a los diez días más en Las Nieves, cuando el general cambió de parecer repentinamente y salió de su cuarto rugiendo órdenes. En cinco minutos todo era bullicio y confusión en la casa: oficiales que se apresuraban a empacar sus sarapes, *mozos* y tropa ensillando caballos, peones con brazadas de fusiles corriendo de aquí para allá. Patricio aparejó cinco mulas para el coche grande, fiel copia de la diligencia de Deadwood. Un correo salió corriendo a caballo para reunir la tropa que estaba acuartelada en Canutillo. Rafaelito subió al coche el equipaje del general, el cual consistía en una máquina de escribir, cuatro espadas —una de ellas con el emblema de los Caballeros de Pitias[3]—, tres uniformes, el fierro de marcar reses del general y una damajuana de más de cincuenta litros de *sotol*.

En seguida, la tropa, una columna desigual de polvo oscuro, cubrió el camino a lo largo de varios kilómetros. Adelante caminaba una pequeña figura negra y rechoncha, empuñando la bandera mexicana, que flotaba sobre su cabeza, cubierta con un viejo sombrero alicaído y cargado con dos kilos y medio de hilo que había sido dorado, probablemente orgullo alguna vez de algún *hacendado*. Lo seguían muy de cerca Manuel Paredes, con sus botas de montar hasta las caderas, atadas con hebillas de plata del tamaño de un peso, y azotando su caballo con el plan de un sable; Isidro Amaya, que hacía *reparar* a su caballo sacudiéndole un sombrero delante de los ojos; José Valiente, haciendo sonar sus espuelas de plata con incrustaciones de turquesas; Jesús Mancilla, con su relampagueante cadena de latón al cuello; Julián Reyes, con las efigies en colores del Cristo y la Virgen al frente de su sombrero; un enmarañado grupo de seis, seguido por Antonio Guzmán, que trataba de lazarlos, elevándose las espirales de su *reata de lazar* entre el polvo del suelo. Era una carrera loca, todos gritaban y disparaban sus pistolas hasta alejarse unos centenares de metros; entonces enfrenaban cruelmente a sus caballos, que sangraban de las bocas por la bárbara parada en seco; una confusión vertiginosa de hombres, caballos y polvo.

Esto era la tropa cuando la vi por primera vez. Eran como un centenar de soldados, cubiertos de harapos pintorescos; algunos vestían ropas de obrero, de

mezclilla; otros, las chaquetillas charras de los peones; en tanto que uno o dos alardeaban de sus pantalones pegados de *vaqueros*. Sólo unos cuantos llevaban zapatos; los más de ellos, *huaraches*, y el resto iba descalzo. Sabás Gutiérrez lucía una vieja levita, que abría por atrás para montar. Los rifles colgaban de sus monturas, llevaban cuatro o cinco cananas de cartuchos cruzados sobre el pecho, altos sombreros de flotantes alas; inmensas espuelas que tintineaban al cabalgar; sarapes de brillantes colores, amarrados atrás de la silla. Todo esto constituía su equipo.

El general estaba adentro con su madre. Afuera de la puerta sollozaba su concubina, rodeada por sus tres hijos. Esperamos casi una hora; Urbina salió entonces y, mirando apenas a su familia, saltó sobre su gran caballo tordillo de combate, espoleándolo furiosamente hacia la calle. Juan Sánchez tocó la orden de marcha en su corneta rajada, y la tropa, encabezada por su general, tomó el camino de Canutillo.

Mientras tanto, Patricio y yo cargamos en el coche tres cajas de dinamita y una de bombas. Subí y me senté al lado de Patricio; los peones soltaron las cabezadas de sus mulas y el largo látigo les acarició las costillas. Salimos galopando del poblado, tomando la empinada margen del río a treinta kilómetros por hora. Allá, en el otro lado, la tropa trotaba a lo largo de un camino más directo. Pasamos Canutillo sin detenernos.

—*¡Arre, mulas! ¡Putas! ¡Hijas de la…!* —gritaba Patricio, haciendo silbar su látigo.

El *Camino Real* era una simple vereda sobre un terreno desigual; cada vez que pasábamos un arroyo, la dinamita se caía con un estrépito que enfermaba… De repente se rompió una cuerda y una de las cajas salió rebotando del coche y cayó entre las rocas. Sin embargo, no pasó nada —era una mañana fría—; la recogimos y sujetamos otra vez, asegurándola. A cada cincuenta metros había en el camino pequeños montones de piedras, coronados por cruces, cada una de las cuales recordaba un asesinato. De vez en cuando aparecía una cruz blanqueada en medio de un camino lateral; era para proteger algún ranchito de las visitas del diablo. El oscuro y relumbroso chaparral, a la mitad de la altura de una mula, arañaba los costados del coche; la yuca y las grandes *nopaleras* nos vigilaban como centinelas del desierto. Mientras, las voraces y poderosas aves de rapiña mexicanas describían círculos volando sobre nosotros, como si supieran que íbamos a la guerra.

Ya entrada la tarde, se perfilaron ante nuestros ojos, a la izquierda, las paredes que delimitaban las cuatrocientas mil hectáreas de la hacienda de Torreón de Cañas, que cruzaba desiertos y montañas como la Gran Muralla de China por más de veinte kilómetros, y poco después contemplábamos la propia hacienda. La tropa había desmontado alrededor de la Casa Grande. Se nos informó que el general Urbina había caído enfermo súbitamente y que, probablemente, no se levantaría de la cama en una semana.

La Casa Grande era un magnífico palacio con pórtico, de un solo piso, bañado por el sol mañanero del desierto. Desde sus puertas podían verse diez kilómetros de una

planicie ondulada, amarilla, y, más allá, las interminables cordilleras de montañas áridas, escalonadas una sobre otra. Atrás de la casa, los grandes corrales y establos, donde las fogatas nocturnas ya arrojaban densas columnas de humo amarillo. Abajo, en la hondonada, más de un centenar de casas de los peones formaban una vasta plaza abierta, en la que niños y animales retozaban juntos, mientras las mujeres se arrodillaban en su eterna molienda del maíz. Afuera, en el desierto, una tropilla de *vaqueros* cabalgaba lentamente al hogar, y a menos de un kilómetro, por el río, la cadena sin fin de mujeres cubiertas con rebozos oscuros acarreando el agua sobre sus cabezas… Es imposible imaginar lo cerca de la Naturaleza que viven los peones en esas grandes haciendas. Sus propias casas están construidas de la tierra que pisan, calcinada por el sol. Su alimento es el maíz que siembran; lo que *toman*, el agua que corre por el río que se agota, transportada dolorosamente sobre sus cabezas; las ropas que usan, tejidas de lana, y sus huaraches, de piel de novillo recién sacrificado. Los animales son sus constantes compañeros, familiares en sus casas. La luz y la oscuridad son su día y su noche. Cuando un hombre y una mujer se enamoran, vuelan el uno al otro sin las formalidades del cortejo, y cuando se cansan uno del otro, simplemente se separan. El matrimonio es muy costoso (seis pesos para el cura), lo que se considera como un alarde inútil que no obliga más que la unión más fortuita. Y, por supuesto, la cuestión de celos significa sangre.

Comimos en una de las altas y desiertas *salas* de la Casa Grande, una estancia de cielorraso altísimo y paredes de proporciones majestuosas, cubiertas con papel tapiz americano corriente. Ocupaba uno de los ángulos una enorme alacena de caoba, pero no había cubiertos para comer. Había una pequeña chimenea, en la que nunca se encendió fuego, a pesar de que se sentía un frío glacial día y noche. La puerta de la pieza contigua ostentaba pesados cortinajes de brocado cubierto de manchas; no había alfombra en el piso de hormigón.

El *cura* de la iglesia de la hacienda presidía la comida. A él le servían las mejores viandas, que algunas veces pasaba a sus favoritos después de servirse. Bebimos *sotol* y *aguamiel*, mientras el padre daba cuenta de una botella entera de anisete robado. Alegre ya, su señoría disertaba sobre las virtudes de la confesión, especialmente cuando se refería a las jóvenes.

Pude darme cuenta de que lo anterior no les hizo mucha gracia al resto de los circunstantes, aunque aparentemente eran respetuosos. Después que salimos del salón, José Valiente dijo, apretando los dientes: «Yo sé que mi hermana… ¡La revolución tendrá que ajustar cuentas con estos *curas*…!». Dos altos funcionarios constitucionalistas aludían a un programa poco conocido para echar a los sacerdotes de México; la hostilidad de Villa hacia los padres de la Iglesia es bien conocida.

Cuando salí en la mañana, Patricio estaba enganchando el coche y la tropa ensillaba. El doctor, que había acompañado al general, se encaminó hasta mi amigo el soldado Juan Vallejo y le dijo: «Tienes un bonito caballo y un rifle precioso; debías

prestármelos». «Pero no tengo otros», comenzó a decir Juan. «Yo soy tu jefe superior», agregó el doctor. Fue lo último que vimos del doctor, el rifle y el caballo.

Me despedí del general, que estaba retorciéndose tendido en la cama, emitiendo boletines por teléfono a su madre.

—Que tenga un feliz viaje —dijo—; escriba la verdad; va usted encomendado a Pablito.

CAPÍTULO IV

LA TROPA EN MARCHA

Entré al coche con Rafaelito, Pablo Seáñez y su querida, que era una criatura extraña. Joven, delgada y bella, era veneno y piedra para quienquiera que no fuera Pablo. Nunca la vi sonreír ni pronunciar una palabra gentil. Algunas veces nos trataba con una dureza feroz, otras con bestial indiferencia. Pero a Pablo lo arrullaba como a un niño. Cuando se acostaba en el asiento, él ponía la cabeza en su regazo; ella se le abrazaba fuertemente contra su pecho, haciendo ruidos como los de una tigresa con sus cachorros.

Patricio bajaba su guitarra del cajón donde la guardaba y el teniente coronel cantaba baladas amorosas con su voz cascada, acompañado por Rafael. Todo mexicano sabe centenares de ellas. No están escritas, pero a menudo son compuestas de improviso y conocidas al cantarse. Unas son muy bellas, algunas grotescas y otras son tan satíricas como cualquier canción popular francesa. Cantaba así:

Desterrado me fui para el Sur.
Desterrado por el gobierno y al año volví
con aquel cariño inmenso, me fui con el fin
de por allá quedarme. ¡Sólo el amor
de esta mujer me hizo volver!
¡Ay, qué noches tan intranquilas
paso en la vida, la vida sin ti!
¡Ni un pariente ni un amigo
a quien quejarme! Me fui con el fin
de por allá quedarme; ¡sólo el amor
de esta mujer me hizo volver!

Y después cantó *Los hijos de la noche*:

Yo soy de los hijos de la noche
Que vagan sin objeto en la oscuridad.
La hermosa luna con sus rayos de oro

es la compañera de mis penas.
Me voy a separar de ti,
cansado de llorar;
voy a embarcarme, embarcarme,
en las playas del mar.
Tú verás al momento de separarnos
que no permitiré que ames a otro.
Porque si así fuera, te arruinaría la cara,
y muchos golpes nos daríamos recíprocamente.
Así, pues, me voy a convertir en americano.
Vete con Dios, Antonia.
Despídeme de mis amigos.
¡Ojalá me dejen pasar los americanos,
y abrir una cantina
del otro lado del río!

La hacienda de El Centro nos proporcionó el almuerzo. Allí me ofreció Fidencio su caballo para la jornada de la tarde.

La tropa se nos había adelantado; pero todavía alcanzaba a ver a los soldados, tendidos en hilera entre la negra maleza de mezquites, la diminuta bandera verde, blanco y rojo ondeando sobre sus cabezas. Las montañas habían desaparecido en alguna parte más allá del horizonte y nosotros íbamos en medio de un gran bolsón del desierto cuyas ondulaciones se extendían hasta confundirse con el azul ceniza del cielo mexicano. Ahora que estaba fuera del coche me envolvió un gran silencio en derredor, una quietud más allá de lo que nunca había sentido. Es casi imposible tener un objetivo en el desierto; se siente uno absorbido por éste, se convierte en una de sus partes. Galopando adelante, pronto alcancé a la tropa.

—¡Hola, Míster! —me gritaron—. ¡Aquí viene el Míster a caballo! ¿*Qué tal*, Míster? ¿Cómo le va? ¿Va a pelear con nosotros?

Pero el capitán Fernando, que encabezaba la columna, se volvió y rugió:

—¡Venga acá, Míster! —El gigantón reía encantado—. Usted irá aquí conmigo —gritaba, dándome palmadas en la espalda—. Ahora, beba. —Y sacó una botella de *sotol*, medio llena todavía de licor—. Bébalo todo, demuestre que es hombre.

—Es demasiado —dije, y sonreí.

—Tómelo —aulló el coro, ya que la tropa se había reunido para ver. Lo tomé; un alarido y un aplauso respondieron confundidos. Fernando se inclinó y estrechó mi mano. «¡Muy bien, *compañero*!», gritó, balanceándose jubiloso. Los hombres apiñados en derredor estaban divertidos e interesados. ¿Iba yo a pelear junto con ellos? ¿De dónde venía? ¿Qué hacía? La mayoría no había oído hablar nunca de reporteros; uno de ellos lanzó la ominosa opinión de que yo era gringo y porfirista, y que debía ser fusilado.

El resto, sin embargo, se opuso terminantemente a tal punto de vista. Ningún porfirista podía tomar tanto *sotol* de un trago. Isidro Amaya declaró que durante la primera revolución había estado en una brigada a la que acompañaba un reportero, al que le decían *Corresponsal de Guerra.* ¿Me gustaba México? Yo contesté:

—Me gusta mucho México; quiero también a los mexicanos. Me gusta el *sotol, aguardiente, mezcal, tequila, pulque* y otras costumbres mexicanas.

Rieron a carcajadas.

El capitán Fernando se inclinó y me dio de palmaditas en el brazo:

—Ahora estás con hombres. Cuando ganemos la revolución, éste será un gobierno de hombres, no para los ricos. Vamos caminando sobre las tierras de los hombres. Antes pertenecían a los ricos, pero ahora me pertenecen a mí y a los *compañeros*.

—¿Y ustedes serán el ejército? —pregunté.

—Cuando la revolución haya triunfado —fue la sorprendente respuesta—, no habrá ejército. Estamos cansados de los ejércitos; fue con éstos que nos explotaba don Porfirio.

—¿Pero si los Estados Unidos invadieran a México?

Una verdadera tempestad estalló entonces:

—¡Somos más *valientes* que los americanos! Los malditos gringos no llegarían más lejos que al sur de Juárez. ¡Qué prueben! ¡Los haríamos retroceder a la frontera y a la carrera, quemando su capital al día siguiente…!

—No —dijo Fernando—, ustedes tienen más dinero y más soldados. Pero nuestros hombres protegerán el país. No necesitamos ejército. Los hombres pelearán por sus casas y sus mujeres.

—¿Por qué pelean ustedes? —pregunté.

Juan Sánchez, el abanderado, me miró curiosamente:

—¿Por qué? ¡Porque es bueno pelear; no se tiene que trabajar en las minas…!

Manuel Paredes dijo:

—Estamos peleando para reponer a Francisco I. Madero en la Presidencia.

Esta declaración extraordinaria**[4]** está impresa en el programa de la revolución. Los soldados constitucionalistas son conocidos en todas partes como maderistas.

—Yo lo conocí —agregó Manuel pausadamente—. Siempre estaba riéndose, siempre.

—Sí —dijo otro—; cuando había una dificultad con un hombre y todos querían reñir con él o ponerlo preso, Pancho Madero decía: «Dejadme hablarle unos minutos. Yo puedo persuadirle».

—Le gustaban los *bailes* —agregó un indio—. Muchas veces lo vi bailar toda la noche, todo el día siguiente y en la noche otra vez. Acostumbraba venir a las grandes haciendas y pronunciar discursos. ¡Al comenzar lo odiaban los peones; cuando terminaba, estaban llorando…!

Entonces, una voz ronca comenzó a cantar en el tono extraño que acompañaba siempre a los corridos populares que nacen a millares en cada ocasión:

En mil novecientos diez
aprehendieron a Madero
en Palacio Nacional,
el dieciocho de febrero.
Cuatro días estuvo preso
de Palacio en la Intendencia,
porque no quiso aceptar
el dejar la presidencia.
Entonces Blanquet y Díaz
allí lo martirizaron;
ellos fueron los verdugos
y así su odio saciaron.
Le apretaron los…
hasta que se desvaneció,
con gran sañuda crueldad,
pero ni así renunció.
Luego con fierros calientes
lo quemaron sin compasión.
Tan sólo se desmayó.
Nada le hicieron las llamas.
Pero todo fue en vano
por su enorme valentía,
porque prefirió morir.
¡Qué gran corazón tenía!
Así fue el fin de la vida
del que fue el redentor
de la República india
y del pueblo, salvador.
Lo sacaron de Palacio;
«En un asalto murió»,
Huerta dijo con cinismo,
pero nadie lo creyó.
¡Oh!, calle de Lecumberri
ya se acabó tu alegría,
que por ti pasó Madero
para la Penitenciaría.
El veintidós de febrero
siempre se ha de recordar;

la Virgen de Guadalupe
y Dios lo han de perdonar.
Adiós, mi México hermoso,
donde Madero murió;
adiós, adiós al Palacio
en que el apóstol cayó.
¡Señores, no hay nada eterno
y no hay amigo sincero;
vean lo que le pasó
a don Francisco Madero!

Para cuando el cantador iba por la mitad del corrido, toda la tropa ya estaba susurrando la tonada; cuando terminó, hubo un momento de silencio en el eco que se extinguía.

—Estamos luchando —dijo Isidro Amaya— por la libertad.

—¿Qué quieren decir: por la libertad?

—¡Libertad es cuando yo puedo hacer *lo que quiera*!

—Pero suponed que eso perjudique a alguien.

Me contestó con la gran sentencia de Benito Juárez:

—¡El respeto al derecho ajeno es la paz!

Yo no esperaba tal cosa. Me sorprendió este concepto de la libertad en un *mestizo* descalzo. Yo considero que es la única definición correcta de la libertad: ¡*Hacer lo que yo quiera*! Los norteamericanos me lo señalaron con aire de triunfo como un ejemplo de la irresponsabilidad mexicana. Pero creo que es una definición mejor que la nuestra: la libertad es el derecho de hacer lo que ordena la justicia. Todo niño mexicano conoce la definición de la paz y parece comprender lo que ésta significa también. Pero en Estados Unidos dicen: los mexicanos no quieren la paz. Eso es una mentira necia. ¡Qué se tomen los norteamericanos el trabajo de hacer una encuesta en el ejército maderista, preguntando si los soldados quieren la paz o no…! La gente está cansada de la guerra.

Pero, a fin de ser justo, debo informar de lo expresado por Juan Sánchez:

—¿Hay guerra ahora en los Estados Unidos? —preguntó.

—No —contesté mintiendo.

—¿No hay ninguna guerra en absoluto? —Se quedó meditando y añadió—: ¿Cómo pasan el tiempo, entonces?

Precisamente en ese momento alguien vio a un coyote que se escurría entre el monte; toda la tropa lo persiguió a gritos y chiflidos. Se dispersaron atropelladamente en el desierto; el sol poniente destellaba en sus cananas y espuelas; las puntas de los coloreados sarapes flotaban tras ellos. Más allá declinaba lentamente un mundo chamuscado y una lejana cordillera de montañas lila saltaba en olas de fuego como un potro cerril. Por aquí —si la tradición es correcta— pasaron los españoles con sus

corazas metálicas en busca del oro que, como si fuera una llamarada carmesí y plata, dejó frío y triste al desierto desde entonces. Al coronar una altura, tuvimos la primera vista de la hacienda de La Mimbrera, un recinto de casas cercadas por una pared capaz de sostener un sitio, que se extendía hacia abajo de un cerro, con la magnífica Casa Grande en la cumbre.

Frente a la casa, que había sido saqueada y quemada por el general orozquista Cheché Campos dos años antes, estaba parado el coche. Ardía una gran hoguera y diez *compañeros* mataban unos borregos que resistían y chillaban en sus brazos, empapando con sangre el suelo que brillaba bajo la luz siniestra, como algo fosforescente.

Los oficiales y yo cenamos en la casa del administrador, don Jesús, el más hermoso ejemplar de hombre que jamás haya visto. Tenía mucho más de dos metros de alto, delgado, piel blanca, un tipo de la más pura raza española. Recuerdo que a un extremo del comedor colgaba un cartel bordado en verde, blanco y rojo que decía: «¡Viva México!» y en otro cartel se leía: «¡Viva Jesús!».

Después de comer, cerca del fuego, pensaba acerca del lugar donde dormiría, cuando el capitán Fernando me tocó en el brazo.

—¿Querría usted dormir con los *compañeros*?

Cruzamos la gran plaza abierta, bajo la vivida luz de las estrellas del desierto, hacia un aislado almacén de mampostería. Adentro, unas cuantas velas que ardían en las paredes iluminaban los rifles apilados en los rincones, así como las monturas en el suelo y los *compañeros* envueltos en sus cobijas hasta la cabeza. Uno o dos estaban despiertos, hablaban y fumaban. En un ángulo, tres de ellos jugaban a las cartas, arrebujados en sus sarapes. Cinco o seis, con una guitarra, cantaban el comienzo del corrido *De Pascual Orozco*:

Dicen que Pascual Orozco ya chaqueteó
porque don Luis Terrazas lo sedució.
Dieron muchos millones y lo compraron
pa que contra el gobierno se levantara.
Orozco dijo que sí,
Orozco se rebeló,
pero el cañón, maderista
ése le dijo: ¡No!
Si a tu ventana llega Porfirio Díaz,
dale para que coma tortillas frías;
si a tu ventana llega el general Huerta,
pégale las narices contra la puerta.
Si a tu ventana llega Inés Salazar,
guarda todas tus cosas que va a robar;
si a tu ventana llega Maclovio Herrera,

abre, sin miedo alguno, la casa entera.

No me reconocieron al llegar, pero pronto uno de los que jugaban exclamó:

—¡Aquí viene el Míster!

Al oírlo se incorporaron unos y despertaron a los otros.

—¡Muy bien, es bueno dormir con los *hombres*; toma este lugar, *amigo*, aquí tienes mi silla; aquí no hay vueltas, aquí todo el mundo anda derecho…!

—Que pases una feliz noche, *compañero* —dijeron—. Entonces, hasta mañana.

En seguida alguno cerró la puerta. El recinto se llenó de humo y de un fétido aliento humano. El escaso silencio que dejaba el coro de ronquidos se extinguía por los cánticos que continuaron, creo, hasta la madrugada. Los *compañeros* tenían pulgas…

Pero yo me envolví en mis mantas y me acosté en el suelo de hormigón muy contento, durmiendo mejor de lo que nunca lo había logrado en México.

Al amanecer ya estábamos a caballo, remontando un empinado paraje del árido desierto para calentarnos. Hacía un frío cortante. Los hombres se envolvían en sus sarapes hasta los ojos, de modo que parecían hongos de colores bajo sus grandes sombreros. Los rayos del sol que caían a plomo quemándome la cara, los cogieron desprevenidos, exaltando los sarapes a colores más brillantes de los que poseían. El de Isidro Amaya era de un azul fuerte y espirales amarillas; Juan Sánchez tenía un rojo de ladrillo; el del capitán Fernando era verde y cereza; en contraste resplandecía uno púrpura y negro modelo zigzag…

Volvimos la cara para ver arrancar el coche y parar, mientras Patricio nos saludaba con un ademán. Dos de las mulas se habían agotado; débiles de las patas, caminaban vacilantes con la fatiga de dos días. La tropa se dispersó en busca de mulas. Pronto volvieron los soldados arreando dos hermosísimos animales, que no habían sabido nunca lo que era una silla. Tan pronto como olieron el coche arrancaron de estampida para huir. Fue entonces cuando los soldados volvieron instantáneamente a su oficio primitivo, el de *vaqueros*. Era un espectáculo maravilloso; el vibrante silbido de las reatas de lazar en el aire, hechas *gazas* que se retorcían como víboras y los pequeños caballos resistiendo la sacudida de la mula en carrera. Aquellas mulas eran unos demonios. Rompían las *reatas* una tras otra; derribaron dos veces al jinete con todo y cabalgadura. Pablo acudió al rescate. Montó el caballo de Sabás, hincó las espuelas y salió detrás de una mula. En tres minutos, la lazó de una pierna, la derribó y la amarró. En seguida hizo lo mismo con la segunda. No era casual que Pablo, a los veintiséis años, ya tuviera el grado de teniente coronel.

No solamente podía pelear mejor que sus hombres, sino también montar, lazar, tirar, hacer leña y bailar mejor.

Las mulas, con las patas atadas, fueron arrastradas hasta el coche, donde las ensillaron en un santiamén, a pesar de su furiosa resistencia. Cuando todo estaba listo, Patricio subió al pescante, empuñó el látigo y nos indicó hacernos a un lado. Los cerriles animales, respingando y parándose sobre las patas traseras, saltaban y relinchaban. Por encima de la batahola sonaba el chasquido del pesado látigo y el rugiente grito de Patricio: —¡*Ándenle, hijas de la gran ch…!*— y ellas tiraban adelante, corriendo; el gran coche pasaba los arroyos como tren expreso. Pronto se perdió de vista detrás de su propia cortina de polvo, para aparecer horas después, trepando por el costado de un gran cerro, a varios kilómetros de distancia…

Panchito tenía once años de edad y ya era soldado, con un rifle demasiado pesado para él y un caballo, al que tenían que subirlo para montar. Victoriano era su *compadre*, un veterano de catorce años. Otros siete de la tropa tenían menos de diecisiete. También iba una mujer, de cara indígena, adusta; montaba en silla de mujer, llevando dos cananas. Caminaba con los *hombres* y dormía junto a ellos en los cuarteles.

—¿Por qué estás peleando? —le interrogué.

Hizo un movimiento de cabeza hacia la torva figura de Julián Reyes y respondió:

—Porque él lo hace. El que a buen árbol se arrima, buena sombra le cobija.

—El que es buen gallo en cualquier gallinero canta —remató Isidro.

—El que es perico dondequiera es verde —concurrió algún otro.

—Caras vemos, corazones no sabemos —dijo José sentencialmente.

Al mediodía lazamos un novillo y lo matamos. Como no había tiempo para hacer fuego, le sacamos tiras de carne y nos la comimos cruda.

—*Oiga*, Míster —exclamó José—, ¿los soldados comen carne cruda en los Estados Unidos?

Yo contesté que no creía que lo hicieran.

—Es buena para los hombres. En campaña no tenemos tiempo para otra cosa sino *carne cruda*. Nos hace más valientes.

Ya avanzada la tarde alcanzamos el coche y galopamos con él hasta pasar el arroyo seco al otro lado, después de la cancha del gran rebote que flanquea la hacienda de La Zarca. A diferencia de La Mimbrera, aquí la Casa Grande se levanta sobre un lugar llano, con las casas de los peones en largas hileras a sus costados y un desierto plano sin chaparral por casi quince kilómetros al frente. Cheché Campa había hecho también su visita a La Zarca. El caserón, enorme, era una ruina negra y vacía.

CAPÍTULO V

NOCHES BLANCAS EN LA ZARCA

Por supuesto, me quedé como huésped del cuartel. Y precisamente aquí deseo mencionar un hecho:

Los norteamericanos han afirmado que el mexicano es pícaro fundamentalmente, que yo debía esperar que mi equipo fuera robado el primer día. He vivido ya dos semanas con una banda de exforajidos tan rudos como los que había en el ejército. No tenían disciplina, ni educación. Muchos de ellos odiaban cordialmente a los gringos. No se les había pagado ni un centavo durante seis semanas; algunos estaban tan extremadamente pobres que no tenían huaraches ni sarapes. Yo era un extranjero, sin armas y con un buen equipo. Poseía ciento cincuenta pesos, los que ponía visiblemente debajo de la almohada al acostarme a dormir. Y nunca se me perdió nada. Más todavía: no se me permitía pagar mis alimentos, en una compañía donde el dinero era escaso; y en cuanto al tabaco, casi desconocido, todo el que podía fumar me era proporcionado por los *compañeros*. La menor indicación que hacía acerca de pagarlo era un insulto.

La única posibilidad fue la de pagar la música para un *baile*. Mucho después de que Juan Sánchez y yo nos enrollamos en nuestras cobijas aquella noche, oíamos el ritmo de la música y los gritos de los bailadores. Sería como la medianoche cuando alguno abrió la puerta y gritó:

—¡Míster! ¡*Oiga*, Míster! ¿Está durmiendo? ¡Venga al *baile*! *¡Arriba! ¡Ándele!*

—¡Mucho sueño! —le dije. Después de algunas palabras el mensajero partió, pero diez minutos más tarde volvió:

—¡El capitán Fernando ordena que venga usted en seguida! ¡*Vámonos*!

Ahora se levantaron los otros.

—¡Venga al baile, Míster! —clamaron. Juan Sánchez sentóse y comenzó a ponerse los zapatos.

—¡Ya estamos en marcha! —dijo—. ¡El Míster va a bailar! ¡Órdenes del capitán! ¡Venga, Míster!

—Iré si va toda la tropa —dije. Levantaron todos un clamor en respuesta; la gente reía con risas ahogadas mientras se vestía.

Llegamos a la casa en un grupo de veinte. El tumulto de peones que bloqueaba la puerta y la ventana se abrió para dejamos pasar.

—El Míster… —gritaron alborozados—. ¡El Míster va a bailar!

El capitán Fernando me abrazó, diciendo con voz de trueno:

—¡Aquí viene el *compañero*! ¡A bailar! ¡Adentro! ¡Van a bailar la *jota*!

—¡Pero yo no sé bailar la *jota*!

Patricio, sonrojándose y jadeante, me tomó del brazo.

—¡Venga, es fácil! ¡Lo presentaré a la mejor muchacha de La Zarca!

Aquello no tenía remedio. En la ventana se apiñaban las caras y un centenar de gentes se apretujaba en la puerta. Era una pieza común en la casa de un peón, blanqueada, con un piso desparejo de tierra. Los músicos, sentados, tocaban a la luz de dos velas. Resonaron los acordes de *Puentes a Chihuahua*. Se hizo un silencio risueño. Tomé el brazo de la joven bajo el mío y comenzó la marcha preliminar, acostumbrada antes de principiar el baile, en torno al salón. Valsamos difícilmente por un momento o dos, cuando intempestivamente todos empezaron a gritar:

—*¡Ora! ¡Ora!* ¡Ahora!

—¿Qué se hace ahora?

—*¡Vuelta! ¡Vuelta!* ¡Suéltala! —Un coro perfecto.

—¡Pero si no sé cómo!

—¡El tonto no sabe bailar! —gritó uno.

Otro comenzó a cantar la burlona canción:

Todos los gringos son majes,
Nunca han estado en Sonora,
Y cuando quieren decir «diez reales»,
Le llaman a eso dollar an'a quarta…

Pero Patricio saltó en medio del recinto y Sabás tras él, tomando cada uno a una *muchacha* del grupo de mujeres que estaban sentadas juntas en un ángulo de la pieza. Cuando yo conducía a mi pareja a su asiento, ellos dieron *vuelta*. Primero unos cuantos pasos de vals; después el hombre se soltaba de la muchacha, castañeteando los dedos, levantando un brazo hasta la altura de la cara, en tanto que la muchacha con una mano en la cadera danzaba tras él. Se aproximaban uno al otro, retrocedían y bailaban, alternándose, uno en torno del otro. Las muchachas eran torpes y regordetas; rostros indígenas, espaldas desgarbadas y encorvadas de tanto moler maíz y lavar ropa. Algunos de los hombres calzaban botas fuertes, otros no; muchos llevaban pistolas y cartucheras al cinto y, unos cuantos, rifles en bandolera.

El baile lo precedía siempre una gran marcha que se paseaba en torno del salón; entonces, después que las parejas habían bailado dos veces en derredor de la sala, paseaban otra vez. Se bailaban, además de la *jota*, marchas, valses y mazurcas. Las muchachas no levantaban la vista del suelo, no hablaban y se trompicaban tras de uno. Agréguese a esto, un piso de tierra, lleno de hoyos, y tendremos una forma de tortura sin igual en el mundo.

Me parecía haber bailado varias horas, azuzado por el coro de:

—¡Baile, Míster! ¡No le *afloje*! ¡Adelante! ¡No se pare!

Más tarde tocaron otra jota, y la bailé ya con éxito con otra muchacha. Y eso me metió en un aprieto. Porque, después, al pedir la pieza para bailar una marcha a mi primera pareja, la hallé furiosamente enojada.

—Usted me ha puesto en vergüenza ante todos —exclamó—. ¡Me dijo que no sabía bailar la jota!

Bailando la marcha, llamó a sus amigos:

—¡Domingo, Juan! ¡Vengan y quítenme a este gringo! ¡No se atreverá a hacer nada!

Media docena de ellos saltaron a la palestra, mientras los demás miraban. Fue un momento difícil. Pero al instante el buen Fernando se deslizó al frente, empuñando un revólver.

—¡El norteamericano es mi amigo! —dijo—. ¡Vuelvan a sus sitios y ocúpense de sus asuntos…!

Los caballos estaban cansados. Con tal motivo pasamos un día en La Zarca.

Atrás de la Casa Grande había una huerta abandonada, con bastantes álamos grises, higos, parras y grandes nopaleras. Estaba rodeada de altas paredes de adobe por tres lados, sobre uno de los cuales se dibujaba en el azul del cielo la vieja y blanca torre de la iglesia. El cuarto lado se abría sobre un estanque de agua amarillenta y más allá se extendía el desierto de Occidente, por kilómetros y kilómetros de requemada desolación. El soldado Marín y yo, tendidos debajo de una higuera, veíamos a las aves de rapiña volar sobre nosotros lentamente. De pronto, el silencio fue interrumpido por una música ruidosa y bullanguera.

Pablo había encontrado en la iglesia una pianola, que había escapado a la vista de Cheché Campa el año anterior; tenía solamente un rollo, un vals de *La Viuda Alegre*. No podía hacerse otra cosa sino llevar el instrumento al patio abandonado. Nos turnamos tocando el aparato todo el día; Rafaelito nos informó que *La Viuda Alegre* era la pieza más popular en México, y compuesta por un mexicano, agregó.

El hallazgo de la pianola sugirió la idea de que diéramos otro *baile* aquella noche, en el mismo pórtico de la Casa Grande. Se pusieron velas sobre los pilares; la mortecina luz iluminó las derruidas paredes y ennegrecidas puertas, así como la maraña de enredaderas silvestres que se enroscaban sin freno alrededor de las vigas del tejado. Todo el patio estaba lleno de hombres encobijados, que celebraban una

fiesta, aun cuando un poco incómodos, en la gran casa a la que nunca se les había permitido la entrada. Tan pronto como la orquesta terminaba de tocar, la pianola tomaba a su cargo la tarea. Las piezas se sucedían unas a otras, sin descanso.

Vino a complicar un poco más las cosas la existencia de un barril de sotol. A medida que avanzaba la noche, la concurrencia se alegraba más. El ordenanza de Pablo, Sabás, sacó a la concubina del primero. Yo los seguí. Inmediatamente después, Pablo le dio en la cabeza con la cacha de su pistola, diciendo que la mataría si bailaba con alguno, lo mismo que a su pareja. Después de sentarse a meditar un poco, se levantó Sabás, sacó su revólver y le reclamó al arpista diciendo que había tocado mal una nota. En seguida le disparó un tiro. Otros compañeros desarmaron a Sabás, que inmediatamente se durmió en el centro del salón.

El interés en que bailara el Míster pronto se trasladó a otro asunto. Yo estaba sentado junto a Julián Reyes, el del Cristo y la Virgen al frente de su sombrero. Estaba bien cargado de *sotol*; sus ojos brillaban como los de un fanático.

Se volvió hacia mí súbitamente:

—¿Vas a pelear con nosotros?

—No —le dije—. Yo soy corresponsal de prensa. Me está vedado pelear.

—Eso es mentira —gritó—. No peleas porque tienes miedo. Por vida de Dios que nuestra causa es justa.

—Sí, ya lo sé. Pero mis instrucciones no son pelear.

—¡Qué me importan las instrucciones! —gritó encolerizado—. Nosotros no queremos corresponsales. No queremos palabras impresas en un libro. ¡Queremos rifles y matar; si morimos seremos puestos entre los santos! ¡Cobarde! ¡Huertista…!

—¡Ya basta! —exclamó alguien, que al verlo lo identifiqué como Longino Guereca, parado junto a mí—. Julián Reyes, tú no sabes nada. Este *compañero* viene al través de miles de kilómetros por tierra y por mar para decirles a sus paisanos la verdad de la lucha por la libertad. Él entra al combate sin armas, es más valiente que tú, porque tú tienes un rifle. ¡Lárgate ahora y no lo molestes más!

Se sentó donde había estado Julián, sonrió con su aire sencillo, apacible, y tomó mis manos entre las suyas.

—Nosotros seremos *compadres*, ¿eh? —dijo Longino Guereca—. Nos taparemos con las mismas cobijas y estaremos siempre juntos. Y cuando lleguemos a La Cadena te llevaré a mi casa; mi padre y mi madre nos harán hermanos… Te enseñaré las minas de oro, perdidas, de los españoles, las minas más ricas del mundo… Las trabajaremos juntos, ¿eh? Seremos ricos, ¿eh?

Pero el *baile* se hacía más y más desenfrenado. La orquesta y la pianola alternaban sin descanso. Todos estaban ya borrachos. Pablo alardeaba terriblemente de matar prisioneros inermes. De vez en cuando surgía algún insulto, acompañado instantáneamente por el chasquido de las palancas de los rifles en todo el recinto. A la

sazón, las pobres mujeres, exhaustas tal vez, empezaban a querer irse a casa, lo que levantaba un clamor general:

—¡No se *vayan*! ¡No se vayan! ¡Párense! ¡Vuelvan aquí a bailar! ¡Vuelvan aquí!—. Y la maltrecha procesión se detenía y volvía pesadamente. A las cuatro de la mañana, cuando alguien echó a volar la especie de que había un espía, gringo huertista, entre nosotros, juzgué prudente irme a la cama. Pero el *baile* siguió hasta las siete…

Capítulo VI

¡QUIÉN VIVE!

Al amanecer desperté al oír disparos de armas de fuego, al mismo tiempo que los toques desaforados de una trompeta. Juan Sánchez estaba frente al cuartel general tocando diana; no sabía cuál toque era éste y los tocaba todos.

Patricio había lazado un novillo para el almuerzo. El animal inició una carrera a saltos y bufando por el desierto, con el caballo de Patricio galopando a su lado. Los soldados, sacando apenas los ojos de sus sarapes, se arrodillaron y echaron los rifles a la cara. ¡Sonó la descarga! En la quietud del aire resonaba enormemente el fuerte estampido de los fusiles. El animal daba saltos de costado, sus mugidos apenas nos llegaban. ¡Otra descarga! Y cayó de cabeza, pataleando en el aire. El caballito de Patricio se encabritó, su sarape flotaba como una bandera. Justamente en aquel momento emergió un sol enorme en el oriente, derramando una luz clara sobre la árida planicie semejante a un océano…

Pablo salió de la Casa Grande, reclinándose en el hombro de su mujer.

—Me siento malo —gimió, adecuando la acción a la palabra—. Juan Reed montará mi caballo.

Subió al coche, tomó desganadamente la guitarra y cantó lo siguiente:

Yo estaba al pie de un verde maguey;
mi amor ingrato con otro se fue;
desperté con el canto de la alondra:
¡ay, qué cruda tengo y el cantinero no fía!
¡Oh, Dios, quítame este mal!
Siento como si fuera a morir.
La Virgen del pulque y el aguardiente me salvarán.
¡Ay, qué cruda, y nada que beber…!

Hay aproximadamente unos cien kilómetros de La Zarca a la hacienda de La Cadena, donde iba a estacionarse la tropa. Los caminamos en un día, sin beber agua ni comer. El coche pronto nos dejó bien atrás. A poco de andar, la aridez del terreno fue sustituida por una vegetación espinosa, hostil, nopales y *mezquites*.

Caminamos en fila a lo largo de una hondonada entre el gigantesco chaparral, ahogados por la espesa nube de polvo alcalino, arañados y despedazados por el espinoso breñal. Algunas veces al salir a un claro del camino veíamos el recto sendero que subía a las cumbres del ondulado desierto, hasta donde la vista podía seguirlo; pero nosotros sabíamos que continuaría más lejos aún, mucho más lejos. No soplaba ni una gota de aire. El sol vertical azotaba con tal furia que lo hacía tambalear a uno. La mayoría de los soldados, que se habían embriagado la noche anterior, comenzaron a sufrir terriblemente. Sus labios resecos, partidos, se volvían azul oscuro.

No escuché una sola palabra de queja, aunque no se oían las bromas y nada de las travesuras de otros días. José Valiente me enseñó a mascar ramitas de mezquite, pero ello no ayudaba gran cosa.

Cuando ya habíamos caminado varias horas, Fidencio señaló adelante, diciendo secamente:

—¡Ahí viene un *cristiano*!

Cuando uno se da cuenta de que esa palabra *cristiano*, que ahora simplemente significa hombre, se ha transmitido entre los indios desde épocas muy remotas, y cuando quien la dice se parece exactamente a lo que Cuauhtemotzin pudiera haber parecido, esto le proporciona a uno sensaciones muy curiosas.

El *cristiano* en cuestión era un indio muy anciano arreando un burro.

—No —dijo— no llevo nada de agua. —Pero Sabás saltó de su caballo y tiró el fardo del viejo al suelo.

—¡Ah! —gritó—. ¡Magnífico! ¡*Tres piedras*! —Y mostraba una raíz de la planta del *sotol*, la que se asemeja a una planta barnizada hace un siglo y que despide jugos intoxicantes. Nos la dividimos como si fuera una alcachofa. En seguida todos nos sentimos mejor…

Fue ya al fin de la tarde, al rodear un brazo del desierto, cuando vimos a lo lejos los enormes álamos cenizos que rodeaban el manantial de la hacienda de Santo Domingo. Se alzó una columna de polvo oscuro, como el humo de una ciudad que arde; era del corral, donde los vaqueros estaban amansando caballos. Destacábase solitaria y desolada la Casa Grande, quemada por Cheché Campos un año antes. A la orilla del manantial, al pie de los álamos, estaban encuclillados una docena de buhoneros errabundos, en torno de una fogata, mientras sus burros comían maíz a su sabor. De la fuente a las casas de adobe y viceversa se movía una cadena interminable de mujeres aguadoras, el símbolo del norte de México.

—¡Agua! —gritamos jubilosamente, galopando hacia abajo del cerro. Los caballos del coche ya estaban en el manantial con Patricio. Saltando de sus monturas, la tropa se tendió boca abajo. Hombres y caballos revueltos metían sus cabezas y bebían, bebían…

—¿Quién tiene un *cigarro*? —solicitó alguien. Tendidos boca arriba, permanecimos felices unos cuantos minutos, fumando. Un sonido de música, música alegre, me hizo sentar.

Allá, frente a mí, a lo lejos, se movía la más extraña procesión del mundo. Primero apareció un peón haraposo llevando la rama florecida de algún árbol. Atrás de él, otro llevaba una pequeña caja que parecía un féretro, pintado a rayas anchas de azul, rosa y plata. Seguían cuatro hombres, llevando una especie de dosel hecho de lanilla de colores vivos. Una mujer caminaba debajo, aunque el dosel la ocultaba hasta la cintura; pero encima yacía el cuerpo de una pequeña, con los pies desnudos y sus manecitas morenas cruzadas sobre el pecho. Tenía en el pelo una corona de flores de papel; todo su cuerpo estaba cubierto por ellas. Un arpista que venía atrás tocaba un vals popular llamado *Recuerdos de Durango*. El cortejo fúnebre caminaba lenta y alegremente, pasando por la *cancha* del rebote, en la cual los *peloteros* no cesaban de jugar, hacia el pequeño camposanto. —¡Bah! —Escupió Julián Reyes airado—. ¡Eso es una impiedad hacia los muertos!

Con los últimos destellos del sol, el desierto era una cosa resplandeciente. Íbamos por una tierra silenciosa, encantada, que parecía un reino submarino. Había en todo el contorno enormes cactos de colores rojos, azules, púrpura, amarillos, a semejanza del coral en el lecho del océano. Atrás de nosotros, al occidente, rodaba el coche envuelto en una nube de polvo como la carroza de Elías… Rumbo al oriente, bajo un cielo en el que ya aparecían las estrellas, estaban las rugosas montañas detrás de las cuales se asentaba La Cadena, el puesto más avanzado del ejército maderista. Era una tierra para amarse —este México—, una tierra para luchar por ella. Los cantantes de baladas comenzaron de pronto a entonar el largo corrido de *La Corrida de Toros*, en la cual los jefes federales son los toros, y los generales maderistas los *toreros*; y al contemplar a los alegres, amables y humildes *hombres* que tanto habían prodigado de sus vidas y comodidades a la heroica lucha, no pude menos que pensar en el corto discurso que Villa dirigió a los extranjeros que salieron de Chihuahua en el primer tren de refugiados:

> Éste es el último mensaje que llevan ustedes a los suyos. Ya no habrá más palacios en México. Las *tortillas* de los pobres son mejores que el pan de los ricos. ¡Váyanse…!

Ya entrada la noche —pasaba de las once— el coche se rompió en un esfuerzo por llegar, en el camino rocoso entre las elevadas montañas. Me detuve para tomar mis mantas; pero cuando me disponía a seguir adelante, ya habían desaparecido los *compañeros* por los recodos del camino. Yo sabía que por allí cerca, en alguna parte, estaba La Cadena. En cualquier momento podía aparecer un centinela, saliendo del chaparral. Descendí poco más de medio kilómetro por un camino accidentado que

era con frecuencia el lecho de un río seco, corriendo entre las sinuosidades de las altas sierras. Era una noche oscura, sin estrellas, glacial. Las montañas se abrieron finalmente en una inmensa llanura, al través de la cual apenas podía distinguir la inmensa cordillera de La Cadena y el paso que la tropa debía guardar. Un poco más allá, a tres leguas del paso, estaba Mapimí, guarnecido por mil doscientos federales. Pero la hacienda se ocultaba todavía tras una ondulación del desierto.

Yo estaba casi sobre ella, viéndola, y no me habían marcado el alto. Era un agrupamiento cuadrangular de construcciones blancas, que estaban situadas al otro lado de un barranco profundo. Y, sin embargo, ni un centinela todavía. Esto es gracioso, decía para mí. Parece que no tienen muy buena vigilancia por aquí. Me eché a andar abajo hacia el barranco, subiendo al otro lado. En uno de los grandes salones de la Casa Grande había luces y música. Atisbando atentamente, vi al infatigable Sabás haciendo remolinos en el laberinto de la jota, a Isidro Amaya y a José Valiente. ¡Un *baile*! Justamente entonces salió de la puerta donde había luz un hombre con un rifle.

—¡*Quién vive*! —gritó, desganadamente.

—¡Madero! —contesté.

—¡Qué viva! —replicó el centinela, y se volvió al *baile*…

Capítulo VII

UNA AVANZADA DE LA REVOLUCIÓN

Había ciento cincuenta de los nuestros apostados en La Cadena, el lugar más avanzado de todo el ejército maderista en el occidente. Nuestra misión era la de guardar un paso: el de la Puerta de La Cadena; empero, el grueso de las tropas estaba acuartelado en la hacienda, a quince kilómetros de distancia. Se hallaba aquélla situada sobre una pequeña meseta, junto a un profundo barranco, en cuyo fondo brotaba un río subterráneo que salía a la superficie y corría unos cien metros quizá, desapareciendo otra vez. Se percibía, hasta donde la vista podía llegar, hacia abajo del ancho valle, la más temible especie del desierto: lechos secos de arroyuelos, un espeso chaparral, nopaleras y plantas espadas.

La Puerta estaba directamente al oriente, rompiendo la tremenda cordillera de montañas que ocultaban la mitad del cielo y que se extendían al norte y al sur, más allá de donde podía alcanzarse a ver, arrugadas como las ropas de cama de un gigante. El desierto se volcaba para cubrir el espacio, pero más allá, nada, sino el azul del límpido cielo mexicano. Desde La Puerta podía uno ver a más de treinta y cinco kilómetros, al través de la árida y vasta planicie que los españoles llamaron *Llano de los Gigantes*, donde se esparcen pequeños montículos, y a cuatro leguas de distancia, las bajas y grises casas de Mapimí. Allí acechaba el enemigo: mil doscientos *colorados*, federales irregulares, bajo el mando del coronel Argumendo. Los colorados son los bandidos que hicieron la revuelta de Orozco. Se les llama así por su bandera roja, y también a causa de que tienen las manos tintas en sangre por sus matanzas. Barrieron todo el norte de México, quemando, saqueando y robando a los pobres. En Chihuahua rebanaron las plantas de los pies a un infeliz: lo arrastraron al través del desierto hasta que expiró. Yo he visto un pueblo de cuatro mil almas reducido a cinco, después de una incursión de los *colorados*. Cuando Villa tomó a Torreón, no dio cuartel a los *colorados*: eran pasados por las armas sin piedad.

El primer día que llegamos a La Cadena se acercaron para hacer un reconocimiento una docena de ellos. Estaban de guardia en La Puerta veinticinco hombres de tropa. Se les hizo un prisionero. Lo obligaron a bajarse del caballo, le quitaron el rifle, la ropa y los zapatos. Después lo hicieron correr desnudo por entre

centenares de metros de chaparral y nopaleras, disparando sobre él. Por fin lo derribó Juan Sánchez, dando gritos, con lo cual obtuvo la posesión de su rifle, del que me hizo obsequio. Dejaron al colorado a merced de las grandes aves de rapiña mexicanas, que revoloteaban pausadamente todo el día sobre el desierto.

Mientras sucedía todo lo anterior, mi *compadre*, el capitán Longino Guereca, el soldado Juan Vallejo y yo, habíamos obtenido prestado el coche del coronel para dar una vuelta al polvoroso ranchito de Brusquilla, el hogar de Longino. Se hallaba situado a cuatro leguas de desierto al norte, donde brotaba milagrosamente un manantial de un pequeño cerro blanco. El viejo Guereca era un peón de cabello blanco, calzaba huaraches. Había nacido esclavo en una de las grandes haciendas; pero años de trabajo, tan espantoso que sería difícil concebirlo, habían hecho de él ese raro ser humano en México, el poseedor independiente de una pequeña propiedad. Tenía diez hijos: muchachas morenas claras e hijos que parecían jornaleros de campo de Nueva Inglaterra, además de una hija ya difunta.

Los Guereca eran gente orgullosa, llena de ambición y afectuosa. Longino dijo:

—Éste es mi queridísimo amigo, Juan Reed, mi hermano—. El viejo Guereca y su esposa me abrazaron dándome palmaditas en la espalda, en la forma afectuosa en que se abrazan los mexicanos.

—Mi familia no debe nada a la revolución —dijo Gino, con orgullo—. Otros han tomado dinero, caballos y vehículos. Los *jefes* del ejército se han enriquecido con las propiedades de las grandes haciendas. Los Guereca han dado todo a los maderistas, sin tomar nada en cambio sino mi grado…

El viejo, sin embargo, estaba un poco amargado. Con una reata de crin de caballo en las manos, dijo:

—Hace tres años yo tenía cuatro *riatas* como ésta. Ahora sólo tengo una. Los colorados se llevaron una. Otra la gente de Urbina y la última un tal José Bravo… ¿Qué diferencia puede haber en cuál sea el lado que lo robe a uno?—. Pero él no quería decir esto realmente. Estaba enormemente orgulloso de su hijo menor, el oficial más valiente en todo el ejército.

Nos sentamos a la mesa, en un largo aposento de adobe, comiendo el queso más exquisito y *tortillas* con mantequilla fresca de cabra, en tanto que la anciana madre, sorda, daba toda clase de explicaciones, a gritos, por la pobreza de la comida, al mismo tiempo que su guerrero hijo recitaba su Ilíada personal de los nueve días de combates en torno a Torreón.

—Estábamos tan cerca —decía—, que el aire caliente y la pólvora ardiendo nos mordisqueaba la cara. Nos acercamos demasiado para disparar, de modo que usamos las culatas de nuestros rifles…

Pero justamente entonces comenzaron a ladrar todos los perros a la vez. Saltamos de nuestros asientos. Nadie podía saber lo que sucedería en La Cadena por aquellos

días. Era un pequeño, a caballo, gritando que los *colorados* estaban pasando por La Puerta, y que partió al galope.

Longino rugió y corrió a enganchar las mulas al coche. Toda la familia se puso a trabajar afanosamente. Cinco minutos después, Longino, arrodillado, besaba la mano de su padre, mientras nosotros salíamos precipitadamente al camino. —¡No se dejen matar! ¡No se dejen matar! ¡No se dejen matar!—. Podíamos oír los lamentos de la señora.

Pasamos una carreta cargada de mazorcas de maíz, con una familia de mujeres y niños, dos baúles de hojalata y una cama de hierro encaramada arriba. El hombre de la familia montaba un burro. Sí, venían los colorados, miles de ellos entraban por La Puerta. La última vez que vinieron mataron a su hija. Por tres años había habido guerra en este valle y no se había quejado porque se trataba de la Patria. Pero ahora se irían a los Estados Unidos donde… Juan azotaba tan cruelmente a las mulas que no pudimos oír más. Más adelante iba un viejo sin zapatos, arreando tranquilamente algunas cabras. ¿Había sabido algo sobre los *colorados*? Bueno, habían circulado algunas habladurías sobre los *colorados*. ¿Estaban pasando por La Puerta, y cuántos eran?

—¡*Pues, quién sabe, señor*!

Por último, gritando a las asustadas mulas, llegamos al campamento, sólo a tiempo para ver a los soldados victoriosos desparramarse por el desierto, disparando muchos más tiros que los empleados en la lucha. Corrían agachados sobre el terreno, escasamente más altos que sus caballos y que el pardo mezquital al través del cual iban, con sus grandes sombreros y alegres sarapes bajo los últimos rayos solares que caían sobre sus rifles levantados en alto.

Esa misma noche llegó un correo del general Urbina, diciendo que estaba enfermo y quería que Pablo Seáñez regresara. De modo que salió el coche con la querida de Pablo, Rafaelito el jorobado, Fidencio y Patricio. Pablo me dijo:

—Juanito, si quieres volver con nosotros, te sentarás a mi lado en el coche. —Patricio y Rafaelito me rogaron fuera con ellos. Pero yo había llegado tan cerca del frente que ahora no quería volver atrás. Al día siguiente mis amigos y *compañeros* de la tropa, a quienes había conocido tan bien en nuestra marcha al través del desierto, recibieron órdenes para trasladarse a Jarralitos. Solamente Juan Vallejo y Longino se quedarían.

La nueva guarnición de La Cadena estaba compuesta por una clase distinta de hombres. Sólo Dios sabía de dónde venían, pero era un lugar donde la tropa se moría de hambre. Eran los más miserables peones pobres que había visto: la mitad no tenían sarapes. Como cincuenta eran de los llamados *nuevos*, que nunca habían olido la pólvora; otros tantos estaban bajo las órdenes de un viejo sujeto, terriblemente incompetente, llamado mayor Salazar; los cincuenta restantes estaban armados con carabinas viejas y diez cartuchos para cada uno. Nuestro oficial comandante era el

teniente coronel Petronilo Hernández, que había sido mayor durante seis años en el ejército federal, hasta que el asesinato de Madero lo empujó al otro lado. Era un hombre pequeño, de buen corazón, valiente, con los hombros caídos, pero los años de papeleo en el ejército gubernamental lo habían incapacitado para manejar tropas como éstas. Todas las mañanas daba una Orden del Día, distribuyendo guardias, apostando centinelas y nombrando al Jefe de Día. Nadie la leía. Los oficiales de aquel ejército no tenían nada que ver con la disciplina o el dar órdenes a los soldados. Eran oficiales porque habían sido valientes y su misión era pelear a la cabeza de sus tropas, pero nada más. Todos los soldados veían al general, bajo cuyas órdenes eran reclutados, como su señor feudal. Se llamaban a sí mismos su *gente* —sus hombres —; y ningún oficial, quienquiera que fuese, de otra *gente*, tenía mucha autoridad sobre ellos. Petronilo era de la *gente* de Urbina; pero dos tercios de la guarnición de La Cadena pertenecían a la División de Arrieta. Por ello no había centinelas al occidente ni al norte. El teniente coronel Alberto Redondo guarnecía otro paso cuatro leguas al sur, de modo que pensábamos estar seguros en aquella dirección. Era cierto que hacían guardia de avanzada veinticinco hombres en La Puerta y que La Puerta era fuerte…

Capítulo VIII

LOS CINCO MOSQUETEROS

La Casa Grande de La Cadena había sido saqueada, desde luego, por Cheché Campos, un año antes. En el patio estaban *acorralados* los caballos de los oficiales. Nosotros dormíamos en los pisos de baldosas de los cuartos que lo rodeaban. En la *sala* del propietario, decorada bárbaramente alguna vez, se clavaron estacas en las paredes para colgar sillas y frenos; había montones de rifles y sables contra la pared y rollos de cobijas sucias tiradas en los rincones. Por la noche se encendían fogatas con *olotes* de maíz en el centro del piso y nos acuclillábamos en su derredor, mientras Apolinario y el mozalbete de catorce años, Gil Tomás, que había sido *colorado*, nos contaban cuentos sobre los Tres Años Sangrientos.

—Cuando la toma de Durango —dijo Apolinario—, yo era de la *gente* del capitán Borunda al que llamaban *el Matador*, porque siempre fusilaba a sus prisioneros. Pero cuando Urbina tomó Durango no hubo tampoco muchos prisioneros. De modo que Borunda, sediento de sangre, recorría todas las cantinas. Y en cada una escogía un hombre desarmado y le preguntaba si era federal.

—¡No, señor! —decía el hombre.

—¡Tú mereces la muerte porque no has dicho la verdad! —gritaba Borunda sacando su pistola, y ¡Pum!…

Todos reíamos sinceramente por esto.

—Eso me recuerda —interrumpió Gil— el tiempo en que yo peleaba bajo las órdenes de Rojas en la revuelta de Orozco (¡maldita sea su madre!). Un viejo oficial, porfirista, se pasó a nuestro lado; Orozco lo mandó enseñar a los *colorados* (¡animales!) los ejercicios. Había un tipo chusco en nuestra compañía. ¡Ah! Tenía un sentido humorístico muy fino. Pretendió ser demasiado estúpido para aprender el ejercicio de las armas. Así, pues, este maldito viejo huertista —¡ojalá se achicharre en los infiernos!— le hizo practicar los ejercicios solo.

—¡Armas al hombro! —El *compañero* lo hizo bien.

—¡Presenten armas! —Perfectamente.

—¡Porten armas! —Actuaba como si no supiera, de modo que el viejo imbécil se encolerizó y le arrebató el fusil.

—¡De este modo! —le dijo, empujándolo con el rifle.

—¡Ah! —dijo el discípulo—, ¡de ese modo! —Y le dejó ir la bayoneta dentro del pecho…

Después de eso Fernando Silveyra, el pagador, contó unas cuantas anécdotas de los *curas*, o sea, los sacerdotes, que sonaban exactamente como si se tratara de la Turena del siglo XIII, o de los derechos feudales de los señores sobre las mujeres de sus siervos antes de la Revolución Francesa. Fernando debió saberlo también, puesto que había sido criado por la Iglesia. Debimos estar sentados en torno al fuego como veinte de nosotros, desde el peón más miserable entre la tropa, hasta el capitán primero Longino Guereca. No había ninguno de aquellos hombres que demostrara en algo el ser religioso, aunque todos ellos habían sido estrictamente católicos. Pero tres años de guerra habían enseñado al pueblo mexicano muchas cosas: que nunca volvería a haber otro Porfirio Díaz; que nunca debería haber otra revuelta orozquista, y que la Iglesia Católica en México no volvería a ser nunca más la voz de Dios.

Entonces, Juan Santillana, un subteniente de veinte años de edad, quien me había comunicado muy serio que descendía del gran español Gil Blas de Santillana, recitó con voz chillona la manoseada cantilena que comienza así:

Yo soy el Conde Oliveros
de la artillería española…

Juan exhibía orgullosamente cuatro heridas de bala. Decía que había ejecutado a unos cuantos prisioneros indefensos con su misma pistola, prometiendo solemnemente que se haría *muy matador* algún día. Se vanagloriaba de ser el hombre más fuerte y valiente del ejército. Su noción del humorismo parecía reducirse a quebrar huevos en la bolsa de mi saco, Juan era muy joven por sus años, pero bien parecido.

El mejor amigo que yo tenía, además de Gino Guereca, era el subteniente Luis Martínez. Le llamaban «*Gachupín*» —el nombre despreciativo aplicado a los españoles— debido a que él parecía haber escapado del marco de un retrato de algún noble español del Greco. Luis era de raza pura, sensible, alegre y gallardo. Tenía únicamente veinte años y nunca había estado en un combate. Por el contorno de su rostro asomaba una tenue barba negra. La señaló sonriendo.

—Nicanor y yo hemos apostado que no nos afeitaremos hasta tomar Torreón…

Luis y yo dormíamos en cuartos diferentes. Pero en la noche, cuando la hoguera se extinguía y el resto de los colegas roncaban, nos sentábamos recíprocamente en nuestras cobijas —una noche en su cuartel, la siguiente en el mío—, hablábamos del mundo, de nuestras muchachas y de lo que seríamos o haríamos cuando nos lo propusiéramos. Al terminar la guerra, Luis vendría a los Estados Unidos a visitarme; después ambos volveríamos a Durango a visitar a la familia de Martínez. Me enseñó la fotografía de un niño pequeño, jactándose, orgulloso, de que ya era tío.

—¿Qué vas a hacer cuando empiecen a silbar las balas? —le pregunté.

—¡*Quién sabe*! —Y se rió—. ¡Creo que correré!

Era tarde. El centinela de la puerta ya hacía mucho que se había dormido.

—No te vayas —dijo Luis, sujetando mi saco—. Charlemos un poco más…

Gino, Juan Santillana, Silveyra, Luis, Juan Vallejo y yo fuimos a bañarnos al arroyo en una alberca que se decía había allí. Era el lecho de un río seco lleno de arena blanca y caliente, rodeado profusamente de nopales y mezquites. A cada kilómetro reaparecía el río en un pequeño trecho, sólo para desaparecer entre el blanco y crepitante borde alcalino de la arena. Primero se llegaba al estanque de los caballos. Los soldados y sus maltrechos caballejos estaban reunidos en su derredor; uno o dos soldados en cuclillas, a la orilla, echaban agua con calabazas sobre los costados de los animales… Después de ellos, las mujeres, arrodilladas lavaban continuamente sobre las piedras. Más allá cruzaba el antiguo sendero de la hacienda, donde se deslizaba la incesante línea de mujeres, cubiertas con chales negros y cántaros de agua en la cabeza. Más lejos todavía estaban las mujeres bañándose, envueltas con telas de algodón azul pálido o blancas, así como niños morenos desnudos que chapoteaban en las aguas poco profundas. Y, por último, los hombres desnudos, morenos, con sarapes de vivos colores sobre sus hombros que fumaban sus *hojas*, en cuclillas sobre las rocas. Perseguimos a un coyote que trepaba por la cuesta al desierto, sacamos nuestros revólveres y, ¡por allí se fue! Registramos el chaparral a la carrera, disparando y gritando. Pero al fin, se escapó. Después, más tarde, encontramos la fabulosa alberca, una profunda hoya fría, que se desgastaba en la roca sólida y en cuyo fondo crecían verdosas hierbas.

Cuando volvimos, Gino Guereca se alarmó bastante, porque había venido de Brusquilla su caballo nuevo, *tordillo*, un garañón de cuatro años que su padre le había criado para montar a la cabeza de su compañía.

—Si es peligroso —anunció Juan Santillana, al salir nosotros—, yo quiero montarlo primero. ¡Me encanta domar caballos broncos!

Una espesa nube de polvo amarillento llenó a todo el corral levantándose muy alto en la quietud del aire. Al través de ella aparecieron las confusas y caóticas figuras de muchos caballos corriendo. Sus pezuñas sonaban secas y estrepitosas. Apenas eran visibles los hombres, con los lazos enrollados a las piernas y los brazos en movimiento, los pañuelos sobre las caras, mientras las reatas se levantaban en múltiples círculos. El hermoso *tordillo* sintió que el lazo le oprimía el cuello. Hocicó y saltó, el vaquero enrolló la reata en torno de su cadera, tirándose hacia atrás casi hasta tocar el suelo, levantando una polvareda con sus pies. Otro echó un lazo corredizo a las patas traseras del caballo, derribándolo. Le pusieron una silla y una cabezada.

—¿Lo quieres montar, Juanito? —rió Gino.

—Después de usted —contestó Juan Santillana dignamente—. Es su caballo…

Pero Juan Vallejo ya estaba montado a horcajadas, gritándoles que soltaran las reatas. El tordillo no se sometía, forcejeaba y, con relinchos chillones, hacía temblar la tierra en su lucha furiosa.

Comimos en la antigua cocina de la hacienda, sentados en banquillos alrededor de una caja de empaque. El cielo raso tenía una rica costra de grasa oscura, el humo de comidas en varias generaciones. Todo un rincón del cuarto estaba ocupado por inmensos fogones de adobe, hornos y chimeneas, con cuatro o cinco ancianas arrugadas que se doblaban sobre ellos, agitando cazuelas y volteando *tortillas*. El fuego era nuestra única luz, flameando extrañamente sobre las viejas mujeres, alumbrando la negra pared, arriba de la cual escapaba el humo, coronando el cielo raso en círculos, para salir, finalmente, por la ventana. Allí estaban el coronel Petronilo, su querida, una mujer campesina extraordinariamente hermosa, con la cara picada de viruelas, quien parecía estarse riendo siempre consigo misma sobre algo; don Tomás, Luis Martínez, el coronel Redondo, el mayor Salazar, Nicanor y yo. La manceba del coronel no parecía estar a su gusto en la mesa, porque una campesina mexicana es una sirvienta en su casa. Pero don Petronilo siempre la trataba como si fuera una gran señora.

Redondo me acababa de contar acerca de la muchacha con quien iba a casarse. Me mostró su retrato. Ella estaba ahora en camino a Chihuahua para comprar su traje nupcial. —Tan pronto como tomemos Torreón —me dijo.

—¡*Oiga, señor*! —Salazar me tocó en el brazo—. He descubierto quién es usted. Usted es un agente de los negociantes norteamericanos que tienen vastos intereses en México. Yo sé todo acerca de los negocios yanquis. Usted es un agente de los consorcios. Usted ha venido aquí a espiar los movimientos de nuestras tropas, para enviarles informes secretos. ¿No es cierto?

—¿Cómo podría yo remitir informes secretos a nadie desde aquí? —pregunté—. Estamos a cuatro días de viaje a caballo de una línea telegráfica.

—¡Ah!, yo sé —rió ladinamente, apuntando con un dedo hacia mí—. Yo sé muchas cosas; tengo muchas en la cabeza. El mayor se puso de pie. Estaba muy enfermo de gota; tenía las piernas envueltas con metros y más metros de vendas de lana, que las hacían parecer *tamales*. —Yo conozco todo acerca de los negocios. Estudié mucho en mi juventud. Esas corporaciones americanas están invadiendo a México para robar al pueblo mexicano…

—Usted está equivocado, mayor —interrumpió don Petronilo bruscamente—. Este señor es mi amigo y mi huésped.

—Escuche, mi *coronel* —estalló Salazar violentamente—. Este señor es un espía. Todos los norteamericanos son porfiristas y huertistas. Tome en cuenta esta advertencia antes de que sea demasiado tarde. Yo tengo muchas cosas en la cabeza. Soy un hombre listo. Saque a este *gringo* fuera y fusílelo, en el acto, o tendrá que lamentarlo.

Un clamoroso vocerío brotó de los otros; pero fue interrumpido por otro sonido, un tiro, después otros, y gritos de hombres.

Llegó corriendo un soldado.

—¡Motín en las filas! —gritó—. ¡No quieren obedecer las órdenes!

—¿Quién no quiere? —interrogó don Petronilo.

—¡La *gente* de Salazar!

—¡Mala gente! —exclamó Nicanor mientras corríamos—. ¡Eran *colorados* capturados cuando tomamos Torreón! ¡Se nos unieron para no ser fusilados! ¡Se les ordenó hacer guardia esta noche en La Puerta!

—Hasta mañana —dijo Salazar entonces—, me voy a la cama.

Las casas de los peones en La Cadena, donde estaban acuarteladas las tropas, cerraban una gran plaza, como una ciudad amurallada. Había dos puertas. En una de ellas tuvimos que abrirnos paso entre el tumulto de mujeres y peones que pugnaban por salir. Adentro, asomaban luces mortecinas en las puertas y había tres o cuatro pequeñas fogatas al aire libre. En una esquina se amontonaban y atropellaban unos caballos espantados. Los hombres corrían frenéticos para dentro y fuera de los cuarteles, con los rifles en las manos. En el centro del espacio abierto estaban de pie como cincuenta hombres en grupo, casi todos armados, listos como para repeler un ataque.

—¡Guarden aquellas puertas! —gritó el coronel—. ¡Que no salga nadie sin orden mía!

La tropa que corría comenzó a concentrarse en las puertas. Don Petronilo salió, caminando solo, hacia el centro de la plaza.

—¿Qué sucede *compañero*? —preguntó calmadamente.

—¡Que nos iban a matar a todos! —gritó alguno desde la oscuridad.

—¡Querían escaparse! ¡Iban a entregarnos a los *colorados*!

—¡Es mentira! —gritaron los del centro—. ¡Nosotros no somos de la *gente* de don Petronilo! ¡Nuestro *jefe* es Manuel Arrieta!

Súbitamente, Longino Guereca, desarmado, pasó como rayo junto a nosotros y cayó sobre ellos furiosamente, arrancándoles los rifles de las manos y empujándolos atrás. Por un momento pareció que los rebeldes se le echarían encima, pero no lo hicieron, no resistieron.

—¡Desármenles! —ordenó don Petronilo—. ¡Y enciérrenlos!

Llevaron a los prisioneros a una pieza grande, poniendo una guardia en la puerta. Mucho después de la medianoche podía oírlos cantando alegremente.

Aquello dejó a don Petronilo con un efectivo de cien hombres, algunos caballos excedentes llagados en el lomo y dos mil cartuchos más o menos. Salazar declaró día de asueto en la mañana, después de recomendar que fusilaran a toda su *gente*; evidentemente, sentía un gran alivio al deshacerse de ellos. Juan Santillana estaba

también en favor de la ejecución. Pero don Petronilo decidió remitirlos al general Urbina para enjuiciarlos.

Capítulo IX

LA ÚLTIMA NOCHE

Los días en La Cadena fueron muy movidos. En los fríos atardeceres, cuando las lagunetas del río se cubrían de una delgada capa de hielo, solía llegar un soldado al galope a la plaza, con un novillo reparándose en el otro extremo de su reata. Entonces cincuenta o sesenta soldados harapientos, asomando apenas los ojos de entre sus sarapes, comenzaban una corrida de aficionados, causando la hilaridad y deleite del resto de los *compañeros*. Toreaban con sus cobijas, lanzando los gritos adecuados a las corridas de toros. Uno le retorcía el rabo al furioso animal. Otro, más impaciente, lo azotaba con el plano de una espada. En vez de banderillas, le clavaban cuchillos en el lomo, salpicándolos con su sangre al embestirles. Y, por último, ya derribado, el piadoso cuchillo le daba la puntilla; mientras una multitud caía sobre él, cortando y sacando tiras de carne cruda que se llevaban a sus cuarteles. En tanto el sol blanco, quemante, aparecía de pronto tras de La Puerta, pinchando a uno las manos y la cara. Los charcos de sangre, los desvaídos colores de los sarapes y la lejanía de la tierra de sombra del desierto resplandecían vividos…

Don Petronilo había confiscado varios coches en la campaña. Cinco de nosotros los pedimos prestados para varias excursiones. Una vez fue un viaje a San Pedro del Gallo para ver una pelea de gallos, bastante apropiada. Otra vez, Gino Guereca y yo fuimos a las portentosas y ricas minas perdidas de los españoles, que él conocía. No obstante, no pasamos de Brusquilla, holgazaneando a la sombra de árboles y comiendo queso todo el día.

Ya parpadeando la tarde, la guardia de La Puerta trotaba a su puesto, con el sol poniente sobre sus rifles y cartucheras; y mucho después de oscurecer, llegaba tintineando el destacamento de relevo, saliendo de las misteriosas sombras.

Los cuatro baratilleros que habíamos visto en Santo Domingo llegaron aquella noche. Llevaban cuatro burros cargados de *macuche* para vender a los soldados.

—¡Es el Míster! —exclamaron, al acercarme a la pequeña fogata—. ¿*Qué tal*, Míster? ¿Cómo van las cosas? ¿No les tiene miedo a los *colorados*?

—¿Cómo anda el negocio? —les pregunté, aceptando la mano colmada con un montón de macuche que me dieron.

Se rieron ruidosamente de esto.

—¡Negocio! ¡Nos hubiera ido mejor si nos quedamos en Santo Domingo! ¡Esta tropa no puede comprar un cigarro ni poniendo a escote todo su dinero…!

Uno de ellos comenzó a cantar esa extraordinaria balada, *Las Mañanitas de Francisco Villa*. Cantó un verso, después otro cantó el siguiente, y así, en sucesión, cada uno de ellos iba componiendo un relato dramático de las hazañas del gran capitán. Estuve allí tendido media hora, observándolos, mientras ellos se mantenían en cuclillas sobre sus rodillas; los sarapes colgando sueltos de los hombros, en tanto que la luz rojiza del fuego iluminaba sus caras morenas, sencillas. Mientras uno cantaba, los otros, con la vista fija en el suelo, entretejían mentalmente su composición.

Aquí está Francisco Villa
con sus jefes y oficiales,
es el que viene a ensillar
a los mulas federales.
Ora es cuando, colorados,
alístense a la pelea,
¡porque Villa y sus soldados,
les quitarán la zalea!
Ya llegó su amansador,
Pancho Villa el guerrillero,
¡pa'sacarlos de Torreón!
¡Y quitarles hasta el cuero!
Los ricos con su dinero
recibieron una buena
con los soldados de Urbina
y los de Maclovio Herrera.
Vuela, vuela, palomita,
vuela en todas las praderas,
y di que Villa ha venido
a hacerles echar carreras.
La Justicia vencerá,
se arruinará la ambición,
a castigar a toditos,
Pancho Villa entró a Torreón.
Vuela, vuela, águila real,
lleva a Villa estos laureles,
que ha venido a derrotar
a Bravo y sus Coroneles.
Ora, jijos del Mosquito,

que Villa tomó Torreón,
pa'quitarles lo maldito
a tanto mugre pelón.
¡Viva Villa y sus soldados!
¡Viva Herrera con su gente!
Ya han visto, gentes malvadas,
lo que pueden los valientes.
Ya con ésta me despido:
por la Rosa de Castilla,
¡Aquí termina el corrido
del General Pancho Villa!

Después de un rato me escurrí; dudo si se dieron cuenta de cuando me fui. Estuvieron cantando en torno a su fuego más de tres horas.

Pero en nuestro cuartel había otra diversión. El lugar estaba lleno del humo de una fogata prendida en el suelo. Al través de aquél pude distinguir unos treinta o cuarenta soldados en cuclillas o tendidos a lo largo —completamente callados— ya que Silveyra leía en voz alta un decreto del gobernador de Durango sentenciando para siempre a las tierras de las grandes Haciendas a ser divididas entre los pobres.

Leía lo siguiente:

> Considerando que el principal motivo de descontento entre el pueblo de nuestro Estado, que le obligó a levantarse en armas en 1910, fue la falta absoluta de propiedad individual; y que las clases rurales no tienen medios de subsistencia al presente, ni ninguna esperanza para el futuro, excepto la de servir como peones en las haciendas de los grandes terratenientes, que han monopolizado la tierra del Estado;
> Considerando que la fuente principal de nuestra riqueza nacional es la agricultura, y que no puede haber verdadero progreso en ésta sin que la mayoría de los agricultores tengan un interés personal en hacer producir la tierra…;
> Considerando, finalmente, que los pueblos rurales han sido reducidos a la más honda miseria, porque las tierras comunales que poseían han ido a aumentar las propiedades de las haciendas más cercanas, especialmente bajo la dictadura de Porfirio Díaz; con lo cual han perdido su independencia económica, política y social los habitantes del Estado, pasando del rango de ciudadanos al de esclavos, sin que el Gobierno sea capaz de elevar el nivel moral por la educación, porque la hacienda donde ellos viven es propiedad privada…;
> Por tanto, el Gobierno del Estado de Durango declara una necesidad pública que los habitantes de las ciudades y pueblos sean los poseedores de las tierras agrícolas…

Cuando el Pagador hubo salvado trabajosamente las dificultades —para su lectura— de todos los ordenamientos que seguían, diciendo cómo iba a emplearse la tierra y para qué, etc., todo quedó en silencio.

—Eso —dijo Martínez— es la Revolución Mexicana.

—Es exactamente lo que Villa está haciendo en Chihuahua —dije yo—. Es grandioso; ahora todos ustedes, colegas, pueden poseer una granja.

Una risita ahogada de satisfacción se dibujó en torno del círculo. Entonces un hombre pequeño, calvo, de patillas amarillentas, manchadas, se sentó y habló así:

—Ninguno de nosotros —dijo—, ni los soldados, después que una revolución ha triunfado, quiere más soldados; serán los *pacíficos* los que obtengan la tierra, los que no pelearon. Y la próxima generación… —Hizo una pausa y extendió sus mangas destrozadas al fuego—. Yo era maestro de escuela —explicó—, de modo que sé que las revoluciones, como las repúblicas, son ingratas. Yo he peleado tres años. Al fin de la primera revolución, ese gran hombre, el padre Madero, invitó a sus soldados a la capital. Nos dio ropas, alimentos y corridas de toros. Volvimos a nuestros hogares y nos encontramos a los insaciables otra vez en el poder.

—Yo llegué, al concluir la guerra, con cuarenta y cinco pesos —dijo un hombre.

—Tuviste suerte —continuó el maestro de escuela—. No, no son los soldados, los hambrientos, los desnutridos, los soldados rasos los aprovechados de la revolución. ¿Los oficiales?, sí; algunos engordan con la sangre de la Patria. ¿Pero nosotros? No.

—¿Por qué diablos están peleando ustedes entonces? —grité exasperado.

—Yo tengo dos hijos pequeños —contestó—. Ellos tendrán su tierra. A su vez tendrán otros hijos pequeños. Ellos tampoco padecerán por falta de alimentos… —El hombre pequeño sonrió—. Tenemos un refrán en Guadalajara: No te metas en camisa de once varas, porque el que se mete a redentor sale crucificado.

—Yo no tengo ningún hijo pequeño —dijo Gil Tomás, el de los catorce años, entre las carcajadas de todos—. Yo peleo para conseguir un rifle 30-30 de algún federal muerto y un buen caballo de algún millonario.

Sólo por broma pregunté a un soldado que traía un fotobotón de Madero en su saco, que quién era.

—*Pues, ¡quién sabe, señor!* —contestó—. Mi capitán me dijo que era un gran santo. Yo peleo porque esto no es tan duro como trabajar.

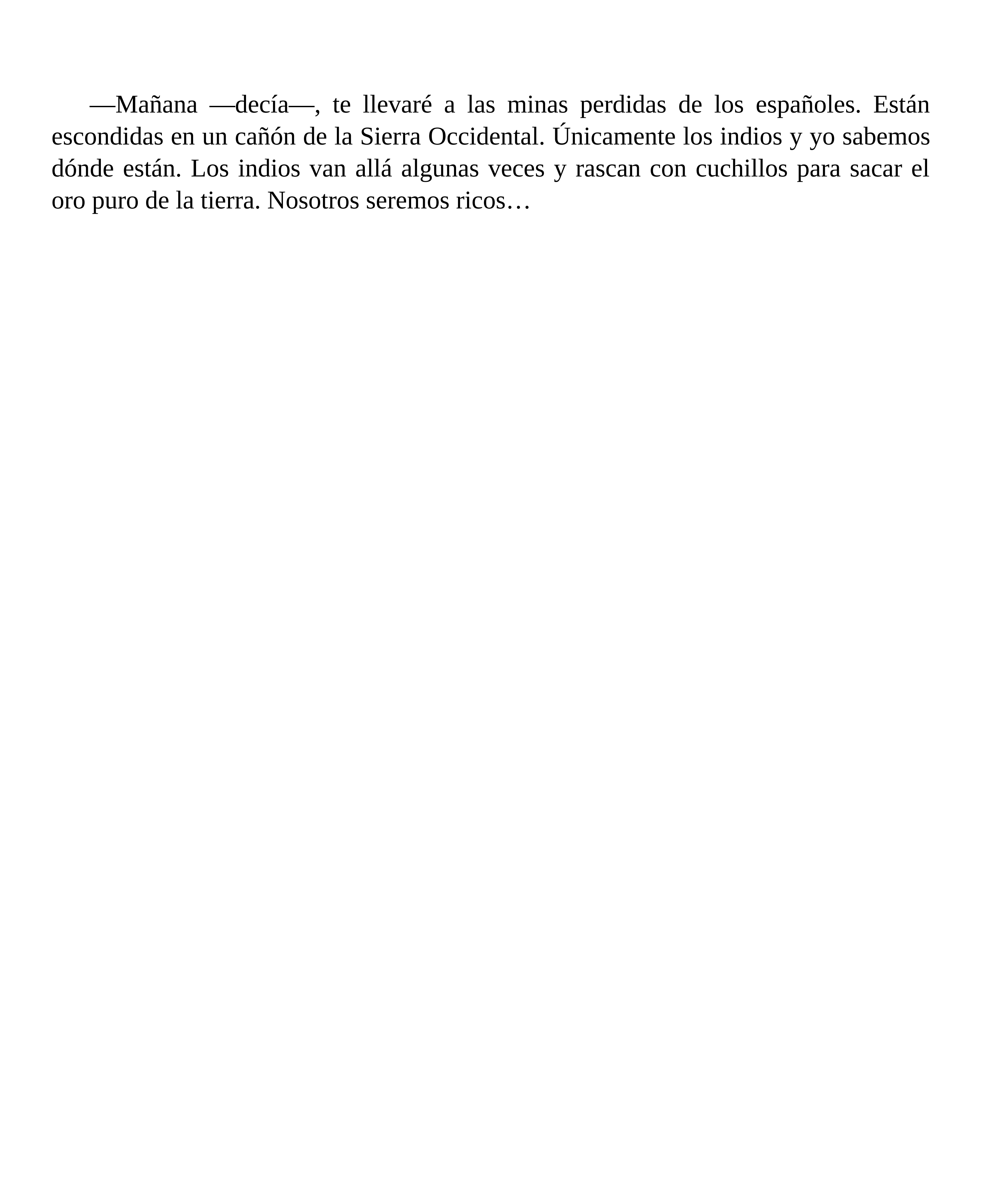
—¿Cada cuándo les pagan a ustedes, amigos?

—Se nos pagaron tres pesos hizo justamente nueve meses esta noche —dijo el maestro de escuela; todos asintieron con la cabeza—. Somos los verdaderos voluntarios; las *gentes* de Villa son profesionales.

Entonces Luis Martínez cogió una guitarra y cantó una corta y bella canción amorosa, la cual, dijo, había compuesto una prostituta cierta noche en un burdel.

Lo último que recuerdo de aquella noche memorable, es que Gino Guereca estaba tendido a mi lado en la oscuridad, hablando.

—Mañana —decía—, te llevaré a las minas perdidas de los españoles. Están escondidas en un cañón de la Sierra Occidental. Únicamente los indios y yo sabemos dónde están. Los indios van allá algunas veces y rascan con cuchillos para sacar el oro puro de la tierra. Nosotros seremos ricos…



Capítulo X

LA IRRUPCIÓN DE LOS COLORADOS

Antes de amanecer el siguiente día, vino al cuarto Fernando Silveyra, ya vestido, y dijo calmadamente que nos levantáramos, que ya venían los *colorados*. Juan Vallejo se rió.

—¿Cuántos son, Fernando?

—Como un millar —contestó con voz reposada, palpando su bandolera.

El patio estaba inusitadamente lleno de hombres que gritaban ensillando caballos. Vi a Don Petronilo, a medio vestir, en su puerta, mientras su querida le abrochaba la espada. Juan Sánchez tiraba de sus pantalones con un apresuramiento furioso. Se oía el continuo repiqueteo de golpes secos al ponerse cartuchos en los rifles. Unos veinte soldados iban y venían sin objeto, preguntando a todos dónde estaba alguna cosa.

No creo que ninguno de nosotros realmente lo creyera. La pequeña abertura por la que asomaba el cielo tranquilo sobre el patio anunciaba otro día caluroso. Los gallos cantaban. Bramaba una vaca que ordeñaban. Yo tenía hambre.

—¿Están muy cerca? —pregunté.

—Cerca.

—¿Pero, la avanzada, la guardia de La Puerta?

—Durmiendo —dijo Fernando, sujetándose su cartuchera a la cintura.

Pablo Arriola entró renqueando y derrengado por sus enormes espuelas.

—Un pequeño grupo como de doce llegaron a caballo. Nuestros hombres pensaron que se trataba solamente del reconocimiento diario. De suerte que, después de rechazarlos, la guardia de La Puerta se sentó a desayunar. Pero entonces llegó el mismo Argumedo y centenares y centenares de ellos…

—Pero es que veinticinco hombres podían defender el paso contra un ejército mientras el resto llegaba…

—Ya pasaron de La Puerta —dijo Pablo— y tomando su silla, salió.

—¡Los muy…! —Echó un terno Juan Santillana, haciendo girar el cilindro de su revólver—. ¡Que yo les eche la vista encima!

—Ahora va a ver el Míster algunos de los tiros que quería —gritó Gil Tomás—. ¿Qué hubo de eso, Míster? ¿Tiene miedo?

De alguna manera, no parecía que el asunto fuera serio. Yo me dije para mis adentros: «Tú, pobre diablo, vas a ver un combate efectivamente. Eso redondeará el relato». Cargué mi cámara y apresuré el paso hacia el frente de la casa.

No había mucho que ver allí. Un sol que cegaba salió derecho en La Puerta. Sobre leguas y leguas del oscuro desierto, al oriente, nada viviente sino la luz matinal. Ni un movimiento. Ni un ruido. Sin embargo, allá en alguna parte, un mero puñado de hombres trataba desesperadamente de contener a un ejército.

Flotaba en el aire inmóvil un humillo delgado de las casas de los peones. La quietud era tal, que se oía perfectamente el ruido al moler el maíz entre dos piedras para la masa de las *tortillas*, así como la canción lenta y en tono bajó de alguna mujer en su trabajo por la Casa Grande. Los carneros berreaban para salir del corral. Sobre el camino a Santo Domingo, tan lejos que sólo eran puntos de color en el desierto, los cuatro buhoneros iban despacio detrás de sus burros. Se habían juntado pequeños corrillos de peones frente a la hacienda, señalando y mirando hacia el oriente. Alrededor de la puerta del gran recinto donde estaban acuartelados los soldados, unos cuantos de ellos sujetaban a sus caballos de los frenos. Eso era todo.

De vez en cuando la puerta de la Casa Grande daba paso a hombres montados —dos o tres— que galopaban abajo del camino a La Puerta con sus rifles en las manos. Yo los seguía y los veía desaparecer y emerger en las ondulaciones del terreno, haciéndose más y más pequeños, hasta que remontaban la última cuesta, donde el polvo blanco que levantaban se confundía con la fuerte luz del sol que los ojos no podían resistir. Se habían llevado mi caballo, y Juan Vallejo no tenía ninguno. Estaba a mi lado, echando bravatas y disparando su rifle vacío.

—¡Mira! —gritó de pronto—. El lado occidental de las montañas que flanqueaban La Puerta estaba en las sombras todavía. A lo largo de su base, al norte y al sur, también, se retorcían pequeñas líneas delgadas de polvo. Se agrandaban, ¡ay, tan despacio…! Primero era una sola en cada dirección; después comenzaron otras dos, más abajo, más cerca, avanzando implacablemente, como una deshiladura en una media, como una grieta en un vidrio delgado. ¡El enemigo, desplegándose ampliamente en torno del campo de batalla, para cogernos por el flanco!

No obstante, seguían saliendo de la Casa Grande pequeños grupos de soldados que se alejaban rápidamente. Se fueron Pablo Arriola y Nicanor, saludándome resplandecientes al pasar. Longino Guereca partió como exhalación en su gran caballo *tordillo*, todavía un poco bronco. El gran animal bajó la cabeza y saltó cuatro veces cruzando la plaza.

—Mañana a las minas —gritó Gino sobre el hombro—. Estoy muy ocupado hoy, muy rico, las minas perdidas de… —Pero ya estaba demasiado lejos para oírlo. Martínez le siguió, gritándome con una sonrisa que tenía un miedo cerval. Después otros. Eran como treinta por todos, a lo más. Recuerdo que la mayor parte llevaba anteojos contra el polvo. Don Petronilo sentó su caballo, llevándose los anteojos de

campaña a la cara. Dirigí otra vez la mirada a las líneas de polvo que se iban curvando lentas hacia abajo, iluminadas por el sol, como si fueran cimitarras.

Don Tomás pasó al galope; pisándole los talones iba Tomás Gil. Pero venía alguno. Era un caballejo corriendo por la loma, en dirección a nosotros, perfilándose el jinete entre el polvo brillante. Corría furiosamente, hundiéndose y elevándose entre las quebraduras del terreno… Y como espoleara terriblemente a su cabalgadura para subir el cerrito donde estábamos, vimos horrorizados algo terrible. Una cascada de sangre, en forma de abanico, que le salía por delante. La parte inferior de la boca se la había volado una bala expansiva. Arrendó su caballo junto al coronel y trató desesperadamente, horriblemente, de decir algo; pero era imposible obtener nada inteligible de aquella ruina humana. Le rodaron las lágrimas por las mejillas. Dio un grito enronquecido y, clavando fuertemente las espuelas a su caballo, partió veloz rumbo al camino a Santo Domingo. Venían otros, también, en la carrera trágica, los que habían estado de guardia en La Puerta; pasaron dos o tres por la hacienda sin detenerse. Los restantes llegaron hasta Don Petronilo, arrebatados por la cólera:

—¡Más municiones! ¡Más cartuchos! —gritaban.

Don Petronilo volvía la mirada a otro lado:

—¡No hay nada! —Los hombres se volvían locos, renegaban y arrojaban sus armas al suelo—. ¡Otros veinticinco hombres a La Puerta! —gritó el coronel. En unos cuantos minutos salieron galopando del cuartel la mitad de los nuevos refuerzos y tomaron por el camino del oriente. Las cercanas extremidades de las líneas de polvo se perdieron ahora de vista, tras una elevación del campo.

—¿Por qué no los manda usted a todos, Don Petronilo? —le grité.

—Porque viene toda una compañía de *colorados* por aquel arroyo, mi joven amigo; usted no los ve desde allí, pero yo sí.

No acababa de hablar cuando un jinete caracoleó en la esquina de la casa, señalando sobre su espalda al sur, de donde venía.

—Vienen por ese rumbo también —exclamó—. ¡Son miles! ¡Por el otro paso, Redondo tenía únicamente cinco hombres de guardia! ¡Los cogieron prisioneros y se internaron en el valle antes que él se diera cuenta de lo que pasaba!

—¡*Válgame Dios*! —dijo entre dientes Don Petronilo.

Doblamos al sur. Por sobre el amanecer sombrío del desierto apareció una espesa nube de polvo blanco, brillando en el sol, como la bíblica columna de humo.

—¡El resto de ustedes salgan para allá y manténganlos a raya! —Los últimos veinticinco hombres saltaron a sus caballos y partieron rumbo al sur.

Entonces, súbitamente, la puerta grande de la amurallada plaza echó fuera hombres y caballos; los hombres sin rifles. ¡La *gente* desarmada de Salazar! Se arremolinaron como presa del pánico. ¡Queremos nuestros rifles! —gritaban—. ¿Dónde está nuestro parque?

—Sus rifles están en el cuartel —contestó el coronel—, ¡pero sus cartuchos están allá matando colorados!

Se escuchó un alarido inmenso:

—¡Nos han quitado nuestras armas! ¡Nos quieren asesinar!

—¿Cómo puede uno pelear? ¿Qué podemos hacer desarmados? —gritó un hombre enfrentándose a Don Petronilo.

—¡Vengan, *compañeros*! Salgamos a estrangularlos con las manos, a los… *colorados* —gritó uno. Cinco acicatearon sus caballos y partieron vertiginosamente hacia La Puerta, sin armas, sin esperanza. ¡El gesto fue grandioso!

—¡Nos matarán a todos! —dijo otro—. ¡Vengan! —Y los otros cuarenta y cinco arrancaron desordenadamente para el camino a Santo Domingo.

Los veinticinco reclutas a quienes se les había ordenado defender el lado sur, caminaron como dos tercios de un kilómetro y se detuvieron indecisos, sobre lo que harían. Entonces vieron a los cincuenta desarmados que galopaban hacia las montañas.

—¡Los *compañeros* van huyendo! ¡Los *compañeros* van huyendo! —Por un momento hubo un nutrido cambio de gritos. Contemplaron la nube de polvo que se les venía encima. Pensaron en el poderoso ejército de desalmados que lo formaban. Vacilaron, se separaron y huyeron apresuradamente al través del chaparral hacia las montañas.

De pronto descubrí que había estado oyendo hacía rato un tiroteo. El sonido parecía venir de muy lejos, muy parecido al tictac de una máquina de escribir. Al concentrar nuestra atención, pareció aumentar. El pequeño y trivial ruido de los rifles creció y se convirtió en algo serio. Ya era casi continuo en el frente, como el incesante redoblar de un tambor de guerra.

Don Petronilo estaba un poco pálido. Llamó a Apolinario y le dijo que enganchara las mulas al coche.

—Si sucede algo, que seamos nosotros a quienes toque la peor parte —dijo rápidamente a Juan Vallejo—, llama a mi mujer, y tú y Reed se van con ella en el coche. ¡Vengan, Fernando, Juanito! —Silveyra y Juan Santillana espolearon sus caballos; los tres desaparecieron camino de La Puerta.

Podíamos verlos ahora; centenares de pequeñas figuras montadas, al través de los breñales; el desierto hormigueaba de ellos. Hasta nosotros llegaban sus alaridos de indios salvajes. Una bala zumbó sobre nosotros, después otra; en seguida una directa, viva, y luego toda una andanada de ellas que silbaban terríficas. Volaban los pedazos de barro de las paredes de adobe tocadas por las balas. Los peones y sus mujeres corrían de casa en casa, aturdidos por el miedo. Un soldado, con la cara ennegrecida por la pólvora, el rencor asesino pintado en ella así como el terror, pasó al galope y gritó que todo estaba perdido…

Apolinario se apresuró a sacar las mulas, ya aparejadas, y comenzó a engancharlas al coche. Sus manos temblaban. Dejó caer un tirante, lo levantó, y se le cayó otra vez. Se estremecía todo su cuerpo. Por fin, tiró todo el aparejo al suelo y se echó a correr. Juan y yo nos lanzamos impetuosamente hacia adelante. Precisamente

entonces, una bala perdida tocó en la rabadilla a la mula de la derecha. Ya nerviosos, los animales arrancaron frenéticamente. La espiga del coche saltó en pedazos, de un tiro de rifle. Las mulas corrían locas rumbo al desierto.

Y vino entonces la derrota. Un tropel salvaje de soldados azotaban a la vez a sus caballos aterrorizados. Nos pasaron sin detenerse, sin vernos; todo en ellos era sangre, sudor y negrura. Iban don Tomás, Pablo Arriola, y detrás de ellos el pequeño Gil Tomás, cuyo caballo, tambaleante, cayó muerto frente a nosotros. Las balas pegaban en las paredes por todos lados en nuestro derredor.

—¡Venga, Míster! —dijo Juan—. ¡Vámonos! —Comenzamos a correr. Al subir jadeando la orilla opuesta de la barranca, miré para atrás. Gil Tomás venía en seguida, detrás de mí, con un sarape a cuadros negros y rojos sobre sus hombros. Don Petronilo apareció a la vista, disparando hacia atrás sobre el hombro, con Juan Santillana a su lado. Al frente corría Fernando Silveyra, agachándose sobre el pescuezo de su caballo. Toda la hacienda era una arena de hombres que galopaban, disparaban y gritaban; y tan lejos como podía alcanzarse a ver, en todas las alturas del desierto, venían más.

Capítulo XI

LA HUIDA DEL MÍSTER

Juan Vallejo iba ya lejos, adelante, corriendo tenazmente con su rifle en una mano. Le grité que se saliera de la carretera y obedeció, sin mirar atrás. Yo lo seguí. Era una vereda recta que cruzaba el desierto hacia las montañas. Éste era liso como una mesa de billar. Podía vérsenos desde kilómetros. Mi cámara resbaló entre las piernas. La dejé caer. Mi abrigo se convirtió en terrible carga. Me lo quité. Veíamos a los *compañeros* huyendo locamente en dirección al camino de Santo Domingo. Más allá de ellos apareció inesperadamente una partida de hombres al galope: eran el grupo de flanqueo por el sur. La gritería se soltó otra vez, perdiéndose perseguidores y perseguidos en un recodo del cerrito. ¡Gracias a Dios que la vereda se apartaba del camino!

Yo seguí corriendo, corría y corría… hasta que ya no pude más. Entonces di unos cuantos pasos y corrí otra vez. Sollozaba en vez de respirar. Me agarrotaban las piernas calambres terribles. Aquí había más chaparral, más maleza; los cerros al pie de las montañas estaban cerca. Pero la vereda era visible en toda su extensión desde atrás. Juan Vallejo había llegado a la base de los cerros, dos tercios de un kilómetro adelante. Lo vi trepando por una pequeña altura. De pronto aparecieron tres hombres armados detrás de él y levantaron un vocerío. Miró a su alrededor, tiró su rifle lejos, entre la maleza, y echó a correr para salvar el pellejo. Le dispararon, pero se detuvieron para recoger el fusil. Él desapareció sobre la cumbre; ellos también.

Yo corría. No sabía qué hora era. No estaba muy asustado. Todo parecía increíble, como una página de Ricardo Harding Davis. Me pareció que si no escapaba no desempeñaría bien mi cometido. Seguí pensando para mis adentros: «Bueno, esto es ciertamente una experiencia. Voy a tener algo sobre lo cual escribir».

Entonces oí unos alaridos atrás y resonar pezuñas de caballos. Como a unos treinta metros a mi espalda corría el pequeño Gil Tomás; las puntas de su sarape volaban rectas. Y como a unos cien metros atrás de él corrían dos hombres oscuros con bandoleras cruzadas y rifles en las manos. Hicieron fuego. Gil Tomás levantó su lívida y pequeña cara indígena hacia mí y corrió. Dispararon otra vez. Una bala zumbó sobre mi cabeza. El muchacho vaciló, se detuvo, giró sobre sus talones y se

dobló de pronto, cayendo dentro del chaparral. Ellos se le echaron encima. Vi las pezuñas del caballo que iba adelante al golpearlo. Los colorados hicieron saltar sus monturas sobre las ancas pasando sobre él, disparando una y otra vez…

Yo corrí hacia el chaparral, subí un cerrito, me enredé con las raíces de un mezquite, caí, rodé por una inclinación arenosa, yendo a parar en una pequeña barranca. Un espeso mezquital cubría el lugar. Antes de poder moverme, llegaron los *colorados* precipitándose hacia abajo de la ladera. —¡Allá va! —aullaron—, y, haciendo saltar sus caballos sobre el barranco, a menos de cuatro metros de donde yo estaba tumbado, galoparon hacia el desierto. Yo me dormí profundamente.

No pude haber dormido mucho, porque cuando desperté, el sol estaba todavía casi en el mismo lugar; se oían unos cuantos tiros dispersos hacia el occidente, en dirección a Santo Domingo. Fijé la vista al través de la enmarañada maleza hacia el cálido firmamento, donde una enorme ave de rapiña revoloteaba en círculos sobre mí, como dudando si estaría yo vivo o muerto. A menos de veinte pasos estaba un indio sin zapatos con el rifle caído sobre su caballo inmóvil. Vio al ave de rapiña y tendió después la mirada inquieta por el desierto. Yo no me moví. No sabía si era uno de los nuestros o no. Después de un rato se encaminó despacio al norte sobre el cerro y desapareció.

Esperé como una media hora para arrastrarme fuera del barranco. Todavía se escuchaba tiroteo en dirección de la hacienda: estaban rematando a los heridos, según supe más tarde. No pude verlo. El vallecito en que estaba, corría más o menos de oriente a occidente. Me dirigí al occidente, hacia la sierra. Pero todavía estaba demasiado cerca de la vereda fatal. Me agaché y corrí sobre el cerro, sin mirar atrás. Más adelante había otro y después otro. Corriendo en los cerros, caminando en los bajos a cubierto, avancé continuamente al noroeste, hacia las siempre cercanas montañas. Pronto no escuché más ruidos. El sol quemaba todo abajo; las extensas cordilleras reverberaban con el calor del árido terreno. El crecido chaparral me destrozaba las ropas y la carne. Bajo los pies, los cactos, las plantas espinosas y las mortíferas *espadas*, cuyas largas espigas entrelazadas me hacían jirones las botas, sacando sangre a cada paso; y debajo de ellas la arena y afiladas piedras. Era una caminata horrible. Las grandes formas erectas de la bayoneta española tenían una gran semejanza con hombres. Se erguían por todas partes del horizonte. Me detuve, envarado, en la cima de un alto cerro, entre un grupo de ellas, mirando hacia atrás. La hacienda estaba tan lejos todavía que sólo era una mancha blanca en la inmensa vastedad del desierto. Una delgada línea de polvo se movía de la hacienda hacia La Puerta: los *colorados* llevaban sus muertos a Mapimí.

El corazón me dio un salto. Venía un hombre silenciosamente del valle. Tenía un sarape verde sobre un brazo; nada en la cabeza sino un pañuelo con cuajarones de sangre. Sus piernas desnudas estaban cubiertas de sangre por las *espadas*. De pronto me vio y se quedó parado; después de una pausa me hizo señas. Fui adonde

estaba; no dijo ni una palabra, pero guió nuestra marcha atrás para bajar al valle. Como a unos treinta metros más adelante se detuvo y señaló algo. Un caballo muerto tendido en la arena con las patas al aire; a su lado yacía un hombre, destripado por un cuchillo o espada, evidentemente un *colorado*, porque su cartuchera estaba casi llena. El hombre del sarape verde sacó una fea daga, todavía manchada con sangre, se arrodilló y empezó a escarbar entre las espadas. Yo traje piedras. Cortamos una rama de mezquite e improvisamos una cruz con ella.

Hecho esto procedimos a su entierro.

—¿Para dónde va usted, *compañero*? —le pregunté.

—Para la sierra —me contestó—. ¿Y usted?

Señalé al norte, donde sabía que estaba el rancho de los Guereca.

—El Pelayo está sobre ese camino, a ocho leguas.

—¿Qué es El Pelayo?

—Otra hacienda. Allá están algunos de los nuestros en El Pelayo; así creo…

Partimos con un *adiós*.

Seguí adelante por varias horas, corriendo en lo alto de los cerros, tambaleando entre las crueles *espadas*, resbalando por las escarpadas laderas de los lechos secos de los ríos. No había agua. No había comido ni bebido. El calor era intenso.

Como a las once, al rodear el recodo de una montaña, vi el exiguo pedazo gris que era Brusquilla. Aquí pasaba el camino real; el desierto aparecía plano y abierto. A menos de un kilómetro iba un minúsculo jinete, caminando despacio. Pareció haberme visto; se acercó y miró en dirección a mí un buen rato. Yo me quedé inmóvil completamente. Luego siguió adelante, haciéndose más y más pequeño, hasta que al fin no quedó sino un leve soplo de polvo. No había otra señal de vida en muchos kilómetros. Me agaché y corrí al lado del camino, donde no había polvo. A media legua al occidente estaba la casa de los Guereca, oculta por la gigante hilera de álamos que bordeaban la corriente de su arroyo. Más lejos divisé un pequeño punto rojo en la cima del cerro en que estaba; cuando me acerque, vi que era el padre de los Guereca, escrutando hacia el oriente. Vino corriendo hacia abajo al verme, cogiéndome las manos.

—¿Qué ha pasado? ¿Qué ha pasado? ¿Es cierto que los colorados tomaron La Cadena?

Le dije brevemente lo que había sucedido.

—¿Y Longino? —exclamó, retorciéndome el brazo—. ¿Has visto a Longino?

—No —contesté—. Todos los compañeros se retiraron a Santo Domingo.

—No debes quedarte aquí —dijo el viejo, temblando.

—Deme un poco de agua; casi no puedo hablar.

—Sí, sí, bebe. Allí está el arroyo. Los *colorados* no deben encontrarte aquí —el viejo miró a su alrededor angustiado; contemplaba el pequeño rancho que tanto trabajo le había costado adquirir—. Nos acabarían a todos.

En aquel momento apareció en el umbral de la puerta la anciana madre.

—Ven acá, Juan Reed —gritó—. ¿Dónde está mi muchacho? ¿Por qué no viene? ¿Lo mataron? ¡Dime la verdad!

—¡Oh, yo creo que todos salieron bien! —le contesté.

—¡Y tú! ¿Has comido? ¿Ya desayunaste?

—No he tomado ni una gota de agua desde anoche, ni alimento alguno. Vine a pie desde La Cadena.

—¡Pobre muchachito! ¡Pobrecito! —sollozó abrazándome—. Ahora siéntate, te cocinaré alguna cosa.

El viejo Guereca se mordía los labios agonizando de temor. La hospitalidad ganó la partida.

—Mi casa está a tus órdenes —murmuró—. ¡Pero date prisa! ¡Ándale! ¡No deben verte aquí! ¡Yo iré al cerro para vigilar si alguien viene!

Tomé varios cuartillos de agua, engullí cuatro huevos fritos y algún queso. El viejo había retornado y se revolvía impaciente.

—Envié a todos mis hijos a Jaral Grande —dijo—. Supimos esta mañana que todo el valle está huyendo a las montañas. ¿Estás listo?

—Quédate aquí —invitó la señora—. ¡Te ocultaremos de los *colorados* hasta que venga Longino!

Su esposo le gritó exasperado:

—¿Estás loca? ¡No deben hallarlo aquí! ¿Ya estás listo? ¡Ven en seguida!

Me encaminé cojeando al través de un maizal amarillo, quemado.

—Sigue esta vereda —me dijo el viejo—, atraviesa aquellos sembrados y el chaparral. Te llevará a la carretera para Pelayo. ¡Que te vaya bien! —Nos estrechamos las manos y, un momento después, lo vi remontando de regreso el cerro, con sus huaraches que parecían volar.

Crucé un valle inmenso cubierto con mezquites que le llegaban a uno a la cabeza. Pasaron dos veces unos hombres a caballo, probablemente pacíficos, pero yo no confiaba. Más allá de ese valle, otro, de más de dos kilómetros de extensión. Había montañas áridas por todos lados; asomaba por delante una cordillera de cerros fantásticos: blancos, rosados y amarillos. Después de unas cuatro horas, con las piernas tiesas y los pies sangrando, un dolor de cabeza y todo dando vueltas a mi alrededor, salvados todos los obstáculos, se presentaron a mi vista los álamos y las chaparras paredes de adobe de la hacienda El Pelayo.

Los peones me rodearon, escuchando mi relato.

—¡*Qué caray*! —murmuraban—. ¡Pero, si es imposible caminar de La Cadena hasta aquí en un día! ¡*Pobrecito*! ¡Estarás cansado! Ven ahora y come. Esta noche habrá una cama.

—Mi casa es tuya —dijo Don Felipe, el herrero—. ¿Pero estás seguro de que los *colorados* no vienen para acá? La última visita que nos hicieron —señaló las

paredes ennegrecidas de la Casa Grande— mataron a cuatro *pacíficos* que no quisieron unirse a ellos. —Me tomó del brazo—. Ven ahora, *amigo*, a comer.

—¡Si hubiera algún lugar para tomar un baño primero!

Sonrió al oírme y me condujo atrás de la hacienda, a la orilla de una corriente pequeña cuyos márgenes eran de un verdor intenso y sobre la cual colgaban unos sauces. El agua fluía de abajo de una pared alta, sobre la que asomaban las nudosas ramas de un álamo gigante. Entramos por una puertecilla; allí me dejaron.

Adentro, se elevaba bruscamente el terreno y, la pared, de un rosa desteñido, seguía el contorno de la tierra. Hundido, en el centro del lugar, había un estanque de agua cristalina. El fondo era de arena blanca. A un extremo de la alberca brotaba el agua de un agujero en el fondo. Se levantaba de la superficie un vapor ligero. Era agua caliente.

Estaba dentro del estanque un hombre de pie, con el agua hasta el cuello. Tenía un círculo afeitado arriba de la cabeza.

—Señor —dijo—, ¿es usted católico?

—No.

—Gracias a Dios —replicó brevemente—. Nosotros, los católicos somos propensos a ser intolerantes. ¿Es usted mexicano?

—No, señor.

—Está bien —contestó, sonriendo tristemente—. Yo soy sacerdote y español. Se me ha hecho saber que no soy persona grata en esta hermosa tierra, señor. Dios es bueno. Pero es mejor en España que aquí en México…

Me deslicé lentamente dentro de la profunda transparencia del agua caliente. El dolor, las lastimaduras y el cansancio huyeron, estremeciendo mi cuerpo. Me sentí otro. Flotando allí, en el tibio abrazo de aquel estanque maravilloso, con las torcidas ramas grises del álamo sobre nuestras cabezas, discutimos sobre filosofía. El cielo ardiente se iba enfriando poco a poco; la brillante luz del sol se esparcía más y más lenta sobre la pared rosada.

Don Felipe insistió que durmiera en su casa, en su cama. Ésta consistía de un bastidor de hierro con tablillas sueltas de madera, atravesadas. Sobre esto había tendida una andrajosa manta. Mi ropa me abrigó. Don Felipe, su mujer, su hijo, ya grande, su hermana y sus dos pequeños infantes, todos los cuales dormían en la cama, se acostaron sobre el mullido suelo. Había también dos personas enfermas en la habitación —un hombre muy anciano, cubierto de manchas rojizas—, y un muchacho con las amígdalas extraordinariamente inflamadas. De vez en cuando entraba una bruja centenaria que atendía a los pacientes. Su sistema era sencillo. Al anciano le aplicaba un pedazo de hierro, que calentaba en la vela y se lo ponía sobre las manchas. Para el caso del muchacho, hizo una pasta de masa de maíz y manteca, restregándola gentilmente con los codos, al mismo tiempo que rezaba en voz alta. Estos menesteres se desarrollaron a intervalos durante toda la noche. Entre uno y otro

tratamiento, despertaban los infantes que insistían en que se les amamantara… La puerta se cerró al llegar la noche, y no había ninguna ventana.

No obstante, toda esta hospitalidad significaba un verdadero sacrificio para don Felipe, particularmente en las comidas, al llegar las cuales abría su baúl de hojalata, y me ofrecía con toda reverencia su precioso café y azúcar. Era, como todos los peones, increíblemente pobre y pródigamente hospitalario. El ofrecer su cama fue un signo del más alto honor, también. Pero cuando traté de pagarle en la mañana, rehusó escucharme siquiera.

—Mi casa es de usted —repitió—. Un extranjero puede ser Dios, como decimos nosotros.

Finalmente, le dije que deseaba me comprara un poco de tabaco; sólo así tomó el dinero. Yo sabía que sería bien empleado, ya que se puede confiar en que un mexicano jamás llevará a cabo un encargo. Es deliciosamente irresponsable.

A las seis de la mañana salí para Santo Domingo en un calesín de dos ruedas, guiado por un viejo peón llamado Froilán Mendárez. Eludimos el camino principal, saltando a lo largo de una mera *rodada* tras de una cordillera de cerros. Después de haber caminado como una hora, tuve un pensamiento desagradable.

—¿Y si los *compañeros* hubieran huido más allá de Santo Domingo y estuvieran allí los *colorados*?

—¡De veras! ¿Qué sucedería? —musitó Froilán, azuzando a la mula.

—Pero si están allí, ¿qué haremos?

Froilán se quedó pensativo.

—Podemos decir que somos primos del presidente Huerta —sugirió, sin sonreírse. Froilán era un peón sin zapatos; su cara y manos, indescriptiblemente dañadas por la edad y la porquería; yo era un *gringo* harapiento…

Seguimos dando saltos por varias horas. En cierto paraje salió de la maleza un hombre armado; nos marcó el alto. Sus labios estaban partidos y resecos por la sed. Las *espadas* habían acuchillado terriblemente sus piernas. Había escapado por la sierra, subiendo y cayendo toda la noche. Le dimos toda el agua y el alimento que teníamos, y partió hacia Pelayo.

Mucho después del mediodía llegó nuestro calesín a la última cumbre del desierto; abajo de nosotros se extendía, dormida, la hacienda de Santo Domingo, con sus altos álamos como palmeras en derredor del manantial que parecía un oasis. Mi corazón palpitaba con violencia a medida que bajábamos. En la cancha del gran rebote estaban jugando a la pelota dos peones. Salía del manantial la larga cadena de aguadores. Algún fuego arrojaba un humo delgado entre los árboles. Alcanzamos a un peón que llevaba haces de leña.

—No —contestó—, no habían llegado los *colorados*. ¿Los maderistas? Sí, llegaron anoche centenares de ellos, todos a la carrera. Pero en la tarde habían vuelto a La Cadena, para levantar el campo.

Rompió un inmenso vocerío, que venía de alrededor del fuego debajo de los álamos:

—¡El Míster! ¡Aquí viene el Míster! ¿*Qué tal, compañero*? ¿Cómo escapaste?

Eran mis viejos amigos, los buhoneros. Se apiñaban en torno a mí, ansiosamente, preguntaban, estrechaban mi mano, me abrazaban.

—¡Ah, pero te anduvo cerca! ¡Caramba! Pero yo tuve suerte. ¿Sabías que mataron a Longino Guereca? Sí, pero él se había echado a seis *colorados* antes de que lo mataran. Y también a Martínez, Nicanor y Redondo.

Yo me sentí mal. Enfermo al pensar en tantas muertes sin objeto, en esa mezquina lucha. El alegre y buen mozo Martínez; Gino Guereca, a quien había llegado a querer tanto; Redondo, cuya novia estaba entonces en camino para Chihuahua a comprar su traje de bodas; y el jovial Nicanor. Parecía que al darse cuenta Redondo de que había sido flanqueado, lo abandonaron sus hombres, por lo que partió solo al galope hacia La Cadena, cayendo en las garras de trescientos colorados, los que materialmente lo hicieron pedazos a tiros. Gino, Luis Martínez y Nicanor, con otros cinco, defendieron el lado oriente de la hacienda sin ayuda, hasta que se les agotaron las municiones y los rodeó un círculo de gente que disparaba sobre ellos. Allí murieron. Los *colorados* se llevaron a la mujer del Coronel.

—Pero ahí está un hombre que pasó por todo eso —dijo uno de los baratilleros—. Peleó hasta que no tuvo un cartucho; entonces se abrió paso entre el enemigo con un sable.

Miré a mi alrededor. ¡Rodeado por un círculo de peones boquiabiertos y con el brazo en cabestrillo que atestiguaba su hazaña, estaba Apolinario! Me vio, saludó fríamente, como lo hubiera hecho con uno que hubiese huido del combate, y siguió su narración.

Estuvimos jugando rebote Froilán y yo durante toda la prolongada tarde. Era un día soporífero, ambiente de paz. Una brisa ligera hacía susurrar las ramas altas de los grandes árboles; el sol poniente, desde más allá del cerro que está detrás de Santo Domingo, coloreaba las elevadas copas de los árboles.

Era una extraña puesta de sol. El cielo se hizo opaco con una nube ligera antes del mediodía. Primero se puso de color rosado; después, escarlata; en seguida todo el firmamento se tornó de pronto de un intenso color de sangre.

Un hombre gigantesco, borracho —un indio de mucho más de dos metros de estatura—, se tambaleaba en el campo abierto, cerca de la cancha del rebote, con un violín en la mano. Se lo acomodó bajo la barba y pasó su arco furiosa y desentonadamente sobre las cuerdas, bamboleándose de un lado a otro al tocar. Entonces salió del grupo de unos peones un enano manco y comenzó a danzar. Una tupida multitud formó un ruedo en torno a los dos, riendo regocijadamente.

En aquel momento preciso hicieron su aparición, contrastando con el cielo color de sangre, sobre el cerro del oriente, los angustiados, los vencidos; hombres a caballo

y a pie, heridos; pero todos abrumados, enfermos, descorazonados, vacilantes y cojeando hacia Santo Domingo…

Capítulo XII

ISABEL

Así, frente a un cielo carmesí, llegaron los soldados, extenuados, vencidos, bajando del cerro. Algunos a caballo; sus animales con las cabezas bajas, cansados —dos soldados en un caballo, en algunos casos—. Otros a pie, con vendajes ensangrentados en las frentes y en los brazos. Las cartucheras vacías, sin rifles. Las caras y las manos malolientes por la suciedad y el sudor, teñidas todavía por la pólvora. Más allá del cerro estaban desparramados todavía en los quince kilómetros del árido desierto que nos separaba de La Cadena. No quedaban más de cincuenta, incluyendo a las mujeres; los restantes estaban dispersos, rezagados, en las montañas infecundas y los pliegues del desierto que se prolongaban por kilómetros, por lo que todavía tardarían horas en llegar.

Don Petronilo venía al frente, con la cabeza baja y los brazos cruzados; las riendas caían, sueltas, sobre el cuello de su indeciso, tambaleante caballo. En seguida, atrás de él, venía Juan Santillana, pálido y enjuto, su cara envejecida. Fernando Silveyra, todo harapos, arrastrado por su montura. Cuando vadearon la escasa corriente, levantaron los ojos y me miraron. Don Petronilo saludó débilmente con la mano; Fernando gritó:

—¡Pero cómo, allí está el Míster! ¿Cómo escapaste? Creímos que te habrían matado seguramente.

—Jugué una carrera con las cabras —contesté—. Juan se echó a reír.

—¿Un susto mortal, eh?

Los caballos metieron ansiosos los hocicos en la corriente, bebiendo con desesperación. Juan, cruelmente, metió las espuelas y atravesó el arroyo para abrazarnos. Pero don Petronilo desmontó en el agua, entorpecido, como en sueños y, vadeando hasta arriba de las botas, vino adonde yo estaba.

Estaba llorando silenciosamente. Su expresión no había cambiado, pero corrían por sus mejillas grandes lágrimas.

—¡Los *colorados* capturaron a su mujer! —susurró Juan en mi oído.

Yo estaba embargado de pena por el hombre.

—Es una cosa terrible, *mi coronel* —le dije gentilmente—, el sentir la responsabilidad por todos esos valientes que murieron. Pero no fue por culpa de usted.

—No es eso —contestó pausadamente, mirando por entre las lágrimas el lastimoso acompañamiento que se arrastraba bajando del desierto.

—Yo también tenía muchos amigos que murieron en la batalla —proseguí—. Pero ellos murieron gloriosamente, luchando por su país.

—No lloro por ellos —exclamó, retorciéndose las manos—. Hoy perdí todo lo que me era más querido. Se llevaron a mi mujer, que era mía, mi nombramiento y todos mis papeles, y todo mi dinero. Pero me tortura la pena al pensar en mis espuelas de plata, incrustadas de oro, que compré el año pasado en Mapimí. —Se despidió, abatido.

Comenzaron a venir los peones de sus casas, lanzando gritos compasivos y ofertas cariñosas. Echaban sus brazos a los cuellos de los soldados, atendían a los heridos, les daban tímidamente palmaditas en las espaldas y les llamaban valientes. Extremadamente pobres, ofrecían alimentos y camas y forrajes para los caballos, invitándolos a permanecer en Santo Domingo hasta que se sintieran bien. Yo tenía ya un sitio para dormir. Don Pedro, el principal cabrero, rebosante de calor su generoso corazón, me había dado su cuarto y su cama; desplazó a su familia a la cocina, adonde se trasladó también él. Lo hizo sin la esperanza de una recompensa, ya que pensó que yo no tenía dinero. En todas partes salían de sus casas hombres, mujeres y niños, a fin de hacer lugar para los vencidos y fatigados soldados.

Fernando, Juan y yo fuimos a pedir un poco de tabaco a los cuatro buhoneros acampados bajo los árboles al pie del manantial. No habían vendido nada durante una semana; casi se morían de hambre, pero nos cargaron generosamente de *macuche*. Hablamos del combate, tendidos y apoyados en los codos, observando los despedazados restos de la guarnición en la cumbre del cerro.

—¿Sabe usted que Gino Guereca murió? —dijo Fernando—. Yo lo vi caer. Su hermoso caballo tordillo que montaba por primera vez, estaba espantado por el freno y la silla. Pero cuando llegó donde silbaban las balas y retumbaban los cañones, se tranquilizó en seguida. Ese caballo era de raza pura… Sus padres deben haber sido todos guerreros. En torno a Gino había cuatro o cinco héroes más; casi todos sus cartuchos estaban agotados. Pelearon hasta que en el frente y de ambos costados se les cerraron las lineas dobles de *colorados* galopando. Gino estaba a pie, al lado de su caballo; de pronto una rociada de balas tocó al animal en varias partes; suspiró y cayó muerto. Sus acompañantes dejaron de tirar en una especie de pánico.

—¡Estamos perdidos! —gritaron.

—¡Corran ahora que es tiempo todavía! —les decía Gino, sacudiendo su rifle humeante sobre ellos.

—¡No —gritó—, den tiempo a los *compañeros* para que se vayan!

Poco después lo cercaron estrechamente; no lo volví a ver hasta que lo sepultamos esta mañana… Aquello era un infierno. Los rifles se habían calentado al grado que no se podían tocar sus cañones; el remolino caliginoso que salía de ellos al disparar lo retorcía todo, como si fuera un espejismo…

Juan interrumpió:

—Caminamos en línea recta hacia La Puerta cuando comenzó la retirada, pero casi inmediatamente nos dimos cuenta de que no tenía objeto. Los *colorados* rompían nuestras pequeñas formaciones como si fueran inmensas olas marinas. Martínez iba adelante. No tuvo siquiera oportunidad de disparar su rifle, y éste era también su primer combate. Lo hirieron montado… Pensé entonces en lo que usted y Martínez se querían. Las conversaciones que tenían ustedes eran muy afectuosas; por las noches no se dejaban dormir mutuamente…

Los elevados penachos de los árboles se habían entristecido por la falta de luz; parecían estar erguidos entre la lluvia de estrellas arriba, en la honda cúpula. Los baratilleros habían avivado su pequeña fogata; el tranquilo murmullo de su charla en voz baja llegaba hasta nosotros. Las puertas abiertas en las chozas de los peones arrojaban su titubeante luz de velas. Venía del río una silenciosa línea de muchachas vestidas de negro con cántaros de agua en sus cabezas. Las mujeres molían su maíz con el monótono crujir de las piedras. Los perros ladraban. El repiqueteo de los cascos marcaba el paso de la *caballada* hacia el río. A lo largo del enrejado, frente a la casa de don Pedro, los guerreros fumaban y peleaban otra vez la batalla, pataleando en derredor y gritando las descripciones que hacían.

—Tomé mi rifle por el cañón y lo estrellé en su cara grotesca, así como… —Narraba otro, gesticulando.

Los peones, acuclillados alrededor, oían sin respirar… Y, mientras tanto, la macilenta procesión de los vencidos se arrastraba por el camino y al cruzar el río.

No había oscurecido todavía. Me fui a la orilla para observarlos, con la vaga esperanza de hallar a alguno de mis *compadres*, que pudiera aparecer aún como perdido. Y fue allí donde vi por primera vez a Isabel.

No había nada interesante en ella. Creo que me di cuenta de su presencia, principalmente, porque era una de las pocas mujeres en aquella desventurada compañía. Era una muchacha india de piel muy oscura, como de veintiséis años de edad, con el cuerpo rechoncho de su raza explotada; facciones agradables; el pelo cayendo adelante, sobre sus hombros, en dos largas trenzas y grandes dientes que brillaban con su sonrisa. Nunca pude saber si era simplemente una mujer que trabajaba como peón en derredor de La Cadena, cuando ocurrió el ataque, o si era una *vieja* de las que siguen a los campamentos del ejército.

Caminaba trabajosamente, impasible, entre el polvo, atrás del caballo del capitán Félix Romero, y así lo había hecho al través de veinte kilómetros. Él no le hablaba, ni

siquiera volvía atrás la vista, seguía adelante indiferente. Algunas veces se cansaba de llevar su rifle y se lo daba para que lo cargara, con un frío:

—¡Toma! ¡Lleva eso!

Averigüé más tarde que cuando volvieron a La Cadena después de la lucha, para sepultar a los muertos, la había encontrado vagando a la ventura en la hacienda, ostensiblemente fuera de su razón, y que, necesitando una mujer, le había ordenado que lo siguiera; lo que hizo, sin preguntar, siguiendo las costumbres de su país y de su sexo.

El capitán Félix dejó beber agua a su caballo. Isabel se detuvo también, se arrodilló y sumergió su cara en el agua.

—Ven acá —le ordenó el capitán—. ¡*Ándale*!

Se levantó sin proferir palabra y vadeó el arroyo. En el mismo orden subieron a la otra orilla; allí desmontó el capitán, extendió la mano hacia el rifle que ella llevaba y dijo:

—¡Arregla mi cena!

Echó a andar hacia las casas donde el resto de los soldados estaban sentados.

Isabel se acuclilló sobre sus rodillas y juntó ramas secas para hacer fuego. Poco después ardía una pequeña hoguera. Llamó a un chiquillo con la rígida y chillona voz que tienen las mujeres mexicanas:

—¡Oye, *chamaco*, tráeme un poco de agua y maíz para darle de comer a mi hombre!

Y, levantándose sobre sus rodillas, ante el vivo resplandor de las llamas, sacudió hacia abajo su larga, lacia y negra cabellera. Llevaba una especie de blusa de color azul pálido, desvaído, de tela corriente. Tenía manchas de sangre seca sobre el pecho.

—¡Qué batalla, señorita! —le dije.

Brillaron sus dientes al sonreír y, no obstante, había un vacío enigmático en su expresión. Los indios tienen caras como máscaras. Bajo la de ella pude ver que estaba terriblemente cansada y hasta un poco histérica. Pero hablaba bastante tranquila.

—Y bien —dijo—. ¿Es usted el *gringo* que corrió tantos kilómetros de los colorados, disparándole por detrás?

Y se rió deteniendo el aliento en medio de la risa, como si hubiese sentido un dolor.

El *chamaco* llegó dando traspiés, trayendo una vasija de barro y una brazada de mazorcas de maíz que echó a sus pies. Isabel desató de su chal la pesada artesa de piedra, el *metate*, que usan las mujeres mexicanas, y empezó a desgranar mecánicamente el maíz, echándolo dentro.

—No recuerdo haberte visto en La Cadena —le dije—. ¿Estuviste allá mucho tiempo?

—Demasiado —contestó sencillamente sin levantar la cara, agregando repentinamente—: ¡Ah, esta guerra no es cosa para mujeres! —Lloraba.

Don Félix salió de la oscuridad, con un cigarro en la boca.

—Mi comida —gruñó—. ¿Está *pronto*?

—¡*Luego, luego*! —contestó ella. Él se fue otra vez.

—¡Oiga, señor, quienquiera que usted sea! —dijo Isabel suavemente, mirándome—. Mi amante murió ayer en el combate. Este hombre es ahora mi hombre; pero por Dios y todos los hombres, no puedo dormir con él esta noche. Permítame quedarme entonces con usted.

No había el menor rasgo de coquetería en su voz. Aquel espíritu equívoco, infantil, se encontraba en una situación que no podía soportar, y había hallado la salida instintivamente. Dudo inclusive que supiera por qué se rebelaba ante la idea de pensar en este hombre nuevo, cuando el cadáver de su amante no se había enfriado todavía. Yo no era nada para ella, ni ella lo era para mí. Eso era lo que importaba.

Asentí. Abandonamos juntos el fuego. El maíz del capitán se desparramaba de la artesa. A poco andar nos lo encontramos en la oscuridad.

—¡Mi comida! —dijo exasperado. Su voz cambió—. ¿A dónde vas?

—Me voy con este señor —contestó Isabel nerviosamente—. Me voy a quedar con él…

—¿Tú…? —comenzó a tragar gordo—. Tú eres mi mujer. ¡*Oiga, señor*, ésta que está aquí es mi mujer!

—Sí —dije—. Es su mujer. Yo no tengo nada que ver con ella. Pero está muy cansada y no se siente bien; le he ofrecido mi cama por esta noche.

—¡Eso está muy mal, señor! —exclamó el capitán con voz tronante—. Usted es huésped de esta tropa y el amigo del coronel, pero ésta es mi mujer y yo la quiero…

—¡Oh! —Isabel rompió a llorar—. ¡Hasta pronto, señor!

Me cogió del brazo y tiró de mí para caminar.

Todos habíamos estado viviendo en una pesadilla de lucha y muerte. Creo que todos estaban un poco aturdidos y excitados. Sé que yo lo estaba.

Pero ya los peones y los soldados habían empezado a reunirse en torno nuestro; al seguir adelante, la voz del capitán subió de tono, detallando al grupo reunido la injusticia de que era víctima:

—¡Apelaré al coronel! —decía—. ¡Se lo diré al coronel!

Nos pasó adelante, dirigiéndose hacia el cuartel del coronel, con su cara evasiva y voz borboteante.

—¡*Oiga, mi coronel*! —gritó—. Este gringo se ha llevado a mi mujer. Es el más grave de los insultos.

—Bueno —replicó el coronel con calma—, si ambos desean irse, creo que no podemos hacer nada para impedirlo, ¿eh?

La noticia circuló con la rapidez del rayo. Una legión de muchachos nos seguía de cerca, lanzando las regocijadas groserías que acostumbran gritar detrás de los cortejos rústicos a los recién casados. Pasamos el *bordo* donde estaban sentados los heridos

y los soldados, que hacían visajes y observaciones escabrosas, agudas, como si se tratara de un matrimonio. Todo ello no era soez o sugestivo; sus bromas eran sanas y alegres. Se sentían sinceramente felices por nosotros.

Cuando nos acercamos a la casa de don Pedro nos dimos cuenta de que había muchas velas adentro. Él, su mujer e hija estaban atareados con las escobas, barriendo y volviendo a barrer el piso de tierra y rociándolo con agua. Habían puesto ropa nueva de cama y encendido el candelero de fiesta ante la mesa del altar de la Virgen. Sobre el marco de la puerta colgaba un festón de botones en flor, de papel, reliquias decoloradas de muchas Navidades anteriores (porque era en invierno) y no había flores naturales.

Don Pedro estaba risueño, radiante. No importaba quiénes fuéramos, o cuáles fueran nuestras relaciones. Éramos un hombre y una mujer solteros, y para él se trataba de una fiesta nupcial.

—Que pases una feliz noche —dijo con voz queda, y cerró la puerta. La sobria Isabel hizo los menesteres del cuarto y apagó todas las velas, excepto una.

Entonces oímos, afuera, los preludios de la música. Alguien había alquilado la orquesta del pueblo para darnos una serenata. Más tarde, durante la noche, tocaron continuamente afuera de la puerta de nuestra habitación. De la casa vecina oímos ajetreo de sillas y mesas para despejar la pieza; y poco antes de dormirme comenzaron a bailar, combinando económicamente la serenata con un *baile*.

Sin la menor turbación, Isabel se acostó a mi lado en la cama. Su mano alcanzó la mía. Se arrimó junto a mi cuerpo, buscando su calor, musitó «hasta mañana» y se durmió. Y calmada, dulcemente, me embargó el sueño…

Cuando desperté, a la mañana siguiente, se había marchado. Abrí mi puerta y miré afuera. La mañana era deslumbrante —todo azul y oro—, una región etérea ataviada de grandes nubes blancas fulgurantes y un cielo ventoso; el desierto, bronceado y luminoso. Bajo los cenicientos árboles sin hojas, el fuego matinal de los buhoneros saltaba horizontalmente, impelido por el viento. Las oscuras mujeres, arropadas contra el viento, cruzaban a campo abierto hacia el río, en fila, con sus cántaros rojos en la cabeza. Los gallos cantaban; las cabras clamaban por la ordeña; un centenar de caballos levantaban una polvareda del suelo al ser llevados al río.

Isabel estaba en cuclillas sobre una pequeña hoguera cerca de la esquina de la casa, palmeando *tortillas* para el desayuno del capitán. Sonrió al verme; me preguntó cortésmente si había dormido bien. Ahora estaba muy contenta; podía vérsele por la forma en que cantaba haciendo su trabajo.

Luego llegó el capitán, quien me saludó en forma agria con la cabeza.

—Espero que ya esté listo —refunfuñó, tomando las *tortillas* que ella le dio—. Necesitas mucho tiempo para hacer un pequeño desayuno. ¡Caramba! ¡Cómo! ¿No hay café?

Se fue, mascando a dos carrillos.

—Alístate —gritó sobre el hombro, volviéndose—. Salimos dentro de una hora.

—¿Te vas? —le pregunté curiosamente. Isabel me miró con los ojos muy abiertos.

—Claro que me voy. ¡*Seguro*! ¿No es él mi hombre? —Miró hacia él con admiración. Ya no era una rebelde…

—Es mi hombre —dijo—. Es muy guapo y muy valiente. Por ejemplo, en la batalla, el otro día…

Isabel había olvidado a su amante.

SEGUNDA PARTE

FRANCISCO VILLA

CAPÍTULO I

VILLA ACEPTA UNA MEDALLA

Cuando Villa estuvo en Chihuahua, dos semanas antes del avance sobre Torreón, el cuerpo de artillería de su ejército decidió condecorarlo con una medalla de oro por heroísmo personal en el campo de batalla.

El lugar del ceremonial fue el Salón de Audiencias del Palacio del Gobernador en Chihuahua, con brillantes arañas de luces, pesados cortinajes rojos y papel tapiz americano de colores chillones en la pared, donde había un trono para el gobernador: una silla dorada con garras de león por brazos, colocada sobre un estrado, bajo un dosel de terciopelo carmesí, coronado por un capitel de madera pesado y dorado, el cual remataba en una corona.

Estaban firmemente alineados a un extremo del Salón de Audiencias los oficiales de artillería, con elegantes uniformes azules guarnecidos con terciopelo negro y oro, relucientes espadas nuevas y áureos sombreros bordados, rígidamente sujetos bajo los brazos. Desde la puerta de aquel salón, en torno de la galería, abajo de la escalinata monumental, al través del grandioso patio interior del Palacio, y afuera, pasando por las imponentes puertas a la calle, estaban formados a pie firme y en doble fila los soldados, presentando armas. Agrupadas como una cuña entre la multitud, había cuatro bandas de música regimentales. El pueblo de la capital estaba sólidamente representado por millares en la Plaza de Armas, frente al Palacio.

—¡*Ya viene! ¡Viva Villa! ¡Viva Madero!* ¡Villa, el Amigo de los Pobres!

Se oyó un vocerío que venía de atrás de la multitud y se extendía como una llamarada a un ritmo creciente hasta que parecía levantar a millares de sombreros sobre las cabezas. La banda rompió a tocar el himno nacional mexicano, mientras Villa llegaba caminando a pie por la calle.

Vestía un viejo uniforme caqui, sencillo; le faltaban varios botones. No se había rasurado, no llevaba sombrero y tenía el pelo sin peinar. Caminaba con pasos ligeros, un poco encorvado, con las manos en los bolsillos de sus pantalones. Al entrar al pasadizo entre las rígidas filas de soldados, pareció un poco desconcertado, sonriente y saludando a un *compadre* aquí y otro allá en las filas. El gobernador Chao y el

secretario de gobierno del Estado, Terrazas, vestidos con uniforme de gala, se le reunieron al pie de la gran escalinata. La banda tocó sin restricciones y, al entrar Villa al Salón de Audiencias, a una señal de alguno en el balcón del Palacio, la enorme multitud congregada en la Plaza de Armas se descubrió, mientras los brillantes oficiales agrupados en el recinto saludaban muy estirados.

¡Una apoteosis napoleónica!

Villa titubeó un momento, tirando de su bigote y, al parecer, muy molesto; finalmente, se encaminó hacia el trono, al que probó sacudiendo sus brazos y sentándose después, con el gobernador a la derecha y el secretario de gobierno a la izquierda.

El señor Bauche Alcalde se adelantó unos pasos, levantó su mano derecha en la posición exacta que tomó Cicerón al acusar a Catilina y, pronunciando un breve discurso, ensalzó a Villa por su valentía personal en el campo de batalla en seis ocasiones, las que describió con vivos detalles. El jefe de la Artillería, que lo siguió, dijo:

—El ejército lo adora. Iremos con usted a donde nos lleve. Usted puede ser lo que quiera en México.

Hablaron otros tres oficiales usando los presuntuosos y profusos períodos necesarios para la oratoria mexicana. Le llamaron «El Amigo de los Pobres», «El General Invencible», «El Inspirador de la Bravura y el Patriotismo», «La Esperanza de la República India». Y durante todo esto, Villa, cabizbajo en el trono, con la boca abierta, recorría todo en su derredor con sus pequeños ojos astutos. Bostezó una o dos veces; pero la mayor parte del tiempo parecía meditar, con algún intenso divertimiento interno, como un niño pequeño en una iglesia, que se pregunta qué significa todo aquello. Sabía, desde luego, qué era lo correcto; quizá sintió una ligera vanidad, ya que esta ceremonia convencional era dedicada a él. Pero al mismo tiempo le fastidiaba.

Por último, con una actitud solemne, se adelantó el coronel Servín con la diminuta caja de cartón que contenía la medalla. El general Chao tocó a Villa con el codo, poniéndose éste de pie.

Los oficiales aplaudieron calurosamente; afuera, la muchedumbre lanzó vítores; la banda en el patio rompió a tocar una marcha triunfal.

Villa extendió las manos ávidamente, igual que un chiquillo por un juguete nuevo. Se le hacía tarde para abrir la caja y ver lo que había dentro. Un silencio expectante invadió a todos, a la multitud en la Plaza inclusive. Villa vio la medalla, se rascó la cabeza y, en medio de un respetuoso silencio, dijo claramente:

—¡Ésta es una miserable pequeñez para darla a un hombre por todo el heroísmo de que hablan ustedes!

¡Fue un pinchazo a la burbuja imperial, que provocó allí mismo la hilaridad general!

Esperaban que hablara, para decir el discurso convencional de aceptación. Pero al ver en torno del salón a todos aquellos hombres educados, brillantes, que dijeron morirían por Villa, el peón, y lo decían sinceramente; lo mismo que al mirar al través de la puerta a los soldados harapientos, que habían olvidado su rígida compostura y se apiñaban ansiosos en el corredor, con los ojos fijos y anhelantes en el *compañero* que tanto querían, se dio cuenta de lo que significaba la revolución.

Frunciendo el ceño, como hacía siempre que reflexionaba intensamente, se inclinó sobre la mesa frente a sí y habló, en voz tan baja que la gente apenas podía oírlo:

—No hay palabra para hablar. Lo único que puedo decir es que mi corazón es todo para ustedes.

Le dio con el codo a Chao y se sentó, escupiendo violentamente en el suelo; y fue Chao quien pronunció el clásico discurso.

Capítulo II

LA ASCENSIÓN DE UN BANDIDO

Villa fue un bandolero durante veintidós años. Cuando sólo era un muchacho de dieciséis años, repartiendo leche en las calles de Chihuahua, mató a un funcionario del gobierno y se echó al monte. Se dice que el funcionario en cuestión había violado a su hermana, pero es más probable que la causa haya sido la insoportable altanería de Villa. Eso, en sí, no lo hubiera puesto fuera de la ley por mucho tiempo en México, donde la vida humana vale tan poco; pero, ya fugitivo, cometió el imperdonable crimen de robarle ganado a los ricos *hacendados*. Desde entonces, hasta el estallido de la revolución de Madero, el gobierno mexicano tenía puesto un precio a su cabeza.

Villa era hijo de peones ignorantes. Nunca fue a la escuela. No tenía el más leve concepto de lo complejo de la civilización, y cuando, por último, volvió a ella, era un hombre maduro, de una extraordinaria sagacidad natural, que se encontraba en pleno siglo XX con la ingenua sencillez de un salvaje.

Es casi imposible obtener datos exactos sobre su vida como bandido. Hay relatos de atentados que cometió en los viejos archivos de los periódicos locales y en los informes del gobierno, pero esas fuentes son parciales; su nombre se hizo tan famoso como bandido, que todos los robos de trenes, asaltos y asesinatos en el norte de México eran atribuidos a Villa… No obstante, creció un inmenso acervo de leyendas populares entre los peones, en torno a su nombre. Hay muchas canciones y corridos celebrando sus hazañas, los que se oyen cantar a los pastores de carneros, al calor de sus hogueras, por la noche, en las montañas, que son la reproducción de las coplas heredadas de sus padres o que otros compusieron extemporáneamente. Por ejemplo, se cuenta la historia de cómo Villa, enfurecido al saber de la miseria de los peones en la hacienda de Los Álamos, reunió una pequeña banda y cayó sobre la Casa Grande, la cual saqueó, distribuyendo los frutos del pillaje entre la gente pobre. Arreó con millares de cabezas de ganado de los Terrazas y los llevó a través de la frontera. Caía sobre una mina en bonanza y se apoderaba del oro o plata en barras. Cuando necesitaba maíz, asaltaba el granero de algún rico. Reclutaba casi abiertamente en las rancherías alejadas de los caminos muy transitados y de los ferrocarriles, organizando

a los bandidos en las montañas. Muchos de los actuales soldados rebeldes pertenecían a su banda, y varios de los generales constitucionalistas, como Urbina. Sus dominios confinaban sobre todo al sur de Chihuahua y al norte de Durango; pero se extendían desde Coahuila, cruzando la República, hasta el Estado de Sinaloa.

Su arrojo y bravura románticos son el tópico de innumerables poemas. Cuentan, por ejemplo, que un tal Reza, de su partida, fue capturado por los rurales y sobornado para traicionar a Villa. Cuando éste lo supo, anunció que iría a Chihuahua por Reza. Llegó en pleno día y entró en la ciudad a caballo, tomó un helado en la Plaza —el corrido es muy explícito sobre este punto— y se dedicó a recorrer las calles hasta que encontró a Reza paseando con su novia en el concurrido Paseo Bolívar. Era domingo cuando lo mató y escapó. Durante las épocas de miseria alimentaba a regiones enteras y se hacía cargo de la gente desalojada de sus poblados por las tropas que obedecían las leyes arbitrarias de Porfirio Díaz sobre tierras.

Era conocido en todas partes como «El Amigo de los Pobres». Fue una especie de Robin Hood mexicano.

Durante todos estos años aprendió a no confiar en nadie. Cuando hacía sus jornadas secretas a través del país con un acompañante leal, acampaba a menudo en un lugar despoblado y allí despedía a su guía; dejaba una fogata ardiendo y cabalgaba toda la noche para alejarse de su fiel acompañante. Así fue cómo Villa aprendió el arte de la guerra; y hoy, en el campo, cuando llega el ejército para acampar en la noche, Villa tira las bridas de su caballo a un asistente, se echa el sarape sobre los hombros y se va, solo, a buscar el abrigo de los cerros. Parece que nunca duerme. En medio de la noche se presenta de improviso en cualquier parte de los puestos avanzados, para ver si los centinelas están en su lugar; cuando retorna en la mañana, viene de una dirección distinta. Nadie, ni siquiera el oficial de mayor confianza en su Estado Mayor, conoce nada de sus planes hasta que está listo para entrar en acción.

Cuando Madero entró en campaña en 1910, Villa era todavía un bandido. Tal vez, como dicen sus enemigos, vio la oportunidad para exculparse; quizá, como parece probable, lo guió la rebelión de los peones. De todos modos, después de cerca de tres meses de haberse levantado en armas, apareció repentinamente en El Paso y puso su persona, su banda, sus conocimientos y toda su fortuna, a las órdenes de Madero. Las inmensas riquezas que, decía la gente, debía haber acumulado durante sus veinte años de bandolerismo, resultaron ser 363 *pesos* de plata, muy usados. Villa se convirtió en capitán del ejército maderista; como tal fue con Madero a la ciudad de México, donde lo nombraron general honorario de los nuevos *rurales*. Se le agregó a las tropas de Huerta, cuando éste salió al norte para combatir la rebelión de Orozco. Villa era comandante de la guarnición en Parral, y derrotó a Orozco con una fuerza inferior en la única batalla decisiva de la campaña.

Huerta puso a Villa al mando de las avanzadas, para que él y los veteranos del ejército maderista hicieran la tarea más peligrosa y llevaran la peor parte, mientras los viejos batallones de líneas federales se quedaban atrás protegidos por su artillería. En

Jiménez, Huerta mandó inesperadamente a Villa ante una corte marcial, acusándolo de insubordinación, diciendo haberle telegrafiado una orden a Parral, la cual manifestó Villa no haber recibido. La corte marcial duró quince minutos, y el futuro y más poderoso antagonista de Huerta fue sentenciado a ser fusilado.

Alfonso Madero, que pertenecía al estado mayor de Huerta, detuvo la ejecución; pero el presidente Madero, obligado a dar apoyo a las órdenes de su general en jefe de la campaña, encarceló a Villa en la penitenciaría de la capital. Durante todo este período, Villa permaneció leal a Madero, sin vacilaciones, actitud sin precedente en la historia mexicana. Por largo tiempo, Villa había deseado ansiosamente tener una educación. No perdió el tiempo en lamentaciones ni intrigas políticas. Se puso a estudiar con todas sus fuerzas para aprender a leer y escribir. Villa no tenía ni la más mínima base para hacerlo. Hablaba un lenguaje ordinario, el de la gente más pobre, el del llamado *pelado*. No sabía nada de los rudimentos o filosofía del idioma, por lo que hubo de empezar por aprender aquéllos primero, porque siempre quería saber el por qué de las cosas. A los nueve meses podía escribir regular y leer los periódicos. Es ahora interesante verlo leer, o más bien, oírlo, porque tiene que hacer una especie de deletreo gutural, un zumbido con las palabras en voz alta, como si fuera un pequeño que apenas puede o empieza a leer. Al fin, el gobierno de Madero hizo la vista gorda ante su fuga de la prisión; bien fuera para evitar complicaciones a Huerta, dado que los amigos de Villa habían exigido una investigación, o bien porque Madero estuviera convencido de su inocencia y no se atreviera a ponerlo abiertamente en libertad.

Desde ese tiempo hasta que estalló el último levantamiento, Villa vivió en El Paso, Texas, siendo de allí de donde salió, en abril de 1913, para conquistar a México con cuatro acompañantes, llevando tres caballos, dos libras de azúcar y café y una de sal.

Hay una anécdota relacionada con eso. No tenía dinero suficiente para comprar caballos, ni sus amigos tampoco. Decidió enviar a dos de ellos a una pensión local de caballos de alquiler, donde sacaron algunos todos los días durante una semana. Pagaban siempre cuidadosamente el alquiler, de modo que cuando solicitaron ocho caballos, el propietario de la pensión no vaciló en confiar que se los devolverían. Seis meses después, cuando Villa entró victorioso en Juárez, a la cabeza de un ejército de cuatro mil hombres, su primer acto público fue remitir con un mensajero una cantidad doble de lo que importaban los caballos robados.

Reclutó a sus hombres en las montañas cerca de San Andrés. Era tan grande su popularidad, que en el término de un mes había levantado un ejército de tres mil soldados; en dos meses había arrojado a las guarniciones federales de todo el Estado de Chihuahua, obligándolas a refugiarse en la misma ciudad de este nombre; a los seis meses había tomado a Torreón; y en siete meses y medio había caído en su poder Ciudad Juárez, el ejército de Mercado había evacuado Chihuahua y el norte de México estaba casi liberado.

Capítulo III

UN PEÓN EN POLÍTICA

Villa se proclamó gobernador militar del Estado de Chihuahua, comenzando el extraordinario experimento —extraordinario porque no sabía nada acerca de estos menesteres— de organizar con su propia cabeza un gobierno para 300 000 gentes.

Se ha dicho a menudo que Villa tuvo éxito porque disponía de consejeros educados. En realidad, estaba casi solo. Los consejeros que tenía pasaban la mayor parte de su tiempo dando respuesta a sus preguntas impacientes y haciendo lo que él les decía que hicieran. Yo acostumbraba ir algunas veces al Palacio del gobernador en la mañana temprano y esperarlo en su despacho. Silvestre Terrazas, secretario de gobierno, Sebastián Vargas, tesorero del Estado, y Manuel Chao, entonces interventor, llegaban como a las ocho, muy bulliciosos y atareados, con enormes legajos de informes, sugestiones y decretos que habían elaborado. Villa mismo, se presentaba como a las ocho y media, se arrellanaba en una silla y les hacía leer en alta voz lo que había. A cada minuto intercalaba una observación, corrección o sugestión. De vez en cuando movía su dedo atrás y adelante y decía:

—*No sirve*.

Cuando todos habían terminado, comenzaba rápidamente y sin detenerse a delinear la política del Estado de Chihuahua: legislativa, hacendaria, judicial y aun educativa. Cuando llegaba a un punto en que no podía salir del paso, decía:

—¿Cómo hacen eso?

Y, entonces, después que le era explicado cuidadosamente el por qué, le parecía que la mayor parte de los actos y costumbres del gobierno eran extraordinariamente innecesarios y enredosos. Un caso: proponían financiar la revolución emitiendo bonos del Estado que redituaran el 30 o 40 por ciento de interés. Villa manifestó:

—Entiendo que el Estado deba pagar algo al pueblo por el empleo de su dinero, pero ¿cómo puede ser justo que le sea devuelto éste triplicado o cuadruplicado?

No podía admitir que se adjudicaran grandes extensiones de tierra a los ricos y no a los pobres. Toda la compleja estructura de la civilización era nueva para él. Había que ser filósofo para explicar cualquier cosa a Villa: sus consejeros sólo eran hombres prácticos.

Se presentaba el problema de las finanzas, que para Villa se planteaba de la siguiente manera. Se percató que no había moneda en circulación. Los agricultores y ganaderos que producían las carnes y vegetales ya no querían venir a los mercados ciudadanos porque nadie tenía dinero para hacer sus compras. La verdad era que aquellos que poseían plata o billetes de banco mexicanos los tenían enterrados. Chihuahua no era un centro industrial; las pocas fábricas que tenía estaban cerradas; no había nada que pudiera cambiarse por alimentos. De suerte que comenzó en seguida una paralización comercial, y el hambre amenazaba a los habitantes de las ciudades. Recuerdo vagamente haber sabido de varios planes grandiosos para aliviar la situación, presentados por los consejeros de Villa, quien dijo:

—Bueno, si todo lo que se necesita es dinero, emitámoslo.

Así fue cómo se echaron a andar las prensas en los sótanos del palacio del gobernador e imprimieron dos millones de pesos en papel sólido, en los cuales aparecían las firmas de los funcionarios del gobierno, con el nombre de Villa impreso en medio de los billetes con grandes caracteres. La moneda falsa que inundó después a El Paso se distinguía de la legítima por el hecho de que los nombres de los funcionarios aparecían firmados y no estampados.

La primera emisión de moneda no tenía otra garantía que el nombre de Villa. Fue lanzada principalmente para reanimar al pequeño comercio interior del Estado, a fin de que la gente pobre pudiera adquirir víveres. Sin embargo, fue comprada inmediatamente por los bancos de El Paso a 18 y 19 centavos de dólar, porque Villa la garantizaba.

Él no sabía nada, desde luego, de los manejos aceptados para poner su moneda en circulación. Empezó a pagar al ejército con ella. El día de Navidad convocó a los habitantes pobres de Chihuahua y les dio 15 pesos a cada uno inmediatamente. En seguida lanzó un pequeño decreto, ordenando la aceptación a la par de su moneda en todo el Estado. El sábado siguiente afluían todos a los mercados de Chihuahua y de otras ciudades, agricultores y compradores. Villa lanzó otra proclama fijando el precio de la carne de res a siete centavos la libra, la leche a cinco centavos el litro, y el pan a cuatro centavos el grande. No hubo hambre en Chihuahua. Pero los grandes comerciantes, que habían abierto tímidamente sus tiendas por primera vez desde la entrada de Villa en Chihuahua, marcaron sus artículos con dos listas de precios: una para la moneda de plata y billetes de banco mexicanos, y la otra para la «moneda de Villa». Éste paró en seco la maniobra con otro decreto, ordenando una pena de sesenta días de cárcel para cualquiera que rechazara su moneda.

Pero ni así salían todavía la plata y el papel moneda de su escondite bajo tierra, y Villa los necesitaba para adquirir armas y efectos para su ejército. De modo que hizo la sencilla declaración pública de que, después del diez de febrero, sería considerada ilegal la circulación de la plata y papel moneda que se ocultaba, pudiendo cambiarse antes de esa fecha toda la que se deseara, por su propia moneda, a la par, en la Tesorería del Estado. Pero las grandes sumas en poder de los ricos siguieron ocultas.

Los financieros dijeron que sólo se trataba de una baladronada, y se mantuvieron firmes. Pero hete aquí que el diez de febrero apareció un decreto, fijado en todas las paredes de la ciudad de Chihuahua, anunciando que a partir de esa fecha toda la plata acuñada y los billetes de banco mexicanos serían moneda falsa y no podrían ser cambiados por la moneda de Villa en la Tesorería. Además, cualquiera que tratara de hacerlo circular, quedaría sujeto a sesenta días de prisión en la penitenciaría. Se levantó un griterío clamoroso, no sólo de los capitalistas sino también de los astutos avaros de poblados distantes.

Como dos semanas después de la emisión de este decreto, yo estaba almorzando con Villa en la casa que le había confiscado a Manuel Gameros, y que usaba como su residencia oficial. Llegó una delegación de peones con huaraches, de un pueblo en la Sierra Tarahumara, para protestar contra el decreto.

—Pero, *mi general* —decía el que llevaba la voz—, nosotros no sabíamos nada del decreto y usábamos los billetes y la plata en nuestro pueblo. Ignorábamos lo de su moneda, no supimos…

—¿Ustedes tienen mucho dinero? —interrumpió Villa de pronto.

—Sí, *mi general*.

—¿Tres, cuatro o cinco mil, tal vez?

—Más que eso, mi general.

—¡Señores! —Villa los miró furtiva y ferozmente—, veinticuatro horas después de la emisión de mi moneda llegaron muestras de ella a su pueblo. Pero ustedes creyeron que mi gobierno no duraría. Hicieron hoyos debajo de sus casas y enterraron allí su plata y billetes de banco. Ustedes supieron de mi primera proclama un día después de que ésta se fijó en las calles de Chihuahua, pero no le hicieron caso. Ustedes también supieron del decreto declarando falsos la plata y los billetes ocultos, tan pronto como éste fue lanzado. Creyeron que siempre habría tiempo para cambiar, si era necesario. Pero ahora les entró miedo y ustedes tres, que tienen, más dinero que nadie en aquel lugar, montaron en sus mulas y llegaron hasta aquí. Señores, su dinero es moneda falsa. ¡Ustedes son hombres pobres!

—*Válgame Dios* —y se echó a llorar el más viejo de los tres, que sudaban copiosamente.

—¡Pero si estamos arruinados, *mi general*! Lo juro ante usted: nosotros no sabíamos; hubiéramos aceptado. ¡No hay alimentos en el pueblo!

El general en jefe meditó por un momento.

—Les daré otra oportunidad —dijo—, no lo haré por ustedes, sino por la gente pobre del pueblo que no puede comprar nada. El miércoles próximo, al mediodía, traen todo su dinero, hasta el último centavo, a la Tesorería; entonces veré lo que puede hacerse.

La noticia corrió de boca en boca, llegando hasta los sudorosos financieros que, sombrero en mano, esperaban en el salón; y el miércoles, mucho antes del mediodía,

no se podía pasar la puerta de la Tesorería, obstruida por la curiosa muchedumbre allí congregada.

La gran pasión de Villa eran las escuelas. Creía que la tierra para el pueblo y las escuelas resolverían todos los problemas de la civilización. Las escuelas fueron una obsesión para él. Con frecuencia se le oía decir:

—Cuando pasé esta mañana por tal y tal calle, vi a un grupo de niños. Pongamos allí una escuela.

Chihuahua tiene una población menor de 40 000 gentes. En diversas ocasiones, Villa estableció más de cincuenta escuelas allí. El gran sueño de su vida era enviar a su hijo a una escuela de los Estados Unidos. Tuvo que abandonar la idea por no tener dinero suficiente para pagar el medio año de enseñanza, al abrirse los cursos en febrero.

Más tardó en tomar posesión del gobierno de Chihuahua que en poner a trabajar a sus tropas en la planta eléctrica, en la de tranvías, de teléfonos, la del agua y en el molino de harina de trigo de los Terrazas. Puso soldados como delegados administradores de las grandes haciendas que había confiscado. Manejaba el matadero con soldados, vendiendo la carne de las reses de los Terrazas al pueblo, para el gobierno. A mil de ellos los comisionó como policía civil en las calles de la ciudad, prohibiendo bajo pena de muerte los robos o la venta de licor al ejército. Soldado que se embriagaba era fusilado. Aun trató de manejar la cervecería con soldados, pero fracasó porque no pudo encontrar un experto en malta.

—Lo único que debe hacerse con los soldados en tiempo de paz —decía Villa—, es ponerlos a trabajar. Un soldado ocioso siempre está pensando en la guerra.

En cuanto a los enemigos políticos de la revolución era tan sencillo como justo, así como efectivo. Dos horas después que entró al palacio del gobernador, vinieron en grupo los cónsules extranjeros a pedirle protección para los doscientos soldados federales que habían quedado como fuerza policíaca, a solicitud de los extranjeros. Antes de contestarles, Villa preguntó rápidamente:

—¿Quién es el cónsul español?

Scobell, el vicecónsul inglés, dijo:

—Yo represento a los españoles.

—¡Muy bien! —saltó Villa—. Dígales que hagan sus maletas. Cualquier español que sea detenido dentro de los límites del Estado después de cinco días, será llevado a la pared más cercana por un pelotón de ejecución.

Los cónsules hicieron un gesto de horror. Scobell empezó a protestar violentamente, pero Villa lo hizo callar.

—Esto no es una determinación inesperada de mi parte —dijo—. He estado pensando en ella desde 1910. Los españoles deben irse.

El cónsul norteamericano, Letcher, dijo:

—General, no discuto sus motivos, pero creo que está usted cometiendo un grave error político al expulsar a los españoles. El gobierno de Washington vacilará mucho

tiempo antes de ser amigo de un bando que hace uso de tan bárbaras medidas.

—Señor cónsul —contestó Villa—, nosotros los mexicanos hemos tenido trescientos años de experiencia con los españoles. No han cambiado en carácter desde los *conquistadores*. No les pedimos que mezclaran su sangre con la nuestra. Los hemos arrojado dos veces de México y permitido volver con los mismos derechos que los mexicanos; y han usado esos derechos para robarnos nuestra tierra, para hacer esclavo al pueblo y para tomar las armas contra la libertad. Apoyaron a Porfirio Díaz. Fueron perniciosamente activos en política. Fueron los españoles los que fraguaron el complot para llevar a Huerta al Palacio Nacional. Cuando Madero fue asesinado, los españoles celebraron banquetes jubilosos en todos los Estados de la República. Considero que somos muy generosos.

Scobell insistió con vehemencia diciendo que cinco días era un plazo demasiado corto, que él no podría comunicarse posiblemente con todos los españoles del Estado durante ese término; entonces Villa lo extendió a diez días.

A los mexicanos ricos que habían oprimido al pueblo y que se habían opuesto a la revolución los expulsó del Estado y les confiscó rápidamente sus vastas propiedades. De una plumada pasaron a ser propiedad del gobierno constitucionalista cerca de siete millones de hectáreas e innumerables empresas comerciales de la familia Terrazas, así como las inmensas posesiones de los Creel y los magníficos palacios que habitaban en la ciudad. Sin embargo, al recordar cómo los Terrazas, desde el destierro, habían financiado la rebelión de Orozco, dio a don Luis Terrazas, Jr., su propia casa como cárcel en Chihuahua. Algunos enemigos políticos, particularmente odiados, fueron ejecutados prontamente en la penitenciaría. La revolución posee un libro negro en el que están consignados los nombres, los delitos y las propiedades de aquellos que han oprimido y robado al pueblo. No se atreve a molestar a los alemanes, quienes han sido especialmente activos en política, a los ingleses y a los norteamericanos. Sus páginas en el libro negro serán abiertas cuando se establezca el gobierno constitucionalista en la ciudad de México; allá también le ajustará las cuentas del pueblo mexicano a la Iglesia Católica.

Villa supo que estaban escondidas en alguna parte de Chihuahua las reservas del Banco Minero, que montaban a unos 500 000 pesos en oro. Uno de los directores del banco era don Luis Terrazas quien, al negarse a revelar el sitio donde se ocultaba el dinero, fue sacado una noche de su casa por Villa y un pelotón de soldados, que lo montaron en una mula y lo condujeron al desierto, colgándolo de un árbol. Lo descolgaron apenas a tiempo de salvarle la vida, y para que guiara a Villa a una antigua fragua en la fundición de los Terrazas, bajo la cual fue descubierta la reserva de oro del Banco Minero. Terrazas volvió a su prisión muy enfermo. Villa envió un aviso a su padre en El Paso, proponiéndole libertar a su hijo a cambio de pago, como rescate, de los 500 000 pesos.



Capítulo IV

EL LADO HUMANO

Villa tiene dos mujeres, una paciente, sencilla mujer que lo ha acompañado durante sus largos años de proscrito, la que reside en El Paso; la otra, una joven delgada, como una gata, que es la señora de su casa en Chihuahua. Villa no hace un misterio de ello, aunque últimamente los mexicanos educados, formalistas, que se han reunido a su alrededor cada vez en mayor número, han tratado de ocultar los hechos. Entre los peones no sólo no es extraño, sino lo acostumbrado, el tener más de una compañera.

Se ha esparcido un gran número de historias sobre las violaciones de mujeres por Villa. Le pregunté si eran verídicas. Tiró de su bigote y se me quedó mirando fijamente largo rato con una expresión inescrutable.

—Nunca me he molestado en desmentir esas consejas —dijo—. También dicen que soy un bandido. Bien; usted conoce mi historia. Dígame: ¿ha conocido usted alguna vez a un esposo, padre o hermano de una mujer que yo haya violado? —hizo una pausa y agregó—: ¿O siquiera un testigo?

Fascina observarlo descubrir nuevas ideas. Hay que tener presente que ignora en absoluto las dificultades, confusiones y reajustes de la civilización moderna.

—El socialismo, ¿es alguna cosa posible? Yo sólo lo veo en los libros, y no leo mucho.

Una ocasión le pregunté si las mujeres votarían en la nueva república. Estaba extendido sobre su cama, con el *saco* sin abotonar:

—¡Cómo!, yo no lo creo así —contestó, alarmado, levantándose rápidamente—. ¿Qué quiere usted decir con votar? ¿Significa ello elegir un gobierno y hacer leyes?

Le respondí que sí y que las mujeres ya lo hacían en los Estados Unidos.

—Bueno —dijo, rascándose la cabeza—. Si lo hacen allá, no veo por qué no deban hacerlo aquí.

La idea pareció divertirlo enormemente. Le daba vueltas y más vueltas en su mente, me miraba y se alejaba nuevamente.

—Puede ser que sea como usted dice —y agregó—: pero nunca había pensado en ello. Las mujeres, creo, deben ser protegidas, amadas. No tienen una mentalidad resuelta. No pueden juzgar nada por su justicia o sinrazón. Son muy compasivas y

sensibles. Por ejemplo —añadió—, una mujer no daría la orden para ejecutar a un traidor.

—No estoy muy seguro de eso, *mi general* —le contesté—. Las mujeres pueden ser más crueles y duras que los hombres.

Me miró fijamente atusándose el bigote. Y después comenzó a reírse. Miró despacio hacia donde su mujer ponía la mesa para almorzar.

—*Oiga* —exclamó—, venga acá. Escuche. Anoche sorprendí a tres traidores cruzando el río para volar la vía del ferrocarril. ¿Qué haré con ellos? ¿Los fusilaré o no?

Toda turbada, ella tomó su mano y la besó.

—Oh, yo no sé nada acerca de eso —dijo ella—. Tú sabes mejor.

—No —dijo Villa—. Lo dejo completamente a tu juicio. Esos hombres trataban de cortar nuestras comunicaciones entre Juárez y Chihuahua. Eran traidores, federales. ¿Qué haré? ¿Los debo fusilar o no?

—Oh, bueno, fusílalos —contestó la señora Villa.

Villa rió entre dientes, complacido.

—Hay algo de cierto en lo que usted dice —hizo notar. Y durante varios días después acosó a la cocinera y a las camareras preguntándoles a quién querrían para presidente de México.

Nunca perdía una corrida de toros. Todas las tardes, a las cuatro, se le encontraba en la gallera, donde hacía pelear a sus propios gallos con la entusiasta alegría de un muchacho. En la noche jugaba al faro en alguna casa de juego. En ocasiones, ya avanzada la mañana, mandaba buscar con un correo rápido a Luis León, el torero; llamaba personalmente por teléfono al matadero, preguntando si tenían algunos toros bravos en el corral. Casi siempre los tenían y, entonces corríamos a caballo por las calles, como más de medio kilómetro, hasta los grandes corrales de adobe. Veinte vaqueros separaban al toro de la manada, lo derribaban y ataban para recortarle los cuernos. Entonces Villa, Luis León y todos los que querían tomaban las capas rojas profesionales del toreo y bajaban a la arena. Luis León, con la cautela del conocedor; Villa, tan porfiado y tosco como el toro, nada ligero con los pies, pero rápido como un animal con el cuerpo y los brazos. Villa se iba directamente hasta el animal que piafaba enfurecido, y lo golpeaba, atrevido, en la cara, con la capa doble y así, por media hora, practicaba el deporte más grande que jamás he visto. Algunas veces, los cuernos recortados del toro alcanzaban a Villa en las asentaderas de sus pantalones y lo lanzaban a través del coso; entonces se revolvía y cogía al animal por los cuernos y luchaba con él, bañado de sudor el rostro, hasta que cinco o seis compañeros se colgaban de la cola del toro y lo arrastraban bramando y levantando una gran polvareda.

Villa nunca bebe ni fuma, pero a bailar le gana al más enamorado galán en México. Cuando se dio al ejército la orden de avanzar sobre Torreón, Villa hizo un alto en Camargo para apadrinar la boda de uno de sus viejos *compadres*. Bailó


continuamente, sin parar, dijeron, toda la noche del lunes, todo el día martes y la noche, llegando al frente el miércoles en la mañana con los ojos enrojecidos y un aire de extrema languidez.

CAPÍTULO V

LOS FUNERALES DE ABRAHAM GONZÁLEZ

El hecho de que Villa deteste las ceremonias pomposas, inútiles, hace más impresionante su presencia en los actos públicos. Tiene el don de expresar fielmente el sentir de a gran masa popular. En febrero, exactamente un año después de que fuera asesinado Abraham González por los federales en el Cañón de Bachimba, ordenó Villa grandes honras fúnebres, que debían celebrarse en la ciudad de Chihuahua. Salieron en la mañana temprano dos trenes, llevando a los oficiales del ejército y a los cónsules y representantes de las colonias extranjeras, para traer el cuerpo del extinto gobernador, que yacía en su tumba en el desierto, bajo una rústica cruz de madera. Villa ordenó al mayor Fierro, superintendente de ferrocarriles, que tuviera listos los trenes, pero Fierro se emborrachó y olvidó todo; cuando Villa y su rutilante estado mayor llegaron la mañana siguiente, a la estación ferroviaria, el tren ordinario de pasajeros a Juárez apenas iba saliendo y no había otro equipo disponible. El mismo Villa saltó a la locomotora, que ya estaba en movimiento, y obligó al maquinista a volver con el tren a la estación. En seguida recorrió todo el convoy ordenando a los pasajeros que se bajaran, y lo desvió en dirección a Bachimba. No bien había salido de los ferrocarriles convocó a Fierro y lo destituyó como superintendente de los ferrocarriles, nombrando a Calzada en su lugar. Ordenó a este último volver inmediatamente a Chihuahua para preparar un informe completo acerca del manejo de los ferrocarriles, a fin de que estuviera listo para cuando él regresara.

En Bachimba, Villa estuvo de pie, silencioso, al lado de la tumba, mientras le corrían lágrimas por sus mejillas.

González había sido íntimo amigo suyo. Diez mil personas soportaban el calor y el polvo de Chihuahua en la estación del ferrocarril, cuando llegó el tren funerario; el doliente cortejo desfiló por las calles estrechas, marchando atrás el ejército, a la cabeza del cual caminaba Villa al lado del féretro. Lo esperaba su automóvil, pero rehusó tomarlo, enojado, caminando dificultosa y obstinadamente entre la polvareda de las calles con los ojos clavados en el suelo.

Aquella noche hubo una *velada* en el Teatro de los Héroes: una sala inmensa, abarrotada de peones sensibles, con sus mujeres. Los palcos lucían esplendentes con

los oficiales vestidos de gala, y apretados detrás de ellos y en los cinco pisos altos, los pobres andrajosos. Debe decirse que la *velada* es una institución netamente mexicana. Primero, un discurso, seguido por una recitación acompañada con música de piano; después, otro discurso, que precede a un coro patriótico, cantado con voces chillonas por un grupo de niñas torpes, indígenas, de las escuelas públicas; otro discurso; un solo de soprano del *Trovador* por la esposa de algún funcionario del gobierno; otro discurso más y, así, por cinco horas cuando menos. Siempre que se trata de un funeral importante, de un día de fiesta nacional, del aniversario de un presidente o, de hecho, en cualquier ocasión de alguna importancia, debe celebrarse una velada. Es la forma honorífica y convencional de conmemorar cualquier fasto. Villa se sentó en el palco de la izquierda del foro, desde donde dirigía con un timbre el desarrollo del acto. El foro aparecía brillantemente fúnebre, revestido de lanilla negra, grandes ramos de flores artificiales, retratos malísimos, al pastel, de Madero, Pino Suárez y del difunto gobernador, así como focos eléctricos de colores verde, blanco y rojo. Al pie de todo ello había una sencilla caja negra de madera, muy pequeña, que contenía los restos de Abraham González.

La *velada* se desarrolló en una forma ordenada, fatigosa, como por dos horas. Los oradores locales, trémulos de miedo, iban al foro y prodigaban la acostumbrada y excesiva oratoria castellana. Unas niñas, que se atropellaban entre sí, asesinaron el *Adiós* de Tosti. Villa, con los ojos fijos en aquella caja de madera, no se movía ni hablaba. En el momento oportuno tocó mecánicamente la campanilla, pero poco después ya no soportó más el cansancio. Un mexicano gordo, enorme, iba por la mitad de la ejecución del *Largo*, de Haendel, en el piano, cuando Villa se levantó. Puso los pies en la barandilla del palco y saltó al foro, se arrodilló y tomó la urna en sus brazos. El *Largo* de Haendel se fue extinguiendo. Un asombro silencioso paralizó al auditorio. Sosteniendo la caja negra en sus brazos, tal como lo haría una madre con su niño, sin mirar a nadie, Villa empezó a bajar los escalones del foro y subió al pasillo. La concurrencia se levantó instintivamente. A medida que iba pasando por las puertas que se abrían ante él, lo iban siguiendo silenciosos los demás. Caminaba a grandes pasos, arrastrando su espada por el suelo, entre las filas de los soldados que esperaban. Cruzó la oscura plaza hasta el Palacio del Gobernador y, ya allí, colocó con sus propias manos la urna mortuoria sobre la mesa cubierta de flores que la esperaba en el Salón de Audiencias. Se había establecido que hicieran la guardia cuatro generales cada turno de dos horas.

Las velas arrojaban en derredor una luz opaca sobre la mesa y el piso; el resto del salón estaba en tinieblas. Una masa compacta apiñada en la puerta respiraba silenciosa. Villa se despojó de la espada y la tiró ruidosamente a un rincón. Tomó su rifle de la mesa y se dispuso a hacer la primera guardia.

Capítulo VI

VILLA Y CARRANZA

Les parece increíble, a los que no lo conocen, que esta figura notable, que en tres años ha surgido de la oscuridad a la posición más destacada en México, no aspire a la presidencia de la república. Esa actitud está en perfecto acuerdo con la sencillez de su carácter. Cuando se le interroga sobre el particular, contesta siempre con toda claridad. Nada de sofismas sobre si puede o no ser presidente de México. Ha dicho:

—Soy un guerrero, no un hombre de Estado. No soy lo bastante educado para ser presidente. Apenas aprendí a leer y escribir hace dos años. ¿Cómo podría yo, que nunca fui a la escuela, esperar poder hablar con los embajadores extranjeros y con los caballeros cultos del Congreso? Sería una desgracia para México que un hombre inculto fuera su presidente. Hay una cosa que yo no haré: es la de aceptar un puesto para el que no estoy capacitado. Existe una sola orden de mi jefe (Carranza) que me negaría a obedecer si me la diera: la de ser presidente o gobernador.

Hube de interrogarle sobre esta cuestión, por mandato de mi periódico, cinco o seis veces. Al fin, se exaltó:

—Ya le he dicho a usted muchas veces —me dijo— que no hay ninguna posibilidad de que yo sea presidente de México. ¿Tratan los periódicos de crear dificultades entre mi jefe y yo? Ésta es la última vez que contesto a esa cuestión. Al próximo corresponsal que me haga esa pregunta, haré que lo azoten y lo envíen a la frontera.

Mucho después acostumbraba decir —refiriéndose a mí, refunfuñando jocosamente—, como al *chatito* que siempre le preguntaba si quería ser presidente de México. La idea pareció divertirlo. Siempre que yo iba a verlo después de aquello, decía, al finalizar nuestra plática:

—Bueno, ¿no me va a preguntar ahora si quiero ser presidente de México?

Nunca aludía a Carranza sino como mi *jefe* y obedecía sin reservas la más pequeña indicación del «primer jefe de la revolución». Su lealtad a Carranza era perfectamente obstinada. Parecía creer que se reunían en Carranza todos los ideales de la revolución. Ello, a pesar del hecho, que muchos de sus consejeros trataron de

hacerle ver, de que Carranza era esencialmente un aristócrata y un reformista, y de que el pueblo luchaba por algo más que reformas.

El programa político de Carranza, delineado en el Plan de Guadalupe, elude cuidadosamente cualquier promesa para resolver la cuestión de la tierra, con excepción de un vago respaldo al Plan de San Luis Potosí, de Madero; y es evidente que se propone no apoyar ninguna restitución radical de la tierra al pueblo hasta que sea presidente interino y, después, proceder muy cautelosamente. Entre tanto, parece haber dejado esta cuestión a juicio de Villa, así como otros detalles para conducir la revolución en el norte. Pero Villa, que es un peón que piensa como tal, más que razonar conscientemente para concluir que la verdadera causa de la revolución tiene como origen el problema de la tierra, ha obrado con prontitud característica y sin rodeos. Tan pronto como hubo terminado los detalles del gobierno del Estado de Chihuahua y nombrado a Chao su gobernador provisional, lanzó un decreto concediendo 25 hectáreas de las tierras confiscadas a cada ciudadano varón en el Estado, declarando a dichas tierras inalienables por cualquier causa durante un período de diez años. Lo mismo sucedió en el Estado de Durango, y como no hay guarniciones federales en los otros Estados, seguirá el mismo procedimiento.

Capítulo VII

LAS LEYES DE LA GUERRA

Villa tuvo que inventar en el campo de batalla, también, un método completamente original para luchar, ya que nunca había tenido oportunidad de aprender algo sobre la estrategia militar formalmente aceptada. Por ello es, sin duda, el más grande de los jefes que ha tenido México. Su sistema de pelear es asombrosamente parecido al de Napoleón. Sigilo, rapidez de movimientos, adaptación de sus planes al carácter del terreno y de sus soldados, establecimiento de relaciones estrechas con los soldados rasos, creación entre el enemigo de una supersticiosa creencia en la invencibilidad de su ejército y en que la misma vida de Villa tiene una especie de talismán que lo hace inmortal: éstas son las características salientes. No sabía nada de los patrones europeos en vigencia sobre estrategia o disciplina. Una de las debilidades del ejército federal es que sus oficiales están completamente impregnados de la teoría militar tradicional. El soldado mexicano está, todavía, mentalmente, a fines del siglo dieciocho. Es, sobre todo, un guerrillero, suelto, individual. El papeleo sencillamente paraliza su acción. Cuando el ejército de Villa entra al combate, no se preocupa de saludos, respeto inflexible para los oficiales, cálculos trigonométricos sobre la trayectoria de los proyectiles, teorías sobre el por ciento de blancos con mil disparos por el fuego de un rifle, de las funciones de la caballería, infantería o la artillería en cualquier posición particular, o de la obediencia ciega al conocimiento inasequible de sus superiores. Esto me recuerda a uno de los desastrados ejércitos republicanos que Napoleón condujo a Italia. Es probable que Villa no sepa gran cosa sobre estas cuestiones; pero sí sabe que los guerrilleros no pueden llevarse a ciegas, en pelotones y en formación perfecta al campo de batalla; porque los hombres que pelean individualmente, por su libre y espontánea voluntad, son más valientes que las grandes masas que, acicateadas por los planazos de las espadas de los oficiales, disparan en las trincheras. Y cuando la pelea es más encarnizada, cuando una avalancha de hombres morenos invaden intrépidos, con rifles y bombas de mano, las calles barridas por las balas de una ciudad tomada por asalto, Villa está entre ellos, igual que cualquier simple soldado.

Hasta hoy, los ejércitos de México siempre han llevado con ellos a centenares de mujeres y niños de los soldados; Villa fue el primero en pensar y llevar a cabo las

marchas relámpago de las caballerías, dejando a las mujeres atrás. Hasta la época presente, ningún ejército mexicano había abandonado su base jamás; siempre se pegaban al ferrocarril y a los trenes de aprovisionamiento. Pero Villa sembró el terror entre el enemigo dejando sus trenes y lanzando todos sus efectivos armados al combate, como lo hizo en Gómez Palacio. Fue el inventor en México de la más desmoralizadora forma de combate: el ataque nocturno. Cuando se retiró con todo su ejército en vista del avance de Orozco desde la ciudad de México, después de la caída de Torreón el pasado mes de septiembre, atacó durante cinco días consecutivos a Chihuahua sin éxito; pero fue un golpe terrible para el general de los federales, al levantarse una mañana, el saber que al abrigo de la noche Villa se había escurrido en torno de la ciudad, capturando un tren de carga en Terrazas y cayendo con todo su ejército sobre la relativamente indefensa Ciudad Juárez. ¡No fue un paseo militar! Villa se encontró con que no disponía de bastantes trenes para transportar a todos sus soldados, aun cuando había tendido una emboscada y capturado un tren de tropas federales, enviado al sur por el general Castro, comandante federal en Ciudad Juárez. De modo que telegrafió a dicho general, firmando con el nombre del coronel que mandaba las tropas del tren, lo siguiente:

> Locomotora descompuesta en Moctezuma. Envíe otra y cinco *carros*.

Castro, sin sospechar, despachó inmediatamente otro tren.

Villa le telegrafió entonces:

> Alambres cortados entre Chihuahua y este lugar. Se aproximan grandes núcleos de fuerzas rebeldes por el sur. ¿Qué debo hacer?

Castro contestó: «Vuélvase inmediatamente».

Villa obedeció, telegrafiando alegremente desde cada estación que pasaba. El general federal fue informado del viaje hasta como una hora antes de la llegada, que esperó sin avisar siquiera a su guarnición. De tal suerte que, fuera de una pequeña matanza, Villa tomó a Ciudad Juárez casi sin disparar un tiro. Y estando la frontera tan cerca, se las arregló de modo que pasó de contrabando bastante parque y armas para equipar a sus fuerzas casi desarmadas, saliendo una semana después a perseguir las fuerzas federales a las que alcanzó en Tierra Blanca, derrotándolas y haciéndoles una gran mortandad.

El general Hugo L. Scott, que mandaba las fuerzas norteamericanas en Fort Bliss, remitió a Villa un folletito con las *Reglas de la Guerra* adoptadas por la Conferencia de La Haya. Pasó varias horas escudriñándolo. Le interesó y divirtió grandemente, expresando:

—¿Qué es esta Conferencia de La Haya? ¿Había allí algún representante de México? ¿Estaba alguien representando a los constitucionalistas? Me parece una cosa graciosa hacer reglas sobre la guerra. No se trata de un juego. ¿Cuál es la diferencia

entre una guerra civilizada y cualquier otra clase de guerra? Si usted y yo tenemos un pleito en una *cantina*, no vamos a ponernos a sacar un librito de los bolsillos para leer lo que dicen las reglas. Dice aquí que no deben usarse balas de plomo; no veo por qué no. Hacen lo mismo que las otras.

Por largo tiempo después anduvo haciendo a sus acompañantes y a sus oficiales preguntas como éstas:

—Si un ejército invasor toma una ciudad al enemigo ¿qué debe hacerse con las mujeres y los niños?

Hasta donde se puede ver, las *Reglas de la Guerra* no tuvieron éxito en cambiar los métodos originales de Villa para la lucha. Ejecutaba a los *colorados* siempre que los capturaba, porque decía: «Son peones como los revolucionarios y ningún peón debe estar contra la causa de la libertad, a menos que sea un malvado». A los oficiales federales también los mataba porque, explicaba: «Son hombres educados y debían saber lo que hacen». Pero a los simples soldados federales los ponía en libertad porque eran forzados y, además, creían que luchaban por la Patria. No se registra un caso en que haya matado injustificadamente a un hombre. Cualquiera que lo hiciera era fusilado en el acto, con excepción de Fierro.

A éste, que había asesinado a Benton, le llamaban «El Carnicero» en todo el Ejército. Era un grande, hermoso animal, el mejor y más cruel jinete y hombre de pelea quizá, en todas las fuerzas revolucionarias. En su desenfrenada sed de sangre, Fierro llegó a matar a cien prisioneros con su revólver, deteniéndose únicamente para cargarlo nuevamente. Mataba por el mero placer de hacerlo. Durante dos semanas que estuve en Chihuahua, Fierro mató a quince ciudadanos inofensivos, a sangre fría. Pero siempre hubo una curiosa relación entre él y Villa. Era el mejor amigo de éste; y Villa lo quería como si fuera su hijo y siempre lo perdonaba.

Pero Villa, que nunca había oído hablar de las *Reglas de la Guerra*, llevaba en su ejército el único hospital de campaña de alguna efectividad, como no lo había llevado nunca ningún ejército mexicano. Consistía en cuarenta carros-caja, esmaltados por dentro, equipados con mesas para operaciones y todo el instrumental quirúrgico más moderno, manejados por más de sesenta doctores y enfermeras. Durante los combates, todos los días corrían trenes rápidos llenos de heridos graves, del frente a los hospitales de base en Parral, Jiménez y Chihuahua. Se hacía cargo de los federales, para su atención, con el mismo cuidado que para sus propios hombres. Adelante de su tren de aprovisionamiento iba otro tren, conduciendo dos mil sacos de harina, también café, maíz, azúcar y cigarrillos, para alimentar a toda la población famélica del campo, en las cercanías de las ciudades de Durango y Torreón.

Los soldados lo idolatraban por su valentía, por su sencillo y brusco buen humor. Lo he visto con frecuencia cabizbajo en su catre, dentro del reducido vagón rojo en que viajaba siempre, contándose chistes familiarmente con veinte soldados andrajosos tendidos en el suelo, en las mesas o las sillas. Cuando el ejército tomaba o abandonaba un tren, Villa estaba presente, con un traje sucio y viejo, sin cuello,

pateando a las mulas en la barriga y empujando a los caballos para dentro o fuera de los carros de ganado. Cuando tenía sed, le arrebataba su cantina a un soldado y bebía de ella, a pesar de las indignadas protestas del poseedor; después le decía:

—Ve al río y di que Pancho Villa dice que te la debe llenar.

Capítulo VIII

EL SUEÑO DE PANCHO VILLA

No deja de ser interesante conocer el apasionado ensueño, la quimera que anima a este luchador ignorante «que no tiene bastante educación para ser presidente de México». Me lo dijo una vez con estas palabras: «Cuando se establezca la nueva República, no habrá más ejército en México. Los ejércitos son los más grandes apoyos de la tiranía. No puede haber dictador sin su ejército. Pondremos a trabajar al ejército. Serán establecidas en toda la República colonias militares, formadas por veteranos de la revolución. El Estado les dará posesión de tierras agrícolas y creará grandes empresas industriales para darles trabajo. Laborarán tres días de la semana y lo harán duro, porque el trabajo honrado es más importante que el pelear y sólo el trabajo así produce buenos ciudadanos. En los otros días recibirán instrucción militar, la que, a su vez, impartirán a todo el pueblo para enseñarlo a pelear. Entonces, cuando la Patria sea invadida, únicamente con tomar el teléfono desde el Palacio Nacional en la ciudad de México, en medio día se levantará todo el pueblo mexicano de sus campos y fábricas, bien armado, equipado y organizado para defender a sus hijos y a sus hogares. Mi ambición es vivir mi vida en una de esas colonias militares, entre mis *compañeros* a quienes quiero, que han sufrido tanto y tan hondo conmigo. Creo que desearía que el gobierno estableciera una fábrica para curtir cueros, donde pudiéramos hacer buenas sillas y frenos, porque sé cómo hacerlos; el resto del tiempo desearía trabajar en mi pequeña granja, criando ganado y sembrando maíz. Sería magnífico, yo creo, ayudar a hacer de México un lugar feliz».

TERCERA PARTE

JIMÉNEZ Y PUNTOS AL OESTE

CAPÍTULO I

EL HOTEL DE DOÑA LUISA

Salí hacia el sur de Chihuahua en un tren de tropas, con destino a las avanzadas cerca de Escalón. Agregado a los cinco vagones de carga, llenos de caballos y llevando los soldados arriba, en los techos, iba un coche en el que se me permitió viajar en compañía de doscientos *pacíficos* escandalosos, hombres y mujeres. Era horripilantemente sugestivo: los vidrios de las ventanas, rotos; los espejos, lámparas y los asientos de felpa, destrozados, con agujeros de bala a la manera de un friso. No se había fijado hora para nuestra salida, y nadie sabía cuándo llegaría el tren a su destino. La vía acababa de ser reparada. En lugares donde antes hubo puentes nos sumergíamos en barrancos y subíamos, jadeando a la orilla opuesta, sobre una vía desvencijada que acababan de poner y que se doblaba y crujía debajo de nosotros. Durante todo el día contemplamos, a lo largo del camino, montones inmensos de rieles de acero, retorcidos, levantados con cadena por una locomotora que tiraba de ellos: la obra perfecta de Orozco del año anterior. Corría el rumor de que los bandidos de Castillo planeaban volarnos con dinamita en cualquier momento durante la tarde.

Peones con grandes sombreros de paja y bellísimos sarapes desteñidos; indios con ropas azules de trabajo y huaraches de cuero; mujeres con caras regordetas y chales negros en la cabeza, y niños que berreaban, se amontonaban en los asientos, pasillos y plataformas, cantando, comiendo, escupiendo y charlando. De vez en cuando venía, haciendo eses, un hombre andrajoso con una gorra que decía «conductor» en letras doradas, ya sin lustre, muy borracho, abrazando a sus amigos y pidiendo muy enérgicamente los boletos y salvoconductos de los extranjeros. Yo me presenté a él con un pequeño obsequio: una moneda del cuño de los Estados Unidos.

—Señor —me dijo—, usted puede viajar gratis de hoy en adelante por toda la república. Juan Algomero está a sus órdenes.

Un oficial elegantemente uniformado, a cuyo costado colgaba una espada, iba en la parte trasera del coche. Manifestó que iba para el frente, a ofrendar su vida por la Patria. Su único equipaje consistía en cuatro jaulas de madera para pájaros, llenas de alondras de las praderas. Más atrás todavía estaban sentados dos hombres, uno frente al otro, al través del pasillo, cada uno con un saco blanco con algo que se movía y

cloqueaba. Tan pronto como el tren se puso en movimiento, abrieron los sacos, desempacando a dos grandes gallos, que vagaban poco después por los pasillos, comiéndose las migajas y colillas de cigarros. Los dueños levantaron las voces acto seguido.

—¡Pelea de gallos, señores! ¡Cinco pesos sobre este hermoso y valiente gallo; cinco pesos, señores!

Los hombres se levantaron de sus asientos y corrieron al centro del carro ruidosamente. A nadie parecía faltarle los cinco dólares necesarios. En diez minutos los dos empresarios estaban arrodillados en el centro del pasillo, echando a pelear a sus gallos. Mientras nosotros, aturdidos, dábamos tumbos de un lado a otro, a punto de caer y sosteniéndonos difícilmente, el pasillo se llenó de un remolino de plumas volantes y del brillo de los acerados espolones. Terminado esto, se levantó un joven al que le faltaba una pierna y tocó en una flauta de lata el *Whistling Rufus*. Alguien tenía una botella de *tequila*, de la cual todos echamos un buen trago. Se oyeron gritos del fondo del coche:

—¡*Vamos a bailar*! ¡Vengan a bailar!

Y un momento después había cinco parejas, todos hombres, desde luego, que danzaban vertiginosamente al compás de una marcha. Un campesino, viejo y ciego, subió ayudado a su asiento, desde donde, tembloroso, declamó una larga balada sobre las heroicas hazañas del gran general Maclovio Herrera. Todos prestaron silenciosa atención y arrojaron unos centavos en el sombrero del anciano. De vez en cuando llegaban hasta nosotros los ecos de los cantares de los soldados que iban en los carros-caja de adelante y el sonido de sus disparos contra algún coyote que veían entre los mezquites. Entonces todo el mundo, en nuestro carro, se abalanzaba a las ventanillas sacando sus pistolas y haciendo fuego furiosa y rápidamente.

Durante toda la larga tarde caminamos a paso lento hacia el sur; los rayos solares del occidente nos quemaban al darnos en la cara. A cada hora o cosa así parábamos en alguna estación hecha pedazos por un bando u otro durante los tres años de Revolución; allí era asediado el tren por los vendedores de cigarrillos, piñones, botellas de leche, *camotes* y *tamales*, envueltos en hojas de maíz. Las viejas bajaban del tren, chismorreaban, y hacían un pequeño fuego donde preparaban el café. Acuclilladas allí, fumaban sus cigarrillos de hoja de maíz y se contaban mutuamente interminables historias amorosas.

Ya entrada la noche llegamos a Jiménez. Dándome de codazos con toda la población, que vino a encontrar el tren, pasé entre las antorchas llameantes de la pequeña hilera de puestos de dulces y salí a la calle, donde los soldados, borrachos, alternaban con muchachas pintarrajeadas paseando del brazo, hasta llegar al Hotel Estación, de Doña Luisa. Estaba cerrado. Di de golpes a la puerta y se abrió un ventanillo a un lado, apareciendo el rostro, coronado por una cabellera blanca, en desorden, de una mujer increíblemente vieja. Me miró de soslayo al través de un par de lentes con anillo de acero y advirtió:

—¡Bueno, creo que estás bien!

Se oyó un ruido de trancas que se quitaban y se abrió la puerta. La misma Doña Luisa apareció a la entrada, con un gran manojo de llaves que le colgaban de la cintura. Tenía por una oreja a un chino al que se dirigía en un español copioso y nada pulcro, en la siguiente forma:

—¡*Chango*! ¿Quién te mete en andar diciendo a un huésped del hotel que no había más tortas calientes? ¿Por qué no haces más? Coge tus trapos mugrosos y ¡fuera de aquí ahora mismo!

Le dio un tirón, por último, y soltó al acobardado oriental.

—¡Estos bárbaros malditos! —dijo, agregando en inglés—: ¡Los asquerosos pordioseros! ¡No creo una palabra de las proferidas por un chino indecente, capaz de vivir con cinco centavos de arroz al día!

Entonces hizo ademán de excusa apologística indicando la puerta.

—Hay tantos malvados generales borrachos hoy por aquí, que tuve que cerrar la puerta. No quiero a los mexicanos… hijos de… aquí.

Doña Luisa es una norteamericana, gordinflona, de más de ochenta años de edad; una especie de abuela benévola de la Nueva Inglaterra. Ha vivido como cuarenta años en México, y se hizo cargo durante treinta años o más del Hotel Estación, al morir su esposo. La guerra o la paz no existían para ella. Sobre la puerta ondeaba la bandera norteamericana, y en su casa ella era la única que mandaba. Cuando Pascual Orozco tomó a Jiménez, sus hombres, ya borrachos, iniciaron un reinado de terror en la ciudad. Orozco mismo, el feroz, el invencible, que podía matar a una persona o no según se sintiera, al verla, llegó borracho al Hotel Estación con dos de sus oficiales y varias mujeres. Doña Luisa se le plantó frente a la puerta, sola, y lo manoteó en la cara.

—Pascual Orozco —le dijo— llévese a sus desprestigiadas amigas y lárguese de aquí. ¡Estoy al frente de un hotel decente!

Y Orozco se fue.

CAPÍTULO II

DUELO EN LA MADRUGADA

Caminé a pie más de medio kilómetro, por la calle increíblemente destruida que lleva a la ciudad. Pasó un tranvía, tirado por una mula que galopaba, reventando de soldados medio borrachos. Corrían por todas partes calesas rebosantes de oficiales, con muchachas sobre sus rodillas. Bajo los polvorientos y deshojados álamos, cada ventana tenía a su señorita, acompañada de un *caballero* arrebujado en su cobija. No había luz. La noche estaba fría, seca y llena de una sutil y exótica animación; las guitarras vibraban; se oían fragmentos de canciones, risas y murmullos de voces apagadas, gritos cuyos ecos venían de las calles distantes, llenando la oscuridad. De cuando en cuando pasaban grupos de soldados a pie, que salían de las tinieblas y se desvanecían otra vez, probablemente en camino para el relevo de una guardia.

Vi a un automóvil que corría viniendo de la ciudad, en la prolongación de una calle tranquila, cerca de la plaza de toros, donde no había casas. Al mismo tiempo se oyó el galope de un caballo que venía de otra dirección y, precisamente frente a mí, iluminaron los faros del auto al caballo y su jinete, un joven oficial tocado con un sombrero Stetson. El automóvil chirrió al parar en curva y una voz desde adentro gritó:

—¡*Alto*!

—¿Quién habla? —preguntó el jinete, sentado a la cabalgadura sobre sus ancas.

—¡Yo, Guzmán! —Y saltó el otro a tierra donde, al darle la luz, apareció un mexicano gordo, vulgar, con una espada al cinto.

—¿*Cómo le va, mi capitán*? —El oficial se tiró de su caballo. Se abrazaron, dándose palmadas en la espalda con ambas manos.

—Muy bien. ¿Y a usted? ¿A dónde va?

—A ver a María.

El capitán sonrió.

—No lo haga —repuso— yo también voy a verla, y si lo encuentro a usted allí, seguramente lo mataré.

—Pues voy de todos modos. Soy tan rápido como usted con mi pistola, señor.

—Pero no ve usted —replicó el otro suavemente— ¡que no podemos ir los dos!

—¡Perfectamente!

—¡*Oiga*! —dijo el capitán a su chófer—. Voltee su carro a manera que alumbre parejo la acera… Y ahora demos treinta pasos cada uno en sentido contrario, dándonos la espalda, hasta que usted cuente tres. Entonces el primero que ponga una bala al través del sombrero del otro, ése gana…

Ambos sacaron sendas pistolas y se detuvieron en la luz, inspeccionando los cilindros de sus armas.

—¡*Listo*! —gritó el jinete.

—Aprisa —dijo el capitán—. No deben ponerse obstáculos al amor.

Dándose las espaldas, habían empezado a marcar la distancia.

—¡Uno! —gritó el chófer.

—¡Dos!

Rápido como un destello el gordo bajó el brazo que llevaba levantado, giró sobre sí mismo en la vacilante, tenue luz, y un poderoso estruendo fue perdiéndose lentamente en la oscura noche. El sombrero Stetson del otro hombre, cuya espalda no se había vuelto aún, hizo un pequeño y raro vuelo a poco más de tres metros lejos de él. Giró sobre sí mismo: pero el capitán ya estaba subiendo a su automóvil.

—¡*Bueno*! —dijo alegremente—. Gané. ¡Hasta mañana entonces, *amigo*!

Y el automóvil aceleró su velocidad desapareciendo calle abajo. El jinete se encaminó despacio a donde estaba su sombrero, lo levantó y examinó. Yo había comenzado a irme poco antes…

En la plaza la banda del batallón tocaba *El Pagaré*, la canción que inició la rebelión de Orozco. Era una parodia de la original que se refería al pago de Madero a sus familiares de 750 000 dólares por perjuicios de guerra, tan pronto como él fuera presidente, y que se extendió como un incendio forestal por la República, teniendo que suprimirse por la policía y los soldados. «El Pagaré» está prohibido todavía en la mayor parte de los círculos revolucionarios, y he sabido de casos de fusilamientos por cantarlo; pero en Jiménez prevalecía el mayor desenfreno en aquellos momentos. Más aún, los mexicanos, a diferencia de los franceses, no sienten una fidelidad absoluta por los símbolos. Bandos rabiosamente antagónicos usan la misma bandera; en la plaza de casi toda pequeña ciudad se yerguen todavía estatuas laudatorias de Porfirio Díaz; aun en las mesas de los oficiales, en el campo de batalla, he bebido en vasos estampados con algo así como la efigie del dictador, en tanto que abundan los uniformes del ejército federal entre las filas de los revolucionarios.

Pero *El Pagaré* es una movida, alegre tonada, y bajo los centenares de foquillos eléctricos colgados en la plaza, marcha una doble procesión, alegremente, dando vueltas. Por el lado de afuera, en grupos de a cuatro, van los hombres, la mayoría soldados. En la de adentro, con dirección opuesta, las muchachas pasean del brazo. Cuando se encuentran, se arrojan puñados de confeti mutuamente. Nunca se hablan, no se detienen; pero si una muchacha le gusta a un hombre, éste le desliza en

la mano una nota amorosa al pasar; ella responde con una sonrisa si le agrada el pretendiente. Así se conocen; más tarde, la muchacha se las arreglará para dar al *caballero* su dirección; esto conducirá a largas pláticas en su ventana, en la oscuridad y, después, podrán ser amantes. Era un asunto delicado el de la entrega de las referidas notas. Todos los hombres llevaban pistola, y la muchacha de cada uno de ellos es su propiedad celosamente vigilada. Es una cuestión de muerte dar una nota a la muchacha de alguien. La apretada muchedumbre se agitaba alegremente, emocionada por la música… Más allá de la plaza asomaban las ruinas de la tienda de Marcos Russek, saqueada por estos mismos hombres hacía menos de dos semanas, y a un lado se destacaba la vieja torre color de rosa de la iglesia, entre sus fuentes y grandes árboles, con el letrero de hierro y vidrio iluminado, y un Santo Cristo de Burgos brillando sobre la puerta.

Allí, a un lado de la plaza, tropecé con un grupito de cinco norteamericanos, extendidos sobre un banco. Estaban andrajosos más allá de lo indecible, todos, excepto uno, un jovenzuelo delgaducho, que lucía un uniforme de oficial federal y polainas, además de llevar un sombrero mexicano, sin la parte superior.

Los dedos asomaban de sus zapatos; ninguno tenía más que los restos de los calcetines; todos sin afeitar. Un joven, casi un chiquillo, llevaba el brazo en cabestrillo, hecho de una piltrafa de sábana. Me hicieron lugar alegremente, se levantaron, me rodearon, dijeron ruidosamente lo bueno que era encontrar a otro norteamericano entre todos esos mugrientos.

—¿Qué hacen ustedes aquí, colegas? —les pregunté.

—¡Somos soldados de fortuna! —dijo el jovencito del brazo herido.

—¡Oh…! —interrumpió otro—. ¡Soldados de…!

—Esto es así, ves —comenzó a decir el soldado jovencito—. Hemos venido peleando en la brigada Zaragoza; estuvimos en la batalla de Ojinaga y todo. Ahora nos vienen con una orden de Villa para dar de baja a todos los norteamericanos en filas y embarcarlos para la frontera. ¿No es esta orden una porquería?

—Anoche nos dieron nuestras bajas honorablemente y nos echaron del cuartel —dijo uno al que le faltaba una pierna y tenía el pelo rojo.

—Y no hemos encontrado dónde dormir, ni nada que comer… —interrumpió un pequeño de ojos grises, al que llamaban «El Mayor».

—¡No traten de conquistarse al tipo! —increpó indignado el soldado—. ¿No vamos a recibir cada uno cincuenta pesos por la mañana?

Nos fuimos a un restaurante cercano durante un momento. Al volver, les pregunté qué iban a hacer.

—Para mí, los buenos Estados Unidos —suspiró un moreno y bien parecido irlandés, que no había hablado antes—. Regreso a San Francisco para guiar un camión otra vez. Estoy harto de mugrosos, mala comida y mal modo de pelear.

—Yo tengo dos bajas honorables del ejército de los Estados Unidos —anunció orgullosamente el joven soldado—. Serví en toda la campaña contra España, sí,

señor. Soy el único soldado en este grupo.

Los otros se burlaron y echaron ternos con caras hoscas.

—Creo que sentaré plaza nuevamente cuando pase la frontera.

—Yo no —dijo el cojo—. Me buscan por dos acusaciones de asesinato que no cometí; lo juro por Dios que no. Fue un enjuague en mi contra. Un pobre diablo no tiene defensa en los Estados Unidos. Cuando no están fraguando alguna acusación falsa contra mí, me encarcelan por vago, no obstante que soy bueno. —Y así siguió muy serio, agregando—: Soy un buen trabajador; lo que pasa es que no encuentro trabajo.

«El Mayor» levantó su carita insensible de crueles ojos.

—Salí de una escuela correccional en Wisconsin —dijo—, y creo que hay algunos policías esperándome en El Paso. Siempre había querido matar a alguno con un rifle; esto lo hice en Ojinaga, y todavía no estoy satisfecho. Nos dijeron que podemos quedarnos si firmamos los documentos de ciudadanía mexicana; creo que los firmaré mañana temprano.

—Usted no lo hará —gritaron los otros—. Ésa es una mala pasada. Supongamos que viene la intervención y que tienes que disparar contra tu propia gente. A mí no me verás firmando mi conformidad para ser un mugroso.

—Eso se arregla fácilmente —dijo «El Mayor»—. Cuando vuelva a los Estados Unidos, les dejo mi nombre aquí. Me quedaré hasta que tenga lo bastante para retornar a Georgia y poner una fábrica con mano de obra infantil.

El otro jovenzuelo rompió a llorar súbitamente.

—Me hirieron el brazo en Ojinaga —sollozó—, y ahora me echan sin dinero y no puedo trabajar. Cuando llegue a El Paso, me echarán el guante los policías y tendré que escribir a papá que venga y me lleve a casa en California. Escapé de allá el año pasado —agregó.

—Mire, «Mayor» —aconsejé—, es mejor que no se quede usted aquí si Villa no quiere norteamericanos en sus filas. Ser ciudadano mexicano no le servirá de nada si viene la intervención.

—Tal vez tenga usted razón —admitió «El Mayor» contemplativamente—. ¡Oh déjese de sermones, Juan! Creo que me iré de polizón a Galveston y cogeré un barco para América del Sur. Dicen que ha estallado una revolución en el Perú.

El soldado tenía como treinta años; el irlandés veinticinco, y los otros tres entre dieciséis y dieciocho o algo así.

—¿Para qué vinieron ustedes aquí, colegas? —pregunté.

—¡Acaloramientos! —contestaron el soldado y el irlandés riéndose. Los tres muchachos me miraron con semblantes ansiosos, serios, en que se retrataban su hambre y penalidades.

—¡Pillaje! —dijeron simultáneamente.

Eché una ojeada a sus ropas destrozadas, a la multitud de voluntarios andrajosos que deambulaban por la plaza, a quienes no se les había pagado en tres meses, y

reprimí un impulso violento de gritar de alegría. Los dejé en seguida, duros, fríos: no encajaban en un país apasionado; despreciaban la causa por la cual habían luchado; se burlaban de la incorregible jovialidad de los mexicanos. Al irme les dije de paso:

—¿A qué compañía pertenecen ustedes, colegas? ¿Cómo se llamaban ustedes mismos?

El jovenzuelo pelirrojo contestó:

—¡A la Legión Extranjera!

Deseo expresar aquí que he visto pocos soldados de fortuna, con excepción de uno —y ése era un hombre de ciencia, tan seco como el polvo, que estudiaba la acción de los altos explosivos sobre los cañones de campaña—, que no hubiera sido vagabundo en su país.

Era ya avanzada la noche cuando volví al hotel. Doña Luisa me guió a ver mi cuarto y me detuvo un momento en la cantina. Dos o tres soldados, evidentemente oficiales, estaban allí bebiendo; uno de ellos bien entrado en copas. Era un hombre picado de viruelas, con un bigote negro incipiente; sus ojos no podían enfocar su visión. Pero cuando me vio, comenzó a cantar una divertida y pequeña copla:

¡Yo tengo una pistola
con mango de marfil,
Para matar a todos los gringos
que vienen por ferrocarril!

Creí que era diplomático ausentarme, porque nunca se puede saber qué hará un mexicano cuando está borracho. Su naturaleza es sumamente compleja.

Doña Luisa estaba en mi cuarto cuando llegué. Cerró la puerta, poniéndose un dedo misteriosamente en los labios, y sacó de abajo de su falda un ejemplar del año anterior del *Saturday Evening Post*, que presentaba un increíble estado de disolución.

—Lo saqué de la caja para usted —me dijo—. La condenada revista vale más que cualquier cosa en la casa. Unos norteamericanos que se iban a las minas me han ofrecido quince dólares por ella. Usted ve, no hemos recibido desde hace un año ninguna revista norteamericana.

CAPÍTULO III

UN RELOJ PROVIDENCIAL

Después de aquel exordio, ¿qué podía yo hacer sino leer la preciosa revista, aunque ya la había leído? Encendí la lámpara, me desvestí y me metí en la cama. Pero entonces oí unos pasos vacilantes afuera, en el corredor; mi puerta se abrió bruscamente. Apareció, enmarcado en la puerta, el oficial de la cara cacarañada que había estado bebiendo en la cantina. Traía un gran revólver en una mano. Se quedó inmóvil un momento y me miró parpadeando malignamente; después entró y cerró la puerta con un golpe violento.

—Soy el teniente Antonio Montoya, a sus órdenes —anunció—. Supe que estaba un *gringo* en este hotel y he venido para matarlo a usted.

—Siéntese —le dije con toda cortesía.

Vi que estaba bien borracho. Se quitó el sombrero, se inclinó ceremoniosamente y acercó una silla. Entonces sacó otra pistola que traía debajo de su saco, y puso ambas sobre la mesa. Las dos estaban cargadas.

—¿Quiere usted un cigarro?

Le ofrecí un paquete. Tomó un cigarrillo dándome las gracias, y lo encendió en la lámpara. En seguida recogió las pistolas y me apuntó con ellas. Sus dedos apretaban lentamente los gatillos, pero los aflojaban otra vez. Yo estaba tan fuera de mí que no podía hacer otra cosa sino esperar.

—La única dificultad que tengo —me dijo— es la de resolver cuál revólver debo usar.

—Dispénseme —le dije, trémulo— pero, según creo, ambos parecen un poco anticuados. Esa Colt cuarenta y cinco seguramente que es un modelo de 1895, y en lo que toca a la Smith y Wesson, hablando entre nosotros, es únicamente un juguete.

—Es verdad —contestó, mirándolas con un poco de tristeza—. Si lo hubiera pensado antes habría traído mi automática nueva. Mil perdones, señor.

Suspiró y apuntó de nuevo los cañones de sus armas a mi pecho, con una expresión de tranquilidad satisfecha, agregando:

—Sin embargo, ya que así es, haremos lo mejor que podamos.

Yo estaba a punto de saltar, agacharme o gritar. De pronto fijó la vista sobre la mesa, donde estaba mi reloj de pulsera, de a dos dólares.

—¿Qué es eso? —me preguntó.

—¡Un reloj!

Rápidamente le mostré cómo ponérselo. Inconscientemente fue bajando poco a poco las pistolas. Así como un niño ve el manejo de algún nuevo juguete mecánico, del mismo modo lo observaba encantado, con la boca abierta y una atención absorta.

—¡Ah! —Respiró—. ¡*Qué bonito está*! ¡Qué precioso!

—Es de usted —le dije, quitándomelo y entregándoselo. Miró al reloj, después a mí, encendióse poco a poco su color, resplandeciendo de alegre sorpresa. Lo puse en su mano extendida. Reverente, cuidadosamente, lo ajustó a su muñeca velluda. Se levantó entonces, radiante, feliz, mirándome. Las pistolas cayeron al suelo, sin ser notadas. El teniente Antonio Montoya me echó sus brazos al cuello.

—¡Ah, *compadre*! —Lloraba emocionado.

Al día siguiente me lo encontré en la tienda de Valiente Adiana, en la ciudad. Nos sentamos amigablemente en el cuarto de atrás, bebiendo el *aguardiente* local, mientras el teniente Montoya, mi mejor amigo en todo el ejército constitucionalista, me contaba las penalidades y peligros de la campaña. La Brigada de Maclovio Herrera había estado durante tres semanas en Jiménez en acecho, sobre las armas, esperando la llamada urgente para avanzar sobre Torreón.

—Esta mañana —dijo Antonio—, los escuchas constitucionalistas interceptaron un telegrama del comandante federal en la ciudad de Zacatecas para el general Velasco, en Torreón. Decía que después de madura consideración, había decidido que Zacatecas era un lugar más fácil de atacar que de defender. Por lo tanto, informaba que su plan de campaña era el siguiente: al aproximarse las fuerzas constitucionalistas, evacuaría la ciudad y después la tomaría otra vez.

—Antonio —le dije—, voy a salir mañana para hacer una larga jornada, atravesando el desierto. Voy a Magistral en algún vehículo. Necesito un *mozo*. Le pagaré tres dólares semanales.

—¡*Está bueno*! —exclamó el teniente Montoya—. Lo que usted quiera; así podré ir con mi *amigo*.

—Pero usted está en servicio activo —le dije—. ¿Cómo puede usted abandonar a su regimiento?

—Oh, no hay cuidado por eso —contestó Antonio—. No le diré nada acerca de ello a mi coronel. No me necesitan. ¿Para qué? Tienen aquí cinco mil hombres.

Capítulo IV

SÍMBOLOS DE MÉXICO

Antes del amanecer, cuando los árboles polvorientos y las casas grises, bajas, están todavía tiesas por el frío, dejamos caer el látigo sobre los lomos de nuestras mulas y salimos rechinando sobre las desparejas calles de Jiménez, rumbo al campo abierto. Embozados hasta los ojos en sus sarapes, dormitaban unos cuantos soldados al lado de sus linternas. Un oficial, borracho, estaba durmiendo, tirado en el arroyo.

Nos llevaba una vieja calesa cuya palanca rota estaba remendada con alambres. Las guarniciones habían sido rehechas de pedazos de hierro viejo, pieles y cuerdas. Antonio y yo íbamos juntos, en el asiento; a nuestros pies dormitaba un joven, serio al parecer, llamado Primitivo Aguilar. Primitivo fue contratado para abrir y cerrar las puertas, amarrar las guarniciones cuando se rompieran, así como vigilar el vehículo y las mulas por la noche, ya que se decía que los caminos estaban infestados de bandidos.

El campo se tornaba en una vasta, fértil llanura, surcada por canales de riego sombreados por largas alamedas de grandes árboles, sin hojas, y grises como cenizas. Un sol blanco, tórrido, resplandeció sobre nosotros como si fuera la puerta de un horno, mientras en los lejanos y extensos campos desiertos humeaba una delgada niebla. Se movía con nosotros y a nuestro alrededor una nube blanca de polvo. Nos detuvimos al pasar por la hacienda de San Pedro, regateando con un peón anciano por un saco de maíz y paja para las mulas. Más adelante había un primoroso edificio, bajo, enyesado, color rosa, alejado del camino y entre un bosquecillo de verdes sauces.

—¿Aquello?

—Oh, no es sino un molino de trigo.

Almorzamos en una pieza de la casa de un peón, larga y blanqueada, con el piso de tierra, en otra gran hacienda cuyo nombre he olvidado, pero que perteneció a Luis Terrazas y ahora, confiscada, es propiedad del gobierno constitucionalista. Aquella noche acampamos junto a un canal para riego, distante varios kilómetros de cualquier lugar habitado; era el centro de los dominios de los bandoleros. Después de una cena de picadillo y chiles, *tortillas*, frijoles y café negro, Antonio y yo dimos

instrucciones a Primitivo. Debía hacer guardia al lado del fuego con el revólver de Antonio y, si oía algún ruido, despertarnos. Pero no debía dormirse de ninguna manera. Si lo hacía, lo mataríamos. Primitivo dijo:

—*Sí, señor*.

Muy seriamente, abrió los ojos y empuñó la pistola. Antonio y yo nos enrollamos en nuestras cobijas junto al fuego.

Debo haberme dormido inmediatamente, porque cuando me despertó Antonio al levantarse, mi reloj marcaba solamente media hora más tarde. Del lugar que se le había asignado a Primitivo para hacer su guardia, salían unos ronquidos sonoros. El teniente encaminóse hacia allá.

—¡Primitivo! —exclamó.

Nadie respondió.

—¡Primitivo, necio! —Nuestro centinela se revolvió en su sueño y se volteó para el otro lado, haciendo ruidos que indicaban comodidad.

—¡Primitivo! —gritó Antonio, pateándolo duramente. No dio muestras de responder.

Antonio dio unos pasos atrás y le asestó tan tremendo puntapié en el trasero, que lo levantó algunos centímetros en el aire. Primitivo despertó sobresaltado. Se levantó precipitadamente y alerta, blandiendo la pistola.

—¿*Quién vive*? —gritó Primitivo.

Al día siguiente salimos de las tierras bajas. Entramos al desierto, haciendo rodeos sobre algunas planicies onduladas, arenosas y cubiertas de mezquites oscuros, y de vez en cuando uno que otro nopal. Empezamos a ver al lado del camino a esas diminutas, siniestras cruces de madera, que la gente del campo coloca sobre el lugar donde algún hombre tuvo una muerte violenta. Por todo el horizonte alrededor nuestro había montañas áridas, color púrpura. A la derecha, al cruzar una inmensa arroyada seca, se divisaba una hacienda blanca, verde y gris, que parecía una ciudad. Una hora más tarde pasamos el primero de aquellos grandes ranchos cuadrangulares, fortificados, que se encuentran una vez durante el día, perdidos, en los rincones de este gran país. La noche se cernía veloz arriba, en el cénit sin nubes, mientras todo el horizonte estaba iluminado aún por intensa claridad; pero entonces, súbitamente, desapareció el día y brotaron las estrellas, como cohetes, en la comba celeste. Antonio y Primitivo cantaban *Esperanza*, mientras seguíamos nuestro camino, con ese extraño, raro tono mexicano, que suena más parecido que a ninguna otra cosa, al de un violín que tuviera las cuerdas gastadas. Aumentó el frío. En leguas y leguas a la redonda era una tierra marchita, un país de muerte. Transcurrían horas antes de que viéramos una casa.

Antonio decía saber vagamente de la existencia de un ojo de agua en alguna parte más adelante. Pero hacia la medianoche descubrimos que el camino sobre el cual veníamos, se perdía de pronto entre un espeso mezquital. Nos habíamos apartado del

camino real en algún paraje. Era tarde y las mulas estaban cansadas. Parecía que no se podía hacer otra cosa sino acampar «en seco», dado que no sabíamos de la existencia de agua por allí cerca.

Habíamos desguarnecido y dado de comer a las mulas y hacíamos nuestro fuego, cuando en algún lado del espeso chaparral se sintieron pasos cautelosos. Caminaban un trecho y se detenían. Nuestra pequeña hoguera de madera seca crepitaba impetuosa, alumbrando un tramo de poco más de tres metros. Más lejos, todo era oscuridad. Primitivo saltó hacia atrás para ponerse al abrigo del vehículo; Antonio sacó su revólver; todos teníamos frío al lado del fuego… El ruido se oyó otra vez.

—¿Quién vive? —dijo Antonio.

Se oyó un pequeño ruido, como apartando yerbas entre la maleza, y después una voz:

—¿De qué partido son ustedes? —inquirió titubeante.

—Maderistas —contestó Antonio—. ¡Pase!

—¿Hay seguridad para los *pacíficos*? —preguntó el invisible.

—Bajo mi palabra —grité—. Salgan para poder verlos.

Al instante tomaron forma dos vagas siluetas a la orilla del resplandor del fuego, casi sin hacer ruido. Eran dos peones; los vimos tan pronto como se acercaron, bien envueltos en sus desgarradas cobijas. Uno de ellos era viejo, cubierto de arrugas, encorvado, con huaraches de su propia manufactura; sus pantalones eran guiñapos que le colgaban sobre las piernas encogidas; el otro, un joven muy alto, descalzo, con una cara tan pura y sencilla que casi rayaba en idiotez. Amistosos, acogedores como la luz del sol, ansiosamente curiosos como niños, se acercaron con las manos extendidas. Se las estrechamos a cada uno, saludándolos con la ceremoniosa cortesía mexicana.

—Buenas noches, amigo. ¿Cómo está usted?

—Muy bien, *gracias*. ¿Y usted?

—Bien, *gracias*. ¿Y cómo está toda la familia?

—Bien, gracias. ¿Y la suya?

—Bien, gracias. ¿Qué tienen de nuevo por aquí?

—*Nada*. ¿Y usted?

—Nada. Siéntese.

—Oh, gracias, estoy bien de pie.

—Siéntese… Siéntese…

—Mil gracias. Dispénsenos un momento.

Sonrieron y desaparecieron en la espesura. Reapareciendo poco después, con grandes brazadas de ramas secas de mezquite para nuestro fuego.

—Nosotros somos *rancheros* —dijo el anciano, inclinándose.

—Tenemos unas cuantas cabras, y nuestras casas están a sus órdenes, así como nuestros corrales para sus mulas y nuestra pequeña provisión de maíz. Nuestros

ranchitos están muy cerca de aquí, en el mezquital. Somos muy pobres, pero esperamos nos hagan el honor de aceptar nuestra hospitalidad.

Era una ocasión para obrar con tacto.

—Mil veces muchas gracias —dijo Antonio atentamente— pero tenemos, por desgracia, una gran prisa y debemos seguir adelante muy temprano. No queremos molestar en sus casas a estas horas.

Manifestaron que sus familias y sus casas estaban a nuestro servicio, para usarlas como lo estimáramos conveniente, con el mayor placer de su parte. No recuerdo cómo pudimos evadir por fin la invitación, sin ofenderlos; pero sí sé que nos llevó como media hora de conversación y cumplidos. Nosotros sabíamos, en primer término, que, si aceptábamos, no podríamos salir muy temprano en la mañana, perdiendo así varias horas; porque en las costumbres mexicanas, la prisa en salir de una casa denota descontento con la estancia en ella; en segundo lugar, porque no se puede pagar por el alojamiento, aunque sí tiene que hacerse un buen regalo a los anfitriones, cosa que ninguno de nosotros podía ofrecer.

Al principio rehusaron cortésmente nuestra invitación para cenar; pero después de mucho insistir los persuadimos, al fin, para que aceptaran unas *tortillas* y *chile*.

Era enternecedor y risible a la vez ver el hambre que tenían, así como sus esfuerzos para ocultarlo.

Después de comer, cuando ya nos habían traído un cubo de agua, pensando con un juicio cabal y bondadoso, se quedaron con nosotros un rato al calor de nuestro fuego, fumando de nuestros cigarrillos y calentándose las manos. Recuerdo cómo colgaban los sarapes de sus hombros, abiertos por delante para que así les llegara a sus cuerpos escuálidos el calor agradable, y cómo eran nudosas y viejas las manos que extendía el anciano, y cómo brillaba la luz rojiza sobre la garganta del otro, encendiendo el fuego de sus grandes ojos. A su alrededor se extendía el desierto, separado únicamente por nuestra hoguera, listo para saltar sobre nosotros al extinguirse aquélla. Arriba, las estrellas no perdían su brillo. Los coyotes aullaban en la lejanía, más allá del fuego, como si fueran demonios angustiados. Repentinamente imaginé a aquellos dos seres humanos como símbolos de México: corteses, afectuosos, pacientes, pobres, tanto tiempo esclavos, tan llenos de ensueños, que pronto serían libertados.

—Cuando vimos venir su calesa para acá —dijo el viejo riéndose— sentimos oprimirse nuestros corazones en nuestros pechos. Creíamos que ustedes podían ser soldados, que venían, quizá, a llevarse nuestras pocas y últimas cabras. Han venido tantos soldados durante los últimos años, tantos… La mayoría federales; los maderistas no vienen, a menos que tengan hambre. ¡Pobres maderistas!

—Ay —dijo el joven—, mi hermano que tanto quería, murió en los once días de combate alrededor de Torreón. Han muerto miles en México, y muchos más que caerán. Tres años es bastante para guerra en una tierra.

—¡Demasiado! ¡*Válgame Dios*! —murmuró el viejo meneando su cabeza—. Pero vendrá un día…

—Se ha dicho —hizo notar el anciano temblequeando— que los Estados Unidos codician a nuestro país; que los soldados gringos vendrán y se llevarán mis cabras al fin…

—Eso es mentira —exclamó el otro, animándose—. Son los norteamericanos ricos los que nos quieren robar, igual que nos quieren robar los mexicanos ricos. Es el rico en todo el mundo, el que quiere robar al pobre.

El anciano tiritó de frío y arrimó su gastado cuerpo más cerca del fuego.

—He pensado con frecuencia —dijo suavemente—, por qué los ricos, teniendo tanto, quieren más. Los pobres, que no tienen nada, ¡quieren tan poco! Sólo unas cabras…

Su *compadre* alzó su cara como un hidalgo, sonriendo dulcemente.

—Nunca he estado fuera de esta pequeña región; ni siquiera en Jiménez —dijo—. Pero me dicen que hay muchas tierras ricas, al norte, al sur y al oriente. Pero ésta es mi tierra y la quiero. En los años de vida que tengo, durante los que vivieron mi padre y mi abuelo, los ricos se han quedado con el maíz y lo han retenido con los puños cerrados ante nuestras bocas. Y solamente la sangre les hará abrir las manos para sus semejantes.

El fuego se había apagado. Dormía en su puesto de guardia el alerta Primitivo. Antonio contemplaba el rescoldo; una leve sonrisa de satisfacción se dibujaba en su boca; sus ojos brillaban como estrellas.

—¡*Adió*! —dijo de pronto, como cuando se ve una visión—. ¡Cuando entremos en la Ciudad de México, qué *baile* haremos! ¡Qué borrachera voy a coger…!

CUARTA PARTE

UN PUEBLO EN ARMAS

CAPÍTULO I

¡A TORREÓN!

Yermo es un lugar desolado: kilómetros y kilómetros de arenoso desierto, cubierto aquí y allá por mezquites, chaparros y raquíticos nopales, que se extienden al occidente hasta unas montañas morenas, dentadas, y al oriente, una llanura donde oscila el horizonte.

El pueblo está formado por un tanque de agua, averiado, con un poquito de ésta, sucia y alcalina; una estación de ferrocarril demolida, hecha trizas por los cañones orozquistas hace dos años, y un cambiavías. No había agua ni para remedio a menos de sesenta kilómetros; tampoco forrajes para los animales. Durante los tres meses de frío agudo y en los comienzos de la primavera, soplaban vientos secos que arrastraban un polvo amarillento, azotando al poblado.

En medio de este desierto estaban enfilados sobre una sola vía diez largos trenes, en torno de los cuales se levantaban columnas de fuego por la noche y de humo negro por el día, que se extendían atrás, hacia el norte, más allá de donde alcanzaba la vista. A su alrededor, en el chaparral, acampaban nueve mil hombres, sin techo para cobijarse, cada uno de ellos con su caballo amarrado de un mezquite, donde colgaban su sarape y unas tiras de carne roja expuestas al aire y al sol para que pudieran secarse. De cincuenta carros se estaban descargando mulas y caballos. Un soldado andrajoso cubierto de polvo y sudor entró en uno de los carros de ganado; montó en un caballo y le metió rudamente las espuelas, lanzando un alarido. En el acto se oyó un terrible repiqueteo de cascos de los animales asustados; súbitamente brincó un caballo por la puerta, abierta ordinariamente hacia atrás, vaciándose el carro de los caballos y mulas que en gran cantidad llevaba. Reuniéndose al salir, emprendieron la huida presos del terror, resoplando por las abiertas narices al oler el campo abierto. Inmediatamente se convirtieron en *vaqueros* numerosos soldados que vigilaban, levantando de entre el polvo sofocante sus reatas de lazar, mientras los animales sueltos circulaban en torno, echándose encima unos de otros poseídos de pánico. Oficiales, ordenanzas, generales con sus Estados Mayores y simples soldados, galopaban, corrían y se cruzaban en una intrincada confusión, con sus cabezadas y buscando sus monturas. Al fin, las mulas fugitivas fueron llevadas a los furgones. Los

soldados que habían llegado en los últimos trenes vagaban en busca de sus brigadas. Por allá, adelante, algunos le tiraban a un conejo. De los techos de los carros-caja y de los de plataforma, donde habían acampado por centenares, las *soldaderas* y sus enjambres de chiquillos semidesnudos miraban hacia abajo, dando sus informes a gritos y preguntando a todo el mundo si habían visto a Juan Moñeros, Jesús Hernández, o cualquiera que fuera el apellido de su hombre… Un soldado que arrastraba un rifle iba de aquí para allá gritando que no había comido hacía dos días, porque no podía encontrar a su mujer que le hacía las tortillas, opinando que lo había abandonado, largándose con algún… de otra brigada. Las mujeres, en los techos de los carros, decían: «¡*Válgame Dios*!» y se encogían de hombros, arrojándole algunas *tortillas* de hacía tres días y pidiéndole, por el amor que le tuviera a Nuestra Señora de Guadalupe, que les prestara un cigarrillo.

Una tumultuosa y sucia muchedumbre asaltó la locomotora de nuestro tren, pidiendo agua a gritos. Cuando el maquinista los detuvo, revólver en mano, les dijo que había bastante agua en el tren correspondiente; se fueron y dispersaron, sin objetivo, al parecer; pero no tardó en venir otro grupo a ocupar sus puestos. Mientras tanto, una aguerrida masa de gentes y animales bregaba por un sitio ante las pequeñas llaves, de donde salía agua sin cesar, de los doce enormes carros-tanques del tren que conducía el precioso líquido.

Arriba se levantaba, en la calma del aire caliente, una espesa nube de polvo, que medía como cinco kilómetros de largo y cerca de uno de ancho y que, mezclada con el humo negro de las locomotoras, hacía pensar y preocupaba a las avanzadas federales, a más de treinta kilómetros de distancia sobre las montañas atrás de Mapimí.

Cuando Villa salió de Chihuahua para Torreón, clausuró el servicio de telégrafos al norte, cortó el de trenes a Ciudad Juárez y prohibió, bajo pena de muerte, que nadie llevara o transmitiera informes de su salida a los Estados Unidos. Su objeto era sorprender a los federales y su plan funcionó a maravilla. Nadie, ni aun en su Estado Mayor, sabía cuándo saldría Villa de Chihuahua; el ejército había demorado tanto allí, que todos creíamos que tardaría dos semanas más en salir. Todos quedamos sorprendidos al levantarnos el sábado en la mañana, y saber que el telégrafo y los ferrocarriles habían sido cortados y que tres grandes convoyes, llevando a la Brigada González Ortega, ya habían salido. La Zaragoza salió al día siguiente, y las propias fuerzas de Villa, en la mañana subsiguiente. Moviéndose siempre con la celeridad en él característica, Villa concentró todo su ejército al día siguiente en Yermo, sin que los federales supieran que había salido de Chihuahua.

Hubo un tumulto en torno al telégrafo portátil, de campaña, que fue instalado en las ruinas de la estación. Adentro sonaba el aparato. Soldados y oficiales, mezclados, se apretujaban en las ventanas y la puerta; cada vez que el telegrafista gritaba algo, resonaba una estruendosa algarabía y risas. Al parecer, el hilo telegráfico, por un

mero accidente, se había conectado a un alambre que no habían destruido los federales, un hilo que se conectaba con el militar, federal, de Mapimí a Torreón.

—¡Oigan! —gritó el operador—. ¡El coronel Argumedo, que manda a los *cabecillas colorados* en Mapimí, está telegrafiando al general Velasco en Torreón! ¡Dice que ve humo y una gran nube de polvo al norte, y cree que algunas tropas rebeldes se están movilizando al sur de Escalón!

Anocheció con un cielo nublado y un viento creciente que comenzó a levantar el polvo. Resplandecían en los techos de los carros-cajas las fogatas de las *soldaderas*, a lo largo de los varios kilómetros de trenes. Afuera, en el desierto, tan lejos, que parecían puntas de alfiler en flama, al final, se extendían las incontables hogueras del ejército, medio oscurecidas por las oleadas de tupida polvareda. La tempestad nos ocultó completamente de los centinelas federales.

—Aun Dios —hizo notar el mayor Leyva—, ¡aun Dios está del lado de Francisco Villa!

Cenamos en nuestro carro-caja transformado, con el joven, membrudo e inexpresivo general Máximo García y su hermano, el todavía más alto y cara colorada Benito García, y un mayor bajito de cuerpo, Manuel Acosta, dotado con las bellas maneras de su raza. García había estado bastante tiempo al mando del avance en Escalón. Él y sus hermanos —uno de los cuales, José García, ídolo del ejército, había sido muerto en combate— eran apenas hacía cuatro años ricos *hacendados*, dueños de enormes latifundios. No obstante, se sumaron a Madero… ¡Recuerdo que nos trajo una botella de *whisky*, negándose a discutir la revolución y declarando que luchaba por un *whisky* mejor! Mientras yo escribía lo anterior, llegó un informe de su muerte, ocasionada por una bala en la batalla de Sacramento…

Afuera, entre la tempestad de polvo, en su carro plataforma, inmediatamente delante del nuestro, están tendidos algunos soldados alrededor de su hoguera, con las cabezas en el regazo de sus mujeres, cantando *La Cucaracha*, la que describe en centenares de versos satíricos, lo que harán los constitucionalistas cuando les quiten Juárez y Chihuahua a Mercado y a Orozco.

A pesar del viento, se sentía el inmenso y tétrico murmullo del ejército y, de vez en cuando, se oía el grito agudo de un centinela marcando el alto:

—¿*Quién vive*? —Y la respuesta:

—¡*Chiapas*!

—¿*Qué gente*?

—¡*Chao*…!

Durante toda la noche resonaron a intervalos los imponentes silbidos de las diez máquinas, haciéndose señales, entre sí, adelante o atrás.

Capítulo II

EL EJÉRCITO EN YERMO

En la madrugada del día siguiente vino al carro, para desayunar, el general Toribio Ortega —un hombre trigueño, enjuto, a quien los soldados llaman «El Honrado» y «El Más Bizarro»—. Es, sin lugar a dudas, el corazón más sencillo y el soldado más desinteresado de México. Nunca fusila a sus prisioneros. Se ha negado a recibir de la revolución un solo centavo aparte de su escaso sueldo. Villa lo respeta y confía más en él, quizá, que en ningún otro de sus generales. Ortega era un hombre pobre, un vaquero. Allí sentado, los codos sobre la mesa, sin acordarse de su desayuno, los grandes ojos brillantes, su sonrisa benévola, de través, nos contaba por qué estaba luchando.

—No soy un hombre educado —decía—. Pero sé bien que pelear es el último recurso a que debe apelar cualquier gente. Sólo cuando las cosas llegan al extremo de no poder aguantar más, ¿eh? Y si vamos a matar a nuestros hermanos, algo bueno debe resultar de ello, ¿eh? ¡Ustedes, en los Estados Unidos, no saben por lo que hemos pasado nosotros, los mexicanos! Hemos visto robar a los nuestros, al pobre, sencillo pueblo, durante treinta y cinco años, ¿eh? Hemos visto a los *rurales* y soldados de Porfirio Díaz matar a nuestros padres y hermanos, así como negarles la justicia. Hemos visto cómo nos han arrebatado nuestras pequeñas tierras, y vendido a todos nosotros como esclavos, ¿eh? Hemos anhelado tener hogares y escuelas para instruirnos, y se han burlado de nuestras aspiraciones. Todo lo que hemos ambicionado era que se nos dejara vivir y trabajar para hacer grande nuestro país, pero ya estamos cansados y hartos de ser engañados…

Afuera, entre el polvo que se arremolinaba bajo un cielo de nubes flotantes, impetuosas, había largas filas de soldados a caballo, en la oscuridad, esperando que pasaran sus oficiales al frente, para examinar atentamente a su paso los rifles y las cartucheras.

—Jerónimo —dijo un capitán a un soldado—, vuelve al tren del parque y llena los huecos que hay en tu *cartuchera*. ¡Imbécil, has gastado tus cartuchos tirando a los coyotes!

Cruzando el desierto, rumbo al occidente, hacia las montañas lejanas, caminaban cordones de caballería, los primeros hacia el frente. Pasaron como mil hombres, en diez líneas diferentes, que divergían como si fueran los rayos de una rueda; sus espuelas tintineaban con un sonido metálico; flotaban rectas sus banderas verde, blanco y rojo; las bandoleras cruzadas lucían sin brillar; los rifles colgaban atravesados sobre sus sillas. Pasaron con sus altos sombreros pesados, y sus cobijas multicolores. Detrás de cada compañía se afanaban diez o doce mujeres para seguirlas a pie, llevando los utensilios de cocina en la cabeza o la espalda; alguna acémila iba cargada con sacos de maíz. Al pasar frente a los carros, saludaban a sus amigos en los trenes.

—¡*Poco tiempo California*! —gritó uno.

—¡Oh! Allá te espera un *colorado* —contestó otro.

—Apuesto a que andabas con Salazar en la rebelión de Orozco.

Nadie acostumbraba decir ¡*Poco tiempo California*!, como no fuera Salazar cuando estaba borracho.

El otro hombre pareció avergonzado.

—Bueno, puede ser que haya estado —reconoció—. Pero espera que se me pongan a tiro mis viejos *compañeros*. ¡Te demostraré entonces si soy maderista o no!

Un indito que venía atrás gritó:

—Yo sé la clase de maderista que eres tú, Luisito. ¡En la primera toma de Torreón, Villa te dio a escoger, entre cambiar de chaqueta o recibir un *cabronazo* o *balazo* en la cabeza!

Y así, bromeando y cantando, caminaban poco a poco al sudoeste; se empequeñecían e iban desvaneciendo, hasta desaparecer finalmente entre el polvo.

Villa en persona estaba recostado en un carro, con las manos en los bolsillos. Llevaba un sombrero viejo, doblado hacia abajo, una camisa sucia, sin cuello, y un traje oscuro, maltratado y brilloso por el uso. Hombres y caballos habían brotado, como por arte de magia, frente a él, en toda aquella planicie polvorienta. La confusión de sillas y frenos era tremenda, así como los toques de los clarines. La Brigada Zaragoza se *alistaba* para abandonar el campamento: una columna de flanqueo de dos mil hombres que debía dirigirse al sudoeste, para atacar Tlahualilo y Sacramento. Villa parecía haber llegado recién a Yermo. Se había detenido en Camargo el lunes en la noche, a fin de concurrir al casamiento de un *compadre*. En su cara se reflejaban los signos del cansancio.

—¡*Caramba*! —decía con una sonrisa—, ¡empezamos a bailar el lunes en la noche, toda la noche y todo el día siguiente, y anoche también! ¡Qué *baile*! ¡Y qué *muchachas*! ¡Las de Camargo y Santa Rosalía son las más bellas de México! ¡Estoy *rendido*! Fue un trabajo más duro que el de veinte combates…

Acto seguido se dispuso a escuchar el informe de un oficial del Estado Mayor que llegó corriendo a caballo; le dio una orden concisa sin vacilar, y el oficial partió. Dio instrucciones al señor Calzada, gerente del ferrocarril, sobre el orden que habían de seguir los trenes hacia el sur. Indicó al señor Uro, intendente del Ejército, qué provisiones debían ser distribuidas de los trenes con tropas. Al señor Muñoz, director del telégrafo, le dio el nombre de un capitán federal, rodeado por los hombres de Urbina la semana anterior y muerto con todos sus soldados en los cerros cerca de La Cadena, ordenándole conectar con el hilo telegráfico federal y remitir un mensaje al general Velasco en Torreón, fingiendo que se trataba de un informe del mencionado capitán desde Conejos y pidiendo órdenes. Parecía saberlo y ordenarlo todo.

Almorzamos con el general Eugenio Aguirre Benavides, el tranquilo, pequeño y bisojo comandante de la Brigada Zaragoza; miembro de una de las familias cultas mexicanas que se habían agrupado en torno a Madero en la primera Revolución; con Raúl Madero, hermano del presidente asesinado, segundo jefe de la Brigada, que se educó en una universidad norteamericana y más bien parece un vendedor de bonos de Wall Street; con el coronel Guerra, educado en Cornell, y el mayor Leyva, sobrino de Ortega, un jugador que hizo histórica su actuación con el club de fútbol de Notre Dame…

La artillería estaba emplazada, lista para la acción, dentro de un gran círculo, con los furgones abiertos y las mulas acorraladas en el centro. El coronel Servín, comandante de las baterías, sentado, o más bien encaramado sobre un gran caballo bayo, una minúscula, ridícula figura de poco más de metro y medio de alto, agitaba la mano gritando su saludo al pasar el general Ángeles, secretario de Guerra de Carranza, un hombre de alta estatura, flaco, la cabeza descubierta; llevaba una zamarreta parda, y colgando de uno de sus hombros un mapa de guerra de México, que se le había caído a un pequeño jumento. Varios hombres trabajaban sudorosos en lo más denso de las nubes de polvo. Los cinco artilleros norteamericanos estaban acuclillados al lado de un cañón, fumando. Me saludaron con un alarido:

—¡Oye, camarada! ¿Qué diablos nos hizo meternos en este lío? No hemos comido desde anoche. Trabajamos doce horas. Escucha: ¿quieres tomar fotografías de nosotros?

Posaron con un ademán amistoso el soldadito londinense que había estado a las órdenes de Kitchener, después el capitán canadiense, Treston, que se desgañitaba para que su intérprete pudiera transmitir a sus hombres algunas órdenes acerca de las ametralladoras; el capitán Marineli, el gordo soldado italiano de fortuna, que arrojaba a borbotones una mescolanza interminable e ininteligible de francés, español e italiano, al oído de un oficial mexicano, aburrido. Fierro llegó a caballo, espoleándolo cruelmente y ya sangrando del hocico. Fierro, el apuesto, duro y altanero, a quien llamaban «El Carnicero», porque mataba a sus prisioneros indefensos personalmente, lo mismo que a sus propios hombres, sin provocación alguna.

Ya avanzada la tarde partió la Brigada Zaragoza rumbo al sudoeste, sobre el desierto, y llegó otra noche.

El viento aumentó continuadamente con la oscuridad, haciéndose cada vez más frío. Mirando hacia el cielo, tachonado de fulgurantes estrellas, vi que todo lo demás estaba oscurecido por las nubes. Al través de las pesadas ráfagas de polvo volaban millares de hileras delgadas de chispas, que venían de las hogueras hacia el sur. La carga de carbón a los fogones de las locomotoras producía resplandores repentinos a lo largo de los trenes estacionados en varios kilómetros. Al principio creímos oír estampidos de artillería gruesa en la lejanía. Pero de pronto, inesperadamente, el cielo se despejó y, deslumbrante, se abrió de horizonte a horizonte; los truenos retumbaban terribles, la lluvia se generalizó, cayendo tan espesa como una inundación. Las actividades humanas del ejercito quedaron en silencio por unos instantes. Todas las hogueras desaparecieron. Entonces se escuchó un inmenso alarido de enojo y risa a la vez, así como de desconcierto de los soldados, afuera, en la llanada, lo mismo que el más asombroso lamento de las mujeres que jamás he oído. Las dos manifestaciones duraron únicamente un minuto. Los hombres se envolvieron en sus sarapes y se hundieron en el abrigador chaparral; los centenares de mujeres y niños expuestos al frío y a la lluvia en los carros plataforma y en los techos de los carros caja, tomaron acomodo para esperar con estoicismo indio a que amaneciera. En el carro del general Maclovio Herrera, que iba adelante, había borrachera, risotadas y canciones acompañadas de una guitarra…

Rompió el alba con toques de clarines, que se antojaban los del mundo entero a la vez; al mirar fuera, por la puerta del carro, contemplé el desierto a varios kilómetros de distancia: era un hervidero de hombres armados, ensillando y montando. Un sol cálido asomó por las montañas de occidente, brillando en un cielo claro. La tierra arrojó por unos instantes un vapor undoso; después, otra vez polvo y una superficie sedienta. Allí podía no haber llovido nunca. Humeaba un centenar de fogatas en los techos de los carros; las mujeres volteaban sus ropas lentamente al sol, charloteando y bromeando. Pululaban centenas de chiquillos en derredor, mientras las madres tendían sus vestiditos al sol. Mil bulliciosos soldados se gritaban uno a otro que ya había comenzado el avance; muy lejos, a la izquierda, en algún regimiento, había regocijo, porque estaban disparando al aire. Durante la noche habían llegado otros seis largos trenes, y todas las máquinas hacían señales con sus silbatos. Me fui adelante para coger el primer tren que saliera; cuando pasaba por el carro de Trinidad Rodríguez, una voz femenil, chillona, gritó:

—¡Eh, muchacho! Ven a almorzar.

Asomando parte del cuerpo en la puerta, estaban Beatriz y Carmen, dos mujeres conocidas de Juárez, que habían traído al frente los hermanos Rodríguez. Entré y me senté a la mesa, donde había como doce hombres, varios de ellos médicos del tren hospital: un francés, capitán de artillería, y un grupo de varios mexicanos, oficiales y soldados. Era un carro-caja ordinario, igual que todos los carros privados, con

ventanillas en la pared y tabiques para aislar al chino cocinero en la cocina, así como literas colocadas a los lados y al fondo. El almuerzo se componía de platos colmados de carne roja con *chile*, escudillas de *frijoles*, montones de *tortillas* frías, y seis botellas de champaña Monopole. El semblante de Carmen no era saludable; su dieta alimenticia, quizá, le daba un aire de estupidez; pero la cara descolorida, blanca y el pelo rojo de Beatriz, cortado a la Buster Brown, le daban una especie de alegría maliciosa. Era mexicana, pero hablaba un inglés de los barrios bajos de Nueva York, sin acento extranjero. Saltando de la mesa, se puso a bailar en derredor, tirando de los cabellos a los comensales.

—Hola, *gringo* condenado.

Y se rió de mí.

—¿Qué estás haciendo aquí? ¡Vas a ser el recipiente de una bala si no tienes cuidado!

Un joven mexicano malhumorado, ya un poco ebrio, le dijo, furioso, en español:

—¡No le hables! ¿Entiendes? ¡Le diré a Trinidad que invitaste al gringo que entrara a almorzar, y te hará fusilar! Beatriz echó su cabeza para atrás y se rió a carcajadas.

—¿Oyeron lo que dijo? ¡Cree que soy de su propiedad, porque estuvo una vez conmigo en Juárez…! ¡Dios mío! —prosiguió—. ¡Qué divertido se antoja el viajar por ferrocarril y no tener que comprar boleto!

—Mira, Beatriz —la interpelé—, pudiera ser que las cosas no salieran bien más allá. ¿Qué harías si nos pegaran?

—¿Quién, yo? —exclamó—. ¡Vaya, creo que no tardaría en hacer amigos entre los federales! ¡Soy buena para hacer mezclas!

—¿Qué estás diciendo? ¿Qué dices? —preguntaron los otros en español.

Con el más perfecto descaro, Beatriz les hizo la traducción de lo dicho. Y en medio del tumultuoso escándalo que siguió, me escabullí…

Capítulo III

LA PRIMERA SANGRE

El tren del agua salió primero. Yo iba en el botaganado de la máquina, el que ya me encontré ocupado permanentemente por dos mujeres y cinco criaturas. Habían hecho una pequeña fogata con ramas de mezquite en la estrecha plataforma de hierro, para hacer las *tortillas*; flotaba sobre sus cabezas un tendido de ropa, que se secaba con el aire agitado que salía de la caldera…

Era un hermoso día, un sol tibio alternaba con grandes nubes blancas. El ejército se movilizaba hacia el sur en dos gruesas columnas; una a cada lado del tren. Flotaba una inmensa nube de polvo sobre ellas; hasta donde la vista podía alcanzar, caminaban pequeños grupos de jinetes rezagados, poco a poco, apareciendo de cuando en cuando una gran bandera mexicana. De los trenes, que se movían lentamente, salían columnas de humo a cortos intervalos, decreciendo hasta que en el norte del horizonte sólo quedaba una mancha vaporosa.

Me fui al vagón del conductor para tomar agua, encontrando a éste echado en su litera leyendo la Biblia. Estaba tan absorto y divertido, que no se dio cuenta de mi presencia durante un buen rato. Cuando lo hizo, exclamó encantado:

—*Oiga*, encontré una gran historia sobre un mozo que se llamaba Sansón, que era *muy hombre*, y su mujer. Ella era española, creo, por la mala partida que le jugó. ¡Empezó siendo un buen revolucionario, un maderista, pero ella lo convirtió en un *pelón*!

Pelón quiere decir, literalmente, «cabeza rapada» y es el término de la jerga aplicado a un soldado federal, porque ese ejército se reclutaba, en su mayor parte, entre gente de las prisiones.

Había gran excitación en el tren. Nuestra avanzada de guardia, con su telegrafista de campaña, había salido de Conejos la noche anterior, a causa de lo cual se había derramado la primera sangre de la campaña; fueron sorprendidos y muertos atrás de una saliente de la montaña que está al oriente, unos cuantos *colorados* que exploraban al norte de Bermejillo. El telegrafista, además, tenía otras nuevas. Conectó otra vez con el alambre federal y envió un mensaje al comandante federal en Torreón, firmado con el nombre del capitán muerto y solicitando órdenes, en virtud

de que parecía se acercaba una gran fuerza rebelde del norte. El general Velasco contestó que el capitán debía sostenerse en Conejos y mandar avanzadas para descubrir el número de hombres que tenía la fuerza citada. Al mismo tiempo, el telegrafista había oído un mensaje de Argumedo, que tenía el mando federal en Mapimí, diciendo que ¡todo el norte de México estaba avanzando sobre Torreón, junto con el ejército gringo!

Conejos era exactamente lo mismo que Yermo, con la única diferencia de que no tenía tanque de agua. Salieron casi en seguida mil hombres a caballo, a la cabeza de los cuales iba el anciano general Rosalío Hernández, el de la barba blanca, siguiéndolos el tren de reparaciones hasta unos cuantos kilómetros del ferrocarril, en un lugar donde los federales habían quemado dos puentes unos meses antes. Afuera, más allá del último pequeño vivac del inmenso ejército, se extendía en derredor nuestro el desierto, que dormía silencioso entre sus oleadas caliginosas. No soplaba viento. Los hombres se reunían con sus mujeres en los carros plataforma; aparecieron las guitarras, oyéndose toda la noche centenares de voces que cantaban, procedentes de los trenes.

A la mañana siguiente fui a ver a Villa en su carro. Era un vagón rojo, con cortinas de *saraza* en las ventanas; el famoso y reducido carro que Villa ha usado en todas sus andanzas desde la caída de Juárez. Estaba dividido por tabiques en dos cuartos, la cocina y la recámara del general. Esta pequeña habitación, poco más de tres por siete metros, era el corazón del ejército constitucionalista. Allí, donde había escasamente espacio para los quince generales que se reunían, se celebraban todas las juntas de guerra. En dichas juntas se discutían las cuestiones vitales inmediatas de la campaña; los generales decidían lo que debía hacerse, pero Villa daba entonces las órdenes que más le convenían. Estaba pintado de un gris oscuro. En las paredes había fotografías de mujeres artistas en posturas teatrales; un gran retrato de Carranza, uno de Fierro y el del mismo Villa.

Dos literas doble ancho de madera, plegadas contra la pared, en una de las cuales dormía Villa y el general Ángeles; en la otra, José Rodríguez y el doctor Raschbaum, médico de cabecera de Villa. Era todo…

—¿*Qué desea, amigo*? —dijo Villa, sentándose al extremo de la litera, en paños menores color azul. Los soldados que holgazaneaban en torno, indolentes, me hicieron un sitio.

—Quiero un caballo, *mi general*.

—¡*Caray*! ¡Nuestro amigo aquí, quiere un caballo! —sonrió Villa sarcásticamente, entre un diluvio de carcajadas de los otros—. ¡Vaya, ustedes los corresponsales, pedirán la próxima vez un automóvil! *Oiga, señor* reportero: ¿sabe usted que cerca de mil de mis nombres no tienen caballo? Aquí está el tren. ¿Para qué quiere usted un caballo?

—Porque así puedo ir con las avanzadas.

—No —sonrió—. Hay demasiados *balazos*; vuelan demasiadas balas en las avanzadas…

Se vestía rápidamente mientras hablaba, a la vez que tomaba tragos de café, de una sucia cafetera que tenía a su lado. Alguno le dio su espada con empuñadura de oro.

—¡No! —dijo desdeñosamente—. Éste será un combate, no una parada militar. ¡Deme mi rifle!

De pie en la puerta de su carro, miró pensativo durante un momento las largas hileras de jinetes, pintorescos, con sus cartucheras cruzadas y su variado equipo. Dio entonces unas cuantas órdenes rápidamente y montó en un hermoso semental.

—¡*Vámonos*! —gritó Villa. Las cornetas resonaron triturantes y un repiqueteo argentífero, domeñado, seco, repercutió al formarse las compañías y salir trotando hacia el sur, entre el polvo…

Y de esa manera desapareció el ejército. Durante el día nos pareció oír un cañoneo del sudoeste, de donde se decía que bajaría Urbina de las montañas para atacar a Mapimí. Ya entrada la tarde, llegaron noticias de la captura de Bermejillo, y un correo de Benavides dijo que éste había tomado Tlahualilo.

Nosotros teníamos una impaciencia febril por salir. Al caer la tarde, el señor Calzada anunció que el tren de reparaciones saldría dentro de una hora; de modo que cogí una cobija y caminé cerca de un kilómetro hacia adelante de la hilera de trenes para tomarlo.

Capítulo IV

EN EL CARRO DEL CAÑÓN «EL NIÑO»

El primer carro del tren de reparaciones era un carro plataforma blindado de acero, sobre el cual iba emplazado el famoso cañón constitucionalista «El Niño», con un armón abierto detrás, lleno de granadas. Le seguía un carro blindado rebosante de soldados, después un carro de railes de acero, y cuatro más cargados con *durmientes* de ferrocarril. Venía en seguida la locomotora, el maquinista y el fogonero con sus cartucheras colgando y sus rifles en la mano. Seguían después dos o tres carros-caja con soldados y sus mujeres. Era una empresa peligrosa. Se sabía que estaba una gran fuerza federal en Mapimí; la región tenía enjambres de sus avanzadas por todas partes. Nuestro ejército ya iba muy adelante, con excepción de los quinientos hombres que custodiaban los trenes en Conejos. Si el enemigo podía capturar o destruir el tren de reparaciones, el ejército quedaría cortado, sin agua, alimentos ni municiones. Íbamos en la oscuridad. Estaba sentado sobre la recámara de «El Niño», charlando con el capitán Diar, comandante del cañón, mientras él aceitaba la cerraja de su querida pieza y se rizaba los *parados* mostachos. Oí un ruido curioso, como un crujido que se tratara de evitar: era en el cubil blindado detrás del cañón, donde dormía el capitán.

—¿Qué es eso?

—¿Eh? —contestó nervioso—. ¡Oh, nada, nada!

Al mismo tiempo salía una india joven, con una botella en la mano. No tenía seguramente más de diecisiete años y era muy agradable. El capitán me fulminó con una mirada y, súbitamente, me volvió la espalda.

—¿Qué haces aquí? —le grito colérico—. ¿Por qué vienes aquí?

—Creí que querías tomar un trago —balbuceó.

Percibí que estaba sobrando allí y pedí una disculpa. Apenas si me hicieron caso. Pero al subir por la parte de atrás al carro, no pude evitar el detenerme y escuchar. Se habían vuelto al cubil; ella estaba llorando.

—¿No te he dicho —rugió el capitán—, que no te presentes cuando haya extraños aquí? No quiero que te estén mirando todos los hombres de México…

Me puse de pie sobre el techo del carro de acero que se mecía al avanzar, aun yendo despacio, hacia adelante. Al frente, tendidos boca abajo en el otro extremo de la plataforma, iban dos hombres con linternas, examinando cada metro de vía, buscando alambres que podían significar minas plantadas para volarnos. Debajo, a mis pies, estaban comiendo los soldados y sus mujeres, alrededor de fogatas que ardían en el suelo. Por las aspilleras del carro escapaban humo y risas… Se veían otros fuegos detrás, en torno a las cuales estaban acuclillados gentes desarrapadas, en los techos de los carros. Arriba, en el cielo sin nubes, brillaban las estrellas. Hacía frío. Después de una hora de camino, llegamos a un tramo de vía destrozada. El tren se detuvo con una sacudida, la locomotora silbó y pasaron rápidamente varias antorchas y linternas. Vinieron unos hombres corriendo. Las luces se juntaron estrechamente, mientras el sobrestante examinaba el desperfecto. Surgió un fuego, después otro, en la maleza. Los soldados de la guardia del tren, dispersos en derredor, arrastraban sus rifles y formaban vallas impenetrables en torno a las hogueras. Sonaban las herramientas y el típico grito de los obreros: ¡Ahora!, descargando rieles de la plataforma. Pasaban trabajadores en fila con un riel sobre sus hombros; después otros con durmientes. Se congregaron cuatrocientos hombres en el sitio de la reparación, trabajando con extraordinaria energía y buen humor, hasta que los gritos de las cuadrillas poniendo rieles y durmientes, así como los golpes de los machos martillando los pernos, se confundieron en un estruendo continuo y ensordecedor. Era una vieja fechoría, probablemente de un año atrás, hecha cuando los mismos constitucionalistas iban retrocediendo al norte ante las fuerzas del ejército federal al mando de Mercado; no obstante, todo se arregló en una hora.

Después, otra vez y otra. Ya un puente quemado, tramos de diversos tamaños, treinta o cuarenta metros de vía levantada, retorcida como guías de parras por una cadena y una locomotora. Avanzamos lentamente. En un gran puente, en cuya reparación se emplearon dos horas, hice una pequeña fogata para calentarme. Calzada pasó y me saludó.

—Tenemos allá adelante un carro de mano —me dijo—, y vamos allá a ver a los muertos. ¿Quiere venir?

—¿Cuáles muertos?

—Escuche: esta mañana mandaron una avanzadilla de ocho *rurales* de Bermejillo. Lo supimos por el alambre del telégrafo e informamos, en el flanco izquierdo, a Benavides, quien mandó un pelotón para tomarlos por la retaguardia, empujándolos al norte, por una carretera de diez kilómetros, hasta que fueron a chocar con nuestra fuerza principal, sin dejar a uno vivo. Están regados en todo ese trecho, allí donde fueron cayendo.

Un momento después íbamos veloces rumbo al sur en el carro de mano. A nuestros lados, derecho e izquierdo, iban dos sujetos silenciosos que parecían sombras a caballo; eran guardias de caballería, con sus rifles listos bajo el brazo.

Pronto dejamos las hogueras y los resplandores del tren; nos envolvió y absorbió el vasto y callado desierto.

—Sí —dijo Calzada—, los *rurales* son bravos. Son *muy hombres*. Los *rurales* son los mejores combatientes que jamás hayan tenido Díaz y Huerta. No traicionan a la revolución. Siempre son fieles al gobierno establecido, porque son la Policía.

Hacía un frío atroz. Ninguno de nosotros hablaba mucho.

—Nosotros vamos delante del tren en la noche —dijo el soldado que iba a la izquierda—, de modo que si hay alguna bomba de dinamita debajo…

—La podemos descubrir y desenterrar, echándole agua, ¡*caramba*! —dijo el otro sarcásticamente. Los otros se rieron. Empecé a pensar en lo anterior, y me dio escalofríos.

La quietud mortal del desierto semejaba un secreto que se quiere conocer. No se veía a cuatro metros de la vía.

—¡*Oiga*! —gritó uno de los jinetes—. Es aquí precisamente donde estaba uno. —Rechinaron los frenos y saltamos, dando tumbos, hacia abajo del empinado terraplén; la luz de nuestras linternas saltaba adelante. Había algo amontonado al pie de un poste telegráfico, algo infinitamente pequeño y astroso, parecía una pila de trapos viejos. El *rural* estaba tirado boca arriba, torcido a un lado de las caderas. Los aprovechados rebeldes lo habían despojado de todo lo de valor: zapatos, sombrero, ropa interior. Le habían dejado la andrajosa chaqueta con sus empañados galones de plata, porque tenía siete agujeros de ala, y los pantalones, porque estaban tintos en sangre. Indudablemente era más grande en vida; ¡la muerte encoge tanto…! Una barba roja, áspera, hacía grotesca la palidez de su rostro, hasta que se notaba que debajo de ésta, de la suciedad y las largas líneas de sudor por la terrible lucha y la carrera a caballo, su boca estaba serena y dulcemente abierta como si durmiera. Le habían volado la tapa de los sesos.

—¡*Caray*! —dijo un guardia—. ¡Vaya un tiro para el sucio tipo! ¡Le atravesó precisamente la cabeza!

Los otros se echaron a reír.

—Escucha: no vayas a creer que ese tiro se lo dieron peleando, ¿o lo crees así, *pendejo*? —le gritó su compañero—. No; siempre dan una vuelta y regresan después para asegurarlos…

—¡Apresúrense! Ya encontré al otro —gritó una voz desde la oscuridad.

Podíamos reconstruir la última lucha de este infeliz. Se había tirado de su caballo, ya herido, porque había sangre en el suelo dentro de un arroyito seco. Se podía ver aún el sitio donde estuvo su caballo, mientras le ponía otros cartuchos a su mauser con manos febriles, y corría azorado, primero para atrás, de donde llegaban sus perseguidores corriendo y lanzando gritos salvajes, y luego hacia el norte, de donde venían centenares y centenares de jinetes sedientos de sangre, con el demonio de

Pancho Villa a la cabeza. Debe haber peleado bastante tiempo, tal vez hasta que lo rodearon completamente bajo una cortina de balas, porque encontramos cientos de cartuchos quemados. Y después, cuando disparó el último tiro, hizo una salida precipitada hacia el oriente, tocado a cada paso por las balas; se ocultó un momento bajo el puente ferroviario y corrió al desierto, afuera, donde cayó. Tenía veinte heridas de bala en el cuerpo. Le quitaron todo, menos las ropas interiores. Yacía extendido, en una actitud de acción desesperada: tensos los músculos, un puño cerrado, entre la arena, como si estuviera lanzando un golpe; en su cara se veía la más feroz y regocijada sonrisa. Fuerte, salvaje, hasta que, visto más de cerca y observado el rasgo sutil de debilidad que la muerte imprime a la vida, resaltaba una expresión delicada de imbecilidad sobre todo él. Le habían dado tres tiros en la cabeza, ¡qué exasperados deben de haber estado!

Una vez más, nos seguimos arrastrando hacia el sur, al través de la noche fría…

Unos cuantos kilómetros, y otro puente dinamitado, o un tramo de vía destrozado. En alto, las antorchas que danzaban, las grandes fogatas que saltaban del desierto, los cuatrocientos hombres que, indómitos, salían y se volcaban furiosamente sobre un trabajo… Villa había ordenado darse prisa…

Como a las dos de la mañana tropecé con dos *soldaderas* acuclilladas en torno de una hoguera; les pregunté si podían darme *tortillas* y *café*. Una era india, ya vieja, con el pelo cano y una sonrisa perpetua; la otra, una muchacha delgada, menor de veinte años, que amamantaba a un niño de cuatro meses. Estaban encaramadas en la extremidad de un carro-plataforma; habían hecho su fuego sobre un montón de arena, debido a los saltos y bamboleos del tren. A su alrededor, de espaldas, los pies sobresaliendo aquí y allá, había una gran masa desordenada de seres humanos que dormían y roncaban. El resto del tren, a estas horas, iba a oscuras; era el único pedacito de luz y calor en la noche. Entablamos conversación mientras yo comía a bocados mi *tortilla* y la vieja sacaba con sus dedos una brasa ardiendo para encender su cigarrillo de hoja de maíz, imaginando donde estaría esta noche la brigada de su Pablo; y la muchacha daba de comer y canturreaba a su hijo, con sus aretes azules de esmalte balanceándose en sus orejas.

—¡Ah! Qué vida ésta para nosotras las *viejas* —dijo la muchacha—. ¡*Adió*!; pero seguimos a nuestros hombres en la campaña, para no saber después si están vivos o muertos. Me acuerdo bien cuando Filadelfo me llamó una mañana, antes de amanecer —vivíamos en Pachuca— y me dijo: ¡Ven, vamos a pelear porque hoy asesinaron al buen Pancho Madero! Nosotros nos amábamos solamente hacía ocho meses; nuestro primer niño no había nacido todavía… Todos creíamos que la paz había llegado de fijo para México. Filadelfo ensilló el burro y salimos a la calle cuando apenas empezaba a amanecer; llegamos al campo donde todavía no iniciaban sus labores los labriegos. Y yo dije:

—¿Por qué debo ir también?

Él contestó:

—¿Tengo que morir de hambre, entonces? ¿Quién me hará las *tortillas* si no es mi mujer?

—Tardamos tres meses en llegar al norte; yo estaba enferma y el niño nació en un desierto, igual que aquí; murió porque no teníamos agua. Esto ocurrió cuando Villa salió al norte, después de haber tomado a Torreón.

La vieja la interrumpió:

—Todo eso es cierto. Vamos tan lejos y sufrimos tanto por nuestros hombres, para luego ser tratadas bárbaramente por los estúpidos animales de los generales. Yo soy de San Luis Potosí, mi hombre era de la artillería federal cuando Mercado vino al norte. Hicimos todo el camino hasta Chihuahua; el viejo imbécil de Mercado, gruñendo siempre por el transporte de las *viejas*. Dio órdenes para que saliera su ejército al norte para atacar a Villa en Juárez, prohibiendo que fueran las mujeres. ¿Es así como vas a proceder, *desgraciado*? —me dije. Pero entonces evacuó Chihuahua y corrió llevándose a mi hombre para Ojinaga. Me quedé en Chihuahua y conseguí otro hombre del ejército maderista cuando entró. Uno fino, apuesto y joven también, mucho mejor que Juan. No soy mujer para dejarme pisotear de nadie.

—¿Cuánto es por las tortillas y el café? —pregunté.

Se miraron una a la otra, asombradas. Seguramente habían pensado que yo era uno de los tantos soldados, sin blanca, que se atestaban en el tren.

—Lo que usted quiera —dijo la joven débilmente.

Les di un peso. La vieja estalló en un torrente de oraciones:

—¡Dios y su Santa Madre, el Santo Niño y Nuestra Señora de Guadalupe nos han enviado el forastero esta noche! No teníamos ni un centavo con qué comprar café y harina…

Noté, de pronto, que palidecía la luz de nuestra fogata, dándome cuenta, sorprendido, de que estaba amaneciendo. Llegó corriendo a la sazón un hombre a lo largo del tren; venía del frente, gritando algo ininteligible, mientras que menudeaban los gritos y risas a su paso. Los que dormían levantaron, curiosos, la cabeza queriendo saber de qué se trataba. En un momento nuestro carro inanimado volvió a la vida. El hombre pasó, gritando todavía algo acerca de «*padre*»; su cara alborozada por alguna broma tremenda.

—¿Qué es ello? —pregunté.

—¡Oh! —exclamó la vieja—. ¡Su mujer en el carro de adelante, que acaba de tener un niño!

Bermejillo estaba precisamente frente a nosotros, con sus casas de adobe, enyesadas de blanco, azul y color de rosa, tan delicadas y vaporosas como una aldea de porcelana. Por el oriente, cruzando el desierto, todavía sin polvo, venía entrando al poblado una pequeña hilera de jinetes consumados, con una bandera verde, blanca y roja que ondeaba sobre sus cabezas…



Capítulo V

A LAS PUERTAS DE GÓMEZ PALACIO

Habíamos tomado a Bermejillo la tarde del día anterior. El ejército irrumpió en un galope furioso cinco kilómetros al norte del poblado, entrando por allí a toda carrera, arrollando a la sorprendida guarnición, que se desbandaba hacia el sur. Fue una pelea que se prolongó más de ocho kilómetros, hasta la hacienda de Santa Clara, matándose ciento seis *colorados*. Pocas horas después se avistó a Urbina arriba de Mapimí. Entonces los ochocientos *colorados* que estaban allí, informados de las asombrosas noticias de que todo un ejército constitucionalista lo estaba flanqueando a su derecha, evacuaron la plaza y huyeron precipitadamente a Torreón. En toda la campiña circunvecina los federales, aturdidos, se retiraban presa de pánico hacia la ciudad.

Ya entrada la tarde vino por la vía angosta, del rumbo de Mapimí, un trencito de volteo, del que salían los sonoros acordes de una orquesta de cuerda de diez ejecutantes, que tocaban «*Recuerdos de Durango*», a cuyo compás había yo *bailado* con frecuencia, junto con la tropa. Los techos, las puertas y las ventanas estaban atestadas de gente que cantaba y marcaba el compás de la música con los pies, en tanto que los rifles disparaban al aire saludando su entrada a la ciudad. Este curioso cargamento desembarcó en la estación, saliendo entre ellos ¡nada menos que Patricio, el valiente cochero del general Urbina, a cuyo lado tantas veces había yo viajado y bailado! Me echó los brazos al cuello gritando:

—¡*Juanito*! ¡Aquí está *Juanito, mi general*!

Nos preguntamos y contestamos recíprocamente en pocos minutos un millón de cosas. ¿Iba yo a la batalla de Torreón? ¿Sabía yo del paradero de Don Petronilo? ¿Y de Pablo Sáenz? ¿Y de Rafaelito? Y cuando conversábamos así, alguien gritó:

—¡Viva Urbina!

El mismo general, el héroe, corazón de león, de Durango, se puso de pie en lo alto de los escalones. Estaba cojo, se apoyaba en dos soldados. Tenía un rifle en una mano —un Springfiel viejo, de desecho, con las miras bajas— y llevaba una cartuchera doble en la cintura. Permaneció allí un instante, sin expresión en absoluto,

taladrándome con sus ojillos duros, inquisitivos. Creí que no me había reconocido, pero de pronto, gritó súbitamente con su voz chillona:

—¡Ésa no es la cámara que usted tenía! ¿Dónde está la otra?

Estaba a punto de contestarle, cuando prorrumpió:

—Ya sé. La dejó en La Cadena. ¿Corrió usted muy de prisa?

—Sí, *mi general*.

—¿Y viene usted a Torreón para correr otra vez?

—Cuando eché a correr de La Cadena —le hice notar, irritado—, ya Don Petronilo y las tropas iban a más de un kilómetro adelante.

No contestó, pero bajó cojeando por los escalones del carro, mientras que se oía un alarido de risas de los soldados. Llegando hasta mí, puso la mano sobre mi hombro y me dio una palmadita en la espalda.

—Me alegro de verlo, *compañero*… —dijo.

Habían empezado a llegar, por el desierto, los heridos rezagados de la batalla de Tlahualilo, al tren hospital, que estaba lejos, casi al principio de la fila de trenes. Sobre la superficie de la árida llanura, hasta donde podía verse, había solamente tres cosas con vida: un hombre sin sombrero, cojeando, la cabeza atada con un trapo sanguinolento; otro, tambaleándose junto a su caballo, también vacilante, y muy atrás, una mula sobre la cual iban dos individuos vendados. Y en medio de la silente y calurosa noche, oíamos desde nuestro carro los quejidos y los gritos de los que sufrían.

Ya entrada la mañana del domingo estábamos otra vez sobre «El Niño», a la cabeza del tren de reparaciones, que se movía lentamente en la vía delante del ejército. «El Chavalito», otro cañón montado en la plataforma, iba acoplado detrás; después venían dos carros blindados y luego los carros de trabajo. Ahora no había mujeres. El ejército tenía un aire diferente, avanzaba serpeando en dos grandes columnas, una a cada lado nuestro; había pocas risas o gritos. Ahora ya estábamos cerca, solamente a doce kilómetros, de Gómez Palacio; y nadie sabía lo que habían planeado los federales. Era increíble que nos dejaran acercar tanto sin hacer alguna resistencia. Al sur de Bermejillo entramos inmediatamente en un nuevo paisaje. Después del desierto veíamos ahora campos bordeados con canales para irrigación, a lo largo de los cuales crecían inmensos álamos verdes, gigantes columnas de frescura después de la calcinada desolación que acabábamos de pasar. Aquí eran campos de algodón cuyas borlas blancas, sin pizcar, se pudrían en sus tallos o maizales con escasas hojas verdes, que apenas se veían. En los grandes canales corría ligero un buen volumen de agua a la sombra. Los pájaros cantaban. Las infecundas montañas occidentales se aproximaban más, a medida que avanzábamos al sur. Era tiempo de verano: cálido, húmedo, tal como el de nuestro hogar.

Sobre nuestra izquierda había una planta despepitadora abandonada; centenares de pacas blancas tumbadas al sol, así como deslumbrantes pilas de semilla de

algodón, que estaban tal y como las habían amontonado los trabajadores meses antes…

Las columnas compactas del ejército hicieron alto en Santa Clara, y empezaron a desfilar a derecha e izquierda; algunas filas ligeras de soldados sofocados por el sol iban despacio; se refugiaban bajo la sombra de los grandes árboles, hasta que fueron desplegados en un gran frente los seis mil hombres, a la derecha, sobre sementeras y cruzando los canales, más allá del último campo cultivado; y a la izquierda, al través del desierto, hasta la misma base de las montañas, sobre la lisura de todo el terreno plano. Sonaron los clarines, unos desde lejos y otros cerca, y el ejército avanzó en una sola y poderosa línea sobre toda la región. Por encima de sus cabezas se levantaba una esplendente columna de polvo dorado, que tenía más de ocho kilómetros de anchura. Ondeaban las banderas. En el centro, alineado también, venía el carro del cañón, y a su lado marchaba Villa con su Estado Mayor. En los pequeños villorrios a lo largo del camino, los *pacíficos*, con sus sombreros altos y blusas blancas, observaban maravillados y silenciosos el paso de los extraños huéspedes. Un viejo pastor arreó sus cabras para su casa. La ola espumante de soldados se le echó encima, gritando, por una mera travesura, para que las cabras corrieran en diversas direcciones. Kilómetro y medio de ejército se reía a grandes gritos, mientras las cabras, asustadas, levantaban una gran polvareda con sus mil pezuñas al huir. En el poblado de Brittingham hizo alto la enorme columna, mientras Villa y su Estado Mayor galopaban hacia unos peones, que observaban desde sus pequeños terreros.

—¡*Oyes*! —dijo Villa—. ¿Han pasado algunas tropas por aquí últimamente?

—¡Sí, señor! —contestaron varios a la vez—. Algunos de la gente de Don Carlos Argumedo pasaron ayer muy de prisa.

—¡Hum! —meditó Villa—. ¿Han visto a ese bandido de Pancho Villa por aquí?

—¡No, señor! —contestaron a coro.

—¡Bien, ése es el individuo a quien yo busco! ¡Si pesco a ese diablo, le irá mal!

—¡Le deseamos que tenga todo éxito! —le gritaron los *pacíficos*, con toda urbanidad.

—¿Ustedes nunca lo han visto, o sí?

—¡No, ni lo permita Dios! —dijeron fervorosamente.

—¡Bueno! —sonrió Villa—. ¡En lo sucesivo, cuando la gente les pregunte si lo conocen, tendrán que admitir el vergonzoso hecho! ¡Yo soy Pancho Villa! —Y diciendo eso espoleó su caballo, seguido de todo el ejército…

Capítulo VI

REAPARECEN LOS COMPAÑEROS

Tal había sido la sorpresa de los federales y habían huido con tanta precipitación, que las vías ferroviarias estaban intactas en muchos kilómetros. Pero ya cerca del mediodía empezamos a encontrar pequeños puentes quemados, humeando todavía, así como postes de telégrafo cortados con hacha, actos destructivos mal y apresuradamente realizados, de modo que eran fácilmente reparables. Pero el ejército ya iba lejos, adelante. Al caer la tarde, como a trece kilómetros de Gómez Palacio, llegamos a un lugar donde estaban levantados ocho kilómetros de vía. En nuestro tren no había alimentos; sólo teníamos una manta para cada uno, y hacía frío. La cuadrilla de reparaciones empezó a trabajar, bajo el resplandor de las antorchas y fogatas. Gritos y martilleo sobre el acero, golpes amortiguados de los durmientes que caían… Era una noche oscura, había pocas estrellas, medio apagadas. Nos habíamos instalado en torno a una fogata, hablando, soñolientos, cuando de pronto el aire se estremeció con un sonido extraño, más pesado que el de los martillos y más hondo que el del viento. Resonaba y hacía enmudecer. ¡Después vino un redoble persistente, como de tambores lejanos y, en seguida, la conmoción! ¡El estruendo! Los martillos quedaron inmóviles, las voces callaron, estábamos helados… En alguna parte, fuera del alcance visual, en la oscuridad —había tal calma que el aire transportaba todos los sonidos— Villa y su ejército se habían arrojado sobre Gómez Palacio; la batalla había empezado. El sonido se agudizó, persistente y lento, hasta que los estampidos de los cañones se confundían uno con otro, y el fuego de fusilería sonaba como lluvia de acero…

—¡*Ándele*! —gritó un voz áspera desde el techo de un carro con un cañón—. ¿Qué están haciendo? ¡Éntrenle a la vía! ¡Pancho Villa está esperando los trenes!

Se arrojaron furibundos a la obra cuatrocientos fanáticos.

Recuerdo cómo suplicamos al coronel comandante que nos permitiera ir al frente. No quiso. Las órdenes eran estrictas: nadie podía salir de los trenes. Le rogamos, le ofrecimos dinero, casi nos arrodillamos ante él. Al fin se ablandó un poco.

—A las tres en punto —dijo—, daré a ustedes el santo y seña y les permitiré irse.

Nos enroscamos desalentados en torno a una pequeña hoguera que teníamos, tratando de dormir o, por lo menos, de calentarnos. Alrededor nuestro y adelante, danzaban los hombres a lo largo de la vía destruida; cada media hora, más o menos, avanzaba el tren unos treinta metros y se detenía otra vez. La reparación no era difícil; los rieles estaban intactos. Se usaba un carro de auxilio, al cual se ataba una cadena con el riel a la derecha y se arrancaba de su sitio con todo y durmientes hechos pedazos. Pero encima de todo siempre se oía el monótono e inquietante sonido de la batalla, que se filtraba al través de la oscuridad, más allá. Era fatigoso oír siempre lo mismo, aquel sonido; y, sin embargo, yo no podía dormir…

Como a medianoche llegó galopando un soldado de las avanzadas, a la retaguardia de los trenes, para informar que a una gran fuerza de caballería, que venía del norte, se le había marcado el alto, pero decían que eran la *gente* de Urbina que venía de Mapimí. El coronel no sabía de ninguna fuerza de tropa que fuera a pasar a esa hora de la noche. En un minuto todo era frenesí de preparativos. Por acuerdo del coronel salieron al galope veinticinco hombres, como locos, para la retaguardia, con instrucciones de detener a los recién llegados durante quince minutos si eran constitucionalistas; pero si no eran, detenerlos a toda costa, lo más que fuera posible. Los obreros fueron llevados al tren rápidamente y les dieron sus rifles. Se apagaron todas las fogatas y luces, menos diez. Nuestra guardia de doscientos hombres se deslizó sin ruido entre la espesura del chaparral, cargando sus rifles al caminar. El coronel y cinco de sus hombres tomaron sus puestos a cada lado de la vía, desarmados, con antorchas levantadas sobre sus cabezas. Y entonces empezó a salir de la negra oscuridad la cabeza de la columna. Estaba formada por hombres distintos a los bien vestidos, comidos y equipados del ejército de Villa. Eran hombres escuálidos, harapientos, arrebujados en sarapes descoloridos, hechos jirones, sin zapatos, tocados con sombreros pesados, típicamente del campo. Colgaban, enrolladas en sus sillas, duras reatas de lazar. Sus cabalgaduras eran flacas, caballitos medio salvajes de las montañas de Durango. Caminaban adustos, desdeñosos. No sabían el santo y seña ni les importaba saberlo. Cantaban, al avanzar, las monótonas y anticuadas melodías que componen y cantan los peones para sí cuidando el ganado por la noche en las enormes planicies de las tierras altas del Norte.

Y, de pronto, estando yo de pie a la orilla de la línea alumbrada, un caballo que pasaba sentándose sobre sus patas traseras y una voz que gritaba:

—¡Hola, Míster!

El sarape que lo cubría voló por el aire; el hombre saltó del caballo, y acto seguido me abrazaba Isidro Amaya. Detrás de él se oyó un diluvio de gritos:

—¡*Qué tal*, Míster! ¡Oh, *Juanito*, cuánto nos alegramos de verte! ¿Dónde has estado? ¡Dijeron que te habían matado en La Cadena! ¿Corriste de prisa ante los *colorados*? ¿*Mucho susto*, eh?

Echaron pie a tierra, agrupándose en derredor; llegaron cincuenta hombres a la vez para darme palmaditas en la espalda; ¡todos mis amigos más queridos en México,

los *compañeros* de la tropa en La Cadena!

De la enorme hilera de hombres bloqueados en la oscuridad, se levantó una gritería en coro:

—¡*Vámonos*! ¿Qué sucede? ¡Aprisa! ¡No podemos estar aquí toda la noche!

Y los otros contestaron gritando:

—¡Aquí está el Mister! ¡Aquí está el gringo de quien les contábamos que bailó en La Zarca! ¡El que estaba en La Cadena!

Entonces los otros avanzaron, agolpándose también, hacia adelante.

Eran mil doscientos por todo. Silenciosos, adustos, ansiosos, olfateaban el combate más adelante, desfilaban ante la línea doble de antorchas que alumbraban en alto. A uno de cada diez hombres lo había conocido antes. Al pasar, el coronel les gritaba:

—¿Cuál es la contraseña? ¡Levanten hacia arriba el ala de sus sombreros por delante! ¿No saben la contraseña?

Enronquecido, exasperado, se desgañitaba gritándoles. Pasaban serena y altivamente, sin prestarle la menor atención.

—¡Al diablo con su contraseña! —gritaron en masa, riéndose de él—. ¡No necesitamos ninguna contraseña! ¡Sabrán bastante bien de qué lado estamos cuando empecemos a pelear!

Estuvieron pasando despacio durante horas; desvaneciéndose, así lo parecía, en la oscuridad; sus caballos volvían las cabezas, nerviosos, para oír el estampido lejano de los cañones; los hombres, con los ojos fijos adelante, en las tinieblas, avanzaban para entrar en combate, con sus viejos rifles Springfield, que habían servido durante tres años, con su escasa dotación de diez cartuchos para cada uno. Y, cuando todos habían entrado a la batalla, pareció que ésta se aceleraba adquiriendo nueva vida…

Capítulo VII

SANGRIENTO AMANECER

El continuo estruendo de la batalla se escuchó toda la noche. Las antorchas danzaban, los raíles resonaban, los mazos golpeaban los pernos, los hombres de las cuadrillas de reparaciones gritaban frenéticos mientras trabajaban. Eran más de las doce. Desde que habían llegado los trenes donde comenzaba la vía inutilizada, habíamos avanzado menos de un kilómetro. De vez en cuando llegaba un rezagado del grueso de las tropas a la hilera de trenes, apareciendo en la claridad con su rifle sesgado al hombro y desapareciendo en la oscuridad hacia el delirio del estruendo en la dirección de Gómez Palacio. Los soldados de nuestra guardia, acuclillados en torno a sus pequeñas hogueras en el campo, mitigaban su tensa expectación; tres de ellos cantaban una cancioncita en compás de marcha, que decía así:

No quiero ser porfirista*,*
No quiero ser orozquista*,*
¡Pero sí quiero ser voluntario
en el Ejército maderista*!*

Curiosos y excitados, recorrimos los trenes, arriba y abajo, preguntando a la gente lo que sabían y lo que pensaban. Yo nunca había oído un verdadero sonido destinado a matar gente; esto me hacía sentir un frenesí de curiosidad y excitación. Éramos como perros encerrados en un patio cuando hay un pleito de perros afuera. Al fin cedió el acceso y me sentí profundamente cansado. Caí en un sueño pesado sobre un pequeño borde abajo de la boca del cañón, donde los obreros tiraban sus llaves de tuercas, mazos y barretas cuando el tren avanzaba unos treinta metros, amontonándose ellos mismos allí, con sus gritos y payasadas.

Desperté al amanecer con la mano del coronel sobre el hombro; el frío se dejaba sentir.

—Usted puede irse ahora —me dijo—. La seña es «Zaragoza», y la contraseña, «Guerrero». Nuestros soldados se reconocen por sus sombreros levantados al frente. ¡Que le vaya bien!

Hacía un frío horrible. Nos envolvimos en nuestras mantas como si fueran sarapes y cruzamos trabajosamente entre el vértigo de las cuadrillas de reparaciones que martilleaban sin cesar bajo las flamas oscilantes de las hogueras; pasamos frente a cinco hombres armados, que dormitaban alrededor de su fogata a la orilla de la oscuridad.

—¿Salen para la batalla, *compañeros*? —gritó uno de las cuadrillas—. ¡Cuídense de las balas! —Con lo que se echaron a reír todos. Los centinelas exclamaron:

—¡*Adiós*! ¡No los maten a todos! ¡Dejen unos cuantos *pelones* para nosotros!

Más allá de la última antorcha donde estaban desencajando la vía y echándola sobre los cimientos del camino, nos esperaba una figura tenebrosa.

—*Vámonos* juntos —dijo, escudriñándonos—. En la oscuridad, tres son un ejército.

Caminamos dando traspiés sobre la vía destrozada, sólo para conseguir verlo de cerca. Era un soldado algo regordete, con un rifle y una cartuchera medio vacía sobre el pecho. Expresó que acababa de traer a un herido del frente al tren hospital, y que regresaba para allá.

—Toquen esto —dijo, extendiendo el brazo. Estaba húmedo. No podíamos ver nada.

—Sangre —prosiguió sin inmutarse—. Su sangre. Era mi *compadre*, de la Brigada González Ortega. Él, como muchos, muchos otros, fue hoy en la noche allá; nos cortaron por la mitad.

Era lo primero que habíamos oído o pensado, acerca de los heridos. Escuchábamos el estruendo de la batalla, la que había continuado persistente, sin cesar, pero nosotros la habíamos olvidado; el estrépito era monstruoso, monótono. El fuego de rifle nos llegaba como si estuvieran rasgando una lona fuerte; el de cañón tronaba como un martinete clavando pilotes. Estábamos ahora solamente a cerca de diez kilómetros.

Salió de la oscuridad un grupito de hombres, cuatro, llevando algo pesado e inerte en una manta que colgaba entre ellos. Nuestro guía levantó su rifle y marcó el alto, la contestación fue un quejido prolongado desde la manta.

—*Oiga, compadre* —dijo uno de los camilleros, secamente—. ¿Dónde está el tren hospital? ¡Por el amor de la Virgen!

—¡*Válgame Dios*! ¡Cómo podremos nosotros!…

—¡Agua! ¿Tienen un poco de agua?

Estaban parados con la manta tirante entre ellos; escurría algo de ella; goteaba, goteaba, sobre las traviesas de la vía.

La pavorosa voz volvió a gemir:

—¡Qué beber…!

Y cayó en una serie de quejumbres y estremecimientos. Dimos nuestras cantinas a los camilleros, quienes silenciosa, bárbaramente, las vaciaron, sin acordarse del herido. Después, hoscos, siguieron en la oscuridad…

Aparecieron otros, solos, o en pequeños grupos. Eran sombras vagas, sencillas, vacilantes, en la noche; parecían ebrios; eran hombres indescriptiblemente cansados. Uno se arrastraba entre dos que lo sujetaban; se detenía con los brazos al cuello de los otros. Un mero niño tambaleaba con el cuerpo inerte de su padre a la espalda. Pasó un caballo con la nariz pegada al suelo; colgaban atravesados de la silla dos cuerpos; caminaba detrás un hombre azotando al animal en el trasero, renegando a chillidos. Pasó, pero oíamos su voz aguda, disonante, a la distancia. Unos se quejaban, con el terrible gemido, mortal, del dolor postrero; un hombre, colgado de la silla de una mula, gritaba mecánicamente, a cada paso de la acémila. Junto a un canal de irrigación, debajo de dos enormes álamos, brillaba una pequeña fogata. Tres hombres dormían a pierna suelta, con sus cartucheras vacías, sobre el suelo desparejo; al lado del fuego estaba sentado un individuo que sostenía con ambas manos su pierna cerca del calor. Era una pierna perfecta hasta la rodilla, pero desde allí comenzaba una mezcla de trapos sanguinolentos, tiras de calzones y pedazos de carne. El hombre, sentado, simplemente la contemplaba. No se movió siquiera al acercarnos; sin embargo, su pecho se levantaba y caía con una respiración normal, y su boca estaba entreabierta, como si soñara en pleno día. Al lado del canal estaba otro arrodillado. Una bala de plomo le había perforado la mano entre los dos dedos de en medio, expandiéndose después hasta hacerle una profunda cavidad sangrienta interna. Había envuelto en su trapo un pedacito de madera que mojaba indiferente, en el agua, a fin de medir la herida.

Pronto estuvimos cerca de la batalla. Apareció una luz débil, gris, en el oriente, al través de la vasta llanura plana. Los nobles álamos se erguían apretados en hileras gruesas, siguiendo los canales hacia occidente; abundaban los trinos de los pájaros. Iba aumentando el calor; sentíase el agradable olor de la tierra mojada, de la yerba y del maíz en desarrollo; un tranquilo amanecer de verano. Rompiendo la quietud, como una locura insensata, estalló el estrépito de la batalla. El histérico rechinar del fuego de rifle parecía llevar un continuo grito en voz baja, aunque al escucharse con atención, se esfumaba. El nervioso y mortífero tableteo de las ametralladoras, como el de un gigantesco picamaderos. El estampido del cañón, como el profundo resonar de las grandes campanas, y el silbido de sus granadas. ¡Bum! ¡Tras Juí-í-í-e-e-a-a-a-a!

El enorme y cálido sol se hundió en el ocaso entre una neblina sutil de la tierra fértil; sobre las áridas montañas del oriente comenzaban a culebrear las oleadas de calor.

La luz solar iluminó los nacientes y verdes penachos de los altísimos álamos que orlaban el canal paralelo al ferrocarril a nuestra derecha. La arboleda terminaba allí; más allá, todo el muro de las áridas montañas se tornaba color de rosa, amontonándose cordillera sobre cordillera. Estábamos ahora, otra vez, en el estéril

desierto, cubierto por numerosos y polvorientos mezquites. Con excepción de otra alameda que iba del oriente al occidente, cerca de la ciudad, no se veían otros árboles en toda la llanura, a no ser dos o tres desparramados a la derecha. Tan cerca estábamos ya, a menos de cuatro kilómetros de Gómez Palacio, que veíamos, siguiendo la vía levantada, hasta la propia ciudad, así como el depósito del agua, negro y redondo, atrás del cual estaba la Casa Redonda y al través de la vía, frente a ellos, las paredes bajas, de adobe, del Corral de Brittingham. Se levantaban a la izquierda las chimeneas, los edificios y los árboles de La Esperanza, la fábrica de jabón, rosa claro, tranquila, como una ciudad pequeña. Casi directamente, a la derecha de la vía del ferrocarril, así parecía, el rígido y pedregoso pico del Cerro de la Pila, empinado hasta la cumbre que lo coronaba, asiento del depósito del agua, y que se extiende en declive hacia el occidente, en una serie de picos más pequeños, una serranía difícil de más de kilómetro y medio de largo. La mayor parte de Gómez Palacio se extiende atrás del cerro, y hacia la parte extrema occidental de éste las residencias y huertas de Lerdo, que constituyen un alegre oasis en el desierto. Las grandes montañas grises del occidente forman un gran declive circular, atrás de las dos ciudades, cayendo al alejarse al sur otra vez en pliegues y repliegues de una desolación incolora. Y directamente, al sur de Gómez Palacio, se extiende sobre la base de esta cordillera, Torreón, la más rica de las ciudades del norte de México.

El tiroteo no cesaba, pero parecía estar circunscrito a un lugar determinado en un mundo de desorden, fantástico. Venían por la vía, a la luz de la mañana tibia, extraviados, un río de hombres heridos, despedazados, sangrantes, envueltos en sucios y sanguinolentos vendajes, inconcebiblemente agotados. Pasaban frente a nosotros; uno llegó a caerse, permaneciendo inmóvil entre el polvo y, no obstante, no le hicimos caso. Los soldados, sin cartucheras, vagaban a la ventura fuera del chaparral, arrastrando sus rifles; precipitándose entre la maleza otra vez al otro lado del ferrocarril, negros por la pólvora, manchados de sudor, sus ojos, vacuos, hacia el suelo. Un polvo delgado, sutil, se levantaba en nubes lentas a cada paso, envolviéndolo todo, abrasando los ojos y la garganta. Un reducido grupo, de jinetes salió despacio de la espesura a la vía, mirando hacia la ciudad. Uno de ellos bajó de su cabalgadura y se acuclilló junto a nosotros.

—Fue terrible —dijo de pronto—. ¡*Caramba*! ¡Entramos allá anoche a pie! Estaban dentro del tanque del agua; habían hecho agujeros en éste para los rifles. Tuvimos que subir y meter los cañones de los rifles nuestros por los agujeros; los matamos a todos; ¡una trampa de muerte! ¡Y después el Corral! Tenía dos hileras de miradores: uno para los que estaban rodilla en tierra, y otro para los que se hallaban de pie. Allí estaban tres mil *rurales*; tenían cinco ametralladoras para barrer el camino. Y la Casa Redonda, con sus tres hileras de trincheras afuera y pasos subterráneos, de modo que se podían arrastrar bajo el fuego y cazarnos por detrás… Nuestras bombas fallaron, ¿y qué podíamos hacer con los rifles? ¡*Madre de Dios*! Pero fuimos tan rápidos, que los cogimos por sorpresa. Capturamos la Casa Redonda

y el depósito del agua. Pero esta mañana llegaron miles y miles —refuerzos de Torreón— y su artillería, y nos desalojaron otra vez. Subieron hasta el tanque del agua y metieron los cañones de los rifles por los mismos agujeros matando, a todos. ¡Los hijos de los diablos!

Veíamos el lugar a medida que hablaba; oíamos el estruendo infernal y los chillidos; no obstante, ninguno se movió —y no había señales de tiroteo— ni humo siquiera, excepto cuando estallaba una granada de metralla con su ruido mortífero, en la primera hilera de árboles distante kilómetro y medio y arrojaba una humareda blanca. El crepitante rasgar del fuego de rifle y el tableteo de las ametralladoras, e incluso el martilleo del cañón, no se manifestaban todavía. La polvorienta y plana llanura, las arboledas y chimeneas de Gómez Palacio y su pedregoso cerro, permanecían silenciosos en el caluroso ambiente. Se oía el indiferente gorjeo de los pájaros, que venía de los álamos, a la derecha. Uno podía tener la impresión de que sus sentidos estaban mintiéndole. Era un sueño increíble, a través del cual se filtraba, como fantasmas entre el polvo, la grotesca caravana de los heridos.

CAPÍTULO VIII

APARECE LA ARTILLERÍA

Sobre la derecha, a lo largo de la base de las hileras de árboles, surgió una densa y creciente ola de polvo; los hombres gritaban, los látigos chasqueaban y se percibía un sonido discordante, un rumor sordo de cadenas. Nos abalanzamos sobre una veredita que cortaba entre el chaparral y salía a un pueblecito, perdido entre la maleza, cerca del canal. Era notablemente igual a un poblado chino o de la América Central; cinco o seis chozas de madera, bardeadas con adobe y ramas. Se llamaba San Ramón. Había un grupito de hombres que se arremolinaban frente a cada puerta, clamando por café y *tortillas*; exhibían en sus manos monedas de curso forzoso. Los pacíficos, acuclillados en sus corralitos, vendían *macuche* a precios exorbitantes; sus mujeres, sudorosas, echaban tortillas y servían un café negro horrendo. En todo el contorno, al aire libre, había gente durmiendo como si estuviera muerta, así como hombres con cabezas y brazos cubiertos de sangre, que se agitaban y quejaban. Llegó un oficial galopando y bañado en sudor, que gritó:

—¡Levántense, imbéciles! ¡*Pendejos*! ¡Arriba, y vuelvan a sus compañías! ¡Vamos a atacar!

Unos pocos se resolvieron y, tambaleándose, se pusieron débilmente en pie, renegando; los otros siguieron durmiendo.

—¡*Hijos de la…*! —les espetó el oficial, espoleando su caballo sobre ellos, atropellándolos, pisoteándolos… Los que estaban en el suelo se levantaron, molidos, gritando, y se fueron. Bostezaban, se estiraban; todavía medio dormidos, se dirigieron lentamente, escrutando, hacia el frente, con una actitud de desgana.

Los heridos se arrastraron, sin poner atención, hasta la sombra, entre la maleza.

Iba a lo largo del canal una especie de carreta sobre la cual llegaba la artillería constitucionalista. Solamente se veían las cabezas cenizas de las infelices mulas, los grandes sombreros de los carreteros y las espirales de sus látigos; divisar el resto era imposible a causa del polvo. Más lentos que el ejército, habían caminado toda la noche. Pasaron frente a nosotros rechinando los vehículos y armones, así como los largos y pesados cañones, todos amarillos por el polvo. Los carreteros y los artilleros estaban de muy buen humor. Uno de ellos, norteamericano, cuyas facciones era

completamente imposible distinguir bajo la cubierta que tenía de lodo, polvo y sudor, gritaba inquiriendo si llegaban a tiempo o ya había caído la ciudad.

Le contesté en español, diciéndole que todavía era buena la cantidad de *colorados* que había que matar, lo que fue recibido con una algarada de júbilo por todos.

—Ahora les vamos a enseñar algo —dijo un indio gigantesco, montado en una mula—. Si pudiéramos entrar en su maldita ciudad sin cañones, ¿qué podríamos hacerles?

Los álamos terminaban precisamente más allá de San Ramón; debajo de los últimos a la orilla del canal, estaban a caballo Villa, el general Ángeles y el Estado Mayor. Más retirado de ese lugar corría el canal descubierto al través del terreno llano hasta el poblado, donde tomaba agua del río. Villa estaba vestido con un traje viejo, oscuro, sin cuello y con un sombrero de fieltro muy usado. Estaba cubierto de polvo; había recorrido durante la noche las filas por todas partes; sin embargo, no se le notaban trazas no cansancio.

Cuando nos vio, nos llamó diciendo:

—¡Hola, *muchachos*! Bueno, ¿qué les parece?

—*¡Espléndido, mi general*!

Estábamos agotados y muy sucios. Nuestro aspecto le divirtió enormemente; porque nunca tomaba en serio a los corresponsales, de ningún modo; le parecía muy chusco que un periódico norteamericano estuviera dispuesto a gastarse tanto dinero solamente para recabar noticias.

—Bueno —dijo sonriendo—. Me alegro que les guste, porque ustedes van a obtener todo lo que desean.

Había llegado el primer cañón frente al Estado Mayor y lo habían quitado el avantrén; los artilleros le habían rasgado las cubiertas de lona y ladeado el pesado armón. El capitán de la batería ajustaba la mira telescópica y la manija del eje para levantar el nivel. Las culatas de bronce de las granadas pesadas brillaban en hileras que resplandecían; dos hombres se bamboleaban bajo el peso de una, dejándola en el suelo, mientras el capitán regulaba el marcador de tiempo para granadas. El cerrojo de la recámara quedó cerrado y nosotros nos retiramos lejos, hacia atrás. ¡Crey-bum-shac! Un terrífico silbido se fue remontando, ¡pi-i-i-e-ee-uu!, volando después de la granada; en seguida afloró un humillo blanco al pie del Cerro de la Pila, y segundos después, una detonación lejana. Separados como a cien metros, a lo largo del frente del cañón, varios hombres pintorescamente andrajosos, inmóviles, miraban fijamente al través de sus anteojos de campaña, estallando después en una andanada de gritos.

—¡Muy bajo! ¡Demasiado lejos a la derecha! ¡Sus cañones están todos a lo largo del lomo de la sierra! ¡Hay que ajustar el tiro quince segundos más tarde!

En el frente, el fuego de fusilería se hacía esporádico, hasta parecer un chisporroteo desigual; las ametralladoras estaban silenciosas. Todos estaban observando el duelo de artillería. Eran como las cinco y media de la mañana y ya

hacía mucho calor. En los sembrados, atrás, se oía el pipiar seco de los grillos; los altísimos y frescos penachos de los álamos susurraban con una alta y lánguida brisa; los pájaros empezaban a cantar otra vez.

Llegó otro cañón para alinearse; la cerraja del primero restalló otra vez. Se oyó el chasquido del disparador, pero no hubo sonido alguno. Los artilleros abrieron la recámara y sacaron el proyectil de bronce humeando, tirándolo en la yerba. La granada era mala, no servía. Vi al general Ángeles con su zamarreta parda, desteñida, sin sombrero, observando por la mira y midiendo el alcance del proyectil. Villa espoleaba su caballo hasta el armón del parque. ¡Crey-bum-shac! ¡Pi-i-i-e-e-e-e-uu! El otro cañón ahora. Esta vez vimos estallar la granada más alto en el pedregoso cerro. Pero entonces flotaron cuatro detonaciones simultáneamente, y las granadas del enemigo, que habían estado explotando aisladas sobre la hilera de árboles más cercanos a la ciudad se trasladaron al desierto y volaron hacia nosotros en cuatro grandes explosiones, cada una más cerca. Vinieron a alinearse más cañones; otros desfilaron a la derecha, a lo largo de una arboleda diagonal, en tanto que venía una larga hilera de carros pesados, con mulas que volaban, hombres que gritaban y maldecían, sofocados por el polvo del camino de la retaguardia. Las mulas desocupadas se echaban atrás y los carreteros se tiraban, exhaustos, bajo el chaparral más cercano.

La granada federal, bien disparada y excelente en su medida de alcance, estaba explotando ahora solamente a unos cuantos metros frente a nuestra línea; el ritmo de tiempo de sus cañones era casi incesante. ¡Tra-Juí-í-í-í-a-a! Sobre nuestras cabezas, brincando caprichosamente entre el follaje de los árboles, cantaba la lluvia de plomo. Nuestros cañones contestaban esporádicamente. Las granadas domésticas, confeccionadas en Chihuahua, con maquinaria de minas transformada, no eran de fiar. Pasó galopando el robusto capitán Marinelli, el soldado de fortuna italiano, acercándose tanto como era posible a los periodistas, con un talante serio y una mirada napoleónica en el semblante. Dirigió la vista una o dos veces al fotógrafo, sonriendo afablemente, pero éste volvió la cara fríamente al otro lado. Haciendo gala de maestría, ordenó que se pusiera su cañón en posición, y ajustó la mira personalmente. Pero entonces estalló una granada ensordecedora como a treinta metros del frente. Marinelli se alejó a saltos de su cañón, montando su caballo; puso el avantrén a la cureña y salió galopando dramáticamente para atrás con su cañón siguiéndolo estrepitosamente a carrera abierta. Ninguno de los otros cañones había retrocedido. Sacando su medida para cargar pólvora frente al fotógrafo, se tiró al suelo y adoptó una postura.

—Ahora —le dijo—, ¡puede usted tomar mi fotografía!

—¡Vaya al demonio! —contestó el fotógrafo; se escuchó una sonora carcajada en toda la línea.

Estremeció a todos un agudo y fuerte toque de corneta que sobresalió del torturante estruendo bélico. Inmediatamente aparecieron las mulas arrastrando los

avantrenes, que producían un ruido infernal, así como hombres que gritaban furiosamente. Los armones fueron cerrados de golpe.

—Nos vamos al frente —gritó el coronel Servín—. No damos en el blanco. Demasiado lejos de aquí…

Y la línea por tanto tiempo sostenida salió, tensa, cortando por el desierto, bajo las explosiones de las granadas.

Capítulo IX

LA BATALLA

Volvimos a lo largo de la tortuosa vereda entre los mezquites; cruzamos la vía levantada y salimos por un llano polvoriento rumbo al sudoeste. Volviendo atrás, dirigiendo la vista a lo largo del ferrocarril, podía verse el humo y el frente redondo del primer tren, distante varios kilómetros; hormigueaba frente a éste, por la derecha, una multitud de puntitos activos, contorsionados, igual que las cosas que se ven sobre un espejo movedizo. Seguimos caminando entre una bruma de polvo fino. Fuimos dejando atrás el mezquite grande, hasta que apenas nos llegaba a las rodillas. A la derecha, el cerro alto y las chimeneas de la ciudad se perfilaban tranquilas en el sol ardiente; el fuego de rifle casi había cesado por un momento; solamente los deslumbrantes estallidos de nuestras granadas, de vez en cuando, marcaban el paso a lo largo de la cordillera, con su espeso humo blanco. Veíamos a nuestros cañones parduscos ir brincando hacia abajo, en el llano, desparramarse a lo largo de la primera hilera de álamos, donde los cascos penetrantes de las granadas enemigas los buscaban incesantemente. Se movían aquí y allá, en el desierto, pequeños grupos de caballería, así como algunos rezagados a pie, arrastrando sus rifles.

Un viejo peón, encorvado por los años y vestido de andrajos, estaba agachado recogiendo ramas de mezquite entre los pequeños arbustos.

—Diga, amigo —le preguntamos—. ¿Hay algún camino por donde podamos acercarnos para ver el combate?

Se enderezó y se nos quedó mirando.

—Si ustedes hubieran estado aquí tanto tiempo como yo —dijo—, no les interesaría verlo. ¡*Caramba*! Los he visto tomar Torreón siete veces en tres años. Algunas veces atacando desde las montañas, otras desde Gómez Palacio. Pero siempre es lo mismo: guerra. Hay algo interesante en esto para la juventud, pero en cuanto a nosotros los viejos, estamos cansados de la guerra.

Hizo una pausa y clavó la mirada sobre la llanura.

—¿Ven ustedes este canal sin agua? Bueno, si se meten en él y lo siguen, los llevará hasta dentro de la ciudad.

Pero después, como si lo pensara mejor, agregó sin curiosidad:

—¿A qué partido pertenecen ustedes?

—A los constitucionalistas.

—Bien. Primero fueron los maderistas, después los orozquistas, y ahora los… ¿Cómo dicen que se llaman? Soy muy viejo, ya no tengo mucho de vida; pero esta guerra me parece que todo lo que logra es hacernos ir hambrientos. Vayan con Dios, señores…

Y se inclinó otra vez para seguir con su pausada tarea, mientras nosotros bajábamos al canal. Era una zanja de irrigación abandonada, que corría un poco del sur al oeste; su fondo estaba cubierto de raíces polvorientas y, al final de su recta longitud, oculto para nosotros por una especie de espejismo, parecía un estanque de agua reluciente. Un poco agachados, de modo que no nos vieran de fuera, seguimos adelante, al parecer, durante varias horas; el fondo resquebrajado y los polvosos márgenes del canal reflejaban tan terrible calor sobre nosotros, que nos sentimos desfallecer. Pasó un jinete, muy cerca, a nuestra derecha; sus enormes espuelas de hierro tintineaban; nos agachamos más, hasta que pasó, ya que no queríamos correr ningún peligro. Abajo de la zanja, apenas si se oía el estruendo de la artillería, y se oía muy lejana; pero al fin, saqué cautelosamente la cabeza por arriba de la orilla y descubrí que estábamos muy cerca de la primera hilera de árboles. Las granadas estallaban a lo largo de ella; incluso podía ver la neblina que vomitaba furiosamente la boca del cañón nuestro, así como sentir la rompiente de las oleadas sonoras llegarme cuando disparaba. Estábamos como a medio kilómetro frente a nuestra artillería que, evidentemente, preparaba la toma del tanque de agua, situado a la misma orilla de la ciudad. Nos agachamos otra vez porque las granadas pasaban arriba de nuestras cabezas, zumbando horrorosamente y, de pronto, cruzaban el arco del cielo, interrumpiéndose bruscamente, hasta que sonaba el tétrico ¡buff!, sin eco, de su explosión. Allá adelante, donde cruza el arroyo el caballete del ferrocarril sobre la línea principal, había un pequeño racimo de cuerpos abandonados desde el primer ataque. Casi ninguno mostraba huellas de sangre; sus cabezas y cuerpos estaban perforados con los diminutos y limpios agujeros de las balas del máuser. Yacían transparentes, con la calma ultraterrenal y las caras afiladas de los muertos. Alguien, quizá sus propios *compañeros*, los habían despojado de armas, zapatos, sombreros y la ropa útil. Un soldado que dormía, recostado a un lado del macabro montón, con su rifle entre las piernas, roncaba profundamente. Estaba cubierto de moscas; los muertos tenían un hervidero de ellas. Otro soldado, apoyado contra el margen de la zanja que daba a la ciudad, descansaba sus pies sobre un cadáver; tiraba metódicamente a distancia sobre alguna cosa que había visto. Bajo la sombra del caballete estaban cuatro hombres jugando a las cartas. Lo hacían sin hablar, indiferentes; tenían los ojos enrojecidos por la falta de sueño. El calor era sofocante. De cuando en cuando llegaba silbando una bala perdida.

—¿Dónde estás…?

El extraño grupo tomó nuestra aparición como cosa corriente. El tirador certero lo hizo dos veces fuera del blanco y puso cuidadosamente otro cargador en su rifle.

—¿No tienes un poco de agua en esa cantina? —preguntó—. ¡*Adió*! ¡No hemos comido ni bebido nada desde ayer!

Sorbió el agua, observando furtivamente a los jugadores de cartas, por si se les ocurría, también, tener sed.

—Dicen que vamos a atacar el depósito de agua y el corral otra vez, cuando la artillería esté en posición de apoyarnos.

—¡*Chihuahua, hombre*! ¡Pero eso estuvo *duro* en la noche! Hicieron con nosotros una carnicería en las calles allá…

Se limpió la boca con el revés de la mano y comenzó a disparar otra vez. Nos tendimos a su lado y observamos de nuevo. Estábamos como a ciento ochenta metros del mortífero tanque de agua. Al cruzar la vía y la calle ancha más allá, están las morenas paredes de adobe del corral de Brittingham, que ahora aparentaba ser inofensivo, a no ser por la hilera doble de puntos negros, que denunciaban las troneras.

—Allí están las ametralladoras —dijo nuestro amigo—. Las ves, ¡aquellos son los cañones delgados que asoman por los bordes!

No los veíamos. El tanque de agua, el corral y la ciudad dormían en el calor. El polvo revoloteaba en la quietud del aire, formando una delgada bruma. Como a cuarenta y seis metros frente a nosotros había una zanja con poca agua; fue seguramente una trinchera federal, porque la basura se había apilado a nuestro lado. Doscientos soldados parduscos, polvorientos, estaban tirados allí ahora, mirando la ciudad; era la infantería constitucionalista. Se extendían en el suelo, en todas las actitudes del agotamiento; unos dormían boca arriba, cara al sol quemante; otros, usando las manos como palas de achicar, transportaban la suciedad de atrás al frente. Tenían amontonadas pilas desiguales de piedras delante de ellos. Ahora bien; la infantería, en el ejército constitucionalista, es simplemente caballería sin caballos; todos los soldados de Villa van montados, menos los de artillería y aquellos para los cuales no pueden obtenerse.

De pronto la artillería, en nuestra retaguardia, abrió el fuego simultáneamente; sobre nuestras cabezas pasaban chillando una docena de granadas, dirigidas al cerro.

—Ésa es la señal —dijo el hombre a nuestro lado. Se bajó a la zanja y dio de paladas al que dormía.

—Vámonos —le gritó—. Levántate. Vamos a atacar a los *pelones*.

El que roncaba gruñó y abrió los ojos lentamente. Bostezó y levantó su rifle sin decir palabra. Los jugadores comenzaron a disputar por sus ganancias. Pero se originó una pequeña trifulca acerca de quién era el dueño de la baraja. Refunfuñando y alegando todavía, salieron detrás del tirador certero hasta la orilla de la zanja.

Rompió el fuego de rifle a lo largo del filo de la trinchera de enfrente. Los que dormían se echaron bocabajo, detrás de sus pequeños abrigos; sus codos trabajaban

incesantemente con el cerrojo de sus rifles. En el tanque de agua, vacío, resonaba una lluvia de balas; volaban pedazos de adobe de la pared del corral. Instantáneamente la pared se erizó de cañones brillantes y los dos despertaron lanzando un fuego crepitante, oculto, irregular. Las balas cruzaban el firmamento con el acero que silbaba —tamborileando al humo y polvo—, hasta que una cortina amarilla, de una nube que se arremolinaba, nos ocultó las casas y el tanque. Podíamos ver a nuestro amigo corriendo agachado por el suelo seguido por el dormilón, que todavía se restregaba los ojos, pero que caminaba erguido. Atrás venían los jugadores, uno tras otro, disputando todavía. El tirador certero que corría al frente se paró de pronto, bamboleando, como si hubiera tropezado con una gran pared. Se dobló su pierna izquierda y se sumió increíblemente, hasta quedar sobre una rodilla, expuesto en el llano; levantó en lo alto su rifle al mismo tiempo que daba un grito:

—¡… Los puercos, desgraciados! —gritó, disparando rápidamente al polvo—. ¡Les enseñaré a los…! ¡Pelones! ¡Presidiarios!

Sacudió la cabeza, impaciente, como un perro cuando le duele un oído. Saltaron de ella gotas de sangre. Bramando de ira, disparó el resto de su cargador; se hundió en el suelo y se sacudió de un lado a otro durante un minuto. Los otros pasaron frente a él casi sin mirarlo. La trinchera hervía de hombres que andaban a la rebatiña, como los gusanos al voltear una troza de madera. El fuego de fusilería, agudo, penetrante, aturdía. Vinieron por atrás de nosotros, hombres que corrían con huaraches y mantas sobre los hombros; llegaban cayéndose y se tiraban en la zanja; en el otro lado, una algarabía, centenares de ellos, al parecer…

Casi nos quitaron la vista del frente; pero al través del polvo y los espacios entre los que corrían, veíamos a los soldados en la trinchera saltar su barricada, semejantes a una ola que lo arrolla todo. El polvo impenetrable se aplacó entonces, para que la feroz, mortal aguja de las ametralladoras uniera el poderoso revoltijo de sonidos. Con una ojeada al través de una hendija en la nube, abierta por una súbita ráfaga de aire caliente, pudimos ver la primera fila oscura de hombres tambaleando en conjunto como borrachos, así como las ametralladoras en la pared vomitando su intenso, pesado fuego rojo a la luz del sol. Llegó corriendo entonces un hombre por detrás de la pared; su rostro estaba bañado de sudor, sin rifle. Corría veloz; medio cayéndose se tiró a nuestra zanja y, al fin, al otro lado. Asomaron otras vagas siluetas entre el polvo allá adelante.

—¿Qué pasa? ¿Cómo va eso? —grité.

No contestó, pero siguió corriendo. De pronto, terrible, el monstruoso estampido y el chillido al estallar la granada entre la baraúnda allá adelante. ¡La artillería enemiga! Mecánicamente esperé oír nuestros cañones. Los que a no ser por un ¡bum!, esporádico, permanecían silenciosos. Nuestras granadas domésticas fallaban otra vez. Dos granadas más de metralla. De la nube de polvo llegaron retrocediendo los soldados —solos, por partes, en grupos— en una turbamulta despavorida. Cayeron encima y alrededor nuestro, ahogándonos entre un río humano y gritando:

—¡A los álamos! ¡A los trenes! ¡Ya viene la Federación!

Nos revolvimos entre ellos y corrimos, también, derecho a la vía del ferrocarril… Detrás de nosotros rugían las granadas buscando en el suelo, y el desgarrador tronar de la fusilería. Entonces nos percatamos de que todo el anchuroso camino de adelante estaba lleno de jinetes que galopaban, lanzando agudos gritos salvajes y empuñando los rifles. ¡Era la columna principal! Nos hicimos a un lado mientras pasaban como huracán; eran como quinientos; se ponían de pie en sus monturas y comenzaron a disparar. El ruido de los cascos de sus caballos semejaba un trueno.

—¡Es mejor que no vayan allá! ¡Está que quema! —gritó uno de la infantería riéndose.

—Bueno; apuesto a que yo quemo más —contestó un jinete.

Todos nos reímos. Caminamos tranquilamente a lo largo de la vía, mientras que el tiroteo detrás cobraba ímpetu hasta oírse un estruendo continuo. Un grupo de peones —*pacíficos*— con sombreros altos, cobijas y blusas de algodón blanco, con los brazos cruzados, venían por la vía hacia la ciudad.

—Amigos: miren para allá —dijo en broma un soldado—. Pero no se detengan allí, porque les dará una bala.

Los peones se miraron unos a otros y sonrieron débilmente.

—Pero, señor —contestó uno—, aquí es donde nos paramos, siempre que hay una batalla.

Un poco más adelante tropecé con un oficial —un alemán—, que vagaba por allí, llevando su caballo de la brida.

—Ya no puedo montarlo —me dijo muy serio—. Está muy cansado. Temo que muera si no duerme.

El caballo, un hermoso semental castaño, se tambaleó y se fue de lado al caminar. Enormes lágrimas se escurrían de sus ojos entrecerrados, y corrían por sus narices…

Yo estaba muerto de fatiga, vacilante, por falta de sueño y alimento y el terrible calor solar. Miré hacia atrás, a poco más de tres cuartos de un kilómetro, y vi que las granadas del enemigo pegaban en la hilera de árboles con más frecuencia. Parecían haber logrado el blanco perfecto. Y precisamente entonces me percaté de que la hilera gris de cañones eran enganchados a sus mulas, comenzando su arrastre de la arboleda hacia atrás, en cuatro o cinco puntos distintos. Nuestra artillería había sido desalojada de sus posiciones… Me tiré al suelo, para descansar bajo la sombra de un gran matojo de mezquites.

Casi inmediatamente pareció efectuarse un cambio en el sonido del fuego de fusilería, como si hubiera sido cortado súbitamente a la mitad. Resonaron al mismo tiempo los toques de veinte cornetas. Incorporándome, noté una fila de jinetes que corrían rápidamente por la vía, gritando algo. Siguieron otros, galopando, por el paraje donde pasaba el ferrocarril, más allá de la arboleda, en su ruta para la ciudad. La caballería había sido rechazada. En seguida todo el llano hervía de hombres a caballo y a pie; todos corrían hacia atrás, en retirada. Uno tiró su cobija, otro su rifle.

Aumentaban en el cálido desierto, levantando el polvo, hasta que la llanura quedó rebosante de ellos. Precisamente frente a mí emergió de la maleza un jinete, gritando:

—¡Ya viene la Federación! ¡A los trenes! ¡Vienen precisamente detrás!

¡Todo el ejército constitucionalista estaba derrotado! Cogí mi manta y me eché a correr. Un poco más adelante encontré un cañón abandonado en el desierto, con los tirantes cortados; las mulas habían desaparecido. Íbamos pisando rifles, cartucheras y docenas de sarapes. Era una desbandada. Al llegar a un espacio abierto, vi adelante una gran muchedumbre: eran soldados que huían, sin rifles. De pronto se les plantaron enfrente tres hombres a caballo, obstruyéndoles el paso, levantando los brazos y gritando:

—¡Vuélvanse! —les imploraban—. ¡No han salido! ¡Regresen, por el amor de Dios!

A dos no los pude reconocer. El otro era Villa.

CAPÍTULO X

COMBATES DE POR MEDIO

A poco más de kilómetro y medio se contuvo la huida. Encontré a los soldados que retornaban, con la expresión satisfecha de hombres que han temido a un peligro desconocido y que, de pronto, se ven libres de él. Ése era siempre el don de Villa, que podía explicar las cosas a la gran masa popular en tal forma, que inmediatamente lo comprendían. Los federales, como siempre, habían fracasado en saber aprovechar la oportunidad para infligir una derrota decisiva a los constitucionalistas. Tal vez temieron una emboscada, como la que Villa les tendió en Mapula, cuando los federales, victoriosos, salieron a perseguir a su ejército que huía, después del primer ataque sobre Chihuahua, siendo rechazados y sufriendo muchas bajas. Sea lo que fuere, el hecho es que no salieron. La gente volvió dispersa hurgando entre los mezquites en busca de los rifles y cobijas suyos y de los otros. Se les oía gritar y chancear en toda la llanura.

—¡*Oiga*! ¿Dónde va con ese rifle? ¡Ésa es mi cantina! ¡Yo tiré aquí mi sarape y ya no está!

—¡Oh, Juan —gritaba uno a otro—, siempre te lo había dicho, que te ganaría corriendo!

—¡Pero si no me ganaste, *compadre*! Yo iba a cien metros adelante; no corría, ¡volaba como bala de cañón…!

La verdad era que después de andar a caballo doce horas el día anterior, pelear toda la noche y toda la mañana, bajo un sol abrasador y presa de la tensión del pavor al atacar a una fuerza atrincherada y frente al fuego de artillería y ametralladoras, sin comer, sin beber ni dormir, la fortaleza del ejército había cedido repentinamente. Pero, al volver, después de la desbandada, no les cabía la menor duda del resultado final. La crisis psicológica había pasado…

El fuego de fusilería había cesado; aun los disparos de los cañones enemigos eran pocos y muy de tarde en tarde. Nuestros hombres se atrincheraban en el canal bajo la primera hilera de árboles; la artillería había retrocedido a la segunda hilera, kilómetro y medio atrás, donde los soldados, encantados, se tiraron a dormir, bajo la acogedora sombra de los árboles. La fatiga se había evaporado. Al subir el sol antes del

mediodía, el desierto, el cerro y la ciudad palpitaron silenciosamente bajo el intenso calor. Algunas veces se oía un intercambio de tiros en la lejanía, a la derecha o a la izquierda; indicaban dónde se saludaban recíprocamente las avanzadas. Pero aun eso cesaba en seguida. Chirriaban los insectos entre los maizales y los algodonales al norte, buscando el diario sustento entre el verdor de los sembrados. Ya no cantaban los pájaros, por el calor. Era sofocante. No se agitaba ni una hoja por el aire.

Humeaban aquí y allá pequeñas hogueras, donde los soldados enrollaban sus *tortillas*, con la poca harina que habían traído en las alforjas de sus monturas: aquellos que no tenían nada andaban alrededor, pidiendo algunas.

Todos dividían, simple y generosamente, lo que había. Me llamaron de una docena de fogatas, diciendo:

—Oye, *compañero*, ¿has desayunado? ¡Toma un pedazo de mi *tortilla*; ven y come!

Había hileras de hombres tirados bocabajo, a lo largo del canal, sacando agua sucia en el hueco de sus manos. Mirando a cuatro o cinco kilómetros hacia atrás, podía verse el carro del cañón y los dos primeros trenes, frente al hermoso rancho El Vergel, con la incansable cuadrilla de reparaciones, afanosamente en su labor bajo el sol cálido. El tren de abastecimientos no había llegado todavía…

Llegó a la sazón el pequeño coronel Servín, encaramado en su hermoso caballo bayo, fresco todavía, gallardo, a pesar de la terrible tarea de la noche anterior.

—No sé qué haré todavía —exclamó—. Solamente el general lo sabe, y nunca lo dice. Pero no debemos intentar otro asalto hasta que vuelva la Brigada Zaragoza. Benavides sostuvo un fuerte combate en Sacramento —doscientos cincuenta de los nuestros, muertos—, así dicen. Y el general mandó llamar a los generales Robles y Contreras, que han estado atacando del sur para que traigan a todos sus hombres y se unan con él aquí… Aunque dicen que vamos a lanzar otro ataque nocturno, el próximo, a manera de que la artillería enemiga sea ineficaz… —Se marchó a galope.

Como al mediodía empezaron a levantarse columnas delgadas de humo pesado, sucio, desde varios puntos de la ciudad. En la tarde, el viento caliente, suave, nos trajo un ligero olor desagradabe de aceite crudo, mezclado con el de carne humana quemada. Los federales estaban incinerando montones de cadáveres…

Regresamos caminando a los trenes y asaltamos el carro del general Benavides, en el tren de la Brigada Zaragoza. El mayor, a cuyo cuidado estaba, nos hizo condimentar algo para comer en la cocina del general. Comimos vorazmente, yéndonos a dormir después bajo los árboles, haciéndolo durante varias horas. Ya en la tarde salimos de nuevo para el frente. Rondaban en torno a los trenes centenares de soldados y peones de las cercanías, terriblemente hambrientos, con la esperanza de que les dieran algunas sobras, migajas, o lo que fuera, para comer. Sin embargo, se avergonzaban de hacerlo, afectando vagar sin objeto al pasar nosotros. Recuerdo habernos sentado un momento para hablar con algunos soldados en el techo de un carro-caja, cuando un muchacho con cartucheras cruzadas sobre el pecho y

arrastrando un rifle enorme para él, pasó debajo, escrutando el suelo. Una *tortilla fría*, medio podrida, incrustada entre la basura por tanta gente que pasaba, llamó su atención. Se arrojó sobre ella y le tiró un mordisco. Pero miró para arriba y nos descubrió.

—¡Como si estuviera muerto de hambre! —dijo desdeñosamente, y la tiró con desprecio…

El capitán canadiense, Treston, tenía su vivac y su batería de ametralladoras bajo la sombra de los álamos, al cruzar el canal San Ramón. Habían descargado los cañones y sus pesados trípodes, de las mulas; veíanse regados en todo el contorno los útiles de campaña. Los animales pastaban en la rica y verde pradera. Los hombres estaban acuclillados o tirados a lo largo de las orillas del canal. Treston nos saludó agitando una tortilla llena de ceniza que comía y gritó:

—¡Oiga, Reed! ¡Por favor, venga acá a traducirme! ¡No puedo hallar a mis intérpretes, y si entramos en acción, estaré en un aprieto! No sé hablar el condenado idioma; cuando vine aquí, Villa contrató los servicios de dos intérpretes para que me acompañaran siempre. Y ahora, no los encuentro a los muy tunos; ¡siempre se ausentan y me dejan en un atolladero!

Tomé parte del bocadillo ofrecido y le pregunté si creía que hubiera alguna probabilidad de entrar en acción.

—Creo que lo haremos esta noche, tan pronto como oscurezca —contestó—. ¿Quiere usted ir con las ametralladoras e interpretarnos? —Le contesté que sí.

De junto al fuego se levantó un hombre andrajoso, a quien no había visto nunca, y vino hacia mí riéndose.

—Pensé, cuando lo vi, que usted parecía un *hombre* que no había fumado durante largo tiempo. ¿Quiere usted la mitad de mi cigarrillo?

Antes de que pudiera proferir palabra, sacó un cigarrillo oscuro, más grueso de un lado que del otro y lo partió en dos pedazos…

El sol luminoso se ocultó detrás de las dentadas montañas purpúreas frente a nosotros, extendiendo su fulgor, por unos momentos, como un abanico de luz oscilante en el arco celeste del purísimo firmamento. Los pájaros daban señales de vida en los árboles; las hojas susurraban su canción eterna. La tierra fecunda exhalaba una neblina perlada. Una docena de soldados harapientos, que yacían tendidos, juntos, empezaron a improvisar la música y la letra de una canción sobre la toma de Torreón; estaba naciendo un nuevo corrido… Llegaban hasta nosotros, con el tranquilo y frío crepúsculo, los ecos de otras canciones. Yo sentía todo mi ser conquistado por aquellas gentes apacibles, peones sencillos, que eran tan amables…

Precisamente poco después que yo había ido a la zanja por un trago de agua, Treston dijo casualmente:

—A propósito: uno de nuestros hombres encontró esto en el agua de la zanja hace poco. No sé leer español; de modo que ignoro lo que quiere decir esa palabra. Como

usted sabe, el agua de estos canales viene toda del río dentro de la ciudad, de modo que pensé podía tratarse de algún papel de los federales.

Se lo quité de la mano. Era un pedacito de papel blanco doblado; estaba húmedo, como una etiqueta para usar en un paquete. Tenía impresa en letras grandes, negras, al frente, la palabra: «*ARSÉNICO*», y en letras más pequeñas: «*¡Cuidado!» «¡Veneno!*».

—¡Escuche! —le dije sentándome rápidamente—. ¿Ha estado enferma alguna gente por aquí esta tarde?

—Es gracioso lo que usted pregunta —contestó—. Muchos de los hombres han tenido retortijones en el estómago; yo no me siento muy bien del todo. Poco antes que usted viniera se cayó una mula de pronto y murió en aquel prado próximo, así como un caballo al pasar el canal. Fatiga o insolación, probablemente…

Afortunadamente el canal arrastraba un gran volumen de agua de corriente rápida, de tal manera que el peligro no era tan grave. Le expliqué que el agua del canal estaba envenenada por los federales.

—¡Dios mío! —exclamó Treston—. Quizá eso es lo que trataban de decirme. Han venido como veinte gentes y me han dicho algo como *envenenado*. ¿Qué quiere decir eso?

—Eso quiere decir lo que es —le contesté—. ¿Dónde podemos obtener un litro de café fuerte?

Encontramos un bote grande de éste en la fogata próxima, y ya nos sentimos mejor.

—Sí, nosotros lo sabíamos —dijeron los soldados—. Por eso llevamos a abrevar a los animales al otro canal. Lo supimos hace mucho. Dicen que murieron diez caballos allá en el frente, y que los hombres se están revolcando en el suelo muy enfermos.

Llegó gritando un oficial a caballo, que todos íbamos a volver a El Vergel y acampar allá, junto a los trenes durante la noche; que el general había ordenado que todo el mundo, a excepción de las guardias, debía dormir bien esa noche, fuera de la zona de fuego, y que el tren de abastecimientos ya había llegado y que estaba detrás del tren hospital. Resonaron las cornetas y los soldados se levantaron del suelo; recogieron las mulas, ajustándoles sus arneses, en medio de gritos, rebuznos y tintineos metálicos, ensillando caballos y montando cañones. Treston montó su caballito, y yo caminaba a pie a su lado. Entonces era un hecho que no habría ataque nocturno. Estaba ya casi oscuro. Al cruzar el canal tropezamos con las siluetas difusas de un grupo de soldados que trotaban hacia el norte, todos embozados en sus cobijas, con altos sombreros y espuelas que resonaban. Me saludaron:

—Oye, *compañero*, ¿dónde está tu caballo?

Confesé que no lo tenía.

—Entonces brinca aquí, detrás de mí. —Coincidieron cinco o seis voces a la vez.

Uno detuvo su caballo a mi lado para que montara con él. Seguimos adelante dando saltos entre los mezquites y al través de un oscuro pero hermoso campo de cultivo. Alguno comenzó a cantar y dos más lo acompañaron. Una luna llena, redonda, burbujeó en la clara noche.

—*Oiga*, ¿cómo dice usted *mula* en inglés? —preguntó el que llevaba el caballo.

—Mula cabezona, testaruda, hija de la… —le dije.

Muchos días después, gente completamente desconocida me detenía y preguntaba, muriéndose de risa, cómo decían *mula* los norteamericanos…

CAPÍTULO XI

UNA AVANZADA EN ACCIÓN

El martes en la mañana, muy temprano, el ejército se movilizaba otra vez hacia el frente, dando tumbos por la vía y a campo traviesa. Cuatrocientos demonios rugían y martilleaban sobre la desmantelada vía; el tren que iba adelante había avanzado poco más de medio kilómetro en la noche. La mañana de ese día abundaban los caballos; compré uno, con todo y silla, por setenta y cinco pesos: unos quince dólares en moneda americana. Al pasar trotando por San Ramón, tropecé con dos jinetes mal encarados, con grandes sombreros, en que llevaban pequeñas efigies impresas de Nuestra Señora de Guadalupe, cosidas en la copa. Dijeron que iban a un puesto avanzado sobre el ala extrema derecha, cerca de las montañas arriba de Lerdo, donde su compañía estaba destacada para defender un cerro. ¿Por qué deseaba ir con ellos? ¿Quién era yo, al fin de cuentas? Les mostré mi pase, firmado por el general Francisco Villa. Siguieron mostrándose hostiles.

—Francisco Villa no es nadie para nosotros —dijeron—. ¿Y cómo sabemos si ese nombre fue firmado por él? Nosotros somos de la Brigada Juárez, de la *gente* de Calixto Contreras.

No obstante, después de un breve conciliábulo, el más alto gruñó:

—¡Venga!

Abandonamos la protección de los árboles, cortando diagonalmente, al través de los bordeados campos de algodón, al poniente, en dirección recta hacia un empinado y alto cerro que ya palpitaba en el calor. Entre nosotros y los suburbios de Gómez Palacio se extendía una llanura árida, plana, cubierta con mezquite bajo y cortada por canales de riego. El Cerro de la Pila, con su mortífera artillería oculta, estaba perfectamente tranquilo, menos a un lado; tan limpia estaba la atmósfera, que distinguíamos a un grupo de gente que arrastraba lo que parecía un cañón. Precisamente afuera y en derredor de las casas más próximas andaban algunos jinetes; inmediatamente cortamos al norte, haciendo un gran rodeo y vigilando cuidadosamente, ya que en este paraje intermedio abundaban los piquetes de guardia y los exploradores. Como a tres cuartos de kilómetro, más allá, casi a todo lo largo de la base del cerro, corría la carretera del norte, a Lerdo. Hicimos un minucioso

reconocimiento de esto desde la maleza. Pasó un campesino silbando y acarreando un rebaño de cabras. A la misma orilla del camino, debajo de un matorral, había un jarro de leche. Sin la menor vacilación, el primer soldado sacó su pistola y disparó. La vasija voló en centenares de pedazos, desparramándose la leche por todos lados.

—Envenenada —dijo secamente—. La primera compañía estacionada aquí, bebió algo de esa pócima. Murieron cuatro.

Seguimos adelante.

Arriba, en la cumbre del cerro, se acuclillaban unas figuras negras; tenían los rifles apoyados en las rodillas. Mis compañeros los saludaron con la mano, y doblamos al norte a lo largo de la orilla del pequeño río que había dado vida a una angosta faja de pasto verde en medio de aquella aridez. El puesto avanzado acampaba a ambos lados del agua, en una especie de vega. Pregunté dónde estaba el coronel, y al fin lo encontré tendido a la sombra de un toldo, que había improvisado con su sarape, colgado sobre las breñas.

—Bájese de su caballo, amigo —me dijo—. Tengo gusto en darle la bienvenida aquí. Mi casa —señalando burlonamente a lo alto de su toldo— está a su disposición. Aquí hay cigarrillos. Se está cocinando la carne en el fuego.

Por la vega, ensillados, pastaban los caballos de la tropa; eran como cincuenta. Los hombres, tirados sobre el pasto a la sombra de los mezquites, charlaban y jugaban a los naipes. Era una especie diferente de hombres, en comparación con los bien armados y bien montados, así como relativamente disciplinados de las tropas de Villa. Eran peones sencillos que se habían levantado en armas, como mis amigos de la tropa en La Cadena: una raza feliz de montañeses, rudos, vaqueros, entre los cuales había muchos que antaño fueron bandidos. Sin paga, mal vestidos, indisciplinados —sus oficiales lo eran meramente por ser los más valientes— armados sólo con viejos Springfield y un puñado de cartuchos para cada uno, habían venido peleando casi continuamente durante tres años: fueron ellos, así como las tropas irregulares de los jefes guerrilleros, como Urbina y Robles, los que por espacio de cuatro meses habían sostenido el avance alrededor de Torreón, luchando a diario con las avanzadas federales y sufriendo todas las penalidades de la campaña, mientras que el grueso del ejército guarnicionaba en Chihuahua y en Juárez. Esos hombres harapientos eran los más bravos del ejército de Villa.

Permanecí allí recostado como quince minutos, observando el chirriar de la carne asándose en las brasas y satisfaciendo la curiosidad de un grupo acerca de mi profesión, cuando sonó el ruido de un galope y una voz:

—¡Ya están saliendo de Lerdo! ¡A caballo!

Los cincuenta hombres, de mala gana, pausadamente, se encaminaron a sus caballos. El coronel se levantó, bostezando. Se estiró.

—¡Animales de federales! —rezongó—. ¡Los tenemos siempre fastidiando! ¡No tiene uno tiempo para pensar en cosas más agradables! ¡Es una vergüenza que ni siquiera nos dejen disfrutar de nuestra comida!

Pronto estuvimos a caballo, trotando por la margen corriente abajo. A lo lejos resonaba en el frente la aguja de percusión de la fusilería. Instintivamente, sin orden, rompimos a correr al galope, pasando por las calles del poblado, donde los *pacíficos*, de pie en los techos de sus casas, nos veían partir al sur, teniendo a su lado pequeños bultos, sus pertenencias, listos para emprender la huida si el resultado de la batalla nos era adverso, ya que los federales castigaban cruelmente a los pueblos que daban albergue al enemigo. Más allá estaba el pedregoso cerrito. Nos bajamos de los caballos, y tirando las riendas sobre sus cabezas, subimos a pie. Ya había allí como doce hombres, disparando a ratos en dirección de la verde arboleda, tras de la cual estaba Lerdo. Rompían el silencio algunos disparos aislados en el vacío desierto que nos separaba. A una distancia como de un kilómetro se escondían entre las breñas algunas figuras oscuras. Una nube delgada de polvo mostró dónde marchaba, lentamente, otro destacamento, a su retaguardia.

—Ya aseguramos a uno, y a otro en la pierna —dijo un soldado, escupiendo.

—¿Cuántos calculas que sean? —preguntó el coronel.

—Como doscientos.

El coronel, de pie, enhiesto, miraba negligente a la asoleada planicie. De pronto se sintió una andanada de disparos. Silbó una bala por arriba de nuestras cabezas. Ya los soldados se habían puesto a la obra, desordenadamente. Cada uno buscaba un lugar plano, para tirarse y hacían un montoncito de piedras enfrente para guarecerse. Se echaban al suelo refunfuñando, soltándose los cinturones y quitándose las chaquetas para estar más cómodos, y comenzaban a disparar metódicamente.

—Ahí va otro —anunció el coronel—. Es tuyo, Pedro.

—Ningún Pedro —interrumpió otro hombre, malhumorado—. Yo me lo eché.

—Sí, tú te lo echaste, y no —saltó Pedro. Empezaron a disputar…

El fuego casi se había generalizado en el desierto y veíamos a los federales deslizarse hacia nosotros, bajo la protección de cada matojo y barranco. Nuestros hombres hacían fuego despacio y cuidadosamente, apuntando largo tiempo antes de apretar el disparador; los meses pasados en torno a Torreón, con municiones limitadas, les habían enseñado a economizarlas. Ya para entonces, cada altura y matojo a lo largo de nuestra línea, tenía su núcleo de tiradores certeros y, mirando atrás, sobre la ancha planicie y las sementeras entre el cerro y el ferrocarril, vi una cantidad considerable de hombres a caballo, solos, o en pelotones, que espoleaban a sus cabalgaduras al través del breñal. En diez minutos tendríamos encima a quinientos hombres del enemigo.

El fuego de fusilería creció en toda la línea y se intensificó hasta que era casi de un kilómetro a lo ancho. Los federales se habían detenido; las nubes de polvo comenzaron a moverse hacia atrás en dirección a Lerdo. El fuego en el desierto había aflojado. Y entonces, sin saber de dónde, vimos aparecer de pronto a las grandes aves de rapiña que volaban serenas, casi inmóviles a ratos en el azul del cielo…

El coronel, sus hombres y yo, almorzamos democráticamente a la sombra de las casas del poblado. Nuestra carne, por supuesto, era asada; de modo que hubimos de contentarnos con esta carne seca y *pinole*, que parece ser *acemita* y canela, finamente molidos. Nunca disfruté tanto una comida… Y cuando me iba, los hombres me hicieron el presente de un puñado doble de cigarrillos.

El coronel me dijo:

—*Amigo*, siento que no hayamos tenido tiempo para conversar. Hay muchas cosas que desearía preguntar a usted, acerca de su país. Si es cierto, por ejemplo, que en sus ciudades los hombres han perdido el uso de sus piernas y no andan a caballo por las calles, sino que son transportados a todas partes en automóviles. Yo tenía un hermano que trabajaba en la vía del ferrocarril, cerca de Kansas City, y me contaba cosas maravillosas. Pero un día, un hombre lo llamó grasiento y lo mató de un tiro, sin que mi hermano le hubiera hecho nada. ¿Por qué es que su gente no quiere a los mexicanos? A mí me agradan muchos americanos. Usted me gusta. Aquí hay un obsequio para usted.

Se deshebilió una de sus enormes espuelas de hierro, incrustada de plata, y me la ofreció.

—Pero nunca hemos tenido tiempo para hablar aquí. Ésos… siempre nos molestan y tenemos que salir y matar a unos cuantos antes de tener un momento de reposo…

Encontré debajo de uno de los álamos a uno de los fotógrafos y a otro de películas cinematográficas. Estaban tirados boca arriba cerca de una fogata, en torno a la cual se acuclillaban veinte soldados, engullendo vorazmente *tortillas* de harina, carne y café. Uno de ellos mostró orgulloso un reloj de pulsera de plata.

—Ése era mi reloj —explicó el fotógrafo—. No habíamos comido durante dos días, y cuando pasábamos por aquí nos llamaron estos muchachos y nos dieron la comida más espléndida que jamás hayamos disfrutado. ¡Después, no pude menos que hacerles un obsequio!

Los soldados lo habían aceptado comunalmente y convenido que cada uno lo llevaría durante dos horas, desde que lo recibieron hasta el fin de la vida…

Capítulo XII

EL ASALTO DE LOS HOMBRES DE CONTRERAS

Era miércoles; mi amigo el fotógrafo y yo andurreábamos por una sementera cuando llegó Villa a caballo. Parecía cansado, sucio, pero contento. Frenó frente a nosotros; los movimientos de su cuerpo eran tan naturales y de tanto donaire como los de un lobo; se rió y dijo:

—Bueno, muchachos, ¿cómo va esto ahora?

Le contestamos que estábamos perfectamente satisfechos.

—No tengo mucho tiempo para pensar en ustedes; de modo que deben tener cuidado de no desafiar el peligro. Es malo resultar herido. Hay centenares. Son valientes, aquellos *muchachos*; los más bravos del mundo. Pero —prosiguió complacido—, ustedes deben ir a ver el tren hospital. Allí hay algo admirable sobre lo cual deben escribir para sus periódicos.

Y realmente era una cosa maravillosa, digna de verse. El tren hospital estaba ahora inmediatamente detrás del tren de trabajo: cuarenta carros-caja esmaltados por dentro, con grandes cruces azules en el exterior, así como el letrero «Servicio Sanitario», atendía a los heridos tan pronto como los traían del frente. Estaban provistos con el equipo quirúrgico más moderno, manejado por sesenta doctores competentes, mexicanos y norteamericanos. Todas las noches salían trenes rápidos para transportar a los heridos graves a los hospitales de base en Chihuahua y Parral.

Nos fuimos, cruzando San Ramón y más allá de la hilera de árboles para atravesar el desierto. Ya picaba el calor. ¡Se desató enfrente un tiroteo de rifles a lo largo de la línea, seguido del tableteo de una ametralladora! Al salir a campo abierto, empezó a disparar un máuser solitario hacia alguna parte, a la derecha. Al principio no le hicimos caso; pero pronto notamos un pequeño sonido a plomo sobre el suelo en derredor nuestro, y también que volaban como soplos de polvo a cortos intervalos.

—¡Por Dios! —dijo el fotógrafo—. ¡Algún desgraciado nos está tiroteando!

Por instinto, ambos echamos a correr. Los disparos del rifle menudearon. Era larga la distancia para cruzar el llano. Después de un momento, disminuimos el ritmo a un paso de trote. Finalmente seguimos caminando, aunque el polvo saltaba como

antes, pensando que, después de todo, no nos serviría de nada correr. Y, entonces, lo olvidamos…

Media hora más tarde nos deslizábamos entre la maleza a menos de medio kilómetro de las afueras de Gómez Palacio hasta llegar a un pequeño rancho de seis u ocho cabañas de adobe, con una calle que corría entre ellas. En la parte de atrás de una de las casas, regados, tendidos a la bartola, estaban unos sesenta de los andrajosos combatientes de Contreras. Jugaban a la baraja y hablaban perezosamente. En la calle, al doblar la esquina, que apuntaba derecho como un dedo a las posiciones de los federales, azotaba una incesante lluvia de balas, levantando una polvareda. Esos hombres habían hecho guardia en el frente toda la noche. La contraseña había sido «sin sombrero», y ellos no los llevaban todavía a pesar del sol tórrido. No habían dormido ni comido, y no había agua en cerca de un kilómetro a la redonda.

—Hay un cuartel federal allá adelante, que es de donde están disparando —explicó un muchacho como de doce años—. Nosotros tenemos órdenes de atacar cuando llegue la artillería.

Un viejo, que estaba en cuclillas contra la pared, me preguntó de dónde era. Le dije que de Nueva York.

—Bueno —prosiguió—, no sé nada acerca de Nueva York; pero le apuesto a que no ve usted tan buen ganado por las calles como el que se ve en las de Jiménez.

—Usted no puede ver ningún ganado en las calles de Nueva York —le respondí.

Me miró con aire incrédulo.

—¿Cómo, no hay ganado? ¿Quiere usted decirme que allá no arrean ganado por las calles, o borregos?

—Ya dije que no lo hacen.

Me miró como si pensara que yo era un gran mentiroso; después volvió sus ojos al suelo y se quedó reflexionando hondamente.

—¡Bien —agregó finalmente—, entonces no deseo ir allá…!

Los muchachos que chacoteaban, iniciaron un juego de manos; en un momento había veinte adultos persiguiéndose unos a otros en derredor, plenos de alborozo. Los jugadores de naipes tenían una baraja a la que le faltaban unas cartas ya viejas, y había cuando menos ocho que deseaban jugar y discutían sobre las reglas en voz alta. Buscando la sombra de la casa, se habían colado cuatro o cinco que cantaban canciones satíricas amorosas. Durante todo este intervalo no decreció el incesante e infernal estrépito arriba; las balas caían en el suelo como si fueran gotas de copioso aguacero. De cuando en cuando uno de los soldados salía agachándose, sacaba su rifle a la vuelta de la esquina y disparaba.

Estuvimos allí como media hora. Después llegaron dos cañones grises, que venían rápidamente desde la maleza que estaba detrás y tomaron posiciones en una zanja sin agua, a unos setenta metros de distancia, a la izquierda.

—Creo que nos vamos en seguida —dijo el muchacho.

En aquel momento llegaron tres hombres galopando desde la retaguardia; eran oficiales, evidentemente. Quedaron expuestos al fuego de fusilería sobre los techos de las chozas, pero hicieron saltar sus caballos, mientras les zumbaban las balas por todos lados, sin inmutarse. El primero en hablar fue Fierro, el soberbio, el gran animal de hombre que había matado a Benton.

Miró burlonamente desde su silla a los haraposos soldados.

—Bien; éste es un precioso grupo para tomar una ciudad —exclamó—. Pero no tenemos a nadie más aquí. Ustedes entran cuando oigan los toques de corneta.

Tirando bárbaramente del freno para contener a su caballo y hacerlo sentarse sobre las patas traseras. Fierro partió después al galope hacia la retaguardia, diciendo al irse:

—Inútiles estos zoquetes, imbéciles, de Contreras…

—¡Muera el carnicero! —dijo un hombre colérico—. ¡Ese asesino mató a mi *compadre* en las calles de Durango sin haberlo insultado ni cometido ningún crimen! Mi *compadre* estaba muy borracho, paseando frente al teatro. Le preguntó por la hora, y Fierro le contestó: «—¡Tú…! ¡Cómo te atreves a hablarme antes de que yo te hable!».

Pero repercutían los ecos de las cornetas; los hombres se levantaron cogiendo sus fusiles. Se trató de poner fin al juego de los muchachos, pero fue imposible. Los jugadores de naipes, furiosos, se acusaban unos a otros de robarse.

—¡*Oiga*, Fidencio! —gritó un soldado—. ¡Le apuesto mi silla a que regreso y usted no! Esta mañana le gané un bonito freno a Juan…

—¡*Muy bien*! ¡Juego! Mi nuevo caballo pinto…

Riendo, bromeando, jugueteando, salieron del refugio de las casas al diluvio de acero. Echaron a correr, torpemente, por la calle, como si fueran animales pequeños que no estuvieran acostumbrados a correr. Las ondas de polvo y un infierno de explosiones los cubrieron.

Capítulo XIII

UN ATAQUE NOCTURNO

Dos o tres de nosotros teníamos una especie de campamento junto a una zanja entre los álamos, retirado. Nuestro carro, con su abasto de alimentos, ropas y mantas, estaba todavía a más de treinta y dos kilómetros atrás. La mayor parte del tiempo nos quedábamos sin comer. Cuando podíamos arreglarnos para obtener unas cuantas latas de sardinas o un poco de harina del tren comisaría, teníamos suerte. El miércoles, uno del grupo se ingenió para apoderarse de salmón enlatado, café, galletas y un gran paquete de cigarrillos; mientras cocinábamos nuestra comida, pasaban soldados tras soldados en camino hacia el frente, desmontaban y comían con nosotros. Después del más primoroso intercambio de cortesías, en el que teníamos que persuadir a nuestros huéspedes a que comieran bastante de la comida que con tanto trabajo habíamos logrado agenciar para nosotros, a lo que ellos, para no desairarnos, tenían que acceder, montaban y se iban sin agradecerlo, pero eso sí, muy amistosamente.

Nos echábamos a la orilla del canal a fumar, en el áureo crepúsculo. El primer tren, que encabezaba un carro-plataforma sobre el cual iba montado un cañón, «El Niño», había llegado a un punto opuesto al extremo de la segunda hilera de árboles, escasamente a tres cuartos de kilómetro de la ciudad. Allá adelante de la hilera de árboles, hasta donde alcanzaba a verse, divisábase a la cuadrilla de reparaciones trabajando en la vía. De pronto, se oyó un terrífico ¡bum! y se elevó un pequeño soplo de polvo frente al tren. Escuchóse un lejano eco de vítores aislados entre los árboles y los campos. «El Niño», el predilecto del ejército, se había puesto, al fin, a tiro. Ahora debían andarse con cuidado los federales y tomar nota. La pieza era un cañón de tres pulgadas, el más grande que teníamos… Más tarde supimos que una máquina exploradora, que salió de la Casa Redonda de Gómez Palacio, fue víctima de un disparo de «El Niño», que le dio de lleno en la mitad de la caldera y la hizo volar en pedazos…

Íbamos a atacar aquella noche, dijeron, mucho después de oscurecer; monté en mi caballo «Bucéfalo» y me dirigí al frente. La seña era «Herrera» y la contraseña «Chihuahua número cuatro». De modo que para estar seguro de reconocer a uno de los nuestros, el comando ordenaba prender los sombreros para arriba en la parte de atrás.

Se habían girado las órdenes más estrictas a todas partes, para que no se hicieran hogueras en la zona de fuego, y para que quienquiera que encendiese una cerilla antes de comenzar la batalla, fuera fusilado por los centinelas.

«Bucéfalo» y yo nos fuimos caminado despacio en la noche completamente callada y sin luna. No se veía una luz ni un movimiento sobre toda la inmensa planicie ante Gómez Palacio; la única excepción era el lejano martilleo de la incansable cuadrilla de reparaciones, trabajando sobre la vía. En la ciudad propiamente dicha brillaban con profusión las luces eléctricas, y aun pasó un tranvía eléctrico, que iba para Lerdo, perdiéndose tras del Cerro de la Pila.

Oí a la sazón un leve murmullo de voces en la oscuridad, en el canal cercano, más adelante; seguramente una avanzada.

—¡*Quién vive*! —oí gritar. Y antes de que pudiera contestar, ¡pum! hicieron fuego. La bala pasó cerca de mi cabeza. ¡Por poco…!

—No, no, idiota —dijo despacio una voz exasperada—. ¡No dispares al mismo tiempo que das el alto! ¡Espera a oír la respuesta incorrecta! ¡Escúchame, fíjate!

Esta vez los requisitos fueron satisfactorios para ambas partes y el oficial dijo:

—*Pase usted*.

No obstante podía oír al centinela equivocado rezongar:

—Bueno, qué más da. Nunca le doy a nadie cuando disparo…

Seguí a tientas mi camino con más cuidado, en la oscuridad, hasta que tropecé con el rancho San Ramón. Sabía que todos los *pacíficos* habían huido, por lo que me sorprendió ver luz debajo de la puerta. Tenía sed y no quería confinarme en la zanja. Llamé. Apareció una mujer, con cuatro chiquillos colgados de sus faldas. Me trajo el agua y, repentinamente, me espetó lo siguiente:

—Oh, señor, ¿no sabe usted dónde están los cañones de la Brigada Zaragoza? Mi hombre está allá, y hace siete días que no sé de él.

—Pero, entonces, ¿usted no es *pacífica*?

—En verdad, no lo soy —contestó indignada, señalando a sus hijos—. Pertenecemos a la artillería.

Allá en el frente, el ejército se había extendido a lo largo del canal, al pie de la primera hilera de árboles. Los soldados se hablaban entre sí, cuchicheando, en medio de una completa oscuridad, esperando a que la orden de Villa a la avanzada de guardia, a cosa de medio kilómetro adelante, precipitara los primeros disparos de rifle.

—¿Dónde están sus rifles? —pregunté.

—La Brigada no usa rifles esta noche —contestó una voz—. Allá, sobre la izquierda, donde van a atacar las trincheras, están los rifles. Nosotros vamos a capturar esta noche el Corral de Brittingham, y los rifles no sirven para eso. Somos de los hombres de Contreras, la Brigada Juárez. ¡Mira, tenemos instrucciones para escalar las paredes y arrojar estas bombas dentro!

Sacó la bomba. Estaba hecha de una especie de cartucho de dinamita, cosido con una tira de cuero, con una mecha dentro en uno de los extremos. Prosiguió:

—La gente del general Robles está allá sobre la derecha. Ellos tienen *granadas* también, además de rifles. Van a asaltar el Cerro de la Pila…

Y ahora, con el calor de aquella noche silenciosa, llegó de repente el sonido de un fuerte tiroteo del rumbo de Lerdo, donde estaba entrando Maclovio Herrera con su Brigada. Casi simultáneamente sonó el chisporroteo del fuego de fusilería del callado frente. Llegó un hombre recorriendo la línea con un cigarro puro encendido, que brillaba como una luciérnaga en el hueco de sus manos.

—Enciendan sus cigarrillos con esto —dijo—, y no prendan fuego a sus mechas hasta que estén al pie de la pared.

—¡*Caramba*, capitán! ¡Eso va a estar muy, muy *duro*! ¿Cómo vamos a saber el tiempo exacto?

Otra voz áspera, profunda, habló en la oscuridad.

—Yo les diré cómo. Vengan conmigo nomás.

Un grito ahogado, más bien un susurro de ¡Viva Villa!, surgió de entre ellos. A pie, con un cigarro puro encendido en una mano —porque nunca fumaba— y una bomba en la otra, el general subió al borde del canal y se perdió entre la maleza, siguiendo detrás los otros como un torrente…

A todo lo largo de la línea rugía el fuego de fusilería, aunque yo no podía ver nada del ataque, por estar detrás de los árboles. La artillería callaba; las tropas estaban demasiado cerca, dentro de la oscuridad, para el uso de granadas por ambos lados. Volví sobre la derecha, donde subí mi caballo por el empinado borde del canal. Desde allí podía ver las menudas llamas oscilantes de los cañones de Lerdo, así como los destellos dispersos, que parecían un cordón de joyas a todo lo largo del frente. Sobre la extrema izquierda un nuevo y profundo estruendo, indicando desde dónde saludaba Benavides a Torreón, en forma apropiada, con cañones de tiro rápido. Yo estaba de pie, tenso, esperando el ataque.

Éste llego con la fuerza de una explosión. En la dirección del Corral de Brittingham, que no podía ver, el ritmo combinado de cuatro ametralladoras y la incesante e inhumana ráfaga de descargas de rifle, hacían que el ruido anterior pareciera el más profundo silencio. Un resplandor repentino enrojeció la comba del cielo, y después se oyeron las retumbantes detonaciones de la dinamita. Podía imaginar la gritería salvaje inundando como tromba hasta la calle contra aquella llama vacilante; el vaivén, pausas, otra vez luchas; con Villa al frente, hablándoles precisamente por encima del hombro, como lo hacía siempre. El fuego más intenso que ahora se oía sobre la derecha, indicaba que el ataque contra el Cerro de la Pila había llegado al pie del mismo. Y, en seguida, simultáneamente, se vieron resplandores, sobre el alejado extremo de la colina hacia Lerdo. ¡Maclovio Herrera lo había tomado! Mas he aquí que apareció de pronto un espectáculo de encantamiento. En lo alto del escarpado declive del cerro, en su derredor y por tres lados, se elevó

lentamente un círculo de luz. Era la llama incesante del fuego de fusilería de los atacantes. La cima, también se vio circuida por el fuego que se intensificaba a medida que el círculo convergía hacia ella, más áspero ahora. Brilló un intenso resplandor de lo alto; después otro. Un segundo después, llegó el aterrador estampido del cañón. ¡Abrían el fuego con artillería sobre la pequeña fila de hombres que subían el cerro! Sin embargo, ellos seguían ascendiendo por el negro pedregal. El círculo de llamas se había roto en muchos lugares, pero no cedía. Así se sostuvo hasta que pareció unirse con la maligna ráfaga que procedía de la cima. Pero entonces, repentinamente, todo pareció extinguirse casi completamente, quedando sólo luces individuales que iban cayendo cuesta abajo; aquellos que habían logrado sobrevivir. Y cuando pensé que todo se había perdido, maravillándome ante el heroísmo inútil de aquellos peones que subían por el cerro frente a la artillería, he aquí que el flamante círculo empezó a subir otra vez, poco a poco, lamiendo el cerro… Aquella noche atacaron el cerro siete veces a pie, y en cada ataque murieron setenta y ocho de los atacantes… Durante todo este lapso, no cesó el infernal estruendo y el lanzamiento de luz roja ígnea sobre el corral. De vez en cuando parecía calmarse todo, para reanudarse en forma más terrible.

Lanzaron ocho asaltos sobre el corral… La mañana que entré a Gómez Palacio, aunque los federales habían estado incinerando cadáveres durante tres días, había tantos todavía entre el amplio espacio delante del corral de Brittingham, que difícilmente se podía pasar a caballo; y en torno al cerro había siete montones de muertos de los rebeldes…

Los heridos empezaron a arrastrarse cruzando la planicie y evadiendo ser descubiertos en la oscuridad. Sus gritos y quejidos podían oírse claramente, no obstante que el estruendo de la batalla ahogaba cualquier otro ruido; podía percibirse incluso el susurro de las ramas entre la maleza a su paso mientras serpeaban entre ella, así como el de sus pies arrastrándose sobre la arena. Pasó un jinete por la vereda, abajo de donde yo estaba, renegando colérico porque debía retirarse del combate debido, a que tenía un brazo roto; lloraba y renegaba a ratos. Después vino otro a pie, que se sentó en la base del bordo y que se atendía una mano herida, hablando sin cesar sobre toda una serie de cosas, para alejar la crisis nerviosa.

—¡Qué valientes somos los mexicanos —dijo festivamente—. Nos matamos unos a otros, como esto…!

Volví rápidamente al campamento, enfermo de tedio. Una batalla es la cosa más fastidiosa del mundo si dura un cierto período de tiempo. Todo es igual… En la mañana fui al cuartel general. Habíamos capturado Lerdo, pero el cerro, el corral y el cuartel estaban todavía en poder del enemigo. ¡Toda aquella carnicería había sido inútil!

CAPÍTULO XIV

LA CAÍDA DE GÓMEZ PALACIO

«El Niño» estaba a poco menos de un kilómetro de la ciudad, y los trabajadores de la cuadrilla de reparaciones laboraban en el último tramo de vía, bajo el nutrido fuego de las granadas de cañón. Las dos piezas al frente de los trenes soportaron todo el peso de la artillería enemiga, contestando tan valientemente el fuego, tan bien de hecho, que después que una granada federal mató a diez obreros, el capitán de «El Niño» puso fuera de combate a dos cañones del cerro. De tal manera, que los federales optaron por dejar en paz a los trenes, concentrando su atención en cañonear a Herrera para hacerlo salir de Lerdo.

El ejército constitucionalista estaba terriblemente despedazado. Habían muerto como mil hombres en cuatro días de combate, y unos dos mil más estaban heridos. Aun el excelente tren hospital resultaba inadecuado para atender a los heridos. En la vasta planicie donde estábamos, el hedor de los cadáveres lo penetraba todo. En Gómez Palacio debe de haber sido horrible. El jueves se teñía el cielo con el humo de veinte piras funerarias. Pero Villa estaba más resuelto que nunca. Gómez Palacio debía tomarse, y rápidamente. No tenía municiones ni abastecimientos para un sitio y, sin embargo, su nombre era ya legendario para el enemigo, para el cual era un hecho que un combate debía darse por perdido dondequiera aparecía Pancho Villa. Asimismo, el efecto sobre sus propias tropas era lo más importante. Por eso planeó otro ataque nocturno.

—Toda la vía está reparada —informó Calzada, el superintendente de los ferrocarriles.

—Bien —dijo Villa—. ¡Traiga todos los trenes de la retaguardia esta noche, porque vamos a entrar a Gómez Palacio en la mañana!

Cayó la noche; sin aire, silenciosa; cantaban las ranas en los canales. De una parte a otra frente a la ciudad, los soldados esperaban, descansando, la orden de ataque. Heridos, agotados, con los nervios destrozados, se dirigían desparramados al frente, excitados hasta el límite de la desesperación. No podían ser rechazados esta noche. Tomarían la ciudad o morirían en su puesto. Al aproximarse las nueve, la hora señalada para el ataque, la tensión se hizo peligrosa.

Dieron las nueve y pasó la hora fijada: ni un sonido, ni un movimiento. Por alguna razón la orden había sido suspendida. Las diez de la noche. De pronto, hacia la derecha, rompió una andanada de disparos desde la ciudad. De todo lo largo de nuestra línea vino la respuesta; pero después de unas cuantas salvas más, el fuego de los federales cesó por completo. Pero venían de la ciudad otros sonidos más misteriosos. Las luces eléctricas se apagaron, y se percibía en la oscuridad una agitación y un movimiento sutiles, indefinibles. Al fin se dio la orden de avanzar; pero al ir arrastrándose nuestros hombres en la oscuridad, surgió repentinamente de las filas del frente un vocerío; se extendió a todos y hacia el campo la verdad, que se exteriorizó con un inmenso grito de triunfo. ¡Gómez Palacio había sido evacuado! El ejército se desbordó hacia dentro de la ciudad, en medio del escándalo y la charla a grandes voces. Sonaron unos cuantos disparos aislados cuando nuestras tropas sorprendieron a algunos federales saqueando, porque el ejército federal había robado desenfrenadamente en la ciudad, antes de abandonarla. Pero entonces dio comienzo el saqueo de los nuestros. Sus gritos y cantares báquicos, así como el sonido de puertas cerrándose, llegaban hasta nosotros en el llano abierto. Empezaron a flamear pequeñas lenguas de fuego, donde los soldados quemaban alguna casa que había servido de fortaleza a los federales. Pero el saqueo de la gente victoriosa se limitaba, como ocurre casi siempre, a las cosas para comer, beber o ropa para vestirse. No molestaban a ninguna casa particular.

Los jefes del ejército hacían la vista gorda sobre todo esto. Villa dictó una orden concluyente, estableciendo con claridad que cualquier cosa que tomara un soldado era suya, y que no debía quitársela ningún oficial. Hasta el momento no se daban muchos casos de robo en el ejército, por lo menos en cuanto a nosotros se refería. Pero la mañana de la entrada a Gómez Palacio se operó un cambio curioso en la psicología de los soldados. Cuando me levanté en nuestro campamento, junto al canal, me encontré con que mi caballo había desaparecido. «Bucéfalo» fue robado en la noche y no lo volví a ver. En el curso de nuestro desayuno llegaron algunos soldados a compartir nuestra comida; cuando se fueron, habían desaparecido también un cuchillo y un revólver. Lo que ocurría era que a todos les había entrado la fiebre del saqueo. De manera que yo también robé lo que necesitaba. Había una gran mula gris pastando en el prado contiguo, con una reata al cuello. Le puse mi silla y me encaminé hacia el frente. Era un animal noble, que valía lo menos cuatro veces más que «Bucéfalo», de lo que pronto hube de darme cuenta. A todo el que me encontraba le gustaba la mula. Un soldado que iba con dos rifles me saludó:

—*Oiga*, compañero, ¿dónde consiguió usted esa mula?

—La encontré en el campo —le contesté imprudentemente.

—Precisamente es lo que me figuraba —exclamó—. ¡Ésa es mi mula! ¡Bájese y entréguemela en seguida!

—¿Y ésta es su silla? —le pregunté.

—¡Por la Madre de Dios, Nuestro Señor, que sí!

—Entonces mientes acerca de la mula, porque la silla es mía.

Seguí mi camino y lo dejé gritando en medio del campo. A corta distancia, un poco más adelante, un viejo peón que iba por el camino, corrió repentinamente y echó los brazos al cuello del animal.

—¡Ah, al fin! ¡Mi preciosa mula que había perdido! ¡Mi «Juanita»!

Lo sacudí de la mula, a pesar de sus ruegos, pero dijo que, al menos, le pagara como compensación cincuenta pesos por ella. Ya en la ciudad, un soldado de caballería se me atravesó exigiendo la devolución de su mula inmediatamente. Era más bien feo y portaba pistola. Salí del apuro diciendo que era capitán de artillería y que la mula pertenecía a mi batería. A cada pocos metros surgía un dueño de la mula y me preguntaba ¡cómo me atrevía a montar a su querida «Panchita», «Petrita» o «Tomasita»! Por último, salió un soldado de un cuartel, con una orden escrita de un coronel, que había visto la mula desde la ventana. Pero le mostré mi pase firmado por el general Francisco Villa. Lo que fue suficiente…

Al través del ancho desierto, donde habían peleado tanto tiempo los constitucionalistas, se concentraba de todas direcciones el ejército, formando largas columnas que parecían serpientes y levantando una polvareda sobre ellas. En toda la longitud de la vía, hasta donde podía verse, venían los trenes, uno después de otro, lanzando silbatazos de triunfo, repletos de soldados y mujeres que vitoreaban sin cesar. Dentro de la ciudad, el nuevo día había traído una absoluta tranquilidad y orden. Con la entrada de Villa y su Estado Mayor había cesado completamente el saqueo; los soldados respetaban nuevamente la propiedad. Mil de ellos estaban afanosamente dedicados a recoger los cadáveres y conducirlos a las orillas de la ciudad, donde eran incinerados. Otros quinientos estaban comisionados al servicio de policía de la población. La primera disposición dictada era que cualquier soldado que fuese sorprendido bebiendo licor, fuera pasado por las armas.

Nuestro carro estaba en el tercer tren: un carro-caja, adaptado especialmente para los corresponsales, fotógrafos y cinematografistas. Por fin teníamos nuestras literas, mantas, y a Fong, nuestro querido cocinero chino. El carro estaba en una desviación cercana a la estación del ferrocarril, precisamente al frente de los trenes. Al reunirnos en su interior agradable, acalorados, polvorientos y agotados, cayeron cerca de nosotros unas cuantas granadas, que lanzaron los federales desde Torreón. Yo estaba parado en la puerta del carro en aquel momento; oí el ¡bum! del cañón, pero no le puse atención especial a aquello. De pronto vi un objeto en el aire, como si fuera un enorme escarabajo, remolcando una pequeña espiral de humo negro detrás. Pasó la puerta del carro con un zumbido y fue a estallar como a quince metros más allá con una espantosa detonación: ¡crey-juí-í-íí-eeaa!, entre los árboles de un parque donde acampaba una compañía de soldados de caballería con sus mujeres. Saltó un centenar de hombres, presas del pánico, precipitándose sobre sus caballos, y galopando frenéticos hacia la retaguardia, seguidos por un grupo de mujeres. Parece que murieron dos mujeres y un caballo. Quedaron abandonados en la huida mantas,

alimentos y rifles ¡Poo! Otro estallido al lado opuesto del carro, muy cerca de éste. Detrás de nosotros, en la vía, había veinte trenes cargados con mujeres que gritaban y chillaban, pidiendo que se retrocediera fuera del patio del ferrocarril inmediatamente, y todo esto en medio de un monstruoso e histérico diluvio de pitazos y silbidos. Siguieron dos o tres granadas más, pero después oímos la contestación de «El Niño».

El efecto en los corresponsales y periodistas había sido peculiar. No bien explotó la primera granada, alguno sacó la botella de *whisky* en forma absolutamente espontánea, pasándola entre los presentes. Nadie dijo una palabra, pero todos tomaron un buen trago al llegarles su turno. Cada vez que explotaba una granada por allí cerca, todos respingábamos y saltábamos, pero después de un rato no nos ocupábamos más de ello. Entonces comenzamos a congratularnos mutuamente por ser tan bravos y haber permanecido en el carro bajo el fuego de la artillería. Nuestra valentía aumentó a medida que los disparos se hacían más parcos hasta, finalmente, no oírse más, así como también por haberse ido agotando el *whisky*. Nadie se acordó de la comida.

No olvidaré a dos belicosos anglosajones que, desde la oscuridad, de pie en la puerta del carro, daban el ¡quién vive! a los soldados que pasaban, injuriándolos con el lenguaje más grosero. Nosotros también teníamos buenas piezas entre los nuestros: uno de ellos casi estranguló a un viejo baboso, tonto, que andaba con el equipo cinematográfico. Ya tarde, en la noche, estábamos tratando todavía, seriamente, de persuadir a dos de los muchachos para que no salieran sin el santo y seña a practicar un reconocimiento de las líneas federales en Torreón.

—Ah, ¿qué hay allí para tener miedo? —exclamaron—. ¡Un mexicano grasiento no tiene riñones! ¡Un norteamericano puede pegarle a cincuenta mexicanos! ¿No viste cómo corrieron esta tarde al caer las granadas en aquel bosquecillo? ¿Y cómo nosotros, bravamente, permanecimos en el carro?

QUINTA PARTE

CARRANZA — UNA ESTAMPA

CAPÍTULO I

CARRANZA — UNA IMPRESIÓN

Al firmarse el Tratado de Paz en Juárez, que puso término a la Revolución de 1910, Francisco I. Madero continuó su viaje hacia la ciudad de México. Habló en todas partes ante las entusiastas y triunfantes muchedumbres de peones, que lo aclamaban como libertador.

En Chihuahua dirigió la palabra al pueblo desde los balcones del Palacio de Gobierno. Al narrar las penalidades sufridas y los sacrificios realizados por el puñado de hombres que habían derribado a la dictadura de Díaz para siempre, lo hacía embargado por la más honda emoción. Entrando a la habitación, desde cuyo balcón hablaba, sacó a un hombre de elevada estatura, con barba, de una prestancia imponente y, poniendo su brazo encima del hombro de la persona que presentaba, dijo, con la voz ahogada por las lágrimas:

—¡He aquí a un buen hombre! ¡Amadlo y estimadlo siempre!

Era Venustiano Carranza: un hombre de vida recta y altos ideales; un aristócrata, descendiente de la raza española dominante; un gran terrateniente, ya que sus familiares siempre habían sido grandes latifundistas; era uno de aquellos mexicanos generosos que, como en el caso de unos cuantos nobles como Lafayette en la Revolución Francesa, se habían entregado en cuerpo y alma a la lucha por la libertad. Cuando estalló la revolución de Madero, Carranza se fue al campo de batalla en una verdadera forma medieval. Armó a los peones que trabajaban en sus grandes haciendas, y los acaudilló para ir a la guerra como cualquier señor feudal; consumada la Revolución, Madero lo nombró gobernador de Coahuila.

Allá estaba al ser asesinado Madero en la capital. Al apoderarse de la presidencia, Huerta remitió una carta circular a los gobernadores de los Estados, ordenándoles reconocer a la nueva dictadura. Carranza ni siquiera contestó la carta, declarando que no trataría con un asesino y usurpador. Lanzó un edicto llamando al pueblo mexicano a las armas, proclamándose Primer Jefe de la Revolución e invitando a los amigos de la libertad para que se agruparan en su derredor, saliendo entonces de su capital para el campo de batalla, donde cooperó en los comienzos de la lucha alrededor de Torreón.

Después de un corto período de tiempo, Carranza marchó con sus fuerzas desde Coahuila, donde estaban ocurriendo algunas cosas, y cruzó en línea recta la República hasta el Estado de Sonora, donde nada ocurría. Villa había comenzado a combatir fuertemente en el Estado de Chihuahua; Urbina y Herrera, en Durango; Blanco y otros en Coahuila, y González cerca de Tampico. En tiempos revueltos como éstos, es inevitable que haya algunas querellas preliminares sobre los despojos esenciales de la guerra. No obstante, entre los dirigentes militares no había tales disensiones; Villa acababa de ser elegido, por unanimidad, general en jefe del ejército constitucionalista, por una asamblea extraordinaria de todos los dirigentes independientes de guerrillas frente a Torreón —un caso sin precedentes en la historia de México—. Pero allá en Sonora, Maytorena y Pesqueira ya estaban disputando sobre quién debía ser el gobernador del Estado, amenazando recíprocamente con rebelarse uno contra el otro. El propósito visible de Carranza en su marcha al occidente con su ejército, era resolver el conflicto mencionado. Pero esto no parecía ser posible.

Había otras explicaciones: según unas, que quería asegurar la posesión de un puerto de mar para los constitucionalistas en la costa occidental; según otras, que deseaba resolver el problema yaqui con relación a la tierra; y, por último, que podía organizar mejor el gobierno provisional de la nueva República en la quietud de un Estado relativamente pacífico. Permaneció allá seis meses, sin hacer nada aparentemente, con una fuerza de más de seis mil buenos soldados prácticamente ociosos, concurriendo a comilonas y corridas de toros, celebrando y estableciendo nuevos días de fiesta nacional y lanzando numerosas proclamas. Su ejército, dos o tres veces más numeroso que las desanimadas guarniciones de Guaymas y Mazatlán, sostenía un sitio desganado sobre aquellos lugares. Creo que Mazatlán cayó hace poco tiempo, lo mismo que Guaymas. Hace únicamente unas pocas semanas el gobernador provisional, Maytorena, amenazaba con levantarse contra el general Alvarado, jefe de las armas en Sonora, ya que éste no garantizaba la seguridad del gobernador, porque se proponía, seguramente, estorbar a la revolución, por lo que, Maytorena sentíase incómodo en el Palacio de Hermosillo. Durante todo ese lapso no se dijo ni una palabra acerca de ningún aspecto de la cuestión de la tierra, al menos en lo que pude informarme. Los indios yaquis, la expropiación de cuyas tierras constituye la mancha más negra en toda la oscura historia del régimen porfirista, no obtuvieron sino vagas promesas. Sobre la base de éstas todas la tribu se unió a la revolución. Pero pocos meses más tarde, la mayor parte de ellos volvieron a sus hogares, a iniciar de nuevo su desesperada campaña contra los blancos.

Carranza permaneció inactivo hasta los comienzos de la primavera de este año, cuando el objetivo de su estancia en Sonora, evidentemente, había sido realizado, volviendo entonces la cara hacia el territorio donde se debatía la verdadera revolución.

Dentro de esos seis meses había cambiado enteramente el aspecto de las cosas. Exceptuando la parte norte de Nuevo León y la mayor parte de Cohahuila, todo el norte de México era territorio constitucionalista casi de costa a costa, y Villa, con una fuerza bien armada y disciplinada de diez mil hombres, estaba iniciando la campaña de Torreón. Todo ello había sido realizado por Villa casi solo; la contribución de Carranza no parece haber sido otra que el envío de felicitaciones. En cambio, había formado, efectivamente, un gobierno provisional. Rodeaba al primer jefe una inmensa muchedumbre de políticos oportunistas, clamorosos en sus protestas devotas a la causa, liberales en proclamas, pero extremadamente celosos entre sí, y de Villa. Poco a poco pareció que la personalidad de Carranza se confundía con la de su gabinete, aunque su nombre se destacaba tan preeminente como siempre.

Era una situación curiosa. Los corresponsales que lo habían acompañado durante esos meses, me dijeron la reclusión que adoptó al fin el primer jefe. Casi nunca podían verlo. Muy raramente hablaban con él. Varios secretarios, funcionarios y miembros del gabinete se interponían entre él y ellos; eran unos caballeros tortuosos, corteses, diplomáticos, que transmitían sus preguntas a Carranza por escrito, y les traían las respuestas también por escrito, de manera que no hubiera equivocaciones.

Pero, hiciera lo que fuere, Carranza dejaba a Villa estrictamente por su cuenta, ya sea para sufrir derrotas, si así ocurría, o para cometer errores; tanto es así, que Villa tuvo que tratar con potencias extranjeras, como si él fuera la cabeza del gobierno.

No cabe duda de que los políticos en Hermosillo buscaron todas las formas posibles para hacer que Carranza se encelara del creciente poder de Villa en el norte. El primer jefe inició una jornada premeditadamente lenta en febrero hacia el norte, acompañado de tres mil hombres, con el ostensible propósito de enviar refuerzos a Villa y establecer su capital provisional en Juárez, cuando Villa salió para Torreón. Sin embargo, dos corresponsales que habían estado en Sonora me dijeron que los oficiales de ese inmenso cuerpo de guardias creían que iban a ser lanzados contra Villa.

En Hermosillo, Carranza había estado alejado de los centros de noticias mundiales. Nadie sabía sino que podía estar realizando grandes cosas, sin saber cuáles. Pero cuando el primer jefe de la revolución empezó a movilizarse rumbo a la frontera norteamericana, la atención del mundo se concentró sobre él; no obstante, descubrió tan poca cosa digna de interés, que se extendieron rápidamente rumores de la inexistencia de Carranza. Por ejemplo, un periódico dijo que estaba loco; otro publicó que había desaparecido sin dejar huella.

Yo estaba a la sazón en Chihuahua. Mi periódico telegrafió esos rumores y me ordenó que fuera a ver a Carranza. Esto ocurría en el intensamente agitado momento del asesinato de Benton. Todas las protestas y amenazas veladas de los gobiernos inglés y norteamericano convergían hacia Villa. Pero ya entonces yo había recibido la noticia de que Carranza y su gabinete habían dejado la frontera y roto el silencio de

seis meses en una forma alarmante. La declaración del primer jefe al Departamento de Estado fue prácticamente de esta guisa:

> Han cometido ustedes un error al dirigir representaciones en el caso de Benton al general Villa. Deben serme dirigidas a mí como primer jefe de la revolución y cabeza del gobierno provisional constitucionalista. Más aún, los Estados Unidos no tienen derecho a dirigir, ni aun a mí, ninguna representación relativa a Benton, que es súbdito ingles. No he recibido a ningún enviado del gobierno de la Gran Bretaña. Hasta que lo reciba, no daré contestación a las representaciones de ningún otro gobierno. Mientras tanto, se hará una minuciosa investigación de las circunstancias en que ocurrió la muerte de Benton; aquellos que resulten responsables de ella serán juzgados estrictamente de acuerdo con la Ley.

Villa recibía al mismo tiempo una insinuación muy clara, según la cual debía abstenerse de tratar asuntos internacionales, a lo que Villa accedió, muy agradecido.

Ésa era la situación cuando fui a Nogales. Nogales, Arizona (EE. UU.) y Nogales, Sonora (México), forman en realidad una gran ciudad dispersa. La frontera internacional corre a lo largo del centro de la calle; en la diminuta aduana se desperezan unos cuantos centinelas andrajosos, fumando cigarrillos interminables, sin molestar a nadie absolutamente, excepto cuando se trata de aplicar los impuestos de exportación sobre todo lo que pasa al lado norteamericano. Los habitantes de la población norteamericana cruzan la línea fronteriza a fin de obtener cosas buenas para comer, para jugar, bailar y sentirse libres; los mexicanos pasan al lado norteamericano cuando alguien los persigue.

Llegué a la medianoche y fui en seguida a un hotel en la ciudad mexicana, donde se hospedaban el gabinete y la mayoría de los políticos pegotes de Carranza, que dormían de a cuatro en un cuarto, sobre literas en los pasillos, en el suelo y aun en las escaleras. Se me esperaba. Al otro lado de la línea, un cónsul ecuánime, constitucionalista, a quien había explicado mi gestión, que él consideró evidentemente de gran importancia, ya había telegrafiado a Nogales que todo el futuro de la revolución mexicana dependía de que Míster Reed entrevistara al primer jefe de la revolución inmediatamente, a su llegada a Nogales.

Sin embargo, todo el mundo dormía, y el propietario del hotel, a quien se había hecho salir de su oficina privada, dijo que no tenía la menor idea de los nombres de ninguno de los caballeros o dónde dormían. Manifestó, sí, haber oído decir que Carranza estaba en la ciudad. Recorrimos el hotel, tocando a todas las puertas y preguntando a los mexicanos, hasta que tropezamos con un caballero sin afeitar, gentil, quien dijo ser el administrador de aduanas del nuevo gobierno en todo México.

Despertó al ministro de Marina, que sacó a su vez al tesorero de la nación y éste hizo poner en movimiento al secretario de Hacienda, el que por fin nos llevó al cuarto

del ministro de Relaciones Exteriores, señor Isidro Fabela. Esté señor dijo que el primer jefe se había acostado ya y que no podía recibirme; pero que él mismo podría proporcionarme en seguida una declaración de lo que el señor Carranza pensaba exactamente acerca del incidente Benton.

Ninguno de los periódicos había citado jamás el nombre del señor Fabela, por lo que todos urgían a sus corresponsales para que informaran a su respecto, ya que parecía ser un miembro importante del gobierno provisional, no obstante que sus antecedentes eran completamente desconocidos. Se decía que había ocupado en diferentes ocasiones, casi todos los puestos en el gabinete del primer jefe. Más bien de mediana estatura y de porte distinguido, afable, cortés, seguramente de una educación esmerada, su rostro era decididamente judaico. Hablamos un largo rato, sentados a la orilla de su cama. Me dijo cuáles eran los propósitos e ideales del primer jefe, pero no pude deducir de ellos nada acerca de su personalidad.

—Oh, sí —dijo—, desde luego yo podría ver al primer jefe en la mañana. Claro que me recibiría.

Pero cuando llegamos a cosas concretas, el señor Fabela me dijo que el primer jefe no contestaría a ninguna cuestión al momento. Todo debía ser por escrito, manifestó, debiendo someterse primero a Fabela. Él lo transmitiría a Carranza y traería su respuesta. De conformidad con lo anterior, entregué al señor Fabela, a la mañana siguiente, un cuestionario como de veinticinco preguntas, escritas en un pliego. Las leyó con suma atención.

—¡Ah! —exclamó—; aquí hay muchas cuestiones a las que, estoy seguro, no contestará el primer jefe. Le aconsejo a usted eliminarlas.

—Bueno, si no las contesta, está bien —le dije—. Pero desearía ofrecerle la oportunidad de verlas. Él puede negarse simplemente a contestarlas.

—No —dijo Fabela afablemente—. Es mejor que usted las borre ahora. Yo sé exactamente a qué contestará y a qué no. ¿No ve usted que algunas de sus preguntas podrían predisponerlo para dar respuesta a las otras? Usted no desearía que eso ocurriera, ¿no es así?

—Señor Fabela —le dije—. ¿Está usted seguro de saber con exactitud lo que se negaría a contestar don Venustiano?

—Yo sé que rehusaría contestar a éstas —replicó, indicando cuatro o cinco que más bien se referían específicamente al programa del gobierno constitucionalista: la distribución de la tierra, las elecciones por el voto directo y el derecho de los peones al sufragio.

—Le traeré sus respuestas en veinticuatro horas —me dijo—. Ahora mismo lo llevaré a ver al jefe; pero debe usted prometerme esto: que no le hará ninguna pregunta, que sencillamente entrará usted en la habitación, estrechará sus manos y le dirá: «¿Cómo está usted?», saliendo inmediatamente.

Así se lo prometí y, junto con otro reportero, lo seguí al cruzar la plaza, hasta el pequeño y bello palacio amarillo municipal. Nos detuvimos en el patio. El lugar

estaba atestado de mexicanos que se daban importancia, fastidiando a otros que hacían lo mismo, corriendo de puerta en puerta con portafolios y manojos de papeles. De vez en cuando, al abrirse la puerta de la secretaria, hería nuestros oídos el estrépito de las máquinas de escribir. En el pórtico se veía a oficiales uniformados esperando órdenes. El general Obregón, comandante del ejército de Sonora, delineaba en voz alta los planes para su marcha al sur sobre Guadalajara. Salió de Hermosillo tres días después, conduciendo a su ejército al través de más de seiscientos kilómetros de una región amiga, en tres meses. Aunque Obregón no había demostrado una tal capacidad de dirección que asustara a nadie, Carranza lo nombró general en jefe del ejército del noroeste, en igual rango que Villa. Estaba hablando con él una mujer mexicana, gruesa, pelirroja, ataviada con un vestido negro de raso, estilo princesa, bordado de azabache y con espada al cinto. Era la coronela Ramona Flores, jefe de Estado Mayor del general constitucionalista Carrasco, que operaba en Tepic. Su esposo había muerto siendo oficial en la primera revolución, legándole una mina de oro, con cuyo producto había puesto en pie a un regimiento y marchado al campo de batalla. Recostados en el muro cercano, estaban dos sacos con barras de oro, que había traído al Norte para comprar armas y uniformes para sus tropas. Los norteamericanos en busca de contratos y concesiones, muy corteses, se revolvían de un lado a otro, activamente, con el sombrero en la mano. Los siempre alerta vendedores viajeros de armas y municiones, hablaban al oído de quienes querían escucharlos, elogiando sus balas y cañones.

Guardaban las puertas del Palacio cuatro centinelas armados, además de los que haraganeaban por el patio. No se veían otros, con excepción de dos que custodiaban una puerta pequeña a la mitad del corredor. Éstos parecían más inteligentes que los otros. Cualquiera que pasara era examinado cuidadosamente, y los que se detenían a la puerta, eran sometidos a un interrogatorio de acuerdo con alguna fórmula previamente preparada. Esta guardia se renovaba cada dos horas; el relevo estaba al cuidado de un general y antes de hacerse el cambio, tenía efecto una larga conferencia.

—¿Qué habitación es ésa? —pregunté al señor Fabela.

—Es el despacho del primer jefe de la revolución —me contestó.

Esperé tal vez durante una hora, notando en ese lapso que nadie entraba en el aposento, a no ser el señor Fabela y aquellos que lo acompañaban. Al fin, vino hacia mí y dijo:

—Bien, el primer jefe lo recibirá ahora.

Lo seguimos. Los soldados de la guardia interpusieron sus rifles.

—¿Quiénes son estos señores? —preguntó uno de ellos.

—Está bien. Son amigos —contestó Fabela, y abrió la puerta.

Adentro estaba tan oscuro, que al principio no veíamos nada. Las persianas estaban echadas en las dos ventanas. A un lado había una cama, todavía sin hacer; al otro, una mesa cubierta de papeles, sobre la cual se veía también una bandeja que

contenía los restos del desayuno. En un rincón estaba una cubeta de estaño, llena de hielo, con dos o tres botellas de vino dentro. Al acostumbrarse nuestros ojos a aquella luz, vimos la gigantesca figura, vestida de caqui, de don Venustiano Carranza, sentado en un gran sillón. Había algo extraño en la manera como estaba, tal como si lo hubieran colocado allí advirtiéndole que no se moviera. Parecía no pensar, ni haber estado trabajando; no podía imaginárselo haciéndolo en aquella mesa. Se podía tener la impresión de un cuerpo inmenso, inerte: una estatua.

Se levantó para saludarnos; era de una estatura elevada, como de más de dos metros. Noté un poco asombrado que usaba gafas ahumadas en aquel aposento oscuro; aunque rubicundo y con la cara llena, me pareció que no estaba bien de salud: la sensación que dan los tuberculosos. Aquel reducido cuarto oscuro, donde dormía, comía y trabajaba el primer jefe de la revolución, y del cual rara vez salía, parecía demasiado pequeño, como una celda.

Fabela había entrado con nosotros. Nos presentó a uno después del otro a Carranza, que hizo un visaje, una sonrisa sin expresión, vacía; se inclinó ligeramente y nos estrechó las manos. Nos sentamos todos. Indicando al otro reportero, que no hablaba español, Fabela se expresó así:

—Estos caballeros han venido a saludarlo en nombre de los grandes periódicos que representan. Este caballero dice que desea ofrecer a usted sus más respetuosos deseos por su triunfo.

Carranza se inclinó otra vez ligeramente y se levantó al mismo tiempo que Fabela, como si indicara que la entrevista había terminado.

—Me permito asegurar a los caballeros —dijo—, mi agradecida aceptación de sus buenos deseos.

Nos estrechamos otra vez las manos, pero al hacerlo con la mía, le dije en español:

—Señor don Venustiano: Mi periódico es amigo suyo y de los constitucionalistas.

Estaba allí, de pie, como antes, una gran máscara de hombre. Pero al hablarle, dejó de sonreír. Su expresión era tan vaga como poco antes, pero repentinamente, comenzó a hablar:

—A los Estados Unidos les digo que el caso Benton no es de su incumbencia. Benton era súbdito británico. Responderé a los enviados de la Gran Bretaña cuando vengan a mí con la representación de su gobierno. ¿Por qué no vienen a mí? ¡Inglaterra tiene un embajador en la ciudad de México, que acepta ser invitado a comer con Huerta, se quita, el sombrero para saludarlo y estrecha su mano! Cuando Madero fue asesinado, las potencias extranjeras fueron en bandada, como las aves de rapiña sobre los cadáveres; adularon al asesino porque tenían unos cuantos súbditos en la república, que eran pequeños traficantes y realizaban negocios sucios.

El primer jefe terminó tan bruscamente como había empezado, con la misma inmovilidad de expresión, pero abría y cerraba los puños y se mordía los bigotes. Fabela hizo apresuradamente un ademán hacia la puerta.

—Los caballeros están muy agradecidos a usted por haberlos recibido —dijo, nerviosamente.

Pero Don Venustiano no le hizo caso. Repentinamente empezó a decir otra vez, levantando la voz más y más alto.

—Esas naciones pensaron cobardemente que podían obtener ventajas apoyando al gobierno del usurpador. Pero el avance rápido de los constitucionalistas les ha demostrado su error, y ahora se encuentran en un *predicamento*.

Fabela estaba visiblemente nervioso.

—¿Cuándo comienza la campaña de Torreón? —preguntó, tratando de cambiar el tópico.

—El asesinato de Benton se debió a un ataque depravado sobre Villa por un enemigo de los revolucionarios —rugió el primer jefe, hablando fuerte, ruidosamente y más rápido—, y la Gran Bretaña, la que intimida a todo el mundo, no se siente capaz de tratar con nosotros, para no humillarse enviando a un representante ante los constitucionalistas; por eso ha tratado de usar a los Estados Unidos —gritó, sacudiendo los puños—, ¡que se dejan asociar con esas potencias infames!

El infeliz Fabela hizo otra intentona para contener el torrente peligroso. Pero Carranza dio un paso adelante, y levantando el brazo, gritó:

—¡Yo les digo a ustedes, que si los Estados Unidos intervienen en México sobre la base de esta pequeña excusa, la intervención no logrará lo que desea, sino que provocará una guerra, la cual, además de sus propias consecuencias, ahondará la profunda odiosidad entre los Estados Unidos y toda la América Latina; un aborrecimiento que pondrá en peligro todo el futuro político de los Estados Unidos!

Cesó de hablar cuando lo hacía en tono más elevado, como si hubiera sentido algo en su interior que se lo impidiera. Yo pensaba en mi fuero interno: he aquí la voz de México fulminando a sus enemigos; pero esto no parecía ser tanto así como la realidad de un viejo ligeramente senil, cansado y colérico.

Ya fuera, a la luz del sol, me decía el señor Fabela, muy agitado, que no debía publicar lo que había oído o, por lo menos, permitirle ver el despacho.

Permanecí en Nogales uno o dos días más. Al día siguiente de la entrevista, me fue devuelto el papel escrito a máquina donde estaba mi cuestionario; contenía las respuestas manuscritas, por cinco tipos diferentes de letras. Los periodistas eran gente privilegiada en Nogales; siempre eran tratados con la más refinada cortesía por los miembros del gabinete provisional; sin embargo, nunca podían llegar hasta el primer jefe. Traté, frecuentemente, de obtener de los miembros del gabinete la más mínima información sobre los planes que tuvieran para el arreglo de los disturbios causados por la revolución; pero no daban señales de tener ninguno, fuera del de la formación de un gobierno constitucional. En todas las ocasiones que hablé con ellos, nunca pude descubrir de su parte un destello de simpatía o comprensión hacia los peones. En cambio, algunas veces sorprendí entre ellos altercados acerca de quién iba a ocupar

los puestos elevados en el nuevo gobierno de México. El nombre de Villa era difícilmente mencionado, y cuando se hacía, era de esta manera:

—Tenemos la mayor confianza en la lealtad y obediencia de Villa.

—Como hombre de combate, Villa lo ha hecho muy bien; pero muy bien, en verdad. Pero no debe intentar mezclarse en los asuntos del gobierno; porque, desde luego, sabe usted, Villa es solamente un peón ignorante.

—Ha dicho muchas tonterías y cometido muchos errores, los cuales tendremos que corregir.

Y apenas había pasado un día, cuando Carranza hacía esta declaración, desde su cuartel general:

—No hay ninguna mala inteligencia entre el general Villa y yo. Obedece todas mis órdenes como cualquier soldado raso, sin hacer objeciones. Es inconcebible que pudiera hacer cualquier otra cosa.

Yo había pasado buena parte de tiempo en los corrillos del Palacio Municipal; pero no había vuelto a ver a Carranza, después de la única vez descrita.

Era hacia la caída de la tarde; la mayoría de los generales, los vendedores de armas y los políticos se habían ido a comer. Estaba repantigado sobre la orilla de la fuente en medio del patio, hablando con unos soldados, cuando de pronto se abrió la puerta de aquel pequeño despacho, apareciendo Carranza enmarcado en ella, con los brazos sueltos a lo largo del cuerpo, su admirable cabeza de viejo hacia atrás, la mirada perdida en la lejanía, sobre nuestras cabezas y por arriba de las paredes en dirección a las llamaradas de nubes en el occidente. Nos levantamos e inclinamos, pero no nos vio. Caminando despacio, salió y se encamino a lo largo del pórtico, hasta la puerta del Palacio. Los dos centinelas presentaron armas. Así que pasó, se echaron sus rifles al hombro y se fueron tras él. Se detuvo en la puerta y estuvo allí un largo rato mirando hacia la calle. Los cuatro centinelas adoptaron una postura de atención. Los dos que iban detrás de él descansaron armas y se detuvieron. El primer jefe de la revolución enlazó sus manos por detrás; sus dedos se movían violentamente. Entonces se volvió, y marchando entre los dos guardias, regresó al pequeño y oscuro despacho.

SEXTA PARTE

Noches mexicanas

CAPÍTULO I

EL COSMOPOLITA

El Cosmopolita es el salón de moda en Chihuahua: un infierno de casa de juego. Fue propiedad de Jacobo La Touche, alias «El Turco»; un nombre gordo, tambaleante, que llegó sin zapatos a Chihuahua con un oso bailarín hace veinticinco años, y que se convirtió en multimillonario. Poseía una lujosa residencia en el Paseo Bolívar, la que era mejor conocida por el mote de El Palacio de las Lágrimas, porque fue construida con los productos de las concesiones de juego de «El Turco», que habían dejado en la miseria a muchas familias. Pero el viejo inicuo se escabulló con el ejército federal en retirada al mando del general Mercado, y cuando Villa entró a Chihuahua obsequió El Palacio de las Lágrimas al general Ortega, como regalo de Navidad, y confiscó El Cosmopolita.

Cuando tenía unos cuantos pesos sobrantes de mi lista de gastos, acostumbraba frecuentar El Cosmopolita. Juanito Roberts y yo hacíamos escala en nuestro camino del hotel, para tomar unos cuantos ponches calientes en un bar chino, regentado por un mongol canoso llamado Chi Li. De allí proseguíamos a las mesas de juego, con la despreocupada apariencia de grandes duques en Montecarlo.

Entrábase primero a una habitación larga y baja, alumbrada con tres linternas ahumadas; era donde se jugaba a la ruleta.

Sobre la mesa había un letrero que decía:

> Sírvase no poner los pies sobre la mesa de la ruleta.

Era una rueda vertical, no horizontal, erizada de espigas que tropezaban con una tira de acero flexible, y que detenía al fin la rueda sobre un número. La mesa tenía poco más de tres y medio metros de largo a cada lado de la ruleta, estando siempre atestada, cuando menos, con cinco hileras de muchachos imberbes, peones y soldados, muy excitados y gesticulando al tirar un río de billetes de poco valor sobre los números y colores y discutiendo sobre las ganancias. Aquellos que perdían lanzaban gritos terribles de cólera; al echar el *gurrupié* su dinero al cajón, la rueda estaba inmóvil a menudo durante tres cuartos de hora o una hora, mientras que algún jugador que había perdido diez centavos, agotaba su vocabulario contra el cajero, el

dueño del negocio, sus antepasados y descendientes por diez generaciones anteriores y posteriores y sobre Dios y su familia por permitir que tamaña injusticia no fuera castigada. Al fin, salía murmurando amenazador: «¡*A ver*! ¡Ya veremos!», mientras los otros le hacían lugar para que se fuera, mascullando: «*¡Ah! ¡Qué mala suerte!*».

Cerca de donde se sentaba el *gurrupié* había un sitio gastado en el paño, con un botoncito de marfil en el centro. Cuando alguien estaba más de lo debido en la ruleta, el *gurrupié* oprimía el botoncito, parando la ruleta donde él quería, hasta que el de la suerte se desalentaba para seguir jugando. Esto era visto por todos como un recurso legítimo, ya que, ¡*caramba*!, ¡no tiene objeto tener una casa de juego para perder!

Se usaba la más sorprendente diversidad de monedas, dado que la plata y el cobre habían desaparecido de la circulación en Chihuahua hacía mucho, con motivo de la conturbada época revolucionaria. Pero todavía circulaban algunos billetes de banco mexicanos, además de la moneda de curso legal, impresa en papel de escribir ordinario por el ejército constitucionalista y que no valía nada; certificados emitidos por las compañías mineras, pagarés, notas de mano, hipotecas y un centenar de *vales* diversos de varios ferrocarriles, plantíos agrícolas y empresas de servicios públicos.

Pero la mesa de ruleta no nos interesaba ya. No había suficiente campo de acción para nuestro dinero. De modo que nos abríamos paso hacia un cuartito, lleno de humo azulado, donde había una jugada perpetua de póker, en torno a una mesa en forma de abanico, cubierta con el clásico tapete verde. En una pequeña entrada, al lado derecho de la mesa, sentábase el tallador; las sillas para los jugadores estaban distribuidas alrededor. Se jugaba contra la banca; el tallador sacaba un diez por ciento para la casa en cada apuesta. Cuando alguno comenzaba a volar mostrando una cartera bien provista, el tallador lanzaba un agudo silbido y aparecían dos caballeros afables, empleados de la casa, quienes tomaban parte en seguida en el juego. No había límite para apostar, mientras se tuviesen fichas, o el respaldo de billetes de banco a la vista. El caballero que hablaba primero tenía que decir si sería póker *cerrado o abierto* el que se jugaría. El cerrado era el más divertido, porque para un mexicano es inconcebible que la próxima carta no sea la que necesita para tener una mano magnífica, y apuesta aumentando sobre cada carta con una excitación creciente, desatinada.

Aquí no regían las reglas estrictas del juego norteamericano, que restringen toda la acción. Juanito y yo levantábamos las cartas por una punta para mostrárnoslas, tan pronto como las daban. Y, cuando yo parecía en camino de ligar una buena mano, Juanito, simplemente, empujaba todo lo que tenía delante hacia mí; pero si la próxima carta para Juanito prometía una mejor perspectiva que mi mano, entonces yo empujaba todo, lo de Juanito y lo mío, hacia él. Al tiempo de darse la última carta, todas las fichas de los dos estaban apiladas en medio de nosotros, neutrales, y

cualquiera de los dos, el que tenía la mejor mano, apostaba todo nuestro capital conjuntamente.

Por supuesto que nadie objetaba esta manera de jugar; pero a fin de hacerle contrapeso, el tallador echaba su silbido a los dos jugadores de la casa y les daba a cada uno, disimuladamente, una mano de abajo de la baraja.

Mientras tanto, un chino corría desaforadamente entre la mesa y el mostrador de un fonducho situado enfrente, al cruzar la calle, trayendo emparedados, *chile con carne* y tazas de café a los jugadores, que comían y bebían ruidosamente durante el juego, derramando el café y la comida entre las apuestas.

En algunas ocasiones se levantaba un jugador de aquellos que han viajado mucho por países extranjeros y daba una vuelta en torno a su silla, para sacudirse una racha de mala suerte; o bien, pedía una baraja nueva, adoptando un aire derrochador, sin ceremonias ni cumplidos. El tallador se inclinaba ceremoniosamente; arrojaba la baraja en uso al cajón y presentaba una nueva. La casa tenía solamente dos juegos de naipes. Ambos como de un año de uso y profusamente decorados con las comidas de todos los jugadores, pasados y presentes.

Claro que se jugaba al juego norteamericano. Pero algunas veces entraba un mexicano que no estaba bien familiarizado con los artificios de la baraja norteamericana.

Por ejemplo, en la mexicana no hay ochos, nueves ni dieces. Una de las personas, un mexicano fatuo, presuntuoso, jugaba allí una noche, precisamente, cuando pedí que se jugara una mano de póker abierto. Antes de que el tallador pudiera silbar, el sujeto había sacado un gran rollo de dinero de todas denominaciones, y comprado cien pesos de fichas. Siguió el juego. Recibí tres corazones sucesivamente, obtuve el dinero de Roberts y empecé a jugar para ligar un flux. El hombre contempló sus cartas por un buen rato, como si fueran algo nuevo para él. En seguida se puso rojo y con una gran excitación apostó quince dólares. Al recibir la carta subsiguiente palideció y apostó veinticinco dólares; al ver su última carta, enrojeció intensamente otra vez y apostó cincuenta dólares.

Por algún milagro yo había ligado el flux. Pero la forma desorbitada de apostar del hombre me había amedrentado. Sabía que un flux era bueno para casi cualquier cosa en póker abierto, pero no pude sostener ese ritmo de apostar, y le pasé la mano para que lo hiciera. Se sublevó ante el hecho y protestó airado:

—¿Qué quiere usted decir: paso? —gritó, sacudiendo ambos puños.

Se le explicó, y se calmó.

—Muy bien; entonces —dijo—, ya que no tengo más que estos quince dólares, y no permite usted comprar más fichas, los apuesto todos —y los empujó al centro de la mesa.

Los pagué.

—¿Qué tiene usted? —Casi gritó al inclinarse temblando sobre el tapete. Extendí mi flux. Con una risa de triunfo, dio un palmetazo sobre la mesa.

—¡Escalera! —exclamó, extendiendo cara arriba un cuatro, un cinco, un seis, un diez y una sota.

Había extendido ya un brazo para recoger el dinero, cuando toda la mesa prorrumpió clamorosamente:

—¡Está equivocado!

—¡Eso no es escalera!

—¡El dinero pertenece al gringo!

Se extendió sobre la mesa, con ambos brazos alrededor del dinero.

—¡Cómo! —gritó ásperamente, mirando para arriba—. ¿No es escalera? ¡Véanla! ¡Cuatro, cinco, seis, diez y sota!

El tallador interrumpió:

—Pero debía ser cuatro, cinco, seis, siete y ocho —dijo—. En la baraja norteamericana hay ocho, nueve y diez.

—¡Qué ridiculez! —expresó con desprecio el hombre—. ¡He jugado naipes toda mi vida, y nunca, nunca, he visto ocho, nueve o diez!

Pero ya entonces casi todo el gentío de la ruleta se había amontonado en la puerta, agregando su clamor al nuestro.

—¡Claro que no es escalera!

—¡Sí que lo es! ¿No hay aquí un cuatro, cinco, seis, diez y sota?

—¡Pero la baraja norteamericana es diferente!

—¡Pero no estamos en los Estados Unidos! ¡Estamos en México!

—¡Oye, Pancho! —gritó el tallador—. ¡Ve en seguida y llama a la policía!

La situación no cambiaba. Mi opositor continuaba echado sobre la mesa con el montón de dinero bajo sus brazos. El lugar se había convertido en un verdadero pandemónium lleno de voces que discutían acaloradamente, llegándose en algunos casos a insultos personales; ya algunos buscaban algo en la cintura. Acerqué mi silla contra la pared, prudentemente. Al fin llegó el jefe de la Policía con cuatro o cinco gendarmes. Era un hombre alto, sin rasurar, cuyos bigotes retorcidos le llegaban hasta los ojos, vestido con un uniforme sucio, holgado, y con charreteras de felpa roja. Al llegar, todo el mundo le comenzó a explicar inmediatamente el caso. El tallador hizo una bocina con las manos y gritó a través del ruido ensordecedor; el hombre que estaba sobre la mesa se puso lívido, insistiendo a gritos que era un ultraje el que las reglas gringas vinieran a echar a perder un juego mexicano, perfectamente bueno, como lo era aquel juego de póker abierto.

El jefe escuchaba retorciéndose el bigote; se le hinchaba el pecho por la importancia que adquiría al ser factor decisivo en una averiguación que envolvía tan grandes cantidades de dinero. Me miró. No dijo nada, pero me incliné con toda cortesía. Me devolvió el saludo, inclinándose. Entonces, volviéndose a su policía, señaló con un dedo dramáticamente al hombre de la mesa.

—¡Aprehendan a este cabrón! —dijo.

Fue un final apropiado. Chillando y protestando, el infeliz mexicano fue llevado a un rincón, donde quedó de pie frente a la mesa.

—El dinero pertenece a este caballero —prosiguió el jefe de la Policía—. En cuanto a usted, seguramente no tiene nociones de lo más elemental de este juego. Tengo para mí que…

—Quizá —dijo Roberts, cortésmente, dándome un codazo—, ¿el señor capitán quisiera enseñar al caballero…?

—Yo tendría sumo agrado en prestarle unas fichas —agregué, recogiendo el montón de dinero.

—¡*Oiga*! —me dijo el jefe—. Me gustaría mucho hacerlo. ¡Muchísimas gracias, señor!

Acercó una silla y con toda cortesía le fue entregada la mano.

—¡*Abierto*! —dijo, con el aplomo de un veterano.

Nos pusimos a jugar. El jefe de la Policía ganó. Recogía sus fichas igual que un jugador profesional, pasando la mano a su vecino, y jugando nuevamente.

—Ve usted —dijo el jefe de la Policía—, esto es fácil si se observan las reglas. —Se retorció el bigote, barajó las cartas y mandó veinticinco dólares. Ganó otra vez.

Después de un buen rato, uno de los policías se aproximó respetuosamente y le dijo:

—Perdone, *mi capitán*, ¿pero qué debemos hacer con el preso?

—¡Oh! —exclamó el jefe, mirando fijamente. Agitó su mano, distraído—. Déjenlo en libertad y vuelvan a sus puestos.

Mucho después que había girado la última rueda en la mesa de la ruleta, que se habían apagado las luces y echado a la calle al jugador más febricitante, nosotros seguíamos jugando en el departamento del póker. A Roberts y a mí nos quedaban como unos tres pesos a cada uno. Bostezábamos y cabeceábamos de sueño. Pero el jefe de la Policía se había quitado la chaqueta y se agazapaba como un tigre sobre sus cartas. Ahora perdía constantemente…

Capítulo II

VALLE ALEGRE

Era un día de fiesta y, claro, nadie trabajaba en Valle Alegre. Habría peleas de gallos a eso del mediodía, al aire libre, atrás de la cantina de Catarino Cabrera, casi directamente frente a la casa de Dionisio Aguirre, donde descansaban las grandes recuas de burros de sus viajes por las montañas, mientras los arrieros se contaban sus chascarrillos tomando su *tequila*. A un lado del asoleado arroyo seco que llaman pomposamente calle, los peones estaban alineados en hileras dobles, acuclillados, silenciosos, somnolientos, chupando sus cigarrillos de hoja de maíz, mientras esperaban. Los afectos a empinar el codo iban y venían de la casa de Catarino, de donde escapaba una nube de humo de tabaco y un fuerte hedor de *aguardiente*. Unos chiquillos jugaban a «la una la mula» con una puerca grande, amarilla; en los lados opuestos cantaban, desafiantes, los gallos que iban a pelear, amarrados de una pata. Uno de los propietarios, profesional que conocía su negocio, insinuante, calzando sandalias y con calcetines color cereza, se paseaba arrogantemente mostrando un fajo de sucios billetes de banco, gritando:

—¡*Diez pesos*, señores! ¡Sólo diez pesos!

Era extraño; nadie parecía demasiado pobre para apostar diez pesos. Así pasó el tiempo hasta eso de las dos; pero nadie se movía, excepto el sol, que había avanzado unos cuantos metros, llevando la orilla oscura de la sombra al oriente. En la sombra hacía mucho frío, y en el sol éste abrasaba.

En la orilla sombreada estaba Ignacio, el violinista, envuelto en su raído sarape, durmiendo la borrachera. Cuando estaba ebrio tocaba una melodía: el *Adiós*, de Tosti. Y cuando estaba muy borracho, recordaba fragmentos de la *Canción de Primavera*, de Mendelssohn. En realidad, es el único músico de alta categoría en todo el Estado de Durango, y poseedor de una celebridad merecida. Ignacio era brillante e industrioso, tenía un gran número de hijos, pero su temperamento artístico fue demasiado para él.

El color de la calle era rojo —rica, profunda, arcilla roja— y el campo abierto, donde estaban los burros, pardo olivo; morenas las paredes de adobe cayéndose y bajas las casas, en cuyos techos se amontonaban las cañas de maíz o colgaban hilos

cubiertos de chiles rojos. Había un árbol gigantesco de mezquite verde, con raíces que recordaban las patas de una gallina, con una capa de paja seca y maíz. Abajo caía la ciudad por la cuesta hasta el arroyo; los tejados se juntaban como bloques, creciendo sobre ellos hierbas y flores; salían columnillas ondulantes de humo azul de las chimeneas y, de cuando en cuando, algunas palmeras que sobresalían entre ellas. Las casas se extendían hasta la planicie amarilla donde se hacían las carreras de caballos y, más allá, las áridas montañas se achataban, atezadas como leones, ya ligeramente azules, ora púrpura y rugosas, hendidas o dentadas, al través de un cielo brillante y ardoroso. En línea recta, abajo y en la lejanía, por el arroyo, se veía un valle inmenso, como la piel de un elefante, donde saltaban las oleadas de calor.

Flotaba en el ambiente un lánguido vaho de ruidos vivientes: gallos que cantaban, cerdos que gruñían, rebuznos interrumpidos de burros, rumores de cañas secas de maíz que se quiebran al quitarse de sobre los mezquites, una mujer cantando al moler su maíz sobre el metate, el lloriquear de una gran cantidad de niños.

El sol quemaba bastante. Mi amigo Atanasio estaba sentado en la acera sin pensar en nada, con sus pies sucios, desnudos a no ser por sus huaraches, su enorme sombrero, de un descolorido color pálido, bordado con un galón dorado, ya sin lustre, su sarape color azul de loza que se ve en las alfombras chinas, adornado con soles amarillos. Se levantó cuando me vio. Nos quitamos los sombreros y nos abrazamos al estilo mexicano, dándonos palmaditas en la espalda, mutuamente con una mano, mientras nos estrechábamos con la otra.

—*Buenas tardes, amigo* —murmuró—. ¿Cómo te sientes?

—Muy bien; muchas gracias. ¿Y tú? ¿Cómo te han tratado?

—Deliciosamente. Muchísimas gracias. He deseado mucho volver a verte.

—¿Y tu familia? ¿Cómo está? —Es mucho más discreto no preguntar por la esposa en México, debido a que poca gente está casada.

—Su salud es de lo mejor. Gracias. Muchas gracias. ¿Y tu familia?

—¡*Bien, bien*! Vi a tu hijo con el ejército en Jiménez. Me dio muchos, muchos recuerdos para ti. ¿Quieres un cigarrillo?

—Gracias. Permíteme el fuego. ¿Hace ya muchos días que estás en Valle Alegre?

—Solamente para la fiesta.

—Espero que tu visita sea afortunada. Mi casa está a tus órdenes.

—Gracias. ¿Cómo es que no te vi en el baile anoche? ¡Tú, que fuiste siempre un bailador tan simpático!

—Desgraciadamente Juanita fue a visitar a su madre a El Oro, y ahora, por lo tanto, soy un *platónico*. Ya estoy viejo para las señoritas.

—Ah, no. Un *caballero* de tu edad está en la flor de la vida. Pero, dime. ¿Es cierto lo que he sabido, que los maderistas están en Mapimí?

—*Sí*. Villa tomará pronto a Torreón, dicen, y entonces será únicamente cosa de unos cuantos meses, antes de que la revolución esté consumada.

—Yo creo que sí. Pero dime: tengo un gran respeto por tu opinión. ¿A cuál gallo me aconsejas que le apueste?

Nos acercamos a los contrincantes y los vimos de cerca, mientras sus dueños nos gritaban en los oídos. Estaban sentados en la orilla de la acera negligentemente, manteniendo apartados a sus animales. Eran casi las tres de la tarde.

—Pero ¿habrá hoy pelea de gallos? —les pregunté.

—¡*Quién sabe*! —dijo uno de ellos, arrastrando las palabras.

El otro apenas si balbuceó que posiblemente sería *mañana*. Lo que pasaba era que habían olvidado los espolones de acero en El Oro, y que habían enviado a un muchacho por ellos en un burro. El Oro se hallaba a cerca de diez kilómetros de camino de montaña.

Sin embargo, nadie se apuraba; de modo que también nosotros nos sentamos. Hizo su aparición entonces Catarino Cabrera, el dueño de la cantina, así como *jefe político* constitucionalista de Valle Alegre, muy borracho; iba del brazo de don Prisciliano Saucedes, el antiguo *jefe* bajo el gobierno de Díaz. Don Prisciliano es un buen mozo, un viejo castellano de cabello blanco, que prestaba dinero a los peones con el veinte por ciento de interés. Ferviente revolucionario, don Catarino, que había sido director de escuela, presta dinero a una tasa usuraria un poco menor a los mismos peones. Don Catarino no usa cuello, pero lleva un revólver al cinto y dos cartucheras. Don Prisciliano fue despojado de la mayor parte de sus propiedades durante la primera revolución por los maderistas de la ciudad, y después, desnudo, atado sobre su caballo y azotado por la espalda con el plano de una espada.

—¡Ay! —dijo en respuesta a mi pregunta—. ¡La revolución! ¡Yo tengo la mayor parte de ella sobre la espalda!

Y entraron los dos en la casa de don Prisciliano, donde Catarino cortejaba a su bellísima hija.

En ese instante, con el estrépito de los cascos de un caballo, apareció como relámpago el alegre y galanteador Jesús Triana, que fue capitán a las órdenes de Orozco. Pero Valle Alegre está a tres días a caballo de la vía férrea y la política no es un asunto importante allí; de tal manera que Jesús monta su caballo robado, impunemente, por las calles. Es un joven de elevada estatura, con unos dientes brillantes, un rifle, bandolera y pantalones de cuero, sujetos a los lados con botones tan grandes como un peso y sus espuelas de doble tamaño. Dicen que sus modales atrevidos, y el hecho de que mató a Emeterio Flores por la espalda, le ganaron la mano de Dolores, la hija menor de Manuel Paredes, el contratista carbonero. Se lanzó arroyo abajo al galope, mientras su caballo arrojaba una espuma sanguinolenta por el despiadado freno de barbada.

El capitán Adolfo Meléndez, del ejército constitucionalista, deslucía a la vuelta de la esquina un uniforme nuevo, flamante, de pana verde botella. Llevaba una elegante espada dorada que perteneció alguna vez a los Caballeros de Pitias. Adolfo vino a

Valle Alegre con una licencia de dos semanas, la que ha prolongado indefinidamente con el objeto de procurarse una mujer: la hija de catorce años del aristócrata de un pueblo. Dicen que su casamiento fue suntuoso, fuera de toda ponderación; que oficiaron dos sacerdotes y que los servicios duraron una hora más de lo acostumbrado. Pero esto puede haber constituido una buena economía para Adolfo, que ya tiene una esposa en Chihuahua, otra en Parral y una tercera en Monterrey y, desde luego, tenía que apaciguar a los padres de la novia.

Una gritería alborozada anunció a las cuatro y media la llegada del chiquillo que traía los espolones para los gallos. Se supone que se puso a jugar a las cartas en El Oro, olvidando de momento el objeto de su viaje.

Pero, claro, no se le hizo ningún reproche. Lo importante era que había llegado. Hicimos un gran círculo en el espacio abierto donde estaban los burros, para que los dos galleros comenzaran a «echar» sus animales. Pero a la primera embestida, el gallo al que todos habíamos apostado nuestro dinero extendió las alas y, ante el asombro de los espectadores, voló hasta el árbol del mezquite y desapareció finalmente rumbo a las montañas. Diez minutos después los dos galleros se repartían ante nosotros, indiferentes, los dineros recaudados, y todos nos fuimos a casa muy contentos.

Fidencio y yo fuimos a comer al hotel de Carlitos Chi. En todo México, en cada pequeña población, hay un chino que monopoliza los negocios de hoteles y restaurantes. Carlitos y su primo Fu estaban casados con hijas de familias respetables, de moradores pueblerinos. A nadie le parecía aquello inusitado. Los mexicanos parecen no tener ningún prejuicio racial. El capitán Adolfo, ataviado con un brillante uniforme caqui amarillo y espada, se presentó con su recién desposada novia: una muchacha lánguida muy morena; tenía el pelo cortado en un cerquillo sobre la frente y llevaba unos aretes relucientes, como arañas. Carlitos plantó delante de cada uno de nosotros un cuarto de botella de *aguardiente* y, sentándose a la mesa, se dedicó a flirtear muy cortésmente con la señora Meléndez, mientras Fu servía la comida, animada por alegre charla social en un lenguaje mexicano chapurreado.

Se hacían los preparativos para la celebración de un *baile* aquella noche en la casa de don Prisciliano, y Carlitos, muy atentamente, ofreció enseñar a la esposa de Adolfo un nuevo estilo de baile que había aprendido en El Paso, llamado «el trote del pavo». Así lo había venido haciendo; pero Adolfo comenzó a ponerse hosco y anunció que no creía poder ir a la casa de don Prisciliano, ya que consideraba indebido que las esposas jóvenes se exhibieran demasiado en lugares públicos. Carlitos y Fu manifestaron su pesar, tanto más que varios de sus paisanos estarían aquella noche en el poblado, procedentes de Parral y, dijeron claro, querían armar juntos un pequeño holgorio chino.

Así que Fidencio y yo partimos, finalmente, no sin prometer solemnemente que volveríamos a tiempo para las festividades chinas después del baile.

Afuera, la luz de una hermosa luna inundaba todo el poblado. Los tejados, sin orden, semejaban aeroplanos plateados subiendo; las copas de los árboles resplandecían. El arroyo corría a lo lejos como si fuera una catarata congelada, mientras el valle inmenso se hundía en una suave y densa niebla, Los murmullos humanos se multiplicaban en la oscuridad: las risas excitadas de las jóvenes; el alentar de una mujer en una ventana, ante el vertiginoso torrente de palabras del hombre que se reclinaba en sus rejas; una docena de guitarras que se acompañaban sin saberlo; las espuelas sonando nítidamente de un joven que se apresuraba para ir a ver a su *novia*. Hacía frío. Al pasar por la puerta de la casa de Cabrera, sentimos un vaho alcohólico, como humo caliente. Más adelante se cruzaba el arroyo sobre unas piedras, donde unas mujeres lavaban sus ropas. Subiendo al margen opuesto vimos iluminadas las ventanas de la casa de don Prisciliano, al mismo tiempo que oíamos los acordes lejanos de la orquesta de Valle Alegre.

Las puertas y las ventanas abiertas estaban pletóricas de hombres, peones de talla elevada, morenos, silenciosos, envueltos en sus cobijas hasta los ojos, mirando el baile con ojos ansiosos y solemnes: un bosque de sombreros.

Fidencio había retornado a Valle Alegre, después de una larga ausencia; estando afuera, lo vio un joven alto y, haciendo a un lado su sarape, girando, tal como si fuera un ala, abrazó a mi amigo, gritando:

—¡Feliz regreso, Fidencio! ¡Te esperábamos ya hace muchos meses!

El grupo se arremolinó, se apretujaba como un trigal azotado por el viento; las frazadas oscuras volaban contra la noche. Repetían el grito:

—¡Fidencio! ¡Aquí está Fidencio! Tu Carmencita está adentro, Fidencio. ¡Debías haber tenido cuidado de tu novia! ¡No podías estar ausente tanto tiempo y esperar que te siguiera siendo fiel!

Los que estaban adentro repitieron los gritos haciéndose eco de los de fuera; el baile, que acababa de empezar, se suspendió repentinamente. Los peones hicieron una valla bajo la cual pasamos, dándonos palmaditas en las espaldas con amistosas palabras de bienvenida y afecto; en la puerta se apiñaba una docena de amigos para abrazarnos, iluminados los rostros de alegría.

Carmencita era una indita regordeta, con un vestido de los que se compran hechos, azul chillón, que no le quedaba bien; estaba de pie cerca de un rincón al lado de un tal Pablito, su compañero, un joven mestizo como de dieciséis años, mal encarado. Ella simulaba no prestar atención a la llegada de Fidencio; estaba parada, muda, con la vista fija en el suelo, como corresponde a una mujer mexicana que es soltera.

Fidencio echó unas cuantas baladronadas entre sus *compadres* al verdadero estilo que lo hacen los hombres, durante unos minutos, intercalando en su conversación algunos temas viriles en voz alta. Y acto seguido, con aire de altivez, cruzó la pieza en línea recta adonde estaba Carmencita y la tomó por el brazo derecho, gritando:

—¡Bueno, ahora vamos a bailar!

Y los músicos, sonrientes, sudorosos, dándose codazos, comenzaron a tocar.

Los filarmónicos eran cinco: dos violines, un cornetín, una flauta y un arpa. Ejecutaron *Tres Piedras*. Las parejas se alinearon, marchando solemnemente por la sala. Después de dar dos vueltas, comenzaron a bailar, saltando con dificultad sobre el áspero y duro piso de tierra, repleto de espuelas que resonaban; cuando habían bailado dos o tres veces, sin sentarse, paseaban otra vez, después bailaban nuevamente, y otro paseo; así cada período de baile tomaba como una hora.

Era una habitación larga, de techo bajo, con paredes blanqueadas y cielo rosa de vigas entrelazadas con barro arriba; en un ángulo estaba la inevitable máquina de coser, cerrada y convertida en una especie de altar, cubierta con una tela diminuta bordada, sobre la cual ardía la llama de una vela perpetua, ante una estampa impresa en colores, muy charra, de la Virgen, que colgaba de la pared. Don Prisciliano y su esposa, que amamantaba a un niño, rebosaban de alegría en sus sillas, al otro extremo de la pieza. Había gran cantidad de velas ardiendo a un lado y metidas en el muro en todo el derredor, desde donde dejaban huellas de hollín por encima de ellas en lo blanco de la pared. Los hombres producían un prodigioso pataleo y retintín con las espuelas al bailar, vociferando ruidosamente entre sí. Las mujeres no hablaban; tenían los ojos clavados en el suelo.

Hasta mí llegaban fragmentos de la conversación de los peones:

—Fidencio no debió haber estado ausente tanto tiempo.

—¡*Caramba*! Vean de la manera que Pablito pone mal gesto allá. Creyó seguramente que Fidencio había muerto y que Carmencita era suya.

En seguida la voz de uno que esperaba:

—¡Tal vez habrá pelea!

El período de baile terminó al fin, y Fidencio llevó a su prometida correctamente a su asiento contra la pared, al concluir de tocar la música. Los hombres salieron apresuradamente a la calle donde, al resplandor de una antorcha, vendía botellas de licor fuerte el gallero perdidoso. Brindamos a nuestra salud alborozadamente en el parque de las trampas galleras. Las montañas alrededor resplandecían con la luna. Y así, poco después, porque los intervalos entre los períodos de baile eran muy cortos, oímos la música empezar de nuevo como una erupción volcánica, exuberante, tocando un vals. Fidencio volvió a la sala de baile, siendo el centro de atracción de veinte jóvenes curiosos y entusiastas, porque él había viajado… Se fue derecho a Carmencita; pero en el momento en que la sacaba a la sala, Pablito se deslizó detrás de ellos, sacando un enorme y anticuado pistolón. Se oyeron una docena de gritos:

—¡*Cuidado*, Fidencio!

Se volvió rápidamente, encontrándose el revólver apuntando a su estómago. Durante unos segundos nadie se movió. Fidencio y su rival se miraban con ojos iracundos. Se oyó el piñonear amortiguado de las automáticas por todas partes, al

sacar los caballeros sus armas y amartillarlas, porque algunos de ellos eran amigos de Pablito. Oí algunos que dijeron en voz baja:

—¡Porfirio, vete a casa y trae mi escopeta!

—¡Victoriano! ¡Mi rifle nuevo! Está sobre la cómoda en el cuarto de mamá.

Un enjambre de chiquillos como nube de peces voladores se dispersaron a la luz de la luna, para traer las armas de fuego. Mientras tanto, se conservó el *status quo*. Los peones se habían encuclillado fuera de la zona de peligro; pero de tal modo, que pudieran atisbar por arriba de los antepechos de las ventanas, por donde vigilaban los acontecimientos con un interés regocijado. La mayor parte de los músicos buscaban refugio, orillándose hacia la ventana más próxima. Sin embargo, el arpista se había colocado detrás de su instrumento. Don Prisciliano y su esposa, quien amamantaba todavía su niño, se levantaron y encaminaron majestuosamente hacia alguna parte del interior de la casa. Esto no era asunto suyo; además, no deseaban interponerse en los placeres de la gente joven.

Fidencio empujó con cuidado a Carmencita con un brazo, para llevársela, mientras tenía la otra mano suspendida como una garra. Y, en medio de un sepulcral silencio, dijo:

—¡Tú, cabroncito! ¡No te quedes ahí apuntándome con eso, si tienes miedo de disparar, jala del disparador ahora que estoy desarmado! ¡No tengo miedo de morir, aun si es a manos de un mentecato, enclenque, que no sabe cuándo utilizar una pistola!

La cara del muchacho se contrajo en un gesto de rencor; creí que iba a disparar.

—¡Ah! —murmuraron los peones—. ¡Ahora! ¡Ahora es cuándo!

Pero no lo hizo. Después de unos cuantos segundos, vaciló su mano, y lanzando una injuria, volvió la pistola a su bolsillo. Los peones se incorporaron, así como la multitud que estaba en las puertas y ventanas, todos contrariados. El arpista se levantó y comenzó a templar su arpa. Todo era guardar revólveres y pistolas en sus fundas; la vivacidad del charloteo social creció nuevamente. Cuando llegaron los chicos con un arsenal completo de rifles y escopetas, ya se había reanudado el baile. De modo que las armas fueron apiladas en un rincón.

Fidencio permaneció allí mientras Carmencita reclamaba sus atenciones amorosas y hubo alguna posibilidad de fricción. Se contoneaba entre los hombres y recogía la admiración de las señoras, ganando a todos a bailar en velocidad, languidez y algazara.

Pero pronto se cansó de aquello; el estímulo del encuentro con Carmencita perdió su atractivo para él. De modo que salió del salón, a la luz de la luna, encaminándose por el arroyo a tomar parte en la fiesta de Carlitos Chi.

Al aproximarnos al hotel nos dimos cuenta de un sonido curioso, como quejidos apenas perceptibles, que parecían música. La mesa había sido retirada del comedor y llevada a la calle; en la habitación se hallaba el troteador del pavo, Fu y otro *celestial*. En un rincón, sobre un bastidor, habían colocado un barril de *aguardiente*, debajo

del cual estaba tendido el mismo Carlitos, que tenía en la boca un tubo de cristal, con el cual extraía —a la manera de un sifón— el licor del barril.

Había una gran caja de cigarrillos mexicanos, abierta a golpes por un lado; los paquetes de cigarrillos estaban regados por el suelo. En otras partes de la pieza estaban dos chinos más, durmiendo el profundo sueño de los extremadamente borrachos, envueltos en unas cobijas. Los dos que habían bailado, cantaban, mientras tanto, su propia versión de la que fuera popular canción y pieza de baile en los Estados Unidos, llamada *Ojos Soñadores*. En contraste con esto, un fonógrafo, instalado en la cocina, tocaba la espléndida marcha del Tannhäuser, *El Coro de los Peregrinos*. Carlitos se quitó el tubo de la boca, le puso un dedo encima, y nos dio la bienvenida con un himno que cantó así:

¡Tira para la playa, marinero,
tira para la playa!
¡No hagas caso al humilde lavandero,
sino tira para la playa!

Nos examinó con un ojo legañoso, y nos previno:

—¡Cuidado ustedes, que Carlitos está aquí con nosotros esta noche!

Después de lo cual volvió el sifón a su boca. Participamos en aquellas festividades. Fidencio ofreció la exhibición de los pasos de un nuevo *fandango* español, según lo bailaban los condenados «langostas» —como llaman los mexicanos a los españoles—. Zapateó berreando por todo el salón, chocando con los chinos y bramando *La Paloma*.

Finalmente, se desplomó, sin respiración, sobre una silla, y empezó a comentar acerca de los muchos encantos de la novia de Adolfo, a quien había visto por primera vez aquel día. Manifestó que era una vergüenza que un alma tan joven y alegre estuviera atada a un hombre de edad madura; dijo que él representaba a la juventud, la fuerza y la gallardía, y que él estaba mejor dotado para ser su compañero, que Adolfo. Agregando que, según avanzaba la noche, sentía que la deseaba más y más. Carlitos Chi, con su tubo de vidrio en la boca, asentía comprensivamente a cada una de esas aseveraciones. Tuve una idea afortunada. ¿Por qué no enviar por Adolfo y su mujer e invitarlos a que nos hicieran compañía en la fiesta? Fueron levantados a puntapiés los chinos que dormían en el suelo, a fin de pedirles su opinión. Dado que no hablaban inglés ni español, dieron su respuesta en chino.

Fidencio hizo la traducción.

—Dicen —manifestó—, que Carlitos debe llevar la invitación.

Estuvimos de acuerdo. Carlitos se levantó, tomando Fu su lugar con el tubo de vidrio. Hizo la declaración de que los invitaría en los más irresistibles términos y, fajándose su revólver, desapareció.

Diez minutos después oímos cinco disparos. Analizamos la cuestión pormenorizadamente, sin llegar a comprender por qué había salvas de artillería a aquellas horas de la noche, con la posible excepción de que probablemente dos de los asistentes, al salir del *baile*, se estuvieran dando de balazos antes de irse a dormir. Carlitos tardaba; entretanto ya estábamos considerando la viabilidad de enviar una expedición para buscarlo, cuando llegó.

—Bueno, ¿qué pasó, Carlitos? —le pregunté—. ¿Vendrán?

—No lo creo así —contestó dudosamente, bamboleándose en el umbral de la puerta.

—¿Oíste el tiroteo? —interrogó Fidencio.

—Sí, muy cerca —dijo Carlitos—. Fu, ¿si fueras tan amable de quitarte de abajo de ese tubo…?

—¿Qué sucedió? —preguntamos.

—Bueno —dijo Carlitos—, toqué a la puerta de Adolfo y le dije que teníamos aquí una fiesta y queríamos que viniera. Me disparó tres tiros y yo le dispare dos.

Y al decir esto, Carlitos tiró de una pierna de Fu, sacándolo, y tranquilamente se echó otra vez debajo del tubo de vidrio.

Debimos haber permanecido allí algunas horas después de eso. Recuerdo que ya amaneciendo llegó Ignacio y nos tocó el *Adiós*, de Tosti, al compás del cual bailaron todos los chinos muy seriamente.

Como a las cuatro de la mañana apareció Anastasio. Abrió la puerta, de golpe, y se plantó allí con una pistola en la mano.

—Amigos —exclamó—, ha ocurrido algo muy desagradable. Mi esposa, Juanita, regresó de la casa de su madre como a la medianoche, en un burro. Fue detenida en el camino por un hombre embozado en un *poncho*, que le dio una carta anónima en que se detallaban todas mis pequeñas diversiones cuando fui la última vez de paseo a Juárez. He visto la carta. ¡Y es sorprendentemente exacto lo que dice! Relata cómo fui a cenar con María y después la acompañé a su casa. Dice cómo llevé a Ana a los toros. Describe el pelo, el cutis y el carácter de todas las otras mujeres y lo que gasté con ellas. ¡*Caramba*! ¡Y es rigurosamente exacto, al centavo! Cuando llegó a casa, yo estaba tomando una copa en la cantina de Catarino con un viejo amigo. El forastero misterioso se presentó en la puerta de la cocina con otra carta en la que decía que yo tengo tres esposas más en Chihuahua; lo que, Dios lo sabe, no es cierto, ¡porque sólo tengo una! No es que me preocupe, *amigos*, pero esas cosas han trastornado horriblemente a Juanita. Claro, yo he negado esos cargos, pero ¡*válgame Dios*! ¡Las mujeres son tan poco razonables! Contraté a Dionisio para vigilar mi casa, pero se fue al *baile*; con tal motivo, levanté y vestí a mi pequeño, para que me avisara de cualquier nuevo atentado; he venido aquí en busca de su ayuda para proteger a mi hogar de esta desgracia.

Manifestamos que haríamos cuanto fuera necesario por Atanasio —cualquier cosa — esto es, que lo ameritara. Declaramos que eso era terrible, y que a ese forastero perverso había que exterminarlo.

—¿Quién puede ser?

Atanasio repuso que probablemente era Flores, que había tenido un niño con su señora antes de que él se casara con ella, pero que nunca había podido conquistar sus afectos. Lo obligamos a tomar *aguardiente* y bebió muy pensativo. Carlitos Chi se desprendió del tubo, picado en su afán de investigar, tomando su lugar Fu, a quien envió a buscar armas. Volvió en diez minutos con siete revólveres cargados, de diferentes marcas.

Casi inmediatamente golpearon furiosamente la puerta, entrando como tromba el pequeño hijo de Atanasio.

—¡Papá! —gritó, mostrando un papel. ¡Aquí hay otro! El hombre tocó por la puerta de atrás, y cuando mamá fue a ver quién era, pudo ver solamente una gran manta roja, que lo cubría completamente, hasta el pelo. Le dio una nota y corrió, llevándose un pan grande por la ventana.

Con manos trémulas Atanasio desdobló el papel y leyó en voz alta:

> Su esposo es el padre de cuarenta y cinco niños en el Estado de Coahuila.
> Firmado: Alguno que lo conoce.

—¡Madre de Dios! —gritó exasperado Atanasio, poniéndose de pie, en un rapto de pesar y cólera—. ¡Eso es mentira! ¡Siempre me han calumniado! ¡Adelante, amigos míos! ¡Defendamos nuestros hogares!

Cogiendo nuestras armas nos lanzamos afuera, en la oscura noche. Tambaleando, jadeantes, por la escarpada cuesta hacia la casa de Atanasio, muy juntos, para que así ninguno pudiera ser confundido por los otros con el forastero misterioso. La esposa de Atanasio estaba en la cama, llorando histéricamente. Nos dispersamos entre la maleza y hurgamos por los callejones alrededor de la casa, pero no resultó nada. En un rincón del corral estaba tirado Dionisio, el velador, profundamente dormido, con su rifle al costado. Pasamos por arriba del cerro hasta llegar a la orilla de la ciudad. Ya despuntaba la aurora; un coro interminable de gallos era lo único que se oía, además de la inefable música del *baile* en casa de Don Prisciliano, que probablemente seguiría todo ese día y la noche siguiente. A distancia, el inmenso valle era como un gran mapa, tranquilo, claro, enorme. Todos los ángulos de las casas, las ramas de los árboles y la brizna de hierba en los tejados, resaltaban con la maravillosa claridad de la luz al romper el alba.

A lo lejos, sobre una ladera de la montaña rojiza, iba un hombre cubierto con un sarape rojo.

—¡Ajá! —gritó Atanasio—. ¡Allá va!

Y abrimos el fuego unánimemente sobre la manta roja. Éramos cinco, y teníamos seis cartuchos cada uno, que repercutieron pavorosamente entre las casas y retumbaron de montaña en montaña, repitiéndose cada uno centenares de veces. De pronto, el poblado arrojó una multitud de hombres, mujeres y niños a medio vestir. Seguramente pensaron que había estallado una nueva revolución. Una anciana arrugada, muy vieja, salió de una pequeña y oscura casa a la orilla del pueblo, restregándose los ojos.

—¡*Oigan*! —gritó—. ¿A qué le están tirando?

—¡Tratamos de matar a ese hombre maldito de la frazada roja, que está emponzoñando nuestros hogares y haciendo de Valle Alegre un lugar imposible para que viva una mujer decente! —gritó Atanasio.

La anciana esforzó sus ojos legañosos sobre nuestro blanco.

—Pero —dijo tranquilamente—, ése no es un mal hombre. Es mi hijo que va a cuidar las cabras.

Entretanto, el sujeto de la cobija roja, sin mirar atrás siquiera, seguía su apacible camino hasta desaparecer.

Capítulo III

LOS PASTORES

El romance del oro se aferra a las montañas del norte de Durango, igual que un viejo perfume.

Se dice que en aquella región estuvo aquel fabuloso Ofir, de donde habían sacado los aztecas y sus misteriosos predecesores, el áureo metal rojo que encontró Cortés en el tesoro de Moctezuma. Antes de alborear la historia de México, los indios arañaban esas laderas inhóspitas de los cerros, con toscos cuchillos de cobre. Todavía pueden verse los rastros de sus labores. Y después de ellos, los españoles, con sus yelmos resplandecientes y brillantes armaduras de acero, llenaron con lo extraído de esas montañas, las naves orgullosas de los tesoros de las Indias. A más de mil seiscientos kilómetros de la capital mexicana, sobre desiertos sin caminos y montañas terriblemente pedregosas, se arrojó un fragmento lleno de colorido, de la civilización más brillante de Europa, entre los cañones y altas cimas de esta desolada tierra; y tan lejos quedaba de su base para obtener relevos, que mucho después de haber desaparecido para siempre el régimen colonial hispano, éste persiste aquí todavía. Los españoles esclavizaron a los indios de la región, claro, y los estrechos valles, arrasados por los torrentes, están todavía plenos de siniestras leyendas. Cualquiera puede relatar historias de antaño, en torno a Santa María del Oro, y sobre la época en que flagelaban a los hombres en las minas, mientras los sobrestantes españoles vivían como príncipes.

Pero era una raza fuerte: eran montañeses, siempre dispuestos a rebelarse. Hay una leyenda sobre cómo los españoles, al descubrir que estaban solos, aislados a doscientas leguas de la costa, en medio de una raza indígena, numerosa y hostil, intentaron salir una noche de las montañas. Pero surgieron hogueras en los picos más altos, y las poblaciones montañesas vibraron al son de sus tambores de guerra. Los españoles desaparecieron para siempre entre los desfiladeros inaccesibles. Y desde esa época, hasta que ciertos extranjeros pudieron obtener concesiones mineras allí, el paraje ha tenido siempre una mala reputación. Las autoridades del gobierno mexicano raramente llegan allí.

Hay dos poblados que fueron los principales de los españoles buscadores de oro en esta región, y donde todavía es fuerte la tradición hispana: Indé y Santa María del

Oro, más conocida por El Oro. Indé fue llamada así por los españoles, románticamente, por su persistente creencia de que este Nuevo Mundo era la India; Santa María fue bautizada con ese nombre sobre idéntico principio, por el que se canta un Tedeum en honor de una victoria sangrienta; es un agradecimiento al cielo por el hallazgo del oro rojo, Nuestra Señora del Oro.

En El Oro pueden verse todavía las ruinas de un monasterio al que llaman ahora, de una manera vaga, El Colegio, con sus pequeños y típicos tejados de arco, en una hilera de celdas monásticas de adobe, que se pudren rápidamente bajo soles ardientes y lluvias torrenciales. Rodea en parte lo que fue el patio del claustro, destacándose un árbol enorme de mezquite sobre la olvidada lápida mortuoria de una antigua tumba, que tiene la inscripción señorial de Doña Isabel Guzmán. Claro que nadie recuerda quién fue Doña Isabel, o cuándo murió. Aún existe, en la plaza pública, una antigua y bella iglesia española, con su cielo raso de vigas. Y sobre la puerta del minúsculo palacio municipal está casi borrado el escudo de armas, entallado, de alguna antigua casa española.

Pero he aquí el romance: Como los moradores se cuidan poco de la tradición y apenas si guardan alguna memoria de los antiguos habitantes que dejaron esos monumentos, la exuberante civilización indígena ha destruido todas las huellas de los *conquistadores*.

El Oro se distingue como la ciudad más alegre de toda la región montañosa. Hay *bailes* casi todas las noches; y es bien sabido en todas partes que El Oro es la cuna de las muchachas más bonitas de Durango. En El Oro también se celebran los días de fiesta con más alborozo que en otras localidades. Todos los que hacen el carbón vegetal, los pastores de cabras, arrieros y rancheros, de muchos kilómetros a la redonda, vienen en los días festivos; de tal modo que un día de fiesta se convierte, generalmente, en dos o tres de asueto, porque se necesita un día para la fiesta, otro para ir, y un tercero para el regreso al hogar.

¡Y qué *Pastorelas* las de El Oro! Durante las fiestas de los Santos Reyes, una vez al año, representan Los Pastores en todos lados de esta parte del país. Es una antigua representación autodramática, de la especie que efectuaban en toda Europa en el Renacimiento, del género que originó el drama Isabelino, y que ahora ha desaparecido completamente del mundo. Fue transmitido de la madre a la hija, desde la más remota antigüedad. Se le llama *Luzbel* —Lucifer en español—, y describe al hombre malo en medio de su pecado mortal. Lucifer, el gran enemigo de las almas, y la eterna piedad de Dios hecho carne en el Niño Jesús.

En la mayor parte de los poblados hay solamente una representación de Los Pastores. Pero en El Oro hay tres o cuatro en la noche de los Santos Reyes, y otras en diferentes épocas del año, según el impulso del espíritu festivo. El *cura*, o sea el sacerdote del poblado, es todavía el que entrena a los actores. La representación, sin embargo, ya no se lleva a cabo en la iglesia. De generación en generación, se le han

venido añadiendo cosas, algunas deformándola, para satirizar a personas del poblado. Se ha transformado en demasiado profana, demasiado realista para la iglesia; pero aún indica la gran moral religiosa medieval.

Fidencio y yo cenamos temprano la noche de los Santos Reyes. Después me llevó a un pasadizo estrecho, como callejón entre paredes de adobe, que conducía por un lugar baldío a un corralito, detrás de una casa de donde colgaban chiles rojos. Por debajo de las piernas de dos burros contemplativos se escurrían perros y gallinas, uno o más cerdos, y un enjambre de chiquillos morenos desnudos. Sobre una caja de madera estaba sentada una vieja bruja, arrugada, fumando un cigarrillo de hoja de maíz. Al llegar nosotros se levantó, murmurando algunas palabras de saludo ininteligibles. No tenía dientes; levantó la tapa de la caja y sacó una *olla* colmada de *aguardiente* acabado de hacer. El alambique estaba en la cocina. Le pagamos un peso de plata, y la bebida circuló entre los tres, con muchos cumplidos y deseos por nuestra salud y prosperidad. El cielo crepuscular sobre nuestras cabezas se puso amarillo y después verdoso, en tanto que brillaban unas cuantas estrellas sobre las montañas. Oíamos risas y guitarras de la parte baja del poblado, así como los ruidosos gritos de los carboneros que remataban su día de fiesta muy animados. La vieja señora bebió más de lo que le correspondía…

—¡Oiga, madre! —preguntó Fidencio—. ¿Dónde van a dar Los Pastores esta noche?

—Hay muchos Pastores —le contestó mirándolo de reojo—. ¡*Caramba*! ¡Qué año éste para Pastores! Hay unos en la escuela, otros detrás de la casa de Don Pedro, otros en la *casa* de Don Mario, y unos más en la casa de Petrita, la que se casó con Tomás Redondo, que murió el año pasado en las minas. ¡Que Dios lo haya perdonado!

—¿Cuáles son los mejores? —interrogó Fidencio, dando con el pie a una cabra que pretendía entrar en la cocina.

—¡*Quién sabe*! —Y se encogió de hombros dudosamente—. Si no tuviera tan duros los huesos, iría a los de Don Pedro. Pero saldría descontenta porque ya no hay, en estos días, Pastorelas como las que hacíamos cuando yo era muchacha.

Fuimos, por lo tanto, a la de Don Pedro, bajando por una calle accidentada, despareja, donde se detenían a cada paso los juerguistas escandalosos que se habían quedado sin blanca, y que deseaban encontrar algún sitio donde beber a crédito. La casa de Don Pedro era grande, como correspondía al hombre más rico del pueblo. La plaza abierta, rodeada por sus construcciones que, de otro modo, hubiera sido un corral ordinario; pero Don Pedro podía disponer hasta de un patio, en el que abundaban los arbustos fragantes y nopales con una fuente rústica de cuyo centro salía el agua por un tubo de hierro viejo. Se entraba al patio por un pasaje negro y estrecho, abovedado, en el que estaban sentados los músicos que tocaban. Por el lado de afuera, en la pared, estaba encajada una antorcha de pino por uno de sus extremos;

debajo de ella, un hombre que cobraba cincuenta centavos por la entrada. Observamos durante un rato, pero parecía que nadie pagaba por entrar. Lo rodeaba una multitud de escandalosos, alegando que ellos tenían prerrogativas especiales para poder pasar gratuitamente. Uno, porque era primo de Don Pedro; otro porque era su jardinero; un tercero, porque estaba casado con la hija de su suegra en su primer matrimonio; una mujer insistía en que era la madre de uno de los actores. Pero había otras entradas, en las que no estaba ningún guardián; y al través de ellas —cuando no podía engatusar al que estaba en la puerta principal— se colaba rápidamente la muchedumbre. Pagamos nuestra entrada en medio de un asombrado silencio, y pasamos.

Una espléndida luna blanca inundaba con su luz el lugar. El patio se inclinaba hacia arriba, a la montaña, por donde no había pared que impidiera ver las grandes planicies relucientes de tierra adentro, que se volcaban para confundirse con el cielo bajo, color jade. Del tejado poco elevado de la casa colgaba un dosel de lona sobre un sitio plano, apoyado en postes torcidos, como si fuera la tienda de campaña de un rey beduino. Su sombra tornaba la claridad de la luna en una sombra más negra que la noche. Afuera del lugar, en su derredor, alumbraban seis antorchas clavadas en el suelo, despidiendo nubes delgadas de humo negro. No había ninguna luz bajo el dosel, a no ser los fugaces destellos de incontables cigarrillos. A lo largo de la pared de la casa estaban de pie las mujeres, vestidas de negro, con mantillas del mismo color en la cabeza, mientras los hombres de la familia se acuclillaban sobre sus pies. Todos los espacios, entre sus rodillas, estaban ocupados por los niños. Hombres y mujeres por igual fumaban sus cigarrillos, que bajaban tranquilamente, de manera que los chicos pudieran dar una fumada. Era un auditorio tranquilo: hablaba poco y con suavidad, esperando contento, miraba la luz lunar en el patio y escuchaba la música, cuyo sonido venía, lejano, desde el pasaje de entrada. De improviso rompió a cantar un ruiseñor en alguna parte entre los arbustos, y todos quedamos estáticos, silenciosos, escuchándolo. Fueron despachados algunos chiquillos a decir a los músicos que se callaran mientras el pájaro cantaba. Aquello era conmovedor.

Durante todo este tiempo no había ninguna señal de los actores. No sé cuánto tiempo estuvimos sentados allí, pero nadie hacía comentario alguno sobre el particular. El auditorio no estaba allí precisamente para ver a Los Pastores; estaba para ver y oír lo que pasara e interesado en todo ello. Pero siendo un hombre del oeste norteamericano, inquieto y práctico, ¡ay de mí!, rompí el encanto del silencio para preguntar a una mujer que estaba junto a mí, cuándo empezaría la función.

—¡Quién sabe! —me contestó tranquilamente.

Un hombre que acababa de llegar, después de darle vueltas a mi pregunta en su mente, se inclinó de través.

—Tal vez mañana —dijo. Noté que la música ya no tocaba—. Parece —prosiguió—, que hay otra Pastorela en la casa de doña Petrita. Me dicen que los actores que

iban a trabajar aquí, se han marchado allá para verla. Y los músicos también se han ido para allá. He estado considerando seriamente el irme yo también.

Lo dejamos, pensando todavía seriamente; el resto del auditorio se había acomodado para pasar una velada de charla placentera, olvidando por completo, aparentemente, la Pastorela. Afuera, el recogedor de boletos, con nuestro peso, había reunido desde hacía largo rato a los que lo rodeaban para buscar la agradable alegría de una cantina.

En esas circunstancias, nos encaminamos lentamente por la calle hacia la orilla del poblado, donde las enyesadas paredes de las casas de los ricos contrastaban con los simples adobes de las de los pobres. Allí terminaban todas las pretendidas calles; íbamos por las veredas de los burros, entre chozas desparramadas de acuerdo con el antojo de sus dueños, atravesando corrales en ruinas hasta la casa de la viuda de don Tomás. La construcción de ésta era de ladrillos de lodo, secados al sol, parte de ellos encajados en la misma montaña, y que semejaban a lo que debe haber sido el establo de Belén. Y como si deseara completar la analogía, estaba echada una hermosa vaca a la luz de la luna, debajo de la ventana, resoplando y rumiando su paja. Veíamos, al través de la ventana, y la puerta, sobre un mar de cabezas, el reflejo de la luz de las velas en las vigas y oíamos un canto plañidero, de voces infantiles, al mismo tiempo que golpear cayados en el suelo al compás del sonido de cencerros.

Era un cuarto blanqueado, bajo de techo, con piso de tierra y, arriba, traviesas entrelazadas con lodo, igual que cualquier habitación campesina de Italia o Palestina. En el extremo más distante de la puerta estaba una mesita en la que había montones de flores de papel, donde ardían dos grandes cirios de iglesia. Arriba, en la pared, colgaba un cromo de la Virgen y el Niño. En medio de las flores se asentaba un modelo de madera, minúsculo —una cuna— en la que se veía un muñeco plomizo que representaba al Niño Jesús. Todo el resto del cuarto, menos un reducido espacio en el centro, estaba repleto de gente: una valla de niños sentados con las piernas cruzadas alrededor del escenario, muchachos y muchachas de mediana edad, arrodillados, y detrás de ellos, hasta obstruir la puerta, peones encobijados, sin sombrero, anhelantes y curiosos. Por alguna preciosa casualidad, una mujer, sentada junto al altar, amamantaba a un niño con el pecho descubierto. Estaba otra mujer con sus niños apoyada en la pared y junto a ellos una entrada angosta, con una cortina, que daba a otro cuarto desde donde podíamos oír las risas ahogadas de los actores.

—¿Ya comenzó? —pregunté a un muchacho que se hallaba junto a mí.

—No —contestó—; salieron a cantar una canción únicamente para ver si el escenario es lo bastante grande.

Era un grupo divertido, bullicioso, cambiando chistes y charlando por arriba de sus cabezas. Muchos de los hombres estaban animados por el *aguardiente*, cantando pedacitos de canciones obscenas, con los brazos echados por arriba del hombro entre sí, y surgiendo a cada rato pequeños pero violentos incidentes, que

podían conducir a cosas mayores, ya que todos iban armados. Y, en aquel momento precisamente, se oyó una voz que decía:

—¡Chis! ¡Van a empezar!

Se levantó el telón y Lucifer, arrojado de la gloria debido a su indomable orgullo, estaba delante de nosotros. Era una muchacha joven; todos los actores eran muchachas, diferenciándose de las representaciones autodramáticas preisabelinas, en que los actores eran muchachos. Llevaba una indumentaria en la que cada pieza había sido transmitida desde una remota antigüedad. Era roja, desde luego, de cuero rojo; el color medieval asignado a los diablos. Pero la parte excitante de esto era precisamente que el uso del uniforme de un legionario romano fuera tradicional —porque los soldados romanos que crucificaron a Cristo eran considerados un poco menos que diablos en la Edad Media—. Estaba vestida con un amplio jubón saya de cuero rojo, bajo el cual tenía unos calzones festonados, que le llegaban casi arriba de los zapatos. Parecería no haber mucha coherencia en ello, a menos que recordemos que los legionarios romanos usaban pantalones de cuero en Bretaña y España. Su casco estaba muy deformado, por las plumas y flores que le habían agregado; pero debajo de éstas se podía encontrar la semejanza con el casco romano. Su pecho y espalda estaban cubiertos por una coraza, la que en lugar de acero estaba hecha de espejos pequeños. Tenía una espada colgada a un costado. Sacándola, se pavoneó en torno del escenario e imitando la voz de un hombre, dijo:

¡Yo soy luz; en mi nombre se ve!
Pues con la luz
que bajé
todo el abismo encendí…

Un monólogo espléndido de Lucifer, arrojado de la gloria:

—Yo soy luz, como lo proclama mi nombre, y la luz de mi caída ha iluminado a todo el gran averno. Porque no quise humillarme, yo, que fui el capitán general, que lo sepan todos los hombres, yo soy ahora el maldito de Dios… A vosotras, oh montañas, y a vos, oh mar, me quejaré, y así, ¡ay de mí!, descansará mi pecho oprimido… Fortuna despiadada, ¿por qué eres tan severamente inflexible?… Yo, que ayer moraba tranquilo allá en el firmamento rutilante, soy ahora el desheredado, el desamparado. A causa de mi loca envidia y ambición, por mi arrebatada soberbia, mi palacio de ayer ya no existe, y hoy estoy triste entre estas montañas, mudos testigos de mi aflictiva y lastimosa condición… ¡Oh, montañas! ¡Felices vosotras! ¡Felices con todo, ya seáis desnudas y desiertas, o alegres y frondosas de verdor! ¡Oh, vosotros, veloces arroyos que corréis libres, miradme!…

—¡Bueno, bueno! —prorrumpió el público.

—¡Así es como se va a sentir Huerta cuando entren los maderistas a la ciudad de México! —gritó un revolucionario incorregible, entre las risas de todos.

—Miradme en mi tribulación y pecado… —prosiguió Luzbel.

Pero entonces salió un gran perro de atrás del telón, meneando alegremente su cola. Intensamente satisfecho de sí mismo, se dio a oler a los niños, lamiendo una cara aquí y allá. Un chiquitín le pegó fuertemente y, el perro, asustado y atónito, salió precipitadamente por entre las piernas de Lucifer, en medio de aquella sublime peroración. Lucifer cayó por segunda vez y, levantándose entre la desatada hilaridad del auditorio, lo amenazó con su espada. Entonces se echaron encima del perro cuando menos cincuenta espectadores y lo arrojaron aullando, con lo que siguió la representación.

Laura, casada con Arcadio, un pastor, entró cantando a la puerta de su casucha, es decir, salió de entre el telón…

—¡Qué apaciblemente cae la luz de la luna y las estrellas en esta noche soberanamente hermosa! La naturaleza parece estar a punto de revelar algún maravilloso secreto. Todo el mundo está en paz, y todos los corazones, imagino, están rebosando de alegría y contento… Pero ¿qué es esto de tan agradable presencia y fascinante figura?

Lucifer, pavoneándose ensoberbecido, le declaró su amor, con una audacia latina. Le respondió que su corazón pertenecía a Arcadio; pero el superdiablo puso de manifiesto la pobreza de su esposo, prometiéndole riquezas, palacios deslumbrantes, joyas y esclavos.

—Siento que estoy comenzando a amarte —dijo Laura—. No puedo engañarme a mí misma, no puedo luchar contra mi voluntad…

En esta parte hubo risas sofocadas entre el público:

—¡Antonia! ¡Antonia! —dijeron todos riéndose y dándose codazos—. ¡Ésa es precisamente la forma en que Antonia abandonó a Enrique! ¡Siempre tuve la creencia de que el diablo andaba en ello! —Hizo notar una de las mujeres.

Pero Laura tenía escrúpulos de conciencia por el pobre Arcadio. Lucifer insinuó que Arcadio estaba enamorado de otra en secreto; aquello determinó la cuestión.

—Si es así no tendrás dificultades —dijo Laura con calma—, así quedaré libre, y aun buscaré la oportunidad para matarlo.

Esto fue terrible, aun para Lucifer, quien sugirió que sería mejor hacer sentir a Arcadio el tormento de los celos, y en un regocijado aparte, dijo satisfecho, refiriéndose a ella:

—Ya sus pies van directamente camino del infierno.

Las mujeres, aparentemente, sintieron una gran satisfacción por esto. Se codeaban, sintiéndose virtuosas, unas a otras. Pero una muchacha dijo al oído de la otra, suspirando:

—¡Ah! ¡Pero debe ser maravilloso amar de ese modo!

Arcadio volvió, para que Laura le echase en cara su pobreza. Venía acompañado de Bato, una mezcla de Yago y Autólico, que oyó el diálogo entre el pastor y su mujer, haciendo irónicos apartes. Se despertaron las sospechas de Arcadio, al

observar el anillo con una piedra preciosa, que Lucifer había dado a Laura; y cuando ésta lo dejó, arrogante y procaz, desahogó sus sentimientos ofendidos:

—Precisamente cuando era más feliz creyendo en su fidelidad, me amarga el corazón con su crueldad inhumana. ¡Qué haré conmigo mismo!

—Busca una nueva consorte —contestó Bato.

Pero al ser rechazado lo propuesto, Bato dio la siguiente humilde receta para zanjar la dificultad:

—Mátala sin dilación. Hecho esto, quítale la piel y guárdala cuidadosamente. En caso de que contraigas nuevas nupcias, que sea esa piel la sábana de tu desposada; así te evitarás otras calabazas. Y para fortalecer más su virtud, dile tranquila pero enérgicamente: —Queridita, ésta tu sábana fue la piel de mi primera esposa; cuida de manejarte con cautela, a menos que quieras, tú también, correr la misma suerte. Recuerda que soy hombre duro y quisquilloso y que no reparo en bagatelas.

Al comenzar esta perorata los hombres empezaron a sonreír, pero cuando terminó, reían a carcajadas.

Un peón viejo, sin embargo, se volvió furioso hacia ellos:

—¡Ése es un remedio infalible! —dijo—. Si así se hiciera más a menudo, no habría tantas dificultades conyugales.

Pero Arcadio pareció no verlo así, y Bato recomendó entonces una actitud filosófica:

—Reprime tus querellas y abandona a Laura a su amante. Libertado así de obligaciones, te harás rico, podrás comer y vestir bien y disfrutar verdaderamente de la vida. El resto importa muy poco… Por lo tanto, aprovecha esta oportunidad y toma el camino para hacer tu propia fortuna. Pero no olvides, te lo ruego, una vez que te hayas hecho rico, regalar a esta pobre panza mía con buenos festines.

—¡Qué vergüenza! —gritaron las mujeres, animándose—. ¡Qué falsedad! ¡El *desgraciado*!

Una voz aguda, de hombre, gritó:

—¡Hay en eso algo de verdad, señoras! Si no fuera por las mujeres y los chicos, todos podríamos ir vestidos con ricos trajes y montar a caballo.

Se desató una acalorada discusión en torno a este punto.

Arcadio perdió la paciencia con Bato, y este último exclamó quejumbrosamente:

—Si tienes alguna estimación por el pobre Bato, vamos a cenar.

Arcadio le contestó con firmeza que no, hasta que hubiera desahogado su corazón.

—Desahoga, y mi enhorabuena —dijo Bato—, hasta que te canses. En cuanto a mí, le pondré un nudo a mi lengua, de tal manera que aunque hables como una cotorra, permaneceré mudo.

Sentóse sobre una gran piedra y fingió dormir; entre tanto, durante quince minutos, Arcadio se descargaba dirigiéndose a las montañas y a las estrellas:

—¡Oh, Laura, inconstante, ingrata e inhumana! ¿Por qué me has causado tal dolor? Has herido mi honor y mi fe y atormentado mi alma. ¿Por qué has escarnecido mi ferviente amor? ¡Oh, vosotras, escarpadas, quietas y majestuosas montañas, ayudadme a expresar mi infortunio! Y vosotros, rígidos, inconmovibles riscos; y vosotros, bosques silenciosos, ayudadme a sosegar mi corazón en su dolor…

El auditorio compartió con Arcadio su duelo, dentro de una sentida y silenciosa compasión. Unas cuantas mujeres sollozaban abiertamente.

Al fin, Bato no pudo contenerse.

—¡Vamos a cenar! —exclamó—. ¡Los duelos con pan son menos…!

Una algazara perfecta de risas cortó el final de la frase.

Arcadio: —A ti solamente, Bato, he confiado mi secreto.

Bato (aparte): —¡No creo que pueda guardarlo! Ya me hormiguea la boca por decirlo. Este imbécil aprenderá que un secreto y una promesa no deben confiarse a nadie.

Entró cantando un grupo de pastores y pastoras de ovejas. Iban ataviados con sus trajes domingueros; ellas con sus mejores galas, sombreros de verano con flores; llevaban enormes cayados apostólicos de madera, de los que colgaban flores de papel y cordones de cencerros.

Hermosa es esta noche sin comparación,
bella y apacible como nunca,
y feliz el mortal que la contempla.
Todo proclama que el Hijo de Dios,
el Divino Verbo hecho carne humana,
pronto verá la luz en Belén
y se consumará la redención de los hombres.

Después siguió un diálogo entre Fabio el avariento, de noventa años de edad, y su vivaracha y joven esposa, al cual contribuyeron todos los presentes, sobre el tema de las grandes virtudes de las mujeres y las grandes flaquezas de los hombres.

El auditorio participó violentamente en el debate, esgrimiendo lo dicho en la representación, en un ir y venir verbal; los hombres y las mujeres, alineados sólidamente por sexos, en dos grupos hostiles. Las mujeres se apoyaban en las palabras del drama, pero los hombres tenían el poderoso ejemplo de Laura, de qué echar mano. Pronto se pasó a un terreno en el que salieron a relucir las virtudes y los defectos de ciertas parejas matrimoniales en El Oro. La representación se suspendió por unos momentos.

Uno de los pastores de ovejas, Bras, robó a Fabio su mochila de entre las piernas al quedarse dormido. Entonces se generalizó la chismografía y la murmuración. Bato obligo a Bras a dividir con él lo que contenía la alforja robada, la cual abrieron, sin encontrar algo para comer, que era lo que buscaban. En su desencanto, ambos

manifestaron su anuencia para vender sus almas al diablo por una buena comida. Lucifer se percató de la declaración e intentó obligarlos a sostenerla. Pero después de una batalla de ingenio entre los rústicos y el diablo —en la que la audiencia se puso como un solo hombre contra los ardides y malas artes de Lucifer— decidiéronse por jugar a los dados la resolución, en que perdió el diablo. Pero éste ya les había dicho dónde había que comer, y se marcharon en pos de la comida. Lucifer blasfemó contra Dios por intervenir en favor de los dos despreciables pastores, admirándose de que se hubiera «extendido una mano más poderosa que la suya para salvarlos». Se maravilló ante la piedad eterna por el hombre indigno, que siempre había sido pecador invariable en todos los tiempos, mientras que él, Lucifer, había sentido sobre sí la ira de Dios tan pesadamente. De pronto se escuchó una música muy melodiosa —eran los pastores de ovejas cantando detrás del telón— y Lucifer meditaba sobre las profecías de Daniel, indicando que «el Divino Verbo debía estar hecho de carne». Seguía anunciando la música entre los pastores de ovejas el nacimiento de Cristo, Lucifer, encolerizado, juró que usaría todo su poder con el fin de que todos los mortales «saborearan el infierno» alguna vez, ordenando a éste que se abriera para recibirlo «en su centro».

Al nacer Cristo, los espectadores se persignaron, y las mujeres rezaban entre dientes. La cólera impotente de Lucifer contra Dios fue recibida con gritos de: «¡Blasfemia! ¡Sacrilegio! ¡Que muera el diablo por insultar a Dios!».

Bato y Bras volvieron enfermos, por glotones, y creyendo que estaban a punto de morir, pidieron auxilio desesperados. Entonces entraron los pastores y las pastoras de ovejas, cantando y golpeando el suelo con sus cayados, al mismo tiempo que prometían curarlos.

Al comenzar el acto segundo, Bato y Bras, ya completamente sanos, fueron descubiertos cuando tramaban un nuevo complot para robar y comerse los alimentos que estaban reservados para un festival del poblado, y al irse por tal motivo, reapareció Laura, cantando sobre su amor hacia Lucifer. Se oyó una música celestial, increpándola por sus «pensamientos adúlteros», por lo que renunció al amor culpable y declaró que se contentaría con Arcadio.

Las mujeres del auditorio susurraban y se hacían señales con la cabeza, riendo satisfechas ante tan ejemplares sentimientos. Se escucharon suspiros de alivio por todo el recinto, en vista del cariz que tomaba el desenlace del drama.

Pero poco después se oyó el ruido de un techo que se caía, entrando el auxilio cómico, en las personas de Bato y Bras, llevando un canasto de comida y una botella de vino. Todo el mundo se animó con la presencia de estos amados picaros; una alegría anticipada se extendió en todo el local. Bato propuso que se comería la mitad, su parte, mientras que Bras haría guardia, con lo que Bato se comió también la parte de Bras. En medio de la reyerta que siguió antes de que pudieran ocultar las huellas del delito, volvieron los pastores y las pastoras en busca de los ladrones. Bato y Bras inventaron muchas y absurdas razones para explicar la procedencia de la comida y la

bebida, hasta que finalmente lograron convencer a sus acusadores que eran de origen diabólico. Con el objeto de cubrir mejor los vestigios del hurto, invitaron a los otros a que se comieran el resto.

Esta escena, la más divertida de toda la representación, apenas podía oírse por el estruendo de las risotadas que interrumpían cada frase. Un jovenzuelo se estiró y dio un puñetazo, en broma, a un *compadre*.

—¿Te acuerdas cómo salimos del paso cuando nos atraparon ordeñando las vacas de Don Pedro?

Lucifer retornó, siendo invitado a participar en la fiesta. Los incitó maliciosamente a continuar discutiendo sobre el robo, situando poco a poco la culpa sobre un extraño, a quien todos coincidían en haber visto. Desde luego, ellos se referían a Lucifer; pero, invitados a describirlo, pintaron a un monstruo mil veces más repulsivo que en la realidad. Nadie sospechaba que el forastero amable que estaba sentado entre ellos era Lucifer.

No tengo espacio para describir aquí, cómo, al fin, fueron descubiertos y castigados Bato y Bras; cómo se reconciliaron Laura y Arcadio; cómo le fue reprochada su avaricia a Fabio y éste reconoció el error de sus procedimientos; cómo fue mostrado el Niño Jesús tendido en el pesebre, con los tres Reyes del Oriente, fuertemente individualizados, y cómo, por último, fue descubierto Lucifer y arrojado nuevamente al infierno.

El drama duró tres horas, absorbiendo toda la atención del auditorio. Bato y Bras —particularmente Bato— obtuvieron su más entusiasta aprobación. Simpatizaron con Laura, sufrieron con Arcadio odiando a Lucifer, con el odio de las galerías contra el villano del melodrama.

Una sola vez se interrumpió la representación: cuando entró repentinamente un joven sin sombrero y gritó:

—¡Ha llegado un hombre del ejército; dice que Urbina ha tomado a Mapimí!

Aun los actores que cantaban en ese momento, se callaron. En aquel instante golpeaban en el suelo con los cayados y los cencerros. Inmediatamente un torbellino de preguntas cayó sobre el recién llegado. Pero en seguida se disipó el interés, y los pastores de ovejas reanudaron su canción donde la habían suspendido.

Cuando salimos de la casa de doña Petrita, como a la medianoche, la luna se había ocultado detrás de las montañas del occidente; un perro que ladraba era todo el ruido que se oía en la noche callada y oscura. Caminando Fidencio y yo para casa, con nuestras armas al hombro, cruzó por mi mente, como un relámpago, la idea de que ésta era la clase de arte que precedió a la edad de oro del teatro en Europa, la floración del Renacimiento. Era jocoso meditar lo que hubiera sido el Renacimiento mexicano, si éste no hubiese llegado tan atrasado.

Pero ya baten los grandes mares de la vida moderna en torno a las estrechas casas de la Edad Media mexicana: la maquinaria, el pensamiento científico y la teoría

política. México tendrá que navegar durante algún tiempo en su Edad de Oro del Drama.

VOCABULARIO

Acemita. Cemita. Especie de galleta o bollo confeccionado con harina de salvado (afrecho).
Acorralados. Puestos en el corral.
Al centavo. Exacto, aun en lo más mínimo.
Al partir. A medias, a partes iguales.
Alistarse. Ultimar los preparativos para alguna cosa.
Ameritar. Contraer méritos.
Armonía de barbería. Armonía poco ajustada, inculta.
Bordo. Reparo de césped y estacas o de tierra amontonada que forman los campesinos para represar el agua.
Camote. Batata dulce, especie de boniato.
Cantinas. Cantimploras, y también restaurante barato.
Carro. Vehículo en general, incluso vagón de ferrocarril.
Celestial. Chino.
Correr. Acobardarse, huir.
Cruda. Sed, y también borrachera.
Chamaco. Nombre familiar que se da a los niños.
Chango. Muchacho.
Chaquetear. Cambiarse de chaqueta; pasarse al bando contrario.
Chile. Pimiento picante, con el que se hace salsa. Andrajoso.
Chile con carne. Sedicente platillo mexicano en el sudoeste de los Estados Unidos.
Durmientes. Traviesas de la vía del ferrocarril.
Elote. Mazorca de maíz tierno.
Enchilada. Tortilla de maíz aderezada con salsa de chile.
Espadas. Especie de plantas con espigas cortantes. Espadañas.
Gaza. Lazo hecho con una cuerda.
Gringo. Norteamericano.
Gurrupié. Croupier. El que dirige una mesa de juego.
Huaraches. Sandalias de cuero.
Levantar el campo. Enterrar a los muertos en batalla.

Macana. Machete de madera con filo de pedernales.
Macuche. Especie de tabaco.
Metate. Piedra donde muelen el maíz las mujeres.
Mezquite. Arbusto de las regiones desérticas.
Nopalera. Nopal, chumbera. Sitio poblado de nopales.
Olote de maíz. El núcleo de la mazorca una vez quitado el grano.
Tarado. Tieso, de pie.
Pelado. Persona sin recursos, especialmente la de los barrios bajos de las ciudades.
Peloteros. Pelotaris, los que juegan a pelota en el frontón.
Pinole. Gachas de harina de maíz.
Poncho. Frazada, cobertor.
Predicamento. Situación embarazosa.
Reata de lazar. Cuerda para enlazar reses.
Rebote. El juego de pelota. Cancha del Frontón.
Reparar. Parar la caballería. Hacerla corcovear.
Rodada. Bajada en forma de casi precipicio. Trayecto que se corre sin parar.
Rural. Guardia rural.
Saco. Chaqueta, americana.
Sarape. Capote de monte, frazada.
Saraza. Zaraza. Cierta tela de algodón con listas o flores estampadas.
Soldadera. La mujer del soldado.
Sotol. Bebida alcohólica, amarillenta, preparada con sotol, planta liliácea del género Dasylirion.
Tamal. Masa de maíz rellena de carne y especias, en forma de bollo, y envuelto en hojas de la misma planta.
Terrero. Escombrera; sitio donde se echan los desperdicios de las labores mineras.
Tomar. Beber.
Tortilla. Dim. de «torta». Torta hecha con harina de maíz.



JOHN SILAS «JACK» REED (Portland, EE. UU., 1887 - Moscú, Unión Soviética, 1920). Fue un periodista, poeta, corresponsal y activista comunista estadounidense.

Estudió en la Universidad de Harvard. En 1913 comenzó a trabajar para el periódico radical *The Masses*. Formó parte del grupo de escritores, poetas, artistas y activistas que nutrieron de intensa vida intelectual al Greenwich Village neoyorquino de principios del siglo XX. Su esposa fue la escritora feminista Louise Bryant.

Fue precursor de lo que ahora se conoce como nuevo periodismo y un ícono entre los corresponsales de guerra de todos los tiempos. Entre 1913 y 1914 cubrió parte de la Revolución Mexicana para la *Metropolitan Magazine*, por ello acompañó durante cuatro meses a Pancho Villa y a su ejército: la División del Norte. Esta experiencia quedó registrada en los artículos publicados por la revista que a la postre se convertirían en el libro: *México insurgente*. También cubrió la Primera Guerra Mundial y su testimonio puede leerse en *La guerra en el este de Europa*. Su obra más famosa, un relato de primera mano sobre la revolución bolchevique en Rusia, se publicó en 1919: *Diez días que conmovieron al mundo*.

Reed, fue uno de los fundadores del Partido Comunista de los Estados Unidos pero en 1919 fue acusado de sedición por lo que se vio obligado a escapar a la Unión Soviética, donde murió de tifus en 1920. En su funeral, John Reed fue homenajeado como héroe y sus restos descansan en la Necrópolis de la Muralla del Kremlin, junto a otros líderes bolcheviques. Es uno de los tres norteamericanos que fueron honrados de esta forma.

Para muchos, John Reed simplemente fue un revolucionario romántico. Para otros, como el movimiento comunista al que perteneció, se volvió un símbolo de la naturaleza internacional de la revolución bolchevique, un mártir honrado como tal en la Unión Soviética. Otros, sin embargo, piensan que en sus últimos días Reed había empezado a desencantarse de la revolución debido a la burocracia y la violencia del comunismo soviético. Como sea, en la historia del periodismo es considerado uno de los mejores corresponsales de guerra que dejó sendos testimonios de los tiempos y conflictos que atestiguó.

Notas

[1] Esta edición de epublibre, corresponde a la publicada en papel por Ariel Seix Barral la cual carece de prólogo. Por ello el editor digital ha considerado conveniente incluir como tal, algunos fragmentos del artículo «John Reed» del escritor, periodista y poeta mexicano Renato Leduc. Este artículo apareció en una compilación de sus columnas periodísticas titulada *Historia de lo inmediato* publicada en 1976. <<

[2] Sobre el uso de cursivas:

Como se estila, en cursiva aparecen los extranjerismos; los nombres de periódicos y revistas y aquellas palabras que, por ser propias del español en México u otra razón, el traductor consideró importante destacar.

Por otra parte, en su libro *Insurgent Mexico* John Reed escribió muchas frases y palabras en español, tal como las escuchó mientras permaneció con el ejército de Villa. Estas frases y palabras también se resaltan en cursiva en esta edición digital pero, para diferenciarlas de las mencionadas en el párrafo anterior, aparecen con la fuente tipográfica *SerifaStdItalic*. Para poder distinguirlas adecuadamente es importante que el lector active la función de utilizar fuentes incrustadas o fuentes del editor, en su dispositivo electrónico. <<

[3] Una orden masónica. (Nota del traductor). <<

[4] Madero había sido asesinado un tiempo antes. (Nota del traductor). <<

Índice de contenido

JOHN REED

MÉXICO INSURGENTE



Un gran corresponsal de guerra siguiendo al ejército de Pancho Villa durante la primera revolución del siglo XX



Lectulandia